



DAVID ZURDO  
ÁNGEL GUTIÉRREZ

EL  
MENSAJERO  
DE LAS  
SOMBRA

Lectulandia

Año 1257. Sobre una remota abadía de los montes de León, los cielos se abren al paso de una estela llameante que esconde en su interior un objeto negro como la noche. A pesar de las advertencias de una joven judía a la que todos toman por bruja, uno de los monjes va en su busca y sufre un terrible accidente que lo deja paralizado. Al poco empiezan sus pesadillas... y el caos se adueña de la abadía.

Siglos después, un prestigioso abogado obsesionado con el extraño artefacto abandonará su vida para dar con él y despertar, sin quererlo, un horror que llevaba mucho tiempo dormido.

**Lectulandia**

David Zurdo & Ángel Gutiérrez

# **El mensajero de las sombras**

ePub r1.0

patrimope 23.12.14

Título original: *El mensajero de las sombras*  
David Zurdo & Ángel Gutiérrez, 2013

Editor digital: patrimope  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Ingrid González y Ana Meireles, las luces de cada uno de nosotros.*

En el inconsciente de todo ser humano se esconde un monstruo esperando el momento justo de salir. No importa cuánto corras ni dónde te escondas. Te encontrará.

CLARA TAHOES

En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y el soplo de Dios aleteaba por encima de las aguas. Dijo Dios: «Haya luz», y hubo luz. Vio Dios que la luz era buena, y apartó Dios la luz de las tinieblas.

*Libro del Génesis*

Si quieres aumentar la intensidad de tu experiencia al leer *El mensajero de las sombras*, utiliza este código:



Reza y trabaja. Fray Alonso recordó las palabras de san Benito, el fundador de su orden. Esas palabras marcaban la vida en el monasterio que era su hogar. Los dientes le castañeteaban y el viento gélido arrancaba lágrimas de sus ojos, pero el frío de aquel crudo invierno no conseguía apagar la sonrisa de su rostro.

Estaba encaramado en lo alto del campanario. Subía allí todas las tardes después del oficio de vísperas. Era el momento que más apreciaba del día, cuando daba gracias a Dios por haber vivido una jornada más mientras veía el sol ponerse.

El viento se colaba por las múltiples aberturas del campanario, como si tratara de ponerse a cubierto. Agitaba las toscas ropas del monje, quizá buscando dentro de ellas un poco de calor. La nieve caída durante los últimos días se agolpaba al pie de la muralla que protegía el monasterio. El cielo tenía el mismo color gris, casi negro, que las piedras del campanario. La luz del sol se desvanecía por momentos.

Un repentino fulgor llamó su atención. Iluminó la capa de nubes antes de atravesarla. Había visto muchas estrellas fugaces, como las llamaban algunos, pero nunca siendo aún de día y nunca una como esa. Fray Alonso se limpió las lágrimas del frío con un gesto rápido para observarla mejor.

El fulgor se hacía cada vez más grande.

A fray Alonso le vino a la memoria el nacimiento de Cristo, en Belén. Su sonrisa se acentuó al imaginarse a los Magos de Oriente contemplando sobre el pesebre una estrella igual. Se volvió hacia el claustro, dentro de las murallas, y gritó:

—¡Hermanos, mirad al cielo!

Nadie respondió de inmediato, hasta que el prior surgió por una de las galerías. Clavó la mirada en el campanario, con los brazos en jarras y un gesto contrariado. No debía perturbarse la paz de la abadía, y menos aún a voz en grito. Fray Alonso lo sabía. Y también que un monje sólo debía hablar cuando era estrictamente necesario, pero aquel prodigio...

—¡Allí! —exclamó, señalando con el brazo extendido.

Él mismo se volvió hacia el punto que indicaba. Lo que vio hizo vacilar su sonrisa. La estrella brillante se había convertido en una bola de fuego que dejaba un rastro luminoso.

Sacó medio cuerpo fuera del campanario. Sentía una mezcla de miedo y asombro que pareció contagiar a sus hermanos del claustro. A su espalda se oía un murmullo creciente. Lo silenció una especie de bramido que empezó a notarse en la quietud del atardecer. Salía de aquello, fuera lo que fuese.

La bola de fuego iba directamente hacia él, pero el monje se mantuvo en su lugar, maravillado por ese fuego que caía del cielo, como el Espíritu Santo cayó sobre los apóstoles.



—Santa María, madre de Dios... —susurró.

Más cerca.

Creó distinguir algo sólido en medio del fulgor rojizo, un objeto tan negro como la sombra más profunda. Empezó a echarse hacia atrás, por puro instinto de protección.

—Santa María, madre de... ¡DIOOOOS!

Su grito se fundió con el bramido de la bola de fuego. Pasó justo por encima, y le hizo encogerse en el suelo como un ovillo. El aire a su alrededor se volvió más leve por un instante. Luego se llenó de un olor acre y sulfuroso.

Corrió con torpeza hacia el lado opuesto del campanario. Llegaban gritos de pánico provenientes del claustro. Sólo los hermanos con más presencia de ánimo se mantuvieron firmes y siguieron con la mirada el rastro de fuego que hendía el cielo. Otros muchos se habían cobijado en las galerías.

Fray Alonso se lanzó escaleras abajo, atravesó corriendo el patio y se encaminó como alma que lleva el Diablo hacia la salida oeste del monasterio.

Estaba jadeando cuando llegó al exterior de las murallas. Siguió con atención la trayectoria del halo refulgente, hasta verlo chocar contra una ladera. El impacto levantó allí una nube de nieve y arrancó de cuajo una hilera de árboles. Un crujido como de huesos partiéndose resonó a lo largo del valle. Tenía que verlo con sus propios ojos... Ya no era un muchacho, pero seguía teniendo una profunda curiosidad por todo, casi como un crío. A veces se quedaba medio ensimismado, cavilando sobre los misterios del mundo y la vida, que le parecían numerosos, y algunos hasta insondables. Eso le había hecho ganarse muchas reprimendas del prior, pues un monje no debía hacerse demasiadas preguntas, sino limitarse a tener fe, orar y trabajar. «Esa cabeza tuya está llena de pájaros», le había dicho el prior en más de una ocasión, sin que eso hubiera logrado domar su ávida curiosidad.

Fray Alonso volvió al patio del monasterio. El corazón le latía con fuerza dentro del pecho al entrar en el establo. Los animales lo miraron con expresión bobalicona, incapaces de entender la excitación que encendía sus mejillas. Ensilló a toda prisa el caballo del abad y se montó encima de un salto. Era el más rápido y fuerte de todos. Le acarrearía un castigo severo cogerlo sin avisar, pero ese objeto negro envuelto en llamas, caído del cielo, simplemente era demasiado extraño y fascinante para dejarlo pasar. Sabía que jamás le darían permiso para ir tras él y averiguar qué era.

Debía darse prisa. Pronto se haría de noche y no conseguiría ver a más de un palmo de distancia. Unos gruesos copos de nieve se precipitaban desde el cielo encapotado, flotando entre una bruma que se hacía cada vez más densa. Había albergado la remota esperanza de que nadie se percatara de su salida, pero se desvaneció al toparse con el grupo de monjes que había aparecido entretanto en el patio. Su gesto no era muy distinto del de los animales del establo. Excepto el del abad, que estaba entre ellos. Había ira en el suyo. Fray Alonso pasó a su lado espoleando al caballo y se limitó a decirle:

—¡Perdonadme!

Enfiló el camino que descendía hacia el fondo del valle y la aldea más próxima. Era una lengua de tierra zigzagueante y estrecha, pero fray Alonso no redujo la velocidad de su montura. Pasado un repecho, surgió de pronto la silueta de una mujer. Fray Alonso tiró de las riendas con todas sus fuerzas para no arrollarla, haciendo que el animal se encabritara y estuviera a punto de lanzarlo al suelo. La joven clavó en él unos enormes ojos verdes. Tenía el cabello al descubierto, salpicado de copos blancos. Era rizado y negro como el pecado.

«Miriam, la judía», pensó el monje. Ella también lo reconoció a él. Era de los pocos en la comarca que no la trataban con desprecio o temor. Recogió unas hierbas que había dejado caer y luego se apartó a un lado para abrirle paso. Ya le había dado la espalda cuando la joven dijo casi en un susurro:

—No vayas a buscarlo.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del monje de arriba abajo. Miró hacia atrás, pero Miriam seguía su camino como si nada hubiera ocurrido ni nunca le hubiera hablado. Dudó por un instante si seguir o no aquel consejo. ¿Qué podría saber ella que no supiera él? Había oído muchas historias sobre la joven. Contaban que hacía pócimas con hierbas como las que había recogido hacía un momento del suelo. Más de uno en la aldea pensaba que era una hechicera, una novia de Satanás. Fray Alonso miró hacia arriba. La nevada se hacía más intensa y la luz menguaba a cada momento. Tomó su decisión.

—¡Arre! —le dijo al caballo, clavando los talones en sus costados.

Atravesó las calles de la aldea a toda velocidad, con el frío mordeándole el rostro. Volvió a sentir un estremecimiento cuando dejó atrás las últimas casas.

«No vayas a buscarlo».

Enfrente se extendía una inmensa blancura desolada, llena de sombras crecientes. Siguió al galope hasta que tuvo que salirse del camino. La bola de fuego había chocado contra la ladera a su izquierda, mientras que el camino se desviaba hacia el lado contrario.

El caballo se resistió a subir por la abrupta pendiente, llena de rocas sueltas y traicioneras, ocultas bajo la capa de nieve. Fray Alonso lo espoleó sin miramientos, y el animal comenzó a escalarla con un relincho de queja.

Se alzó sobre los estribos intentando localizar los destrozos del impacto. El paisaje le parecía igual mirara donde mirase, y sólo tenía una idea vaga del lugar en que podría haberse despeñado lo que había caído del cielo. Recordó el objeto negro que había distinguido en mitad del fuego que lo envolvía. ¿Qué podría ser? Arreó de nuevo al caballo, ansioso por encontrar la respuesta. Sin saber hacia dónde ir, dejó que la Providencia y su montura decidieran el camino ladera arriba.

El monje se alzaba una y otra vez en busca de los destrozos, como si levantarse tres palmos sobre los estribos le diera la vista de pájaro que desearía para poder encontrarlos. Ya no le faltaba mucho para alcanzar la cumbre. Tenían que estar

cerca... Entonces divisó un amasijo de ramas y troncos partidos, semejantes a una herida alargada en la ladera, aún no cubierta del todo por la nieve.

—¡Allí! —exclamó con entusiasmo.

Conforme se acercaba, el entusiasmo fue dando paso al desasosiego. Se dijo que la culpa de ello la tenían las palabras de Miriam. Había notado en ellas algo extraño. ¿Temor, quizá? Era difícil no contagiarse un poco de él viendo los restos ennegrecidos y siniestros de esos árboles mutilados.

Desmontó y ató el caballo a uno de ellos. Tenía el hábito empapado y tiritaba de frío, pero no iba a volverse atrás cuando estaba tan cerca. Hay pocas emociones tan humanas como la curiosidad.

Siguió a pie la especie de sendero que marcaban los destrozos. El caballo relinchó a su espalda. Parecía inquieto y trataba de soltarse. Quizá fuera sólo porque estaba agotado y el tiempo empeoraba. O quizá por otra razón... Fray Alonso sintió un vacío repentino en el estómago al ver una forma oscura entre las ramas calcinadas. Lo sorprendió que algo tan pequeño pudiera haber causado tantos estragos. Era un cubo de sólo un palmo y medio. Negro. Negro como nada que hubiera visto jamás.

Tomó aire, igual que si pretendiera sumergirse bajo el agua, y recorrió los pasos que lo separaban del objeto. Se agachó sin pensárselo dos veces para adelantarse a sus crecientes temores y lo agarró entre las manos. Casi esperó quemárselas nada más tocarlo, o algo peor. En verdad sintió una especie de quemazón, pero fría como el hielo. Nada extraño, si se detenía a pensarlo cabalmente. Todo estaba helado aquel día, incluido él mismo. Depositó el cubo en el suelo y esta vez usó los bajos de sus hábitos para agarrarlo.

Más tranquilo, se dirigió de vuelta hacia el caballo, que no compartía la recuperada calma del monje. Sus relinchos se volvían más fuertes, más desesperados, al ir acercándosele.

—Maldito animal... —musitó entre dientes, con una saña impropia de él. Estaba asustándolo de nuevo.

Tiró de las riendas con firmeza y le ordenó:

—¡Quieto!

El pobre animal obedeció el tiempo suficiente para que su jinete metiera el cubo en una alforja y se montara encima. Después enloqueció de repente y se lanzó al galope ladera abajo. Los relinchos sonaban ahora como aullidos. Las riendas se le escaparon de las manos a fray Alonso, que se aferró como pudo al cuello de la bestia. Sus ojos desencajados estaban a un palmo de los del monje. El vaho ardiente del caballo le golpeaba el rostro.

—¡PARA!

Se estiró para recuperar las riendas. El suelo pasaba por debajo a una velocidad vertiginosa. No debería haber apartado la vista hacia él y dejado de mirar al frente...

Los cascos del caballo resbalaron en las piedras sueltas, y el choque fue terrible. Fray Alonso oyó un sonido de carne rasgada y huesos machacados. Algo afilado le

hizo un corte en la pierna y el muslo justo antes de salir lanzado por los aires. Cayó de espaldas sobre la nieve, pero no había tanta como para amortiguar el golpe. Sintió las piedras clavarse en su columna vertebral. Luego un dolor atroz, inimaginable. Y después nada, nada en absoluto.

Intentó moverse pero su cuerpo no lo obedecía, muerto de cintura para abajo. Giró la cabeza hacia el animal. Se retorció en un charco de sangre, ensartado en uno de los troncos partidos. Sus lamentos eran desgarradores. Fray Alonso no pudo contener las lágrimas, porque sólo él tenía la culpa.

Los estertores del caballo se prolongaron durante lo que pareció una eternidad. Dio gracias a Dios cuando su agonía cesó por fin y el silencio se hizo otra vez dueño del valle.

Él también iba a morir. Seguía sin poder mover las piernas y no tenía fuerzas ni para arrastrarse. Cerró los ojos y dirigió una plegaria por su propia alma al cielo, que ya no veía.

Tampoco vio las figuras de quienes se le acercaban...

Miriam se ocultó al oír que alguien ascendía por el camino. Eran cuatro monjes, todos a caballo y con el prior a la cabeza, quien, entre los brazos, sujetaba como podía a fray Alonso, el joven con el que ella se había cruzado cuando la estrella cayó del cielo.

Escudriñando a través de las hojas de un arbusto, distinguió su rostro, pálido como el de un muerto y cruzado por una expresión que no supo descifrar. Era de dolor, pero no sólo. Algo malo debía de haberle ocurrido si no conseguía mantenerse por sí mismo encima del caballo. Otro de los monjes tenía sobre el suyo una silla y unas alforjas ajenas. Supuso que eran las de la montura de fray Alonso, que parecía haber corrido incluso peor suerte que él.

Todos miraban con preocupación a su hermano mientras recorrían el último trecho hasta las puertas de la abadía. Miriam esperó pacientemente, sin salir de su escondrijo hasta un tiempo después de que las atravesaran. La vida le había enseñado a ser cautelosa, y ese día debía serlo de una forma especial.

No tomó el camino que llevaba a la aldea, sus planes eran otros. Se adentró entre la vegetación, confundiéndose con ella en la noche. Descendió por la ladera, campo a través, hasta llegar a una pared de roca gris que la cortaba abruptamente, igual en apariencia a cualquier otra de esa región montañosa. Pero esta ocultaba un secreto. Uno que sólo ella conocía...

Miriam había regresado a su humilde vivienda. Ahora se debatía en sueños en el camastro. Su pelo rizado estaba empapado de sudor a pesar de la noche gélida. Se le enroscaba alrededor del cuello como serpientes negras tratando de estrangularla.

—No, no, ¡NOOOOOO!

Se incorporó de forma brusca, con los ojos muy abiertos, casi enloquecidos de

pánico, pero el terrible mal sueño no la dejaba escapar. Por un momento vio en la pared desnuda la misma sombra maldita que la acosaba dentro de ellos.

Salió de la cama para agazaparse en una esquina. Se abrazó a sus propias piernas, pegadas al pecho, que subía y bajaba a un ritmo frenético. Agarró con ambas manos el medallón que siempre llevaba al cuello. Se lo había regalado su madre. Era su amuleto. Sin soltarlo, clavó la mirada en el saco que estaba al otro lado de la habitación. Lo había puesto lo más lejos posible de ella, pero verlo le hizo sentir aun así un profundo escalofrío.

Por la única ventana entraba el fulgor de la luna. Miriam se arrastró hasta el torcido recuadro de luz que dibujaba en el suelo. El resto era oscuridad.

Alzó los ojos para mirar a través de la ventana. La noche era hermosa. Los nubarrones se habían disipado y el cielo estaba plagado de estrellas brillantes. Pero Miriam no les prestó atención. Contemplaba las murallas de la abadía. Allí. Allí es donde todo iba a empezar.

*Sabes que estás soñando, pero nunca has tenido un sueño tan real. Tus ojos se abren en medio de la negrura. No sabes dónde estás ni qué es ese lugar que las sombras apenas te dejan penetrar con la mirada. Sabes que algo está en marcha; lo sabes, pero no qué es. Tu mente está nublada y tus ojos sólo son capaces de intuir un lejano y tenue resplandor (¿o son tus ojos los que lo crean?).*

*Te pones en pie y avanzas despacio, sin tener sensación de caminar. Estás en una gran oquedad de piedra, abierta en las profundidades de la Tierra. Oyes un leve murmullo. Gotas de agua se deslizan por las paredes y caen sobre el suelo húmedo. Al fin comprendes que estás en el interior de una gruta. Sientes el impulso de moverte, de avanzar. Al fondo distingues la entrada de un pasadizo. Vas hacia allí y te adentras en él. Sus paredes están también mojadas y huelen a moho. Más adelante llegas a un lugar entre cavidades, donde se abren otros túneles oscuros.*

*Hay algo dentro de tu cabeza, algo que anula todo lo demás. Un deseo. Una necesidad. Proviene de lo más hondo, de lo más profundo y olvidado de tu mente. Por alguna razón no sientes miedo, sino algo parecido a una terrible sed que debes saciar. Que necesitas saciar.*

*Los túneles van llevándote hacia arriba, poco a poco, a través de sus leves pendientes. Ignoras cuánto falta aún para llegar al final, a tu destino, al exterior. Otro impulso en tu cabeza te dice que debes salir. En completa soledad, como si te guiaras con un mapa invisible, sigues por los pasadizos, no dudas en las encrucijadas; siempre, siempre, hacia arriba. No puede faltar ya mucho. La luz es ahora real. Surge al final de un túnel más grande que los otros. Es una luz débil. Vas hacia ella. Al salir por fin de la cueva te das cuenta de que es de noche. No hay luna, pero el cielo está completamente despejado. La iluminación proviene de las estrellas, que brillan gélidas en la bóveda celeste.*

*De repente oyes un gemido. Quizá un grito ahogado. Un grito de angustia y de terror.*

*Tú también deberías sentir miedo, pero no es así. Te das cuenta de que eres tú quien provoca el miedo en quien ha gemido. Lo sientes. Lo hueles. Sigues avanzando como si volaras sobre el suelo, sin rozarlo siquiera. Distingues, cerca de la boca de la cueva, un camino de piedras blancas. A los lados, un impenetrable bosque de pinos y abetos que se alzan negros sobre un horizonte invisible. Lo que sí ves es una figura en el camino: poco más que una sombra que trata de correr, cojeando, sin mirar atrás. Intenta escapar. Escapar de ti.*

*Te mueves hacia ella con rapidez. Percibes cómo tiembla. Puedes oler su miedo mezclado con el aire. Te colocas justo por detrás, como un ave de presa a punto de abalanzarse sobre su víctima. Esperas a su espalda, recreándote en su temor. No*

*puede escapar de ti. Eso sólo dura unos segundos. El ansia te embarga por completo. No esperas más. Ya no puedes esperar. En un movimiento brusco, te arrojas sobre su espalda.*

*La figura se revuelve y cae al suelo. Queda boca arriba y su rostro muestra el más agudo pánico. Todas sus facciones están encogidas. Te ciernes sobre su cuerpo como una fiera salvaje y, sólo entonces, te das cuenta, al fin, de quién es.*

*Es tu propio padre.*

*Aunque no reconoces su rostro, sabes que es él. En tu mente se entremezclan mil sensaciones. Te abandonó hace mucho tiempo. Hace años que no lo ves ni hablas con él. Y ahora... Las mil sensaciones se transforman en una sola: ira. Una ira absoluta, furiosa y desatada. Tu mirada está fija en ese saco aterrorizado de carne y huesos. Por eso no ves que el cielo está ahora repentinamente encapotado. El frío es intenso. Empieza a nevar con fuerza.*

*En el momento en que permites que tus instintos más terribles se desboquen por completo, en el momento en que liberas el animal sediento de sangre que llevas dentro, un sobresalto te hace despertar.*

*Durante unos instantes no sabes si aún estás soñando o no. Tu respiración es tan agitada como los latidos de tu corazón. El sonido del teléfono rasga el silencio como uñas arañando una pizarra. Despiertas con el cuerpo empapado en sudor. Miras el reloj de la mesilla de noche. Son las tres y trece minutos de la madrugada.*

*El teléfono sigue sonando. Enciendes la luz, dudando, y lo coges por fin.*

—¿Diga...?

El sueño había terminado, aunque no la pesadilla. Esa estaba a punto de comenzar. La voz de Raquel era ronca y somnolienta; más que eso: desconcertada. Y ese desconcierto no hizo sino aumentar cuando escuchó lo que dijo quien estaba al otro lado de la línea.

—¿Es usted Raquel Torres?

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

—Le habla el inspector Óscar Lorient, de la Policía Nacional. Me temo que tengo muy malas noticias. Se trata de su padre...

Los cascos del caballo resonaron sobre los adoquines cuando el jinete atravesó el puente sobre el río Tormes. Sus aguas estaban medio congeladas, y en las partes más sombrías había capas de hielo sucio. Ya muy cerca, por encima de la ciudad, se distinguían la austera silueta de la catedral y su Torre del Gallo, recortadas entre la bruma.

El mensajero había salido de Astorga tres días antes, con una carta del obispo para un maestro de la universidad. Una carta con un encargo delicado y peligroso que su Ilustrísima deseaba encomendarle.

Ya dentro de la ciudad, el jinete ató su caballo en las proximidades de la catedral. La llegada de los estudiantes había turbado la paz y el silencio que solían imperar en su recinto. El Estudio General de Salamanca se había convertido en universidad hacía tres años, pero aún le faltaban lugares propios donde impartir las lecciones. Por eso servían de improvisadas aulas algunas casas capitulares o dependencias de la catedral.

Salió a un claustro y se dirigió hacia donde le habían indicado al preguntar por el maestro a quien buscaba. Llegó a una sala casi desnuda, salvo por la veintena de estudiantes que había dentro. Varios candiles de aceite ayudaban a iluminarla en aquel día triste y oscuro. Los rayos del sol de invierno no conseguían hacerlo por sí solos.

Los estudiantes estaban envueltos en sus capas y mantenían sus gorros sobre las cabezas, porque no había ningún fuego o brasero que calentara un poco la estancia. Eso no disminuía el interés que mostraban en las explicaciones de su profesor. Era un hombre ya maduro pero con aspecto muy enérgico y vigoroso. El mensajero iba a entrar cuando uno de los alumnos dijo:

—Maestro, ¿creéis que Satanás y sus demonios están a nuestro alrededor?

Fray Gabriel se volvió hacia el muchacho. Era uno de los más aventajados, pero de una ingenuidad que el mundo cruel en que vivían iba a hacerle pagar caro.

Al volverse, el fraile vio aparecer una figura bajo el umbral de la puerta. Era un joven de aspecto aguerrido, quizá un soldado. Hizo ademán de pasar, pero el profesor lo detuvo con un leve gesto de la mano. El joven pareció molestarse por tener que aguardar, aunque se mantuvo donde estaba.

—Creo en la maldad, sin duda alguna.

El alumno se mostró complacido con la respuesta de su maestro, sin darse cuenta de que había eludido adrede la pregunta que le había hecho.

—¿Habéis presenciado alguna vez un milagro? —preguntó otra vez el inquieto estudiante.

—¿Debo recordarte, Guzmán, que yo soy profesor de lógica? Hazle esas



preguntas a uno de teología.

—Pero es que vos habéis recorrido tanto mundo... Eso dicen.

Fray Gabriel se quedó pensativo unos instantes. Era cierto que había recorrido buena parte del mundo conocido antes de hacerse maestro. Sus andanzas le habían enseñado mucho, más de una vez a costa de un gran sufrimiento. Uno de esos conocimientos era que...

—No debes dar por cierto todo lo que oigas ni asumir que lo que veas es siempre lo que parece.

La repentina seriedad de su voz le desagradó a él mismo, y se obligó a volver al tono que sus pupilos tanto apreciaban.

—Veo milagros a diario —declaró para asombro de todos—: que salga el sol cada mañana, que existan el sol y las estrellas, las obras de Pitágoras, Platón o Aristóteles...

El alumno no se dio por vencido.

—Quiero decir si habéis visto milagros verdaderos. Como los de nuestro Señor o los de los santos.

—¿Sabes qué sería un auténtico milagro?

Unas miradas atentas lo siguieron hasta el fondo de la sala, junto al pupitre de un alumno que dormía encima de la mesa.

—Que nuestro buen Alfonso... ¡no se durmiera durante la lección! —le gritó al oído.

El muchacho se despertó con un sobresalto, entre las risas de sus compañeros.

—¿Eh? ¿Qué?

—Estábamos hablando de milagros. Es obvio que tú debes de saber mucho de ellos, ya que duermes tan a menudo el sueño de los justos. Debemos dar gracias a Dios porque no tengas que enfrentarte a un dragón, como san Jorge. O te quedarías dormido velando tus ar... Dragón —dijo de pronto—. Sangre de dragón... Podéis marcharos. La lección ha acabado por hoy.

Se encaminó a la salida, con paso acelerado y mascullando entre dientes. Ignoró por completo al joven que parecía un soldado y se lanzó a través del claustro. El otro lo siguió con una expresión más que contrariada.

—¡Eh! —le gritó.

Fray Gabriel se detuvo un momento, pero sólo para recriminarse en voz alta: «Estúpido, más que estúpido». El joven fue a echar mano de su espada, creyendo que se lo decía a él. Por suerte para el maestro el soldado había tenido que dejarla en la portería, pues las armas estaban prohibidas en los dominios de la catedral. Fray Gabriel reanudó la marcha y el joven fue tras sus pasos, bufando de rabia. No le quedaba otro remedio. Debía entregarle el mensaje del obispo a cuyo servicio estaba.

Ya en el exterior, el joven se puso a la par del otro hombre. Decidió no interpelarlo de nuevo por el momento. Había recuperado su espada y temía que le hiciera perder los estribos y acabara ensartándolo con ella de una punta a otra.

Prefería no tener en su conciencia la muerte de un religioso, aunque fuera uno tan claramente mal de la sesera como ese.

La residencia del fraile se encontraba muy cerca. Entró y dejó la puerta abierta tras de sí. Seguramente porque tenía la cabeza en otros asuntos, no lo invitó a pasar, pero el joven aprovechó de todos modos para colarse dentro. Fray Gabriel no se detuvo a quitarse sus ropas de abrigo, innecesarias en el cálido interior. Avanzó por un pasillo, con el mensajero pisándole los talones. Este tenía poca paciencia y empezaba a cansarse de aquel juego.

Al final del corredor había un extraño laboratorio. El joven miró con sorpresa, y cierta inquietud, las estanterías que llegaban hasta el techo, llenas hasta rebosar de toda clase de recipientes con sustancias extrañas. Lo más perturbador era la gran mesa central, donde había tripas de animales colgando, y tubos y ampollas de vidrio que emitían destellos casi malévolos a la luz del fuego. Parecía la guarida de un alquimista, o incluso de un hechicero, y en cualquier caso resultaba impropio de un miembro de la Iglesia, incluso a juicio del mensajero, poco a dado a los remilgos.

Intrigado ahora, a su pesar, vio cómo el fraile trepaba por una de las estanterías, usando una escalera que se desplazaba mediante unas ruedas. Rebuscó entre los estantes hasta encontrar un recipiente que al soldado le parecía igual que los otros.

—*Sanguis Draconis* —le informó al joven—. Sangre de...

El viaje hasta la provincia de León podía convertirse en un calvario a pesar de las modernas carreteras. El crudo invierno complicaba el tráfico, e incluso lo detenía por completo en las vías secundarias. Raquel había salido poco después de recibir la llamada telefónica del inspector Loriente. Sin darse tiempo para pensar tras recibir el impacto de la noticia, venció la conmoción, se dio una ducha rápida, cogió lo imprescindible y montó en su viejo Citroën para enfilarse la autovía del Noroeste. Desde su apartamento, en el madrileño barrio de Moncloa, tardó apenas unos minutos en dejar atrás el Arco del Triunfo y ascender por la Cuesta de las Perdices.

Esperó a las nueve de la mañana para hacer una parada en una gasolinera y llamar a su jefe. Raquel trabajaba desde hacía un par de años en un pequeño despacho de abogados de la capital. Su sueldo era tan exiguo que le llegaba a duras penas para pagar el alquiler de un estudio de treinta metros cuadrados, en un edificio medio destartado, y las facturas básicas. Y podía considerarse afortunada en comparación con muchos de sus compañeros de promoción. La crisis económica la había cogido de lleno. Ese era el motivo de que siguiese aguantando en el trabajo. No era feliz allí. Y sus relaciones personales tenían una especie de muro invisible, que se situaba en los tres meses. Acababa de cortar con un bombero del que se quedó enganchada como una niña tonta y, en cuanto al trabajo, estaba harta de él. Sobre todo de su jefe, con el que estaba a punto de hablar por teléfono.

—Juan Pedro, soy Raquel.

—¿No estarás enferma?

Ni un saludo ni una palabra amable. Sólo esa pregunta con tono de reconvención.

—No, no estoy enferma. Estoy bien, pero no voy a poder ir a la oficina hoy.

Un silencio muy locuaz se adueñó de la comunicación. Podía presentirse el bufido que iba a emerger por el pequeño altavoz.

—¡Joder, Raquel! Sabes que estamos hasta arriba con la demanda sindical de Cefas. Podrías haber elegido un día mejor para no aparecer.

—¿No quiere saber qué me pasa, por qué no puedo ir a trabajar?

—Me importa una mierda por qué. ¡Quiero que vengas ahora mismo o te pongo de patitas en la calle!

Ahora fue Raquel quien se mantuvo en silencio. Su mente hizo dos procesos a la vez. Ventajas de ser mujer. Por un lado, contó hasta diez y se serenó antes de responder. Por el otro, tomó una decisión rápida, aunque eso no significaba que fuera una decisión tomada a la ligera. Aquella bronca de su jefe era sólo el catalizador de algo que llevaba queriendo hacer desde hacía mucho tiempo.

—Por favor, Juan Pedro —le dijo con voz tranquila—, ¿puede conectar un momento el altavoz?

—¿Para qué?

—Por favor, hágalo. Tengo algo importante que decir y me gustaría que lo oyeran

todos en la oficina.

—Bien. Espero que sean instrucciones para que el asunto de esa puñetera demanda no se nos vaya de las manos. Luego hablaremos tú y yo de tu actitud. A ver... Conectado. Puedes hablar. Todo el mundo te oye.

Raquel tomó aire. Llenó sus pulmones hasta el límite antes de gritar con todas sus fuerzas:

—¡Que le den por el culo, estúpido gilipollas de mierda!

No esperó respuesta. Colgó de inmediato. Tiró el móvil sobre el asiento del acompañante y dedicó unos segundos a saborear lo que había hecho. Acarició el colgante que siempre llevaba al cuello. Lo único que le quedaba de su madre, aparte de los recuerdos que guardaba en la cabeza. Ella también lo llevó siempre, aunque no le supo decir qué significaba ni, aunque se veía muy antiguo, de qué época era. Se trataba de una pieza labrada en lapislázuli, con la forma de una cabeza bastante extraña e inquietante. Nunca lo hubiera comprado en una feria de artesanía, pero... se lo había dado su madre.

Raquel arrancó de nuevo el motor de su coche y enfiló, casi derrapando, la salida de la gasolinera para reincorporarse a la autovía. Su corazón latía con fuerza. Algo dentro de ella se sentía bien. En medio de la tempestad hay también momentos de calma. Su vida era un desastre, pero no quería tener miedo. Encontraría otra cosa en la que trabajar. Y, si no, se iría al pueblo de su madre. Allí tenía una casa heredada de sus abuelos. Podía cultivar el huerto, montar un despacho rural o hacer lo que fuera. Sí, lo que fuera con tal de no seguir encadenada a una existencia que se le hacía cada vez más cuesta arriba.

De pronto volvió a su memoria la llamada nocturna del policía. La intempestiva llamada en la que le informó de la muerte de su padre.

Su padre.

Hacía muchos años que Alejandro Torres había abandonado a su familia para perseguir un sueño imposible. Eso le decían todos sin comprender siquiera qué era lo que pretendía. Tampoco él se lo había contado a nadie. Dejó su trabajo como abogado, vendió todo lo que pudo y sacó del banco el dinero de su familia. Invertió el total en adquirir una mina de oro abandonada en una montaña leonesa, cerca de Las Médulas, y comenzó a excavar obsesivamente en ella como un loco maniático.

De eso hacía casi dos décadas.

Su mujer y su hija se quedaron poco menos que en la ruina. Elena tuvo que ponerse de nuevo a trabajar. Lo había dejado para cuidar de la niña, que tuvo que confiar a sus abuelos hasta que logró estabilizarse. Fue muy duro. Creyó que podría soportarlo, pero no lo logró. Una noche de invierno —una noche cualquiera, igual de cargada que otra de esperanzas y tristezas— saltó desde un puente —un puente cualquiera— y murió ahogada.

Raquel se quedó sola.

El resumen de su vida a partir de entonces era de lo más anodino. Terminó de

criarla su abuela, ya que su abuelo no tardó mucho en fallecer también, a causa de la melancolía. Terminó los estudios intermedios y se matriculó en la Facultad de Derecho. Odiaba a su padre y, sin embargo, eligió seguir la misma carrera profesional que él. Nunca llegó a comprender por qué. Quizá porque la injusticia que la rodeaba, si es que la vida no es otra cosa que puro azar, la impelió a estudiar leyes. Quizá... Quién llega a entender de veras los recovecos de la mente.

Cuando terminó la carrera estuvo unos meses preparando la oposición a la judicatura. La dejó sin ánimos para encerrarse dieciséis horas al día y no ver el sol más que por la ventana de su cuarto. Después de mucho buscar y pelear, consiguió aquel trabajo en el bufete de Juan Pedro Solano, su jefe hasta ese momento. Y sus amores fueron todos superficiales y breves. No tenía reparos en disfrutar del sexo — incluso con alguna chica de vez en cuando—, pero anhelaba el amor, el amor de un hombre de verdad, sin fantasías ni sueños ilusorios, y no estaba dispuesta a forzarlo o a engañarse. Si llegaba, genial; si no, tendría que seguir esperando. Aunque lo cierto era que se sentía un poco descorazonada. Decepcionada con todo y con todos. En especial consigo misma.

El teléfono móvil sonó de nuevo sobre el asiento del acompañante. Era el número del inspector Lorient. Raquel aceptó la llamada y presionó el botón del altavoz.

—¿Diga? —respondió forzando la voz para elevarla sobre el rumor del coche.

—¿Señorita Torres?

La excesiva formalidad del policía era provinciana, pero a Raquel le agradaba que alguien le hablara con un poco de respeto.

—Dígame, inspector.

—Por el ruido deduzco que ya está de viaje.

—Tiene razón. Estoy a trescientos kilómetros de Madrid. Me quedan unos doscientos para llegar.

—Gracias, señorita Torres. Sólo quería saber cómo iba. ¿Está usted bien? No hacía falta que viniera tan pronto.

La calidez del tono del policía, pese a su voz grave y un tanto áspera, sorprendió a Raquel y le hizo sentir algo especial.

—Sí, estoy bien, inspector. Gracias.

—Bien. Llámeme cuando llegue al pueblo, por favor.

—Así lo haré.

Aún le quedaba una buena parte del viaje por delante. Raquel puso la radio. En la primera emisora que logró sintonizar surgió la voz exaltada y silbante de una especie de predicador religioso. La siguiente era de música. Mucho mejor. Al arrullo de dulzones temas americanos de los años cincuenta, Raquel dejó a su mente vagar sin rumbo por el mar de la memoria.

Durante los años que estuvo separada de su padre, el contacto con él fue casi nulo. Recibía algún regalo en algún cumpleaños, sin que fuera posible deducir o predecir cuándo lo recibiría y cuándo no. En la mayoría, sólo tuvo silencio. Alguna

llamada por Navidad, alguna otra sin fecha especial... Hasta que esa precaria comunicación se cortó de cuajo. Hacía tres años que Raquel no sabía absolutamente nada de su padre. Ni siquiera cuando murió su abuela quiso avisarle. Para qué. Era menos doloroso imaginar que no tenía padre que tenerlo así, distante y despreocupado por completo de ella y de su vida.

Ni siquiera volvió a pensar en qué demonios hacía en la vieja mina. ¿Quería encontrar oro? Vano deseo en una explotación agotada y abandonada siglos atrás. Pero ¿qué otra cosa podía ser? Y ahora había muerto. El inspector Lorient no le había dado detalles, aunque algo le decía que su muerte no había sido *normal*. Aquel sueño... Aquella pesadilla en la que se veía abalanzándose sobre la figura de su padre aterrorizado...

Fray Gabriel y José se acercaban a su destino después de un largo e incómodo viaje. El tiempo no había sido muy benigno con ellos. Durante varias jornadas habían tenido que cabalgar bajo la lluvia o la nieve, y siempre con un frío omnipresente acosándolos. Les animó ver la abadía ya muy cerca, en lo alto de un peñasco. Parecía formar parte de él, como una pústula que emergiera de la piedra oscura de la ladera. El torreón defensivo y la torre del campanario sobresalían por encima de su robusta estructura. La bruma que envolvía la abadía caprichosamente desvelaba y volvía a ocultarla a su vista. El fraile nunca había sido un hombre dado a dejarse llevar por emociones irracionales, aunque tuvo que reconocer ante sí mismo que lo había invadido un mal presentimiento.

Se oyeron unas campanadas provenientes de la abadía. Anunciaban uno de los oficios diarios, pero había en ellas una inusitada premura. Daban la impresión de estar advirtiendo de un incendio o alguna otra catástrofe. Le hicieron recordar la razón por la que estaba allí y la misiva que le había hecho llegar el obispo a través del joven soldado:

*Querido amigo y hermano en Cristo:*

*Una vez más nos vemos en la obligación de solicitar vuestros servicios. De pedirnos un favor, en realidad, a pesar de que somos nosotros quien tiene una deuda con vos. En la abadía de San Pedro de Lesmes, en tierras de León, ha ocurrido un hecho luctuoso y terrible que sume desde entonces en el temor y el desasosiego a su comunidad de monjes. Se trata de la muerte de uno de los hermanos. Un crimen, sin duda, pero que estos monjes, dedicados por entero a la oración y el estudio, atribuyen a la acción del Maligno. No es que les falte razón, pues todo mal deriva de la persuasión sobre las almas del gran enemigo de Nuestro Señor. Pero ambos sabemos que, aunque el Mal existe, son simples hombres, y no demonios, quienes le sirven de instrumento y ejecutan su pérfida voluntad.*

*El hermano muerto fue hallado en circunstancias, ¿cómo decirlo?, poco piadosas y envueltas en un halo de misterio. Ciertos detalles, cuyo relato prefiero dejar al abad, hacen pensar realmente en el Maligno. No los desdeñéis, aunque confío ciegamente en vuestro criterio y estamos seguros de que sabréis dilucidar el enigma y descubrir al culpable. Es esencial que lo consigáis con diligencia y prontitud, pues no hay dolencia que se extienda más deprisa y cale más hondo en las almas que el miedo.*

*Os haréis cargo de que ha de ser un religioso quien investigue. Alguien de nuestra total confianza, para actuar en nombre nuestro y para callar si fuera necesario. Disipad las dudas de los monjes, obrad con prudencia y sabiduría,*

*descubrid la verdad y haced que regrese la paz a la abadía. Rezaré por vos en esta tarea.*

*Que Dios os guíe y os guarde,*

*Pedro Fernández*

Fray Gabriel se había opuesto en principio a que el soldado lo acompañara. Estaba muy acostumbrado a hacer las cosas a su manera. También en este caso prefería llevar a cabo él solo sus investigaciones, sin tener que pensar en otros que lo distrajeran. Pero tuvo que plegarse a los deseos del obispo. Fue una imposición suya «para vuestra protección», según le informó José. Lo cierto es que había resultado ser un compañero de viaje más ameno de lo que esperaba, a pesar de sus bruscas maneras y actitudes.

Ese viaje estaba llegando a su fin. Avanzaban por un valle junto al que discurría un río de fuertes corrientes, que acabaría desbordándose si continuaban las nieves en las cumbres próximas.

—Este lugar está muerto —dijo el soldado.

La vida parecía quedar congelada cada invierno, los árboles perdían su exuberancia y se convertían en palos desnudos, manos raquílicas emergiendo de la tierra, ahora fría y endurecida; los animales se agazapaban en lo más profundo de sus madrigueras, tratando de sobrevivir hasta la primavera. Pero el fraile intuyó que José no se refería a eso. Al repique de campanas le sucedió un silencio sepulcral, que ni el crudo invierno bastaba para justificar.

—¿Oyes? —preguntó fray Gabriel, aguzando él mismo el oído.

—No se oye nada.

—Exacto. Ni siquiera el trinar de algún pájaro.

Pasaron junto a un humilladero que marcaba los límites de la comarca. Había también en él algo inquietante, porque le faltaba la cruz de piedra que debía alzarse sobre la base escalonada.

El mal presentimiento del fraile se intensificó cuando, más adelante, llegaron a las primeras viviendas de la aldea. Unas gallinas salieron a su encuentro antes de apartarse de su camino entre cacareos asustados, que lo parecieron aún más en aquella antinatural quietud. Olía a comida recién hecha, pero no se veía un alma. Ningún curioso aldeano se asomó para ver quiénes eran los forasteros recién llegados, como sería de esperar en una tierra tan remota como esa, donde las visitas del exterior eran muy escasas y dispersas.

El soldado se puso tieso sobre la silla del caballo y agarró la empuñadura de su espada.

—Algo está ocurriendo aquí —dijo.

Cruces. Había cruces dondequiera que posaran la vista. Labradas toscamente en madera y clavadas en la tierra o colgadas. Incluso pintadas, con lo que parecía sangre,



en las puertas y las celosías de las ventanas.

Oyeron un murmullo de voces que al instante se convirtió en un furioso griterío.

Una horda de aldeanos furibundos se agitaba en la plaza de la aldea. Aullaban como animales, profiriendo a gritos insultos y maldiciones. Todos dirigidos a una joven de pelo muy negro y rizado. La muchacha intentó en vano escapar de quienes la rodeaban, pero la masa rabiosa se cerró a su alrededor y la amenazó con hoces, mazos y hasta guadañas. Así era como siempre empezaba, fray Gabriel ya lo había visto antes. El religioso seguía sobre su caballo, como absorto. Alguien lanzaría una primera piedra, que todos estaban aguardando. Esa piedra les daría el indigno coraje para arrojar también la suya, y la joven moriría sepultada bajo una lluvia de piedras manchadas con su sangre.

José saltó de su montura y desenvainó la espada.

—¡Apartaos, hijos de mala madre! —bramó— ¡Apartaos, o juro por Dios que os ensarto a todos!

El valor de la chusma flaqueó por un instante. Ni uno solo de los aldeanos se atrevió a hacer frente al soldado, que consiguió romper el círculo en torno a la joven y plantarse delante de ella con la espada en alto. José no tenía ni idea de qué la acusaban o a qué podría deberse aquello, aunque poco le importaba. La justicia nunca debía llevarse a cabo de ese modo cruel y cobarde.

Fray Gabriel seguía perdido en sus pensamientos, con una expresión atormentada. La muchacha, que estaba encogida sobre sí misma, se atrevió ahora a erguirse un poco, y el fraile consiguió por fin ver su rostro. Era tan hermosa...

—¡AAAHH! —chilló la mujer frente a ella, llevándose las manos a los ojos y doblándose igual que una rama partida—. ¡Estoy ciega! ¡Ha sido la bruja! ¡Matadla! ¡Matad a la bruja y sacadle los ojos!

La furia y el miedo se reavivaron como una llama al viento. Alguien lanzó un pedazo de hielo, duro como una piedra. Iba dirigido a la joven, pero acabó acertando a José y abriendo una brecha en su mejilla. El rojo brillante de su sangre enardeció aún más a la chusma. Otros se agacharon para arrancar pedazos del suelo helado.

—¡BASTA! ¡Basta! —exclamó el fraile para acallar los gritos.

Sólo ahora los aldeanos parecieron darse cuenta de su presencia. Sus hábitos le abrieron paso entre ellos como antes habían conseguido la espada y las maldiciones del soldado.

Un murmullo reverencial e inquieto atravesó la muchedumbre mientras le veían dirigirse hacia la mujer que decía haberse quedado ciega por alguna hechicería de la muchacha. Miraba hacia adelante con un gesto vacío, de veras convincente. Fray Gabriel arrancó la hoz de las manos del hombre que estaba a su lado, y la lanzó sin previo aviso contra el rostro de la mujer.

Ella se apartó al instante aunque nada le hubiera alertado de lo que iba a ocurrir. La chusma estaba tan sorprendida que sólo después consiguió lanzar un grito de pavor.

El fraile tiró la hoz al suelo y dijo:

—Nadie va a morir aquí hoy. ¿Qué pruebas tenéis de que esa joven sea una bruja? ¿Quién lo dice?

Miró a su alrededor con un gesto implacable, desafiante, que obligó a bajar la vista de quien la cruzó con él.

—Esta mujer ha mentido —continuó, señalando a la aldeana—. No está ciega, como acabáis de ver. O no habría esquivado la hoz y ahora estaría muerta.

Una voz anónima se dejó oír.

—La joven es una puta del Diablo. Por ella está muerto el monje y ha desaparecido el pequeño Rodrigo. Debe de estar muerto también...

El monje del que hablaba el aldeano era la causa por la que fray Gabriel estaba en la aldea. El religioso cortó de cuajo los murmullos de asentimiento que generaron esas palabras. Sólo continuó el lamento inconsolable de una mujer, sin duda la madre del niño, el tal Rodrigo.

—¡Yo diré quién ha asesinado a ese monje! Para descubrirlo me ha enviado aquí el obispo de Astorga. ¿Os creéis más sabios que él? ¿O que yo? Si os atrevéis a tocar un solo cabello de esa joven, haré que os excomulguen a todos, y vuestras miserables almas arderán en los infiernos.

El fraile se acercó a la madre. Su gesto duro cambió de inmediato ante el sufrimiento de ella.

—¿Qué le ha ocurrido a tu hijo?

—Yo...

La madre rompió en sollozos. Fray Gabriel se inclinó para colocarse a su altura y le puso las manos sobre los hombros, con un gesto tierno.

—Cálmate, hija mía, y cuéntamelo.

—Estaba dando de comer... —Suspiró con un sonido acuoso— a los conejos. Rodrigo... él... él estaba conmigo. Pero cuando me di la vuelta... ya no estaba. Mi esposo... ha ido a buscarlo. Tiene sólo seis años...

La última palabra se estiró hasta perderse entre nuevos sollozos. El fraile imaginó que la desaparición del niño era la razón de esa caza de brujas, la gota que había colmado el vaso del miedo de esas gentes. Y el miedo casi siempre se vuelve primero contra los más débiles o los que son diferentes.

—Lamento de corazón la desaparición de tu hijo —trató de consolar a la madre—, y, si es la voluntad de Dios, tu esposo lo encontrará sano y salvo. Pero no podéis hacer pagar a una inocente por ello si no tenéis pruebas de que es culpable. Dime, ¿las tienes? —Se irguió y alzó la voz, para dirigirse al resto y preguntarles de nuevo—: ¿Tenéis pruebas en su contra?

La madre negó con la cabeza.

José agarró del brazo a la joven que acusaban de brujería y la condujo hacia su caballo sin que nadie se opusiera. La muchedumbre empezó a disgregarse. Su sed de sangre había sido apaciguada por el momento.

—¡Hijo! —gritó la madre de pronto.

Un hombre se acercaba por el campo. Iba desnudo de cintura para arriba, a pesar del frío. Su camisola cubría al niño que llevaba en los brazos, tan menudo que apenas sobresalía de ella. La madre corrió a su encuentro. La vieron detenerse junto a su esposo y arrancarle a su hijo de las manos. Un suspiro de esperanza y luego...

—¡NOOOO!

Los miembros flácidos del niño colgaban inertes por fuera de la camisola. A fray Gabriel lo poseyó una furia sin destinatario. Toda su fe no le había bastado nunca para aceptar la muerte de inocentes, para comprender por qué Dios permitía tanto sufrimiento en esta vida. Se acercó a los padres y se arrodilló junto a la mujer, que mecía el cuerpo muerto de su hijo, del color azul de los ahogados.

—Cayó al lago... —explicó el padre.

El fraile juntó las manos en posición de oración. Luego colocó una de ellas sobre la frente del niño. Estaba fría y húmeda. Cerró los ojos y rezó por su alma:

—*Requiem aeternam dona ei, Domine. Et lux perpetua luceat ei. Requiescat in pace. Amen.*

Se levantó y volvió junto al soldado y la joven que habían salvado.

—Haz que te curen esa herida en la abadía —le dijo a José con voz hueca.

Su mejilla continuaba sangrando por la herida que le había abierto el pedazo de hielo.

—Es sólo un rasguño...

—Hazlo de todos modos. O límpiatela a conciencia.

A José le había sorprendido el modo en que el fraile se comportó con los aldeanos, sobre todo con la mujer que había fingido quedarse ciega. Por el trato que había tenido hasta ahora con él, nunca lo habría creído capaz de algo así. Lo tomaba como un erudito extravagante y poco más. Dudaba mucho que hubiera llevado adelante su amenaza, pero no quiso quedarse con las ganas de saberlo a ciencia cierta.

—¿La habríais matado? Si esa mujer no se hubiera apartado, ¿de verdad la habríais matado?

Fray Gabriel no respondió. En vez de eso, se volvió hacia la joven y le preguntó:

—¿Cuál es tu nombre, muchacha?

Ella estaba agarrada a las ropas del soldado, sobre su montura. Temblaba de frío, o quizá por lo cerca que había estado de morir.

—Miriam, me llamo Miriam.

## 6

La noche anterior, el inspector Óscar Lorient no habría podido ni imaginar que acabaría viendo salir el sol junto a un camino recóndito en un monte. En contra de lo establecido por las ordenanzas, había estado tomando unas copas. Últimamente bebía demasiado. La ruptura definitiva con su mujer se había materializado esa misma tarde, aunque llevaba mucho tiempo fraguándose. Las continuas peleas y reconciliaciones dejaban una huella, una muesca en la grieta, que iba haciéndose más grande, y que, al final, había resquebrajado del todo su relación. Óscar no sufría por haber terminado con Berta, sino porque las ilusiones que se había hecho cuando empezaron eran ahora la arena de un reloj al que nadie podía ya dar la vuelta. Los nuevos comienzos no siempre son posibles. Cualquier mecanismo tiene una duración determinada.

En su estómago había dos *gin-tonics* bien cargados cuando su teléfono móvil vibró dentro del bolsillo. También sonó, pero era imposible oír la melodía por encima del ruido del bar de copas. Óscar se había quitado la alianza y estaba jugando con ella encima de la barra, haciéndola girar como una peonza. La aferró en el puño y salió a toda prisa a la calle cuando vio que lo llamaba el mismo comisario en persona. Era más de la una, lo que sólo podía significar que algo grave sucedía. Y así era. Una pareja de la Guardia Civil había encontrado un cuerpo descuartizado cerca de Lesmes, una pequeña localidad de la provincia, a unos cincuenta kilómetros al noroeste de León capital.

—El cuerpo está destrozado —dijo el comisario, después de pedirle que se encargara del caso.

—¿Ha podido ser un animal? —preguntó Lorient disimulando los efectos del alcohol. Tenía práctica y sabía hacerlo bien.

—Lo parece, en efecto... Pero no, está descartado. Tendría que haber sido un animal muy grande y fiero, y no se ha denunciado la desaparición de ninguno de esas características en la zona. Además...

—¿Además?

—Un animal nunca habría... En fin, prefiero que se lo cuenten los guardias civiles que hallaron el cuerpo. Tenga cuidado con las carreteras. Protección Civil ha anunciado que se acerca un temporal de los grandes.

Medio borracho, Óscar se metió los dedos en la boca y vomitó lo que pudo en una esquina. Luego fue, con paso incierto, en busca de su coche. Paró en la primera gasolinera para comprar un Red Bull y zumo de naranja. Al ver la máquina de tabaco, en la tienda, sintió unos repentinos deseos de fumarse un cigarrillo. Pero los superó. Eso sí había conseguido dejarlo hacía algunos meses, al cumplir los cuarenta, y no pensaba volver. Un vicio menos es infinitamente mejor que un vicio más.

De nuevo en el coche se dio cuenta de que había perdido la alianza. La buscó en sus bolsillos sin demasiada convicción. ¿Qué más daba un anillo cuando aquello que

simbolizaba ya no existía? Le dolía terriblemente la cabeza. Se bebió de un trago la lata de Red Bull y la mitad del litro de zumo. No quería llegar al puesto de la Guardia Civil y que notaran que había bebido. Lo más probable era que los agentes de la Benemérita no vieran con buenos ojos que les quitaran el caso de las manos. Una estúpida competencia entre cuerpos de seguridad que él nunca había compartido ni entendido. Y ello a pesar de que había tenido que sufrirla en más de una ocasión. Los casos relacionados con tramas de estupefacientes, por ejemplo, acababan en manos de los grupos especializados de la policía. A él nunca lo había molestado eso. Lo único importante era que los delincuentes acabaran entre rejas y se evitara, en la medida de lo posible, el daño que hacían a la sociedad.

Ahora le costaba recordarlo, pero Óscar se había hecho policía por vocación. Terminó la carrera de Geografía e Historia —elegida simplemente porque necesitaba tener estudios universitarios para acceder a las escalas más altas del cuerpo— y, de inmediato, se presentó a las oposiciones de la policía. Obtuvo uno de los números más altos y pudo elegir destino. Aunque había nacido en Zamora, su familia se trasladó a León siendo él muy niño, de modo que optó por quedarse en la ciudad a la que consideraba su casa. Conoció a Berta, su esposa, se enamoraron, se casaron y vivieron felices hasta que dejaron de serlo. Se alegraba de no haber tenido hijos. Ese era el resumen de su vida. No había más.

Ahora, en un bar de mala muerte del pueblo, de Lesmes, terminó de beberse su enésimo café y miró su teléfono móvil, que descansaba sobre la mesa de aluminio. Acababa de hablar con Raquel Torres, la hija del fallecido. En pocas horas tendría que ponerla al tanto de las circunstancias de la muerte de su padre. Chasqueó la lengua. Aquello era lo peor de su trabajo. El crimen se vuelve impersonal, como la enfermedad para los médicos, hasta que uno tiene que enfrentarse con las caras de los familiares o de los amigos de quien ha muerto. A veces, una víctima inocente; a veces un policía. Sin duda era lo peor.

Óscar pagó al camarero y salió del bar. Nevaba leve pero incesantemente. Las calles de Lesmes empezaban a exhibir un fino manto blanco. El cuerpo de Alejandro Torres descansaba en un depósito improvisado, después de que el juez lo hubiera levantado a primeras horas de la mañana. El temor se adueñó de los guardias civiles y del mismo magistrado. No era extraño que el comisario, que había endosado el caso al que consideraba su mejor hombre, hubiera preferido que viera él mismo el cadáver con la Guardia Civil. Horribles cortes cercenaban cada centímetro de su cuerpo. Eran incisiones precisas, sin desgarros, tan perfectas como las que habrían sido hechas con el filo de un escalpelo. Por las estimaciones del forense, se habían realizado en un orden muy concreto: primero las que no eran capaces de causar la muerte y luego las que segaron, tras un horrible padecimiento, la vida de la víctima.

Un policía siempre teme encontrarse con un caso así. Por muy sanguinarios que sean los delincuentes, suele haber un motivo para sus acciones. Esa es su debilidad y lo que permite capturarlos o abatirlos. Cuando están en la cárcel o en la fosa, queda

un regusto de satisfacción por haberlos derrotado. La sociedad queda libre de un tumor y está un poco menos enferma. A pesar del daño causado, todo el esfuerzo ha servido de algo. Uno puede ser positivo y apartar los fantasmas de las víctimas. Pero cuando ocurría algo como aquello... Ahí no existía una lógica. Era sólo el mal por el mal. Eso era lo que tendría que mostrarle a la hija del muerto.

—Maldita sea... —dijo entre dientes, bajo la nieve que perlaba su corto pelo castaño oscuro.

Mientras fray Gabriel, José y la joven ascendían por el camino que comunicaba la aldea y la abadía, la muerte del niño flotaba sobre el ánimo de los tres. El respetuoso silencio del fraile y sus acompañantes se sumó al que también envolvía todo allí. No se oía ni un trinar de un pájaro, ni el sonido escurridizo de ningún animal entre el follaje. De cerca, la abadía mostraba un aire aún más siniestro que cuando la vieron a lo lejos. La niebla parecía emerger de ella en vez de rodearla, y las almenas de sus torres y murallas, recortadas contra el ominoso cielo gris, hacían imaginar los dientes de alguna bestia voraz y gigantesca.

El interior era tan lúgubre como la parte de fuera. Los diversos edificios que componían la abadía tenían el mismo aspecto gris y desangelado. Claro que no podía esperarse un ambiente festivo en un lugar de recogimiento y oración como lo era aquel, y menos aún teniendo en cuenta que había muerto uno de sus miembros, pero la opresiva sensación que destilaban sus muros iba más allá del simple luto.

Un monje anciano, que labraba un huerto, se alzó al verles atravesar las puertas y luego inclinó la cabeza para darles la bienvenida. Parecía un espectro, igual que los otros monjes que estaban trabajando en el patio. La mayoría formaba pequeños grupos, quizá porque temieran separarse y quedarse a solas. En más de un rostro, abultadas bolsas de color púrpura bajo los ojos delataban muchas noches en vela.

La presencia de Miriam provocó una agitación que el fraile ya había previsto. Ninguna mujer podía entrar en la abadía. Era consciente de eso, pero no iba a permitir que la joven regresara a la aldea. No hasta que los ánimos se calmaran del todo. Había asustado con sus amenazas a los justicieros aldeanos, pero no tardarían en volverse de nuevo contra ella si no descubría al verdadero asesino del monje.

Un novicio que barría el patio, casi un crío, se topó con los ojos de Miriam cuando ella desmontó. Lo vieron dirigirse apresuradamente hacia la iglesia mientras se persignaba una y otra vez. La joven tenía el cuello de sus ropas rasgado. Un hombro, blanco como la nieve pura, se dejaba ver sobre el tosco tejido. También una extraña marca de nacimiento con la forma de una estrella, de color rojo intenso, que no pocos tomarían por algo demoniaco. Más aún teniendo en cuenta la fama de bruja de la joven.

—Cúbrete, muchacha —dijo fray Gabriel.

El soldado se quitó su capa y la puso sobre los hombros de Miriam.

—Yo me quedo con ella —se ofreció.

—Está bien. Voy a presentar mis respetos al abad.

José ya se encaminaba hacia la entrada.

—¡Eh! ¡Hermano! —llamó al monje anciano de la huerta—. ¿Hay algo por aquí para comer? ¿Y vino? ¿O cerveza?

Lamentaba la muerte del pequeño, pero así de cruel era la vida y había que aceptarlo. Los muertos iban a parar a una fosa, que Dios los acogiera en su seno. Los

que quedaban, debían seguir adelante y disfrutar todo lo posible antes de unirse a ellos, mejor tarde que pronto.

—Sí —respondió el monje—, ahora os traigo algo de la cocina. Pero os ruego que comáis en el establo —añadió, mirando a Miriam de soslayo.

El soldado quiso entrar en las cuadras para esperar allí a que el monje regresara. No podía hacer más frío dentro que a la intemperie, pero la joven se negó sin darle explicaciones.

Fray Gabriel y el monje que lo guiaba se arrodillaron frente al altar, de camino a una de las naves laterales de la iglesia. Allí se abría la entrada a los dormitorios, que a su vez conectaban con el palacio del abad. En ellos hacía un bochorno insoportable en verano y, durante los largos meses del frío invierno, la única fuente de calor era una simple vela que se mantenía encendida durante toda la noche. Sólo los usaban unas pocas horas al día, las mínimas necesarias para que el sueño les permitiera recuperar las fuerzas. El resto del tiempo lo repartían entre los siete oficios religiosos diarios, el cultivo de la huerta y los campos, el mantenimiento y limpieza de la abadía, la copia de manuscritos y el cuidado de los animales de granja. Eso era la vida monacal: un continuo alternar de trabajo y oración para ganarse la vida eterna.

Los únicos que no estaban sujetos a esa estricta rutina eran los monjes que caían enfermos. A ellos se dedicaba con devoción el hermano enfermero, que hacía al mismo tiempo las veces de barbero y cirujano. Igual retocaba una tonsura que arrancaba una muela carcomida o cosía con hilo grueso una herida abierta por un cuchillo o un infortunado golpe de hoz. Poco había que hacer con los que se veían aquejados de males desconocidos o demasiado graves, o por las víctimas del simple paso de la edad, salvo velar junto a sus camastros de paja y hacer que sus comidas, una o dos diarias, fueran algo menos escasas.

Al pasar junto a la enfermería, fray Gabriel oyó la voz de uno de esos monjes desahuciados. «La grieta —repetía una y otra vez—, la grieta». Entrevió su semblante pálido y demacrado a través de la puerta, a medias abierta. El hermano que estaba dentro junto a él se apresuró a cerrarla, con un gesto grave e incluso alarmado. A través de la madera, el fraile creyó oír de nuevo al convaleciente. Dijo algo sobre la cruz del Todopoderoso.

—¿Qué le ocurre? —preguntó al monje que lo acompañaba.

—Fue una desgracia. Cayó de un caballo y se rompió el espinazo. No consigue mover las piernas desde entonces, y sufre fiebres y terribles dolores.

Lo dijo en un susurro, que aun así retumbó en el corredor vacío por el que avanzaban. Incluso el fraile sintió que había algo extraño en el aire, una especie de asfixiante densidad. Se dijo que eran sólo imaginaciones suyas, consecuencia de la impresión que le había causado la muerte de aquel pobre niño de la aldea. Pero no se le escapó el miedo que el monje que estaba junto a él tenía marcado en el rostro y hasta en los gestos. El obispo estaba en lo cierto: ninguna dolencia se extiende más deprisa y más profundamente que el miedo. Y ya había calado hondo en los



corazones de todos los miembros de la abadía.

—¿Qué es esa grieta de la que habla? —preguntó el fraile.

—Sólo Dios lo sabe. Delira en sueños. A veces también cuando está despierto...

—El monje vaciló antes de continuar—. Habla en muchas ocasiones de un objeto negro como una noche sin luna.

—¿Un objeto negro?

—Dice que lo encontró en las montañas, al otro lado del valle, y lo metió en las alforjas del caballo. El mismo día en que se cayó. El mismo en que aquella bola de fuego llegó del cielo... Que Dios nos proteja.

A fray Gabriel le costó un instante asimilar esas inesperadas revelaciones, de las que nada sabía.

—¿Una bola de fuego que cayó del cielo, dices? ¿Te refieres a una estrella fugaz? El monje asintió.

—Pero no era una cualquiera, os lo aseguro. Deberíais haberla visto con vuestros propios ojos, como lo hice yo. Cruzó por encima de nuestras cabezas, envuelta en llamas. Pensé que había llegado el fin de los tiempos y...

—¿Y?

—Desde entonces, muchos hermanos han visto una sombra demoniaca en la oscuridad. —Su voz flaqueó hasta volverse casi inaudible—. También la han visto en la aldea. Se deja vislumbrar por un instante, en la bruma o junto al río, y luego se desvanece como por artes diabólicas.

Eso explicaba todas aquellas cruces que plagaban la aldea. Sus habitantes debían de haberlas puesto a modo de protección, para ahuyentar a esa sombra de sus hogares y sus familias.

El monje se santiguó antes de continuar. Mientras hablaba, iba reduciendo el paso y encogiéndose sobre sí mismo.

—En la aldea falta comida porque los animales escasean. Yo os digo que se esconden porque presienten algo maligno. ¿No os habéis fijado en que ni los pájaros cantan? Las cabras y ovejas no dan leche desde hace días, o la poca que dan es agria como la bilis... —Se detuvo abruptamente para decir—: Aquí es el palacio del abad.

Fray Gabriel imaginaba que todo eso serían en buena medida exageraciones o el reflejo de miedos y supersticiones proyectados en hechos cotidianos, o sucesos explicables de una forma cabal. Aun así, habría querido indagar más sobre esos supuestos hechos. No tuvo ocasión porque el abad salió a su encuentro cuando el otro monje anunció su llegada. Se inclinó y dijo:

—Bienvenido a nuestra abadía, aunque sea en estos tiempos oscuros. Que la paz sea con vos.

—Y con tu espíritu, hermano.

Los dos religiosos se dieron el beso con el que siempre se recibía a un huésped. Luego, conforme también a la Regla de san Benito, el abad vertió agua en un cuenco y lavó él mismo las manos del fraile.

Un monje entró cuando terminaba de secárselas. Era el mismo que acompañaba al hermano convaleciente y había cerrado la puerta de la enfermería.

—Soy el prior —se presentó—. Espero que hayáis tenido un viaje sin contratiempos.

—Acaba de morir un niño en la aldea. Ahogado.

El anuncio del fraile pareció todavía más tétrico en aquel ambiente de por sí mortificado. En las expresiones de los dos monjes se remarcaron las arrugas de preocupación que ya las cruzaban.

—La desgracia ha caído sobre todos nosotros... —dijo el abad.

Tomó asiento en una silla alta y sin adornos, igual de austera que el resto de la sala, quizá porque sintiera físicamente sobre los hombros el peso de esa desgracia de que hablaba.

—Los aldeanos culpaban a una joven —siguió fray Gabriel—. La acusan de ser una bruja. Habría muerto también si yo no hubiera intercedido por ella.

—Miriam, la judía —adivinó el prior.

—Así es.

Se mostró contrariado ante la noticia. Su superior, en cambio, no dio signos de estar mínimamente sorprendido.

—En ocasiones, las gentes humildes son capaces de ver lo que se les escapa a los sabios —sentenció.

—Permitidme que lo dude, al menos en este caso —dijo el fraile.

—Acabáis de llegar. No deberíais pensar que sabéis todo lo que aquí ha acontecido. La soberbia es un pecado capital, querido hermano.

—La superstición no lo es, mi querido abad, pero debería serlo. Aunque os doy la razón en que necesito saber más de lo que sé. Confío en que vos y vuestro prior me ayudéis a resolver esa cuestión.

—Contad con ello —garantizó el prior.

Trataba de apaciguar los orgullos de sus dos hermanos. Lo último que deseaba era que acabaran turbando aún más la paz de la abadía.

—Os lo agradezco.

Sólo conocía parcialmente las circunstancias en que había muerto el monje, gracias a la misiva del obispo. Y en cualquier caso prefería oír el testimonio de quienes lo habían vivido de primera mano, además de ver por sí mismo el lugar donde la muerte había ocurrido.

Fue el prior el que habló, aunque sólo tras un asentimiento leve y una mueca de aquiescencia por parte del abad.

—El hermano Olegario, así se llamaba, no era el más disciplinado de nuestra congregación. Me veía obligado a reprenderle con mucha frecuencia y a menudo llegaba tarde a los oficios. No parecía escarmentar por más tiempo que lo mantuviera de bruces en el suelo de la iglesia.

Cuando un monje se retrasaba, era obligado a postrarse boca abajo en mitad del

coro, como penitencia, hasta que el abad o el prior le permitían levantarse y unirse a sus hermanos en la oración común. Eso sí, relegado a las últimas filas del coro.

—Entiendo —dijo fray Gabriel.

—Dios me libre de manchar su memoria —continuó el prior—. Os cuento esto sólo para que entendáis por qué a nadie le sorprendió que aquella noche no estuviera presente cuando empezó el oficio de maitines. Comenzamos a preocuparnos cuando terminó y seguía sin aparecer. Primero miramos en los dormitorios. No era raro que Olegario se quedara dormido, sobre todo en los oficios de mitad de la noche, pero tampoco estaba allí. Al final lo encontramos en el establo...

—Muerto.

—Peor que eso, si decirlo así no os parece una necesidad. Estaba tirado en el suelo, de rodillas y con sus... partes a la vista. Tenía el hábito levantado hasta la cintura. Pensamos que se había dormido en esa postura. Olegario a veces se excedía también con el vino. Pero cuando le dimos la vuelta vimos que estaba muerto. Tenía el cuello partido y se había arrancado a sí mismo los ojos.

—«Y si tu ojo derecho te escandaliza —intervino el abad—, arráncatelo y títalo, porque más vale perder una parte de tu cuerpo, que sea arrojado todo él al fuego del Infierno». San Mateo, capítulo cinco, versículo veintinueve.

Al fraile no se le ocurrió qué contestar, de modo que siguió interrogando al prior:

—¿Cómo sabéis que se arrancó él mismo los ojos?

—Los tenía en sus propias manos.

Eso no era una prueba suficiente, pero fray Gabriel decidió seguir adelante. Había otras informaciones que le interesaba más averiguar en ese momento.

—¿Sabéis cuándo ocurrió?

—Asistió al oficio de completas. Debió de morir entre la hora de acostarse y el final de los maitines. Dormimos todos en la misma sala y le vi levantarse de su catre. Supuse que necesitaba aliviarse. Intenté mantenerme despierto hasta que volviera, pero el sueño me venció —dijo, apesadumbrado.

—¿Faltaba alguien más en el dormitorio? ¿O lo abandonó otro hermano en algún momento?

El abad volvió a intervenir con su actitud cargada de fatalismo.

—No busquéis al asesino entre uno de nosotros, hermano. Es al Maligno a quien debéis encontrar entre nuestros muros. O fuera de ellos...

El fraile no dudó de que se refería a Miriam. Ante eso, pudo haber esgrimido la autoridad que le había concedido el obispo, superior de ambos, y decir que sólo a él le correspondía decidir a quién investigar y a quién no. Prefirió no hacerlo por el bien de su misión. Desafiar al abad sólo haría más complicado el camino hacia la verdad, y la verdad era más importante que su orgullo.

—Os aseguro que no es mi intención acusar a vuestros hermanos, que también son los míos, pero sin duda conocéis las artes del Maligno y cómo pueden corromper hasta a las almas más puras.

Al fraile le costó escuchar sus propias palabras, en las que no creía. Al menos en el sentido que sabía que el abad les atribuiría. Pero era consciente de que sólo así lograría ganarse su colaboración.

—Estáis en lo cierto —concedió el abad.

—Nadie más salió del dormitorio —respondió el prior a la pregunta—. Los únicos que no estaban en él eran el propio Olegario, mi señor abad y fray Alonso.

—¿El monje que está en la enfermería?

A los otros dos les sorprendió que supiera a quién se referían. Y fray Gabriel vio algo más en la mirada del prior.

—¿Lo conocéis? ¿Habéis hablado con él?

La pregunta no tenía mucho sentido. El fraile acababa de llegar, como resultaba obvio. El propio prior le había visto pasar junto a la enfermería y sabía, en consecuencia, que no había entrado en ella. Que le preocupara tanto si había hablado o no con el monje enfermo resultaba cuando menos sospechoso. También el tono extraño que empleó, que parecía confirmar los recelos de fray Gabriel.

—En realidad no conozco a fray Alonso —dijo—. Sólo lo he visto de camino hacia aquí. También a vos, prior. Sin duda es encomiable el desvelo que mostráis hacia él, pero ¿no debería estar cuidándole el hermano enfermero en vuestro lugar?

Había dejado caer ese comentario, algo insidioso, para ver la reacción del prior, pero no hubo ninguna lo suficientemente clarificadora. O no tenía nada que ocultar en realidad, o había logrado recomponerse lo bastante para ser capaz de disimularlo de un modo convincente. El fraile no sabría decirlo.

—Sufrió un accidente. —El prior confirmaba lo que el otro monje le había contado—. Se cayó de un caballo. Encontramos muerto al animal, y a él al lado, yaciendo sobre la nieve aunque todavía vivo, gracias al Señor, y lo trajimos a la abadía. Desde entonces está así. Parte el corazón verlo ahora. Era un monje tan alegre y devoto...

La compasión del prior era auténtica. Fray Gabriel se dijo que quizá su instinto estuviera engañándole en esta ocasión y no hubiera nada turbio sobre fray Alonso que quisiera ocultarle. En cualquier caso, no debía de tener relación con la muerte de Olegario. El monje convaleciente no podía ser su asesino si no conseguía usar sus piernas y ni siquiera levantarse del camastro.

Hablar de fray Alonso le hizo recordar lo que le había contado sobre él el monje que lo había conducido hasta el palacio del abad.

—Fray Alonso dijo haber encontrado un objeto negro el día en que cayó un meteorito del cielo, ¿no es así? ¿Puedo saber qué era?

El prior se apresuró a contestar. Demasiado rápidamente, quizá.

—Fray Alonso pasa el día y la noche entre delirios. No debéis prestarle oídos. Ese objeto negro no existe. Aunque tanto insistió que comprobamos las alforjas. Estaban vacías. Me temo que la caída del caballo le ablandó los sesos. Siempre tuve recelos de que esa condenada curiosidad suya acabaría volviéndose en su contra...

—Aquel meteorito fue un aviso de los cielos —dijo el abad—. A partir de su caída empezó todo: el accidente de fray Alonso, la muerte del hermano Olegario, la sombra y las huellas que muchos hemos visto...

—¿Qué huellas? —preguntó fray Gabriel.

—Encontramos unas huellas perturbadoras en la nieve, alrededor del establo —explicó el prior—. Eran dos pares. Unas pequeñas y estrechas, como de un pie de mujer. Las otras... las otras no soy capaz de describíroslas, aunque puedo decir que no pertenecían a un ser humano ni eran de ninguna bestia que yo conozca. Y se han visto más veces desde la muerte de Olegario. Dentro de la abadía y también en la aldea.

—Había además una gallina muerta junto a su cadáver —añadió el abad—. Sombras malditas, mutilaciones, sacrificios de animales y las huellas de un súcubo. ¿Es que no veis en todo ello los claros signos del Diablo?

Fuera quien fuese el asesino de Olegario, sin duda no se trataba de un súcubo, como el abad especulaba. La idea de un demonio que tomaba la forma de una mujer increíblemente hermosa y seducía a las almas cándidas era, para el fraile, sólo una superstición más.

—Puede que Olegario sorprendiera a un ladrón en el establo, que trataba de robar la gallina que mencionáis... A una ladrona. Eso explicaría las huellas que parecen de mujer.

—Olegario era el monje más fuerte de nuestra congregación. Sacaba dos palmos a todos los otros y pesaba al menos doscientas cincuenta libras. ¿Cómo podría conseguir matarlo una mujer?

La pregunta del abad era sensata, pero tenía una respuesta sencilla.

—Quizá ella se escondió al percatarse de que alguien venía. Y luego lo atacó a traición, golpeándolo con algo que le partiera el cuello.

—¿Y las otras huellas? ¿Y por qué se arrancó los ojos el hermano Olegario? —insistió el abad.

—Reconozco que hay cabos que faltan por atar, aunque debo confesaros que no encuentro nada inexplicable en lo que me habéis relatado.

Fray Gabriel incluso tenía una hipótesis sobre qué hacía el hermano Olegario medio en cueros y oculto por la noche, pero prefirió no compartirla con sus interlocutores.

El abad y el prior se quedaron en un silencio meditabundo. Eso hizo que el fraile llegara a albergar la esperanza de haber sido capaz de convencerlos, hasta que les vio intercambiar una mirada enigmática.

—Seguidnos —dijo el abad—. Hay algo que debéis ver.

La única carretera que llegaba hasta Lesmes tenía el mismo derecho de calificarse así como un gorrion de llamarse águila. Era estrecha, encajada entre gargantas boscosas y sin el menor atisbo de arcén. El pavimento mostraba las heridas provocadas por la alternancia del hielo invernal y el tórrido sol veraniego. Los muchos parches, de un color ocre sobre el fondo gris, no hacían sino aumentar las ondulaciones que la gastada suspensión del Citroën de Raquel se afanaba en absorber. Seguía nevando, ahora con creciente intensidad. No había que ser meteorólogo ni adivino para saber que, de seguir así, la carretera quedaría impracticable antes de la noche. Pero a Raquel eso le daba igual. Sólo le importaba llegar al pueblo.

Al fondo de un tramo recto, después de un par de curvas enlazadas dignas de un circuito ratonero y por detrás de una loma, la figura inconfundible de un campanario se alzó ante sus ojos. Más allá, en lo más alto del monte, se distinguían también las ruinas de lo que parecía ser un antiguo monasterio. Al ir avanzando por la carretera, la loma quedó a un lado y pudo distinguir las primeras casas. Eran viejas, de piedra casi sin labrar. A ambos lados quedaban las tierras de labor, ganadas al bosque. La vía cruzaba entre las viviendas hacia la iglesia. Allí debía de estar la plaza del pueblo, así como el ayuntamiento. Había quedado en estacionar en la plaza y llamar al inspector Lorient en cuanto lo hiciera. El policía le había dicho que prefería hablar con ella antes de llevarla al cuartelillo de la Guardia Civil para reconocer el supuesto cadáver de su padre.

El coche avanzó muy despacio por la calle ya medio helada. Los pocos vecinos que estaban fuera de sus casas caminaban como ancianos, con paso quedo y temeroso. Muchos eran, de hecho, ancianos. Aquellos pueblos casi no tenían gente joven. Esta prefería escapar del aislamiento y la vida rural para establecerse en las ciudades. Aunque esa tendencia parecía invertirse en los últimos tiempos por culpa de la maldita crisis económica. Resultaba mucho más fácil ganarse la vida en un pueblo que en las saturadas ciudades, donde el paro se cebaba especialmente en los más jóvenes e inexpertos.

«La vida es dura para todos», pensó Raquel mientras comprobaba que el hueco elegido para aparcar no tenía ninguna indicación que lo prohibiera. Paró el motor diésel, que renqueó un par de segundos antes de detenerse, y cogió el teléfono móvil. Lo tenía ya en la mano cuando sonó. Eso le hizo dar un respingo que a punto estuvo de hacer que se le cayera de la mano. La pantalla mostraba el nombre de su ex novio. Del bombero, el último de ellos.

Raquel estuvo tentada de colgar sin responder, pero no lo hizo.

—Enrique, estoy fuera —dijo a modo de saludo, sin la menor intención de contarle nada de lo ocurrido—. ¿Qué quieres?

—¿Ah, sí? ¿Estás fuera? ¿Dónde? —preguntó él con su voz más zalamera.

—¿Qué quieres, Enrique? No estoy de humor para charlar.

—Yo... Sólo quería decirte que he estado pensando mucho. En nosotros.

Raquel emitió una carcajada de burla.

—¿Tú pensando? Y yo soy la reina de Saba.

El bombero encajó el golpe.

—Quería pedirte perdón. Por todo.

—Está bien que me pidas perdón. Me parece estupendo.

—¿Me perdonas, entonces?

—No. Pero estoy a favor del arrepentimiento.

Hacía un par de semanas que Raquel había pillado a Enrique dándose el lote con una compañera del cuartel de bomberos. Fue un día en que se celebraba una fiesta a la que, en teoría, ella no iba a poder asistir por culpa del maldito trabajo. En el último momento consiguió escaparse y decidió darle a Enrique una sorpresa, apareciendo sin avisar. En realidad, la sorpresa se la llevó ella.

—No seas así —le rogó Enrique, ahora con la pena del cocodrilo antes de devorar a su presa.

—Mira, Enrique, lo nuestro se acabó.

—Por favor, no digas eso. Fue sólo un error. Lo hemos pasado muy bien juntos, ¿no?

—Lo único medio bueno contigo ha sido el sexo, y ni siquiera es que haya sido espectacular. Además, con eso no basta. Al menos a mí no me basta, ¿te enteras?

—Dame otra oportunidad, Raquel. Yo te prometo que...

—Mira, Enrique —le cortó ella—, basta ya de gilipolleces. Tú y yo hemos terminado. Vete a que te la chupe tu amiguita del cuartel. Tenía cara de que le va más que a mí.

Como antes con su jefe, Raquel finalizó la comunicación sin más palabras. Estaba cortando todos los hilos de su insatisfactoria existencia: su padre había muerto, su jefe debía de estar a esa hora formalizando su despido y su último novio quedaba atrás para siempre.

El inspector Lorient había regresado al cuartelillo de la Guardia Civil cuando Raquel lo llamó. No la esperaba tan pronto. Con el tiempo que hacía, se había figurado que le costaría más tiempo llegar hasta el pueblo.

—Quédese en la plaza. Iré a buscarla en unos minutos.

La cabeza de Raquel estaba embotada. Empezaba a sentir el efecto de la falta de sueño y, ya en Lesmes, también se le hacía más patente el motivo de su viaje. No era precisamente un viaje de placer.

No quiso esperar al policía dentro del coche. La nieve era ya una cortina, pero logró distinguir el letrero de un bar en una de las esquinas de la plaza. Necesitaba tomar algo caliente. Salió del vehículo y atravesó la pequeña explanada de adoquines hasta cobijarse bajo un soportal. Se volvió. Enfrente se erguían las banderas del

ayuntamiento, con los colores apenas visibles y lacias como preservativos usados.

—Buenos días —la saludó el camarero del bar en cuanto cruzó la puerta.

Era el típico local de pueblo, decorado con mejores materiales que los equivalentes de la capital, pero con un toque de mal gusto casi exquisito.

—¿Qué va a tomar?

El camarero limpió con la bayeta la parte de la barra a la que Raquel se sentó en uno de los taburetes que la circundaban.

—Un café con leche y un cruasán, por favor —dijo mientras se quitaba el abrigo.

—¿A la plancha?

—Sí, por favor.

En el local había sólo un par de personas más. Uno era un anciano que recordaba a una momia egipcia incluso por la expresión de su boca desdentada. El otro, un muchacho que seguramente era el hijo del dueño o trabajaba allí. Cuando Raquel entró estaba sentado viendo la televisión, pero se volvió hacia ella para darle un buen repaso.

A sus veinticinco años, Raquel sabía que estaba en su mejor momento, al menos en lo que se refería a su físico. Quizá eso era lo único que no podía calificarse de desastre en su vida. Medía casi un metro setenta, era delgada pero con formas sugerentes. Sus pechos tenían el tamaño justo para una mano tirando a grande, sus piernas eran largas, bien torneadas y no acababan en una cadera demasiado ancha, como solía ser el caso en muchas mujeres altas. Lo que más le gustaba de ella misma eran sus ojos intensamente verdes bajo un cabello negro y ondulado, que llevaba siempre bastante corto. Su piel clara contrastaba con el pelo y con unos labios encarnados. La verdad es que no recordaba que ningún hombre se le hubiera resistido, salvo un compañero de facultad gay que acabó siendo su mejor amigo y confidente en los años de carrera.

Estaba empezando a untar la mantequilla en su cruasán cuando un atractivo hombre entró en el bar. Debía de tener unos cuarenta, pelo corto y castaño del que se sacudió la nieve con la mano en un gesto enérgico que a Raquel le gustó. Era alto, como de metro ochenta y cinco, y se notaba que era fuerte por debajo del grueso chaquetón de marinero. El hombre la miró directamente y fue hacia ella. Raquel se quedó un tanto cortada, aunque logró no desviar los ojos. Al llegar a su altura, el desconocido dijo:

—¿Es usted Raquel Torres?

—Sí.

—Soy el inspector Óscar Lorient.

El camarero y el joven se pusieron tensos de repente. El anciano seguía sumido en su estupor anisado, con la copa hipnotizándolo entre sus manos. La reacción de los dos primeros estaba justificada: la noticia del crimen había corrido por el pueblo. Todos conocían a Alejandro Torres. O, más bien, lo habían visto por allí muchas veces. Apenas hablaba y se había cuidado muy mucho de entablar la menor amistad



con nadie del pueblo. Salvo, precisamente, el muchacho que estaba sentado junto al televisor.

Raquel se levantó del taburete para dar la mano al policía. Se maldijo por su repentina falta de control de la situación. No esperaba que el inspector apareciera en el bar, y aún menos que fuera tan atractivo.

—Encantada de conocerlo —dijo con menos fuerza en la voz de la que habría deseado.

—Encantado, señorita Torres.

El tono de él, por el contrario, era relajado y seguro. Raquel volvió a pensar en la curiosa mezcla de sensaciones que esa voz, dura y cálida a la vez, le provocaba.

—Siento mucho conocerla en estas circunstancias —añadió el inspector.

—No se preocupe. Mi padre y yo no estábamos muy... no estábamos nada unidos. Llevaba años sin verlo.

—De todos modos, lo siento. Si le parece bien, la llevaré al cuartelillo de la Guardia Civil para que pueda reconocer el cadáver.

—Sí, será lo mejor.

Cuando estuvieron en el exterior, Lorient pidió a Raquel que lo esperara bajo los soportales mientras iba por su coche. Ella rehusó hacerlo. No le importaba la nieve ni quería parecer una especie de damisela pusilánime.

Ya dentro del automóvil, el inspector arrancó el motor para activar la calefacción, pero no quitó el freno de mano ni engranó ninguna velocidad.

—Antes de ir al cuartelillo, tengo que decirle algo, señorita Torres.

—Llámeme Raquel, por favor.

—Bien, Raquel. Puede que se lleve un duro golpe al ver el cuerpo.

—¿Por qué? —preguntó ella, acongojada. No esperaba algo así.

—Quien fuera que atacó a su padre, se ensañó con él de veras. Aunque el forense ha dicho que casi todas las heridas son *post mortem*. Casi no sufrió.

Eso se decía siempre a los familiares de las víctimas, tanto de crímenes como de incendios o accidentes.

—Usted me dijo que... probablemente había sido un animal. Un oso...

—Los primeros indicios apuntaban a eso. Pero el forense lo ha negado sin margen de duda. Un asesino anda suelto, un loco, y le agradecería que, cuando esté más calmada y se sienta capaz, me ayude a arrojar luz sobre varios puntos oscuros acerca de su padre.

—¿Puntos oscuros?

—Dejémoslo por ahora. Hágame caso y ahorre fuerzas. Ahora vamos al cuartelillo. Ya tendremos tiempo de hablar sobre el asunto.

La delicada firmeza del policía no dejaba opción a la réplica. Raquel asintió y se mantuvo en silencio en el breve trayecto hasta el puesto de la Guardia Civil, una casa cuartel algo canija y vetusta, situada cerca de la otra plaza con que contaba Lesmes. Daba servicio a varias localidades de la zona. Por su tamaño, el responsable del

puesto era un simple cabo de mediana edad, asistido por un número nacido en el mismo pueblo y recién salido de la academia. Habían improvisado un depósito de cadáveres en una habitación que fue despensa en tiempos mejores, cuando en la casa cuartel vivían cuatro familias. Allí no había calefacción y el frío era más que suficiente para conservar el cuerpo hasta que fuera identificado y se autorizara su traslado o inhumación.

Los guardias civiles recibieron a Raquel con gesto demudado. El más joven, regordete y con prematuras entradas, parecía a punto de echarse a llorar. El otro, de típico aspecto de guardia civil, con una hilera de hormigas negras cruzando su labio superior; era la viva imagen del patetismo. Sus expresiones y su forma de actuar transmitieron a Raquel una porción extra de desasosiego.

—Queremos ver el cadáver —pidió el inspector Lorient.

—Por aquí —dijo el cabo.

Tras él, atravesaron la oficina principal del cuartelillo y salieron a un patio sin el menor adorno. La puerta de la antigua despensa se abría directamente a este. El guardia civil se quedó fuera mientras el policía y Raquel entraban. No era más que un cuartucho de paredes desconchadas, iluminado por una única bombilla desnuda. El cuerpo de Alejandro Lorient estaba sobre una camilla que debía de tener cincuenta años, tapado con una tosca sábana que quizá alguna vez fue blanca.

—Los dejo solos.

La discreción del cabo respondía más a su deseo de quedarse al margen de esa parte del suceso que a una verdadera cortesía. Nunca había tenido que investigar un asesinato. Lo más parecido fue la muerte de un vecino que se despeñó por el acantilado que daba al arroyo cercano a la vieja mina. Nada que ver con aquel horror. Ni él ni su subordinado estaban preparados para eso. En contra de lo que pensó Lorient antes de hacerse cargo del caso, no pusieron la menor objeción por tener que dejarlo en sus manos. Todo lo contrario.

La bombilla que colgaba del techo parpadeó. El inspector miró a Raquel entre la luz y la oscuridad. Sus ojos le preguntaban si se sentía con fuerzas para hacerlo. Ella contestó del mismo modo, con la mirada y un leve, casi imperceptible asentimiento.

—Le ruego que se tome el tiempo que precise. Si tiene alguna duda de que es su padre, dígalos sin ningún temor.

Raquel dio un paso hacia la parte superior del bulto de la sábana. Lorient se colocó en el lado contrario y la retiró lentamente. Tuvo mucho cuidado de no dejar a la vista más que lo necesario. La bombilla volvió a parpadear. Raquel emitió un grito ahogado. Las heridas en el rostro del muerto eran atroces. Se tapó la boca y cerró un momento los ojos. Cuando volvió a abrirlos, su espalda estaba contraída. Dos gruesas lágrimas afloraron a sus hermosos ojos. A Lorient se le partió el corazón y quiso terminar cuanto antes con ello.

—Tengo que preguntárselo. ¿Es su padre?

Raquel dudó. Hacía mucho que no lo veía, y su rostro estaba casi desfigurado por

completo.

—No... No lo sé... Sí, creo que sí —dijo con un hilo de voz.

Se volvió a un lado, para alejarse de la terrible visión, y se desbocó su llanto. Loriente dejó la sábana en su lugar y fue hacia ella para consolarla. Raquel se le abrazó y se apretó contra su pecho.

—Es... horrible —acertó a decir entre sollozos.

Aunque era incapaz de reconocer a su padre en ese amasijo informe, tenía que ser él. Lo había visto en su pesadilla.

El inspector la estrechó aún más hacia sí y sólo dijo un sentido y escueto:

—Sí, lo es.

Un murmullo de fervientes oraciones recibió a fray Gabriel, al prior y al abad cuando entraron en la iglesia. Varios monjes estaban postrados en las frías losas del suelo. Otros muchos se habían arrodillado y dirigían sus plegarias a los cielos, más allá del techo abovedado, o a las numerosas figuras de santos y crucifijos. Todos intentaban así alejar el mal que se había ensañado con la abadía y amenazaba nuevas desgracias.

Los tres salieron del templo al frío del patio. Lo atravesaron encabezados por el abad, en dirección a la torre del campanario. El fraile buscó a Miriam y a José, pero no estaban a la vista. Mejor así. No convendría que los jerarcas de la abadía supieran que la joven se encontraba en ella.

Ascendieron lentamente por los escalones de madera que recorrían en espiral el interior del campanario, pegados a sus muros. A fray Gabriel empezaba a irritarle el pertinaz silencio de los otros dos y la parsimonia del abad, deliberada o no, mientras subían. Les había preguntado qué querían mostrarle, pero se limitaron a decirle que debía verlo con sus propios ojos.

Comprendió sus reticencias cuando por fin llegaron a lo alto del campanario. El prior señaló lo que deseaban que viera y dijo:

—Desapareció del humilladero y la encontraron aquí esta mañana, cuando un hermano subió a hacer la llamada para el oficio de primas, al amanecer.

El fraile supo que se refería al humilladero que había en la entrada de la aldea. Recordó haberse fijado, de camino a ella, en que le faltaba la cruz que debía estar encima de su base. La misma cruz de piedra que ahora tenía delante de los ojos...

Estaba erguida junto a una de las paredes, incongruente y misteriosa en aquel lugar.

—Fue tallada a partir de una sola pieza de roca maciza —dijo el abad—. Pesa más de dos mil libras. Hicieron falta diez hombres fuertes y un sistema de poleas sólo para descargarla del carro que la trajo de la cantera y colocarla en el humilladero.

Fray Gabriel sacó por sí mismo las conclusiones: ¿Cómo podrían haberla transportado sin que nadie de la aldea o la abadía se percatara? ¿Y cómo podrían haber subido hasta la cima del campanario algo de una sola pieza y tan voluminoso y pesado?

Dudó de que la propia escalera fuera capaz de aguantar tanto peso y, aunque lo aguantara, no imaginaba que nadie, ni varios hombres juntos, lograra cargar con ella escaleras arriba. La única explicación que se le ocurrió era que hubieran enganchado unas poleas a los travesaños de los que colgaban las campanas y que así hubieran llevado la cruz hasta allí, izándola por el hueco central. Pero incluso eso le parecía muy difícil. Además harían falta también varios hombres, y quedaba sin respuesta la primera pregunta, la de cómo la habrían transportado hasta el interior de la abadía sin que nadie se diera cuenta.

Quizá estuvieran mintiéndole... No acertaba a imaginar qué interés podrían tener

en hacerlo, pero puede que los mismos monjes hubieran puesto allí la cruz para convencerlo de que el Maligno estaba detrás de la muerte de Olegario. Negó con la cabeza para desechar esa hipótesis, que era a todas luces absurda. Resultaba impensable que el abad hubiera tejido un elaborado engaño y que hubiera implicado en él al resto de los monjes, o al menos a una cantidad considerable de ellos. Todo eso no podía ser una escenificación. El miedo que notaba en los monjes y los aldeanos era palpable y real. Y, sobre todo, no había ninguna razón lógica para que hicieran algo así. Sabía de más de un caso de milagros o reliquias falsas orquestado para conseguir más diezmos y donaciones a la abadía que los hacía pasar por auténticos. Pero no existía beneficio alguno en hacer creer que el Maligno se había adueñado de una congregación. Todo lo contrario.

Lo que sí parecía demostrar esa cruz de piedra era que el asesino que él buscaba no era una sola persona, sino que varios debían de estar implicados en la muerte de Olegario. Eso asumiendo, como parecía cabal, que su asesinato y la enorme cruz hallada en el campanario estuvieran relacionados.

Fray Gabriel la agarró y tiró con todas sus fuerzas, pero no logró moverla ni el grosor de un cabello. La rodeó, examinándola con detenimiento de arriba abajo. Luego se agachó para inspeccionar cada palmo a su alrededor. Por último, revisó toda la escalera y los travesaños de las campanas. Buscaba marcas recientes del roce de cuerdas, trozos de piedra partidos, golpes o esquirlas de madera levantadas... cualquier pista, por pequeña que fuera, capaz de darle una respuesta, o al menos de indicarle el camino para poder encontrarla.

El abad y el prior se mantuvieron todo el tiempo cerca de él, mientras observaban su concienzuda actividad.

—No tengo una explicación para esto —reconoció por fin el fraile.

Los otros dos no esperaban otra respuesta.

—Es decir, aún no la tengo —precisó fray Gabriel—. Quiero ver el establo donde murió el hermano Olegario.

No había nada más que pudiera hacer en el campanario.

Desanduvieron el camino que los había llevado hasta él. De vuelta en el patio, los esperaba un nutrido grupo de monjes. Todos eran conscientes de la presencia de la cruz en lo alto del campanario, y se había corrido la voz de la llegada de un enviado del obispo, que había acudido a investigar la muerte de Olegario. Ansiaban conocer su veredicto con la esperanza de que fuera capaz de aliviar sus temores y exorcizar el Mal de la abadía.

—¡Hermanos! —La voz del abad se oyó en el patio, clara y rotunda—. Prestad atención, queridos hermanos. Los caminos del Señor son tortuosos. Él escribe recto con renglones torcidos, pero finalmente puedo ver aquí su voluntad, diáfana como el aire del amanecer. Hemos permitido que el Mal entre en nuestra congregación, en nuestras propias débiles almas. Todos somos culpables de ello, y yo más que ninguno de vosotros, pues a mí me corresponde guiaros. *Mea culpa* —dijo, golpeándose el

pecho y dejándose caer de rodillas.

Los otros monjes lo imitaron, con gesto arrebatado y golpes en sus propios pechos. Sólo fray Gabriel se mantuvo en pie.

—He cerrado los ojos ante vuestros pecados y los míos —continuó el abad—, no los he perseguido ni castigado con la suficiente severidad. La pereza, la gula, la soberbia, ¡el robo! Sí, hermanos, también el robo. Han desaparecido alimentos de la despensa y hasta animales de la granja.

»El Mal ha entrado en los muros de nuestra abadía, y nuestras debilidades lo han hecho fuerte. El hermano Olegario ha caído víctima de sus demonios, que campan a sus anchas a nuestro alrededor. Los siguientes seremos todos nosotros, si ignoramos lo que esa cruz milagrosa significa —dijo, apuntando a lo alto del campanario—. Os digo que ha venido a rescatarnos de la oscuridad. Es la cruz del Todopoderoso.

Esa última frase despertó un recuerdo tenue en la memoria del fraile, aunque estaba tan ensimismado que no fue capaz de darle forma. Seguía creyendo que el asesino o asesinos de Olegario no eran demonios. Pero, por más que le costara reconocerlo, carecía de argumentos para contradecir lo que el abad estaba afirmando.

—En su infinita misericordia, el Altísimo nos ha perdonado. Es lo que esa santa cruz representa. Ella alejará el Mal. Nuestro hermano, el enviado del señor obispo, no ha sabido darnos una explicación sobre cómo ha podido llegar ahí la cruz. —Todos miraron hacia fray Gabriel—. Me consta que es un hombre sabio y sagaz. No ha encontrado una explicación racional porque no la hay. Que esa cruz esté en nuestro campanario es un hecho milagroso. Sólo los ángeles del Señor pueden haber sido capaces de colocarla donde está. Allí, en lo más alto de nuestra abadía, para que las huestes del Mal consigan verla incluso de lejos.

»Hemos sido perdonados, sí, pero en verdad os digo que el Mal volverá si fallamos nuevamente a nuestro Señor. Volverá con más fuerza que nunca y el Diablo nos arrancará de cuajo las almas. ¡Arderán en el Infierno por toda la eternidad!

Los gestos de arrepentimiento de los monjes se redoblaron. Sus plegarias y gracias se mezclaban con sentidos lamentos. Se unieron al aullido del viento, que pareció intensificarse y volverse todavía más gélido.

—El pecado no volverá nunca más a cruzar los muros de esta abadía. Yo... —El abad se calló de repente y apuntó con un dedo acusador hacia la entrada de la abadía. Su voz temblaba al decir—: ¡¿Qué hace ella aquí?!

Los monjes se volvieron hacia donde apuntaba el abad. También fray Gabriel, que no dudó de a quién se refería. Miriam estaba en el umbral, al lado de José. Ambos contemplaban boquiabiertos la escena.

—Es culpa mía —le dijo el fraile al abad—. Permitid que yo me ocupe, os lo ruego.

Tenía que alejar a Miriam de la abadía antes de que los propios monjes acabaran lo que habían empezado los aldeanos. Se dirigió hacia ella sin esperar una respuesta.

—Salid ahora mismo, insensatos —les espetó al llegar a la entrada.

Entre los monjes empezaron a levantarse voces hostiles. Varios de ellos se encaminaban hacia la pareja. Creían haber recuperado la gracia del Señor y no iban a permitir que una mujer con fama de bruja volviera a atraer el Mal hacia la abadía.

El fraile agarró a Miriam del brazo y la hizo salir.

—Lleváosla —le ordenó al soldado.

—¿Adónde?

—A donde sea, lejos de estos muros.

La joven se liberó de la mano del fraile y huyó corriendo. Los gestos y aspavientos del grupo de monjes eran iguales que los de la chusma que había estado a punto de matarla.

—Tranquilizaos, hermanos —dijo fray Gabriel, extendiendo los brazos—. La mujer ya se ha marchado. No mancilléis con vuestra ira el milagro que habéis presenciado.

Seguía dudando de que la presencia de la cruz en el campanario fuera en verdad milagrosa, pero su referencia a ella logró calmar los ánimos de los monjes, que era lo que pretendía. Al ver la situación controlada, José aprovechó para ir tras Miriam. Salió de la abadía y siguió su rastro durante un trecho, camino abajo. Luego se perdía en el campo. Oteó a su alrededor en busca de la joven, pero no había más señales de ella por ningún lado. O estaba escondida o, simplemente, se había esfumado. Quizá fuera mejor lo segundo.

El fraile seguía en el mismo sitio cuando el soldado regresó. Observaba, pensativo, las huellas que la joven había dejado en la nieve. Le recordaron las que el prior dijo haber encontrado junto al establo, la noche en que el hermano Olegario fue asesinado. Unas huellas «pequeñas y estrechas, como de un pie de mujer», había dicho. Era obvio que podrían pertenecer a cualquier otra mujer, pero apostaría su fe a que eran exactamente iguales que esas. Miriam había estado en el establo aquella noche. No se arrepentía de haber evitado que la lapidaran, aunque se preguntó si en verdad habían salvado a una inocente.

—Supongo que ya hemos acabado aquí —dijo José.

—Yo creo, en cambio, que nuestra tarea acaba de empezar.

—Pero ¿no habéis oído al abad? ¿Cómo podéis dudar de que tenga razón? —El monje que le había llevado la comida le había hablado de la cruz—. ¿Creéis que esa cruz también es un truco, como la sangre de san Pantaleón? Si es así, os reto a que lo expliquéis.

—No puedo —reconoció fray Gabriel.

El soldado le señaló con las dos palmas hacia arriba. «Ahí lo tenéis», decía su gesto.

—Entonces, decidme qué más tenemos que hacer.

—No todo es siempre lo que parece.

Arrancó hacia las cuadras, con su vigor habitual, sin importarle si José lo seguía o no. Nunca había necesitado a nadie y no pensaba cambiar eso a su edad. «Ya

necesitaste a alguien», lo corrigió una impertinente voz interior.  
—¡Al diablo! —dijo en alto, para ahuyentarla.



Nada más terminar de reconocer el supuesto cadáver de su padre en el puesto de la Guardia Civil, Raquel se sintió abrumada y necesitó un tiempo de descanso. El inspector Lorient le había reservado una habitación en el único hostel del pueblo, donde él mismo se hallaba hospedado. Raquel estaba en un evidente estado de *shock*. La llevó a su cuarto y la acostó sin desvestirla, tapándola con la colcha de la cama. Se quedó junto a ella unos minutos, hasta que se durmió entre lágrimas. Antes de irse y dejarla sola, para informar a sus superiores, se quedó mirándola unos instantes. Era una mujer muy hermosa. No pudo evitar fijarse en el colgante que llevaba al cuello, de aspecto un tanto macabro.

La nevada empezaba a ser extrema. La carretera del pueblo estaba ya cortada a vehículos sin cadenas o sin neumáticos de invierno. El suministro eléctrico amenazaba con caer. A unos cientos de metros del pueblo, entre la cortina de nieve, una figura sin cuerpo comenzó a avanzar hacia una casa apartada en la ladera del monte. Su chimenea arrojaba humo oscuro como una vieja locomotora. A través de una de sus ventanas emergía una tenue luz amarillenta.

*Tu mente está anegada de pensamientos y de dolor. La negrura de tu propio interior se convierte poco a poco en una blancura casi absoluta. Tus ojos parecen reflejarse en esa albura pura y gélida. Estás flotando sobre un suelo igual de límpido y virgen. Tu aliento impulsa los copos de nieve que caen sin cesar. Los atraviesas como un soplo de recio viento del norte. Avanzas directamente hacia la única casa en la ladera del bosque. El color sucio y oscuro de su humo contrasta con el de la nieve. Su tejado está cubierto de ella, así como los marcos de las ventanas. Te recuerda a las casas de las estampas navideñas, aunque no hay ningún adorno. Ni hay alegría.*

*Sabes que el mal se cierne sobre esa casa. Lo sabes porque tú eres ese mal. No comprendes por qué tienes el ansia de llegar y de destruir todo lo que encuentres a tu paso, incluidas las vidas que pueda haber dentro. Asistes a ello como si no fueras tú, pero, a la vez, sientes lo mismo que la bestia que avanza hacia la casa solitaria. La bestia en la que viajan tus ojos y tu pensamiento. Esa cárcel que te apresa y... que te da placer. Sí, es imposible negarlo. Te da un placer que no conocías, un gozo de sangre y de muerte. Lo saboreas como el más dulce de los alimentos.*

*El rumor de la nevada es una melodía constante, monótona. Te guía hacia la casa aumentando de intensidad a medida que te acercas. Ya puedes oír también el lejano crepitar de una chimenea, el sonido de los maderos al deshacerse en el fuego y entregar el calor que llevan dentro. Es el sacrificio de una vida inerte, estática, a la necesidad de los hombres. Un sacrificio como el que tú vas a realizar, destruyendo troncos y ramas humanas, oscureciendo el aliento vital de esas criaturas imperfectas que se extienden como un virus por la Tierra.*

*Estás ya tan cerca de la casa que podrías tocar sus muros si alargaras la mano. Lo haces y te das cuenta, sin el menor estremecimiento, de que tu brazo y tu mano son sólo una forma invisible que acaricia y rodea la nieve al caer. ¿Es un sueño? ¿O es real?*

*Pom-pom, pom-pom, pom-pom... Percibes con claridad el latir acompasado de dos corazones. Dos corazones diferentes. Dentro de la casa hay dos personas que se calientan al fuego del hogar. Uno de los corazones es más poderoso y grande, el otro se mueve con la agitación de la juventud. Son un padre y un hijo, ahora lo vislumbras con claridad. Tu sed aumenta. Ha llegado la hora de saciarla.*

*La puerta de la casa estalla en mil pedazos. El hombre y el niño que están en el interior se quedan petrificados, mirando el hueco vacío. El hombre se levanta con gesto de incredulidad en el rostro. El pequeño se acurruca en un rincón, tratando de escapar del viento que entra en la casa. Pero no es el viento lo único que ha entrado. El hombre vuela por los aires hasta chocar contra la pared opuesta. Se golpea en la cabeza con una cómoda. Esperas que no haya muerto. Tienes algo mejor para él.*

*Vas ahora por el niño. Lloriquea sin comprender qué está sucediendo. No se mueve del rincón. Absorbes su aliento acre, aterrorizado, que se mezcla con el aire a un palmo de su rostro. Sus ojos quieren verte, pero no hay ojos vivos que puedan hacer eso. Y los suyos, además, estarán muertos en un instante...*

*Unos repentinos golpes te hacen volverte hacia la puerta destrozada. Allí no hay nadie. Sólo un hueco abierto a la nevada. ¿De dónde provienen? Sientes que la imagen se diluye. El niño se te escapa. Oyes más golpes. Te lanzas hacia él con desesperación, pero la oscuridad vuelve a inundarte.*

Raquel abrió los ojos, desorientada y presa de un agudo desasosiego. Había tenido otra pesadilla. La persiana de la habitación, mal encajada, dejaba entrar algo de la mortecina luz que provenía del exterior. No hubo más golpes. Los sustituyó la voz del inspector Lorient, devolviéndola al mundo real.

—¿Raquel...? ¿Está despierta?

—Sí, pase.

El policía entró y accionó el interruptor de la luz. La lámpara del techo desprendió un haz amarillo que hirió los ojos de Raquel.

—Son las tres de la tarde —dijo Lorient—. Creí que querría comer algo.

Ella lo miró con la mano como pantalla. Sus palpitations iban recuperando el ritmo normal.

—Sí, inspector. No puedo estar todo el día en la cama.

Bajaron juntos a la cafetería del hostal. Lorient dejó de lado, por unos minutos, el motivo de que estuvieran allí juntos, en un pueblo perdido de los montes de León y en mitad de una nevada que sólo aconsejaba quedarse en casa y no salir. Comieron un par de platos combinados que no se parecían en nada a los de los bares de Madrid.

Estos eran mucho mejores y menos grasientos. Raquel llegó incluso a sonreír un par de veces. Aquel policía le caía bien y destilaba humanidad, en contra de su aspecto serio y casi fiero. Estaban tomando el café cuando él recibió una llamada.

—Tengo que contestar —se excusó antes de levantarse.

Bajo la atenta mirada de Raquel, el inspector caminó hasta una de las esquinas del comedor. No era muy grande, así que se le oía hablar. Primero escuchó durante unos segundos. Luego su voz se hizo distinta, más grave de lo normal. Finalizó la conversación con un «entiendo» que a Raquel le hizo sentir un escalofrío. Al regresar a la mesa, disipó sus dudas.

—Era la Guardia Civil. Al parecer, el pueblo está a punto de quedarse incomunicado. La nevada amenaza con cerrar la única carretera, aunque la quitanieves está dando pasadas continuamente.

—Vaya —dijo Raquel, procesando aún la información.

Él trató de tranquilizarla.

—Esperan que el temporal remita. Si no, será cosa de un par de días a lo sumo. Siento que, en ese caso, tenga que quedarse aquí hasta entonces.

—No se preocupe, son cosas imprevisibles.

—Bien —asintió el inspector—. Eso me recuerda que hay algo que me gustaría pedirle, si no tiene inconveniente.

—Usted dirá.

—Querría que me acompañara a la mina de su padre. Es parte de la investigación y el tiempo apremia. Quizá allí dentro haya algo que pueda arrojar luz sobre su asesino. Comprendo que es duro para usted, pero...

—Lo entiendo. Iré con usted.

—He indagado por el pueblo y nadie sabe lo que pretendía su padre en esa mina extinta. Hace mucho que nadie intenta explotarla de nuevo. Todos saben que allí no hay una sola pepita de oro.

—Si le digo la verdad, yo tampoco tengo la menor idea.

Antes de salir del hostel, Raquel resumió para el inspector la historia de su padre. Lo que fuera que le hizo dejarlo todo y lanzarse a aquella locura, había sido un enigma incluso para su familia. No constaba en ningún registro que hubiera extraído nada de valor de la mina, pero siguió excavando sin tregua. Hasta el día de su muerte. Eso era lo único cierto.

Desde Lesmes, el trayecto hasta la boca de la mina era ya impracticable para un coche normal. Lorient tuvo que recurrir a la Guardia Civil, que disponía de un todoterreno con ruedas especiales. Aunque le desaconsejaron que visitara la mina con ese tiempo, tuvieron que ceder ante su petición, no sin advertirle que extremara las precauciones. El inspector sabía que era importante no dejar que pasara el tiempo. Si había un asesino suelto, podría volver a actuar. Y si se trataba de un crimen motivado por alguna causa que ignoraban, también resultaba perentorio investigarlo. Los primeros días en cualquier trabajo policial son vitales. Las pruebas pueden alterarse o

desaparecer si no se actúa con prontitud.

A pesar de las ruedas adaptadas a la nieve, el inspector Lorient y Raquel tardaron una eternidad en llegar a la mina. Estaba a punto de hacerse de noche cuando estacionaron lo más cerca posible de la boca. Los guardias civiles les habían prestado también linternas, unos gruesos chubasqueros de color caqui y botas para protegerse de la nieve. Al bajarse del todoterreno, Raquel sintió los copos en el rostro y tuvo un escalofrío que le recorrió la espalda y le erizó el vello de la nuca. El manto blanco ocultaba muchos detalles, pero era obvio que aquel lugar era el mismo que había visto en su sueño. En su pesadilla de la noche anterior, antes de que el inspector la llamara para decirle que su padre había muerto.

Y no sólo eso. Había tratado de apartarlo de su mente porque era demasiado perturbador, pero el rostro del cadáver que le habían mostrado en el cuartelillo de la Guardia Civil tenía las mismas marcas que... que ella... que el ser, por cuyos ojos veía en la pesadilla, le infligió a su padre indefenso.

Todo su cuerpo temblaba por el frío y el miedo que empezaba a sentir. Un miedo sordo, denso como una mancha de aceite que se extiende por el suelo y es capaz de llegar hasta el último rincón del alma. Se sobrepuso como pudo al notar la mano del inspector, que la cogía del brazo para guiarla en los últimos metros hacia la boca de la mina.

Estaban ya en el umbral, un arco formado en la piedra que rodeaba la negra oscuridad, cuando un chasquido repentino hizo al policía darse la vuelta. Oteó hacia el campo nevado, más allá del camino. Raquel se quedó a su lado en absoluto silencio. Ni siquiera se agitó para sacudirse la nieve que la cubría de pies a cabeza.

—¿Quién anda ahí?! —gritó el inspector.

En ese momento, algo se revolvió entre los primeros árboles que bordeaban el camino. El policía miró un momento a Raquel y salió corriendo. El grosor de la nieve en el suelo hacía lentos y torpes sus movimientos, pero era obvio que aquel hombre estaba en forma, porque logró alcanzar a la figura que intentaba escapar. Ya fuera de la vista de Raquel, que seguía plantada donde el inspector la había dejado, esta oyó otro grito y un disparo. Después, nuevos gritos. No se entendían, pero por su tono procedían de dos gargantas diferentes. Una era la de Lorient. La otra...

A los pocos minutos, el inspector regresó encañonando con su arma a un muchacho. Este iba un poco por delante y con las manos en la cabeza, o más bien por encima de una capucha que ocultaba casi por completo su rostro. Raquel pensó inmediatamente en que podía ser el asesino de su padre. Aunque algo dentro de ella le dijo que no era así. Su pesadilla volvió a aflorar.

—¿Qué hacías ahí escondido? —le preguntó el inspector en tono severo cuando llegaron a la boca de la mina.

—Nada. Yo...

—No me digas que estabas dando un paseo.

El muchacho se descubrió. Era el mismo que Raquel había visto en el bar, cuando

llegó al pueblo por la mañana. El que veía la televisión y se sobresaltó al oír al policía mencionar su nombre.

—Yo...

—¿Sólo sabes decir eso? Te lo repetiré sólo una vez más: ¿qué hacías ahí?

Loriente mostraba una nueva cara que Raquel aún no conocía, la del policía duro y muy capaz de arrancar una confesión a un delincuente.

—¿Mataste tú a mi padre?

La pregunta salió de la boca de Raquel sin apenas ser consciente de ello. Sabía que él no había sido. Se lo decía su instinto, o como quiera que pueda llamarse a esa sensación poderosa que a menudo hace ver lo que no es visible.

—¡No! ¡Yo jamás le habría hecho daño a Alejandro!

—¿Alejandro? —repitió el inspector— Entonces ¿conocías a Alejandro Torres?

El muchacho dejó los brazos lacios y bajó la mirada. Su resistencia desapareció.

—Estuve trabajando con él unos meses en la mina.

—¿Haciendo qué?

—Excavando. Excavando, sin más. Nunca me dijo qué buscaba.

—¿Estuviste ayer con él? —insistió Loriente en su interrogatorio.

—Sólo por la mañana, hasta la hora de comer. Me dijo que me fuera, que ya no me necesitaba.

—Prescindió de ti, y tú volviste y lo mataste, ¿no es así?

Raquel empezaba a creer que Loriente se equivocaba presionando al chico para que confesara algo que no había hecho. Por eso intervino de nuevo.

—No creo que él lo hiciera —dijo—. Mi padre era fuerte, y ya ha visto lo que le hizo su asesino. Este chico no pudo hacerlo.

El inspector sopesó las palabras de Raquel. Estaba de acuerdo con ella, pero no podía dejarse guiar por impresiones a la ligera.

—De momento, estás detenido. Ya veremos qué participación has tenido en el crimen. Puedes quedarte esposado al volante del coche o entrar con nosotros en la mina. Tú eliges.

—Esta mina es traicionera. Será mejor que yo los guíe. La conozco bien.

—Pues adelante. Y no hagas ninguna tontería o te meto una bala en el cuerpo.

En silencio, los tres comenzaron a descender por el túnel de acceso principal; el muchacho delante, seguido de Loriente y, por último, Raquel. Encendieron las linternas prestadas por la Guardia Civil. Al fondo del túnel, cuando este se bifurcaba en dos bocas más estrechas, el joven se volvió hacia el policía y Raquel.

—Hay un grupo electrógeno. Si quieren puedo encenderlo. Da luz a los túneles y pone en marcha el elevador que instaló su padre, que está en la parte de abajo.

Loriente asintió y dijo:

—¿Un elevador? ¿Qué profundidad tiene esta mina?

—Yo nunca he bajado a la parte más profunda. Alejandro no me dejaba. Me hacía esperarle arriba, en una cueva. Pero calculando lo que tardaba en subir y bajar, yo

diría que cien metros por lo menos. Casi todos los túneles están tapiados.

Por detrás de los dos hombres, Raquel se quedó boquiabierta. El túnel que habían recorrido, la zona donde estaba ahora y la mención a la cueva se correspondían con su pesadilla. Y saber que existía un pozo de tanta profundidad la llenaba de un extraño temor desconocido. Porque era evidente que tendrían que bajar. Lo que fuera que buscaba su padre tenía que estar allí.

Fray Gabriel ignoraba qué pistas podría encontrar en el establo, pasados tantos días desde la muerte de Olegario. No muchas, temía, pero era su mejor baza en ese momento. La única factible que se le ocurría, en realidad, ya que Miriam había huido y no podía interrogarla.

—¿Qué hay que buscar? —preguntó José.

Al final había ido tras él.

—Cualquier cosa fuera de lo común.

El fraile ya escudriñaba el interior de las cuadras. A primera vista eran como otras cualesquiera. Olían a excrementos y sudor; las paredes estaban oscurecidas por la humedad y plagadas de telarañas; al fondo había un altillo donde se guardaba la paja para los animales y al que se accedía mediante una escala de madera; debajo estaba una zona limitada por un murete; había un gallinero a un lado y, en el opuesto, argollas a las que atar los caballos; junto a los muros, o colgados de ellos en clavos herrumbrosos, se disponían aperos de labranza y otras herramientas.

El suelo estaba cubierto de la misma paja que se daba a los animales, aunque sucia y pisoteada. Vio una hilera de sillas de montar y alforjas, alineadas a lo largo de un travesaño. Se acordó de la historia del monje que había caído del caballo y del objeto negro que afirmaba haber encontrado y guardado dentro de una de ellas. Examinó su interior, conociendo de antemano el resultado. Por supuesto estaban vacías o contenían cuerdas, herraduras de repuesto, una hogaza de pan olvidada y dura como una piedra... Nada fuera de lo común.

Estaba bajo el altillo cuando la inesperada voz del prior lo sobresaltó. También al soldado, pero él nunca lo reconocería.

—Encontramos el cuerpo ahí mismo —dijo el prior.

—Imaginaba que seguiríais con los otros —comentó fray Gabriel—. No ocurren hechos así todos los días.

Le costaba decir «no ocurren milagros así». Llevaba demasiados años siendo escéptico, y había otra razón para sus dudas... Los Evangelios de san Marcos y san Mateo contaban cómo Jesucristo había sanado a un endemoniado. Los escribas y fariseos lo atribuyeron a que Él era Belcebú, el príncipe de los demonios, y que sólo por ello consiguió expulsar al espíritu impío que atormentaba a aquel desdichado. No hay mayor pecado que ese, blasfemar contra el Espíritu Santo tomando como algo maligno lo que es santo y bueno. Es el único pecado que Dios no perdona, ni en este mundo ni en el otro, así lo dicen los Evangelios. El fraile estaba cometiendo ese pecado imperdonable. En lo más profundo de su alma, sentía que la milagrosa cruz no era, como pensaba el abad, la cruz del Todopoderoso, sentía que detrás de ella estaba el Mal, o al menos una forma de maldad.

—Seguís creyendo que a Olegario no lo mató un demonio, ¿no es cierto? —preguntó el prior.

Era un hombre más perspicaz que su superior. Y daba también la impresión de ser más sensato.

—Me atrevería a decir que vos tampoco.

—Os equivocaríaís.

Fray Gabriel notó de nuevo que el prior le ocultaba algo, como le había parecido durante su conversación con él y el abad. Podía sentir en el monje una lucha interior y la duda sobre si debía o no confiar en un extraño como él. Supo que no le serviría de nada intentar forzar a su favor esa lucha. Debía confiar, quisiera o no, en que todo llegaría a su debido tiempo si era voluntad de Dios que eso ocurriera.

—¿Dónde decís que encontrasteis su cuerpo?

—Ahí mismo, donde estáis.

El fraile se agachó para inspeccionar el suelo. No le costó encontrar los restos de sangre, ya resecos y mezclados con orines. Se habían limitado a cubrirlos con una capa de paja.

Mientras, José deambulaba por el establo. Decidió subir al altillo, no porque esperara encontrar nada en él, sino por mero tedio. Estaba deseando regresar a Astorga, a la relativa comodidad del palacio del obispo, las tabernas, las mujeres. Sobre todo a las mujeres. Sus pensamientos lo llevaron inevitablemente a pensar en Miriam, en su cabello negro y salvaje, su piel blanca, sus fieros ojos verdes. Era una moza apetecible, a pesar de su cuerpo demasiado delgado, con pocas curvas a las que agarrarse. Incluso diría que era hermosa, si fuera uno de esos pusilánimes poetas.

—¿En qué postura estaba? —le preguntó fray Gabriel al prior— ¿Así, de espaldas a la entrada?

Se colocó de rodillas sobre la mancha de sangre, emulando la postura que imaginaba en su cabeza.

—Sí, mirando hacia el muro del fondo.

—¿Tenéis animales aquí?

—Un par de cabras.

Habían encontrado a Olegario medio desnudo, dentro de esa cuadra. La explicación más simple era que el descarriado monje hubiera ido allí, en mitad de la noche, a satisfacer con una de las cabras sus más bajos deseos carnales. No debía de ser la primera vez que lo hacía, pero en esta ocasión hubo un testigo, una mujer... Miriam. El fraile estaba seguro aunque le faltaran las pruebas.

La pregunta era si ella había tenido o no que ver con su muerte. Quizá Olegario la descubrió robando y Miriam lo asesinó por eso. O se vio obligada a ello porque intentó forzarla y hacerle lo mismo que pensaba hacerle a la pobre cabra.

—¿Dónde estaba la gallina muerta?

Se refería a la que habían encontrado con el cuello partido y que el abad asociaba con algún rito demoniaco.

—Ahí, junto a esos fardos.

Fray Gabriel fue hacia donde le indicaba el prior. Al lado había una ventana, que



probó para ver si podía abrirse.

—¿Recordáis si estaba abierta aquella noche?

—Ahora que lo mencionáis... sí. Yo mismo la cerré.

Quizá Miriam hubiera huido por ella mientras Olegario se satisfacía, y fuera inocente de su muerte. Pero si ella no lo había asesinado, ¿quién era el asesino? «Los asesinos», se corrigió. Volvía a estar como al principio. Peor aún, porque lo que había descubierto hasta ahora sólo había ahondado el enigma. Necesitaba hablar con la joven. Ella podía tener alguna respuesta.

—¿Qué? —preguntó el soldado, sentado en el borde del altillo. Había estado observando desde allí los movimientos del fraile— ¿Habéis llegado a alguna conclusión?

—Debemos encontrar a Miriam. *Tú* debes encontrarla.

—¿Y qué pensáis hacer vos? ¿Dormir? ¿Orar, quizá?

El prior también se mostró interesado en saber la respuesta, pero fray Gabriel no iba a satisfacer la curiosidad de ninguno de los dos.

No podía decirles que él iba a hablar con Olegario.

En la ladera del monte cercano a Lesmes, la casa solitaria que la bestia había atacado seguía abierta de par en par a las inclemencias del cielo. El hombre que fue lanzado contra la pared recobró el conocimiento. Parpadeó varias veces, desorientado, y con la vista aún turbia distinguió a su hijo hecho un ovillo en la misma esquina en la que se había refugiado cuando todo empezó. Con un esfuerzo titánico logró levantarse y, dando tumbos, fue caminando hacia él. El pequeño estaba encogido, con la piel muy pálida y el dedo pulgar en la boca, como un bebé dormido. Pero estaba despierto. Sus ojos abiertos seguían fijos en la nada que les había atacado.

—¡Hijo! —gritó el padre sin provocar la menor reacción en el niño.

Un dolor lacerante entre los hombros obligó al hombre a hincar las rodillas y echarse en el suelo. Lo hizo junto a su hijo. Y sintió que sus escasas fuerzas lo abandonaban.

Nadie iba a ir hasta allí para socorrerlos. No tenían teléfono ni poseían ningún vehículo. De todos modos, de poco podía servirles con esa nevada. El frío era muy intenso. No faltaba mucho para que la congelación robara el calor de las vidas de ambos. La muerte invisible había desaparecido, pero el tiempo acabaría por ella su trabajo. No le costaría mucho.

Un último grito del padre resonó en los muros de la casa y emergió al exterior por la puerta reventada, deslizándose ladera abajo. Ningún ser humano, aparte de él mismo, lo oyó. Únicamente los pocos animales que aún trataban de ponerse a salvo de la tempestad.

En el interior de la mina, Raquel notó una opresión en el pecho. Fue muy leve, y no le dio más importancia que al cúmulo de sensaciones que experimentaba desde esa madrugada. Los túneles de la mina le seguían siendo familiares. Incluso el recorrido, dejando atrás los que conducían a cuevas sin salida, le parecía el mismo a la inversa que siguió en su pesadilla. Las pocas bombillas, colgadas de herrumbrosos ganchos hincados en el techo y unidas por un raquítrico cable eléctrico, formaban pequeños halos de luz mortecina en el mar de sombras. No eran sombras amenazantes, en realidad, pero hacían sentir una frialdad estática y opresiva.

La cueva a la que se había referido el muchacho —que se llamaba Antonio, aunque todos lo llamaban Toni— tenía la bajada al pozo casi en su mismo centro. El elevador estaba arriba. Raquel miró a su alrededor. También esa gruta era la de su sueño, el punto donde empezó a ver por los ojos de la bestia a través de la que se movía y sentía. No pudo apreciar que había un elevador porque quedaba a su espalda. Era como si hubiera ascendido desde lo más hondo del pozo para perseguir a su padre.

—¿Estás seguro de que funciona? —preguntó el inspector al chico, sacando a

Raquel de sus cavilaciones.

—Pues claro que funciona. Alejandro lo usaba todos los días varias veces.

—¿Y qué sacaba de ahí abajo?

—Tierra y piedras —dijo Toni, arqueando las cejas—. Sólo eso. Nunca le vi sacar otra cosa.

—¿Cómo sabes que no había nada más?

—Porque yo me encargaba de llevarme los sacos para apilarlos en otra cueva más pequeña.

El inspector Lorient accionó el mando con que se ponía en marcha el elevador. Lo hizo descender un par de metros y luego invirtió su movimiento. Comprobó que era del tamaño suficiente para él y para el muchacho.

—Raquel, usted espérenos aquí mientras bajamos a explorar el fondo del pozo. No sabemos qué podemos encontrarnos y no quiero ponerla en peligro.

—No he venido aquí para quedarme esperando, Óscar —dijo ella, llamándolo por primera vez por su nombre de pila, y en un tono mucho menos áspero que sus palabras.

—Está bien. Lo comprendo. Bajaremos todos, entonces.

Al oír eso, Toni agitó los brazos y negó con las manos.

—¡Eh, yo no pienso bajar ahí! ¿Y si el asesino está todavía escondido dentro?

—No lo creo —dijo Lorient—. Además, tú sigues siendo el principal sospechoso.

Por la forma en que lo dijo, era obvio que Lorient sólo decía eso para intimidar al chaval. Raquel se dio cuenta de que esa era su intención, pero no Toni, demasiado acongojado para apreciarlo.

—Si me pasa algo, usted será el responsable —dijo el muchacho con un atemorizado hilo de voz.

—De acuerdo. Asumo toda la responsabilidad. ¡Vamos!

Pensara lo que pensase el inspector, no dejó ni un momento de apuntar al muchacho con la pistola. La experiencia le había enseñado tanto a distinguir a un culpable por su mirada, su forma de hablar y de moverse, como a desconfiar de las apariencias. Era una mezcla difícil de conciliar.

En cuanto los tres ocuparon la plataforma del elevador, recubierta por una rejilla protectora, el policía volvió a accionar el botón de descenso. La cabina comenzó a bajar hacia las profundidades de la mina. La luz que llegaba de lo alto desapareció al poco. Lorient y Raquel encendieron de nuevo las linternas. La roca viva pasaba por delante de sus ojos con la monotonía de los fondos de los dibujos animados. En ocasiones, algún resplandor indicaba la presencia de cristales o ínfimas vetas de metal. Resultaba imposible calcular la longitud del descenso. El inspector intentó contar los segundos y multiplicarlos por los metros que recorría el elevador cada segundo. Pero no tardó en perder la cuenta por la falta de variación de las paredes del pozo. En cualquier caso, al menos fueron un par de cientos de metros.

—¡Oh! —exclamó Raquel al detenerse al fin la plataforma.

Su exclamación estaba más que justificada. La oquedad a la que llegaron era mucho más grande que la cueva superior. Y, además, estaba repleta de bocas de túneles que partían de ella.

—¿Qué diablos es esto...? —dijo Lorient sin esperar realmente ninguna respuesta.

—Parece... —empezó a decir Raquel, aún embebida en la contemplación—... parece una segunda mina por debajo de la otra.

El inspector no sabía cómo eran habitualmente las minas por dentro, y menos las que se habían explotado en la Antigüedad. Pero era cierto que aquella gruta en la montaña leonesa resultaba sorprendente. Era increíble que los romanos, o quienes los sucedieron, hubieran podido llegar a semejante profundidad.

—¿Quién construyó el pozo que llega aquí? —preguntó Raquel.

El chico, que se había mantenido en silencio, se atrevió a intervenir.

—Su padre, ¿no? ¿Quién iba a ser?

—Es posible —dijo Lorient, asintiendo—. Veinte años dan para hacer un gran pozo. Pero tenía que estar muy seguro de que llegaría aquí. ¿No hay alguna red de túneles que conecte desde arriba con esta zona inferior?

—Algunos son muy largos, pero están todos tapiados, ya se lo he dicho —contestó Toni—. Eso lo sé bien porque me he recorrido cada metro de la mina.

Ajena ahora a la conversación, Raquel había fijado la mirada y el haz de su linterna en un punto. Era un esqueleto, humano, junto a un cuadrado de unos veinticinco centímetros de lado. Al mover la linterna sobre este, dio la impresión de que absorbía por completo la luz.

—¿Qué es eso...? —acertó a decir mientras se dirigía hacia el lugar.

Por alguna razón, el esqueleto dejó de llamar su atención. La concentró en el extraño objeto. No era cuadrado, como había pensado en un principio, sino de forma cúbica. Un cubo perfecto que no reflejaba la más mínima cantidad de luz. Hasta sus ojos bizquearon, incapaces de centrar la mirada en esa porción de negrura absoluta.

Cuando estaba ya a punto de tocarlo, presa de su hechizo, Lorient la detuvo con un grito.

—¡No! ¡Quieta!

Ella se volvió sin comprender. ¿Es que acaso podía ser peligroso?

—Espere un momento —siguió él—. No sabemos qué es eso. Déjeme ver...

También Lorient se aproximó al cubo negro, aunque él sí que se fijó en el esqueleto. Los huesos estaban fracturados por muchos sitios, como si su dueño hubiera sido atacado cruelmente. Como el padre de Raquel... De pronto, su atención quedó atrapada también por el objeto. Ya de cerca pudo comprobar que, más que un objeto material, parecía un hueco en el espacio, una porción de vacío absoluto. Una grieta abierta en el mundo físico, carente de existencia salvo por sus límites exteriores. Como un niño que prueba la profundidad de un pozo, cogió una piedra del

suelo y la dejó caer sobre el cubo. Quedó sobre él sin rebotar y sin hacer el menor ruido.

—Este objeto es muy extraño —musitó el inspector. Luego se volvió hacia Raquel—. No sé mucho de ciencia, pero diría que no es normal. Nunca he visto un material así.

—Yo tampoco —dijo ella, absorta en aquel objeto.

—¿Es lo que estaba buscando su padre?

—No tengo la menor idea. Puede ser. Pero ¿qué es?

Raquel dirigió una mirada inquisitiva al muchacho, que se encogió de hombros, amedrentado. Su temor parecía excesivo. Lorient lo notó.

—Sabes algo que no nos has contado, ¿verdad?

El chico se quedó un instante inmóvil y luego asintió.

—Alejandro murmuraba cosas. Creo que ni siquiera se daba cuenta de que yo estaba allí... Una vez le oí decir algo sobre que estaba cerca de encontrar lo que buscaba. Y ayer se le notaba muy nervioso. Su mirada daba miedo.

—¿Nada más? —insistió Lorient.

—En realidad... Otra vez dijo: «El libro tenía razón». No sé de qué libro hablaba.

—¿Un libro...? —dijo Raquel—. Ahora recuerdo que... Sí... Cuando yo era pequeña, mi madre me contó algo sobre un libro que obsesionaba a mi padre. Creo que estaba en una antigua iglesia, o algo parecido. Quizá en la biblioteca de un monasterio.

—Eso ahora no importa —sentenció el inspector, desconcertado pero con la firme resolución de tomar decisiones—. Tenemos que regresar arriba y volver al pueblo. Con esa cosa. Estoy seguro de que guarda relación directa con el crimen. Hay que hacer que la analice la policía científica, y también ese esqueleto. Por su aspecto, debe de llevar aquí mucho tiempo.

Sin esperar la opinión de los otros, Lorient guardó su pistola, se agachó, se quitó el chubasquero que llevaba por encima del abrigo y lo puso sobre el objeto. No quería tocarlo con las manos, de modo que lo agarró envuelto en la capa de plástico. No pesaba mucho. De hecho apenas pesaba nada, aunque era como si se resistiese a ser movido, a ser cambiado de lugar. Lo notó al cogerlo para dirigirse con él de vuelta al elevador.

—¡Vamos! —apremió a los otros—. No quiero tener esto en brazos más que el tiempo necesario.

Raquel y Toni montaron en la plataforma y esperaron a que Lorient se uniera a ellos. Luego, el chico accionó los mandos para subir. El elevador emitió un quejido metálico y comenzó su ascenso, mucho más lento que al bajar. Los metros de pared rocosa pasaban ante sus ojos a ritmo de tortuga. Raquel tuvo un mal presentimiento, aunque no había ninguna causa aparente para ello.

Sin embargo, las apariencias no afectan a lo que tiene que suceder en la realidad. El elevador se detuvo de pronto cuando ya vislumbraban la luz proveniente de la

zona superior. Estaban colgados a unos diez metros por debajo del suelo de la cueva.

—¿Qué ha pasado?! —exclamó Raquel angustiada.

—¿No decías que funcionaba perfectamente? —dijo el inspector, dirigiéndose al chico.

—Nunca se había estropeado, que yo sepa. No lo entiendo...

Si hubiera fallado el generador también las luces de la mina se habrían apagado, pero seguían encendidas. Además se oía el rumor sordo del pequeño motor de gasolina que lo alimentaba.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

La pregunta de Raquel ponía de manifiesto lo obvio. Algo que, por desgracia, no hacía la situación menos comprometida.

En el cuartelillo de la Guardia Civil de Lesmes, el cabo al mando daba nerviosos golpecitos con un bolígrafo en la mesa de su despacho. Estaba preocupado. Así se lo transmitió a su subalterno. En la última hora, el temporal se había intensificado, como si los cielos pretendieran abalanzarse sobre la tierra y cubrirla para siempre. La precaria subestación eléctrica del pueblo empezaba a dar signos de desfallecimiento. Las luces se apagaban cada pocos minutos para volver a encenderse después de varios parpadeos. La experiencia de otras ocasiones le hacía presagiar que esa noche estarían sin flujo eléctrico.

—Va a haber que avisar a la gente —dijo, sin darse cuenta de que el otro guardia no podía oír sus pensamientos.

—¿Avisarles? ¿De qué, mi cabo?

—De que nos espera una noche complicada. Todo el mundo debería tener leña y pilas para las linternas. Y también me preocupa ese policía, Lorient. Hace rato que lo llamo al móvil y me salta el contestador. Espero que él y la hija de ese loco no se hayan quedado atrapados en la mina. Si es así, nadie va a poder sacarles.

—¿Manda usted que vaya allí por si los veo?

—De ningún modo. Si les pasa algo, ellos se lo habrán buscado. Ya le dije a Lorient que no fueran, que no era el momento. Tenemos que ocuparnos de la gente del pueblo. Ese es nuestro principal deber, y lo que vamos a hacer.

El chapoteo de la cascada subterránea era como un arrullo para los oídos de Miriam. Sólo allí se sentía a salvo, en la profundidad de una galería que, siglos antes, sirvió de conducto de ventilación para una antigua mina romana. Recordaba como si hubiera sido el día antes cuando su madre le mostró por primera vez su acceso, oculto en una pared de roca mediante ramas y arbustos que ella misma había colocado. Nadie en la aldea, salvo su madre, sabía de la existencia de esa entrada. «Si alguna vez te persiguen, escóndete aquí», rememoró las proféticas palabras que le dijo cuando Miriam tenía sólo ocho años. No le preguntó de qué podría verse obligada a huir ni por qué podría necesitar esconderse. A esa edad ya había sentido las miradas recelosas de los aldeanos y el temor que le tenían a su madre, e incluso a ella.

Había corrido a esconderse en la mina tras huir de la abadía. Estaba hambrienta y tenía frío, pero confiaba en que nadie pudiera encontrarla allí. La oscuridad era total, aunque no le resultaba amenazadora. Al contrario, se sentía protegida dentro de ella, segura. Además, sólo le causaría inquietud ver los maderos colocados por los romanos para apuntalar la galería. El paso de los siglos y la humedad habían hecho estragos en ellos. Muchos estaban medio resquebrajados o peligrosamente torcidos. No tardarían en ceder del todo y hacer que la galería se colapsara, como había ocurrido con la mayoría del resto de la mina. Pero eso ya no le importaba. Había decidido dejar esa aldea en que había pasado toda su vida y probar suerte en cualquier otro lugar. Pensaba que no tenía elección si quería seguir viviendo, o al menos en libertad.

Antes de marcharse para siempre iría una última vez a su casa. Se daba cuenta del riesgo, pero después de darle muchas vueltas llegó a la conclusión de que era necesario. No poseía casi nada, pero ese poco era todo lo que tenía. No mucho más que algunas ropas y los utensilios con los que hacía sus preparados y trataba de ganarse el pan de cada día. Sin unas y otros, le costaría aún más sobrevivir allá adonde fuera; ni siquiera llegaría a la población más próxima, pues se moriría de frío en el largo y duro camino.

Se levantó y avanzó a oscuras sin vacilaciones, ayudándose sólo de una mano que iba rozando la pared de roca. Durante diez años se había obligado a memorizar cada recoveco de aquella mina, sus múltiples bifurcaciones, que se adentraban en la montaña y las profundidades de la tierra. Siempre pensó que eso quizá le salvara la vida si alguna vez tenía que huir.

Redujo el paso al darse cuenta de que se acercaba al pozo, un imponente hueco vertical que se abría más adelante en el suelo. Ni siquiera su madre había sabido decirle qué profundidad tenía. Hacía mucho que se habían desmoronado los escalones de madera que permitían bajar por él a los buscadores de oro romanos. Sólo quedaban sus apoyos de piedra, firmemente insertados en las paredes verticales. De pequeña, Miriam se imaginaba que el pozo era tan hondo que llegaba hasta el mismo Infierno,

si es que existía.

Bordeó el hueco con cuidado, pegándose todo lo posible a la pared. Nadie acudiría a salvarla si caía en él. Moriría sola y en la más completa oscuridad. Volvió a acelerar el paso y llegó a una nueva bifurcación. La galería de la derecha se sumergía en las entrañas de la mina. Ella tomó la otra, que llevaba al exterior.

Llegó a la entrada oculta y retiró con cuidado los arbustos que la disimulaban. Ya era de noche, como suponía. Había estado esperándola para no toparse con nadie al regresar a la aldea y su casa. Salió de la mina y volvió a tapar concienzudamente el acceso. Podría haberlo dejado al descubierto, ya que no tenía intenciones de volver a usarlo, pero la costumbre es un tirano difícil de quebrantar.

Avanzó campo a través mientras le fue posible, antes de verse obligada a tomar el camino hacia la aldea. Las tristes siluetas de las humildes viviendas eran sombras entre sombras. También las cruces que los aldeanos habían puesto por doquier, o pintado en sus puertas con sangre de animales sacrificados a su dios. Pensaban que así alejarían el Mal, pero Miriam sentía que ni todas las cruces del mundo serían capaces de ahuyentar a lo que notaba en cada fibra de su ser desde que cayó la estrella fugaz.

Recordaba desde siempre ser capaz de percibir cosas que no conseguía explicar. En una ocasión, siendo todavía una cría, le preguntó la razón a su madre. «Eres como yo», fue la respuesta de ella, acompañada de una sonrisa melancólica. Luego le contó una historia sobre los orígenes de su familia y el colgante del que Miriam nunca se desprendía, su talismán. Lo acarició ahora, como entonces, con un gesto mil veces repetido. La historia empezaba más de dos mil años antes, en un lugar llamado Egipto, al otro lado del mundo; eso le dijo su madre. Aunque ya no fuera una niña, a Miriam seguía pareciéndole mágico el nombre de aquellas tierras desconocidas: «Egipto». Según su madre, en esa época tan antigua había allí un poderoso sacerdote, el más poderoso de todos, a quien respetaba, e incluso temía, el propio faraón. «El faraón era el rey de Egipto, un dios en el cuerpo de un hombre», le explicó. A menudo pedía el consejo del sumo sacerdote, que tenía el poder de entrar en trance invocando al bienhechor dios Bes, y tener visiones de lo que iba a ocurrir. En una de ellas vio que algo terrible pasaría en un futuro muy lejano, un mal inimaginable que llegaría del cielo.

En su visión aparecía también una mujer, una como ninguna otra, ungida por el propio dios Bes, protector de los malos espíritus. La distinguía una marca roja de nacimiento en su hombro derecho, con la forma de una estrella. «¿Como la mía?!», le había preguntado la pequeña Miriam, asombrada. «Como la tuya, así es. Exactamente igual que la tuya», respondió su madre, que tenía una marca idéntica justo en el mismo lugar. «Todas las mujeres de nuestra familia nacen con esa marca, porque todas venimos de aquella mujer egipcia, la que era especial... Como tú eres especial». El sacerdote hizo un pacto con el dios Bes: entregarle su vida y su espíritu a cambio del de aquellos que morirían a manos de ese mal inimaginable. Durante



largos años, buscó por todo Egipto a la mujer con la marca de la estrella. Cuando por fin la encontró, tuvo una hija con ella. Sus futuros descendientes se enfrentarían al mal caído del cielo. Esa era su misión, su destino. Para protegerlos, fabricó un poderoso amuleto consagrado a Bes. Luego cumplió su parte del pacto, inmolándose a sí mismo al dios. Justo antes de morir, untó el amuleto con su sangre, para volverlo aún más poderoso. «Ese amuleto es el medallón que cuelga de tu cuello. Ha ido pasando de madre a hija desde entonces».

Miriam se había preguntado más de una vez si aquella historia era cierta o sólo algo imaginado por su madre. Ella no creía en el Bien y el Mal, ni en dioses ni demonios, sólo en la maldad de la mayoría de los hombres y en la bondad de unos pocos, como aquel fraile y el soldado que la habían salvado. O como el joven fray Alonso, que ahora yacía sin poder mover las piernas y a la espera de la muerte. Trató de advertirle aquel día de que no fuera tras el rastro de la estrella. Presintió que había llevado algo consigo. Algo... malo. No lograba darle un rostro ni una forma, o tan siquiera alguna explicación, pero era real como ella misma. Quizá fuera la propia Muerte, quizá fuera el mal que aquel sacerdote egipcio profetizó.

Redobló las precauciones cuando llegó a la puerta de su vivienda, situada en el extremo de la aldea. Temía que estuvieran dentro esperándola, y esta vez no habría nadie dispuesto a defenderla. La celosía de la única ventana estaba cerrada. No conseguía recordar si ella la había dejado así o no, pero en cualquier caso le impidió escudriñar el interior de la casa. Pegó el oído a la puerta y escuchó, tratando de captar algún sonido delator. No oyó ninguno, y se sentía expuesta y vulnerable en el exterior, donde podrían verla si alguien se levantaba a hacer sus necesidades o por cualquier otra razón.

Abrió la puerta y volvió a cerrarla deprisa después de entrar. Notó que había alguien dentro incluso antes de oír a una voz masculina decir:

—Buenas noches.

Miriam luchó torpemente con la puerta para intentar volver a abrirla y huir. El hombre fue más rápido y la agarró con fuerza de un brazo. A ella se le escapó un grito de rabia, que él se apresuró a ahogar tapándole la boca.

—¡Cállate! —rugió el hombre.

Miriam no se rindió. Clavó los dientes en la mano que la amordazaba y sacudió todo su frágil cuerpo, con codazos y pataleos, hasta que consiguió liberarse.

Por fin logró abrir la puerta y lanzarse de nuevo a la noche.

—¡Soy yo! —susurró el hombre a su espalda—. Soy José.

Eso la hizo detenerse y mirar atrás.

—¿José?

—Entra antes de que alguien te vea —respondió el soldado.

La joven dudó por un momento. Que le hubiera salvado la vida no le bastaba para fiarse de él. Nunca había confiado en nadie, salvo en su madre.

—¡Entra! —insistió José.

Lo que terminó de convencerla no fue su vehemencia, sino la nobleza que vio en sus ojos, a pesar de la sangre que le corría por la mano, donde ella lo había mordido sin contemplaciones.

La puerta se cerró otra vez y el soldado se atrevió a encender una vela.

—Casi me arrancas el dedo —se quejó, aunque sin rencor.

Miriam no le pidió disculpas, sin importarle si era lo que él esperaba. José se sentó encima del camastro, como si fuera el dueño de la casa. Ella se mantuvo en pie donde estaba, cerca de la única entrada y dispuesta a huir de nuevo por ella en cuanto lo creyera necesario.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó—. ¿Qué quieres?

—Estaba esperándote. He pasado horas buscándote por todas partes, hasta que se ha hecho de noche. No soy un hombre muy avisado, pero se me ocurrió que si no habías huido ya, quizá volvieras aquí antes de hacerlo.

El soldado dio un repaso al interior de la vivienda. Los únicos muebles eran la cama y una alacena desvencijada, donde ella guardaba su escasa ropa, una manta raída y varios cacharros. En el fuego apagado del hogar había sólo unas cuantas perolas y otros utensilios de cocina, todo muy viejo y usado.

—¿Qué quieres? —repitió Miriam.

—Fray Gabriel quiere hablar contigo.

—No tengo nada que decirle.

Estaba decidida a recoger sus cosas cuanto antes y marcharse, como había planeado. Se puso a buscar dónde meter sus pertenencias. Entonces recordó lo que había guardado en un saco y escondido dentro de uno de los cajones de la alacena. Era un objeto que en realidad no le pertenecía. Lo robó de la abadía la noche en que murió el monje. No estaba donde ella lo había dejado.

—¿Sabes? —dijo José—. Llevo media noche preguntándome qué es esto...

Miriam le vio coger un saco del suelo al otro lado de la cama. Justo el mismo saco que ella estaba echando en falta. El soldado lo abrió y extrajo un objeto cúbico, de un negro imposible.

—Está frío como el demonio —agregó José—. Y que el Diablo me lleve si he visto alguna vez algo parecido.

—No sé qué es.

Miriam decía la verdad, pero no toda. El soldado percibió ambas cosas. Se encogió de hombros y comentó:

—Puede que fray Gabriel lo sepa. O que sea capaz de averiguarlo. Él es un hombre avisado como pocos.

José volvió a meter el objeto en el saco y a depositarlo en el suelo, lejos de sí. Lo hizo con un movimiento en apariencia casual, pero Miriam juraría que le causaba inquietud.

—Si no sabes lo que es —dijo el soldado—, al menos sabrás decirme de dónde lo has sacado.

Miriam seguía teniendo dudas sobre si confiar o no en José. Una parte de ella le decía que podía hacerlo, pero si esa parte se equivocaba y le contaba al soldado toda la verdad, estaría perdida.

—Si te lo digo, ¿dejarás luego que me vaya?

—Te doy mi palabra.

José no se llevó la mano al pecho ni hizo otro gesto ampuloso al decirlo. Nada que adornara su juramento para hacerlo parecer más férreo o convincente.

—Está bien. Yo estuve en la abadía la noche en que murió aquel monje, Olegario. Quiero decir que estaba dentro de la abadía, en el mismo establo donde murió.

Si al soldado le sorprendió esa revelación, no lo dejó traslucir.

—Continúa.

—Ese día, al atardecer, cayó algo del cielo. Pasó por encima de la abadía y se estrelló contra el otro lado del valle. Uno de los monjes, fray Alonso, fue a ver lo que era... No debió hacerlo —añadió sin pretenderlo, porque eso podría conducir a nuevas preguntas que no deseaba responder.

—En la aldea me han hablado de esa bola de fuego...

—Fray Alonso estaba como un lunático cuando salió a buscar dónde había caído. Nevaba mucho y empezaba a anochecer. Supongo que por eso el prior y otros monjes fueron tras él. No sé qué encontró ni qué le pasó, pero su caballo acabó muerto y él dejó de poder mover las piernas. Vi al prior y a los otros volver a la abadía. Fray Alonso casi no podía mantenerse sobre el caballo. Entonces supe que algo le había pasado.

Miriam detuvo su historia. Ahora llegaba la parte que no quería contar, la que podría hacer que acabara enjaulada para siempre o incluso muerta. Y además iba a revelarle a un extraño la existencia del único lugar del mundo donde se sentía segura.

—Sigue, te lo ruego. No tienes nada que temer de mí.

—Hay una mina —soltó sin más, desarticuladamente—, una mina que dicen que fue de los romanos. La conocen todos en la aldea, pero creen que ya no hay forma de entrar en ella. Se equivocan. La entrada principal y todas las otras se derrumbaron hace mucho, antes de que existiera la aldea o hasta la abadía. Pero queda una entrada abierta, que mi madre conocía, aunque nunca he sabido cómo llegó a descubrirla. Desde entonces ha sido un secreto que he guardado sólo para mí.

—Hasta ahora —comentó José, limitándose a atestiguar ese hecho. No había presunción alguna en sus palabras.

—Hasta ahora, así es... Una de las galerías de la mina lleva a una entrada secreta dentro de la abadía. —Eso sí llamó la atención del soldado, que se puso más erguido—. Tampoco sé quién la construyó. Mi madre no estaba segura, pero pensaba que habían sido los romanos, y que conectaba con una fortificación que se dice que tenían donde está ahora la abadía.

»Luego la aprovecharon los primeros monjes, como una forma de escapar si hacía falta. Ellos tenían que conocerla, porque la galería da a la cripta que hay debajo de la

iglesia.

—¿Y nadie la ha descubierto hasta ahora?

—No lo sé. Espero que no. La entrada está en el sepulcro del patrón de la abadía. Dentro del sepulcro.

—¿Está vacío?

—Sí. Imagino que a nadie se le habrá ocurrido abrir nunca la losa que lo tapa. Pesa mucho menos de lo que parece y debajo hay un túnel estrecho que conduce a la mina.

—Y tú entraste por él la noche en que mataron a ese monje, ¿no es así? ¿Para qué?

—Intento usar la entrada lo menos posible, pero llevaba tres días sin comer. Todo lo que había en mi huerta se ha helado, en invierno es difícil encontrar en el campo algo que echarse a la boca, y cada vez me tienen todos más miedo... Casi nadie viene ya a mí para que los ayude a cambio de una hogaza de pan o un poco de leche.

—¿No tienes a nadie que cuide de ti? ¿Un padre, una madre, algún otro familiar?

—He aprendido a cuidar de mí misma. Mi madre murió, y también los familiares de que sabía. A mí padre no llegué a conocerle. Mi madre me contó que era un forastero, un hombre del norte de paso por la aldea, que la dejó preñada y se marchó.

—¿Y entras en la abadía para robar comida?

—Sólo cuando no me queda más remedio. Los monjes son los únicos a los que les sobra. Y, gracias a esa entrada, es más fácil robársela a ellos que a otros. Nadie ha notado nunca mis robos, o al menos nunca me han acusado de ellos.

—¿Qué pasó la noche en que mataron a Olegario?

—Entré en la mina y llegué a la entrada secreta de la abadía.

—La que da al sepulcro del santo.

Miriam asintió.

—Los monjes estaban celebrando en la iglesia el oficio de completas. —Con el tiempo, había aprendido la rutina diaria de la abadía. Tenía buenas razones para ello —. Siempre entro después de ese oficio, porque es cuando se van todos a acostar. Tuve que esperar a que acabara para salir.

Se estremeció un poco al recordarse encerrada dentro del sepulcro de piedra, donde apenas cabía a pesar de su cuerpo menudo. No había nada en esta vida que odiara y temiera más que verse encerrada.

Temía también siempre el momento de salir del falso sepulcro, que hubiera alguien fuera y la descubriera, aunque nunca se había encontrado con nadie dentro de la cripta. Estaba por debajo del altar y el suelo de la iglesia, y conectaba con ella mediante unos estrechos escalones en curva. Eso impedía ver el interior de la cripta a no ser que alguien bajara hasta ella. Además la protegía una verja cerrada con llave. Su madre le había dado una copia.

Miriam siguió contando su historia.

—Salí de la iglesia y fui al establo.

—¿Estaba allí Olegario?

—No, todavía no. Cuando yo entré estaba vacío.

—¿Viste a alguien más?

—No había nadie en la iglesia ni el patio. Y Olegario tampoco debía haber aparecido. A esa hora deberían estar todos los monjes en el dormitorio... Cogí una gallina del gallinero y le partí el cuello para llevármela. Hice unas marcas en la tierra para que pensarán que había sido un zorro. No iba a coger nada más, créeme. Sólo esa gallina, que me daría para comer durante más de una semana.

»Entonces vi unas alforjas de cuero finamente repujadas. Pensé que alguien de la ciudad podría pagarme un buen dinero por ellas, con el que podría comprar comida para varios meses. Pero no las robé. Sabía que no podía llevármelas, porque llamaría demasiado la atención que desaparecieran. Dentro de las alforjas estaba eso.

Miriam señaló el saco que contenía el objeto negro. No le contó a José que un estremecimiento feroz le sacudió el cuerpo la primera vez que lo vio, ni que la atrajo como la luz de los candiles a las polillas. Ni que se dijo que también ella quizá acabara quemándose, pero lo cogió de todos modos y lo metió dentro del saco de trigo donde ahora estaba.

—Iba a marcharme ya cuando oí que alguien entraba en el establo —siguió—. Me escondí detrás de unos fardos, pero había dejado olvidada la gallina en el suelo. No sé si Olegario llegó a verla, porque salí por una ventana.

—¿No sabes cómo murió?

—Le oí gritar. Fue un grito que helaba la sangre... Y luego perdí los sentidos.

—¿Que perdiste los sentidos?

—Fue más bien como si estuviera soñando despierta. Como una pesadilla, pero no la recuerdo. —La expresión de Miriam se volvió distante y asustada, sumida en aquel recuerdo—. Sólo me acuerdo de estar en mitad del patio cuando salí de aquella horrible pesadilla. Nunca he sentido tanto miedo... Volví corriendo a la cripta y a casa. Al día siguiente me enteré de que habían matado a Olegario.

—¿Y tampoco había nadie allí, aparte de él y tú, cuando le oíste gritar?

—No había nadie más.

El soldado se revolvió, incómodo. No le gustaban los misterios ni las muertes que no tuvieran la simple explicación del acero de una espada o la punta de una flecha.

—¿Ahora vas a dejar que me marche? —le preguntó Miriam—... Deberíais irnos también, tú y el fraile. Y todos los de la aldea y la abadía. Intentad convencerles, quizá a vosotros os presten oídos. Este lugar está ahora maldito.

El soldado se puso en pie y se le acercó. Ella retrocedió un paso.

—¿Cómo lo sabes? ¿Eres de verdad una bruja?

Los ojos verdes de Miriam refulgieron con ira antes de contestar.

—¿Una bruja?! ¡Eso piensan! ¡Todos ellos! Pero piden mi ayuda cuando sus mujeres no consiguen quedarse preñadas o cuando a sus hombres no se les levanta el colgajo que tienen entre las piernas. Yo...

Se calló sin terminar lo que iba a decir. Su madre le había enseñado que las personas como ellas sólo podían sobrevivir si no llamaban la atención más de lo necesario, si se mantenían calladas. Y ella ya había hablado de más.

—Yo no necesito tu ayuda —afirmó José—. No quiero dejar preñada a ninguna mujer y mi colgajo se levanta como el sol cada mañana.

Ella se fijó en la expresión socarrona de aquel joven apuesto y valiente. Le había salvado la vida sin conocerla y ni siquiera se lo había agradecido. Por primera vez en mucho tiempo, sonrió.

El soldado levantó la mano que Miriam le había mordido y colocó delicadamente dos dedos sobre esa sonrisa. El primer instinto de la joven fue apartar el rostro, pero luego lo volvió hacia él para mirarlo cara a cara. Agarró la mano de José, enorme entre las suyas, y recorrió sus propios labios con los dedos de él, todavía extendidos, y la giró para acariciarse la mejilla con el dorso. Él llevó por sí mismo la mano a la otra mejilla. Miriam cerró los ojos, y abrió los labios apenas un suspiro ante el contacto de la piel encallecida del soldado.

José empezó a aflojar el cordón que ceñía bajo el cuello el sayo de Miriam. Era de una lana burda y mal tejida, y la única ropa que la cubría. Debajo sólo estaba su cuerpo esbelto y desnudo. Por él resbaló el sayo hasta caer al suelo, a sus pies. El soldado contempló su vulnerable desnudez a la luz de la vela. La marca de nacimiento de su hombro, el pelo negro, los ojos intensamente verdes, la piel blanca, los senos pequeños y firmes, la curva de su vientre y sus caderas, el fruto prohibido de Miriam.

—Qué hermosa eres —susurró, creyendo que lo había dicho sólo dentro de su cabeza.

Se desnudó él también, de forma atropellada y sin dejar de mirarla. Después la cogió en brazos. Ella le permitió que lo hiciera. La llevó hasta la cama en un abrazo apretado, piel contra piel, carne contra carne, compartiendo y transmitiendo su tibieza, su deseo.

Sintió un placer como nunca antes había sentido cuando José entró en ella, una unión como nunca creyó que fuera posible sentir.

Miriam contempló al soldado, que dormía profundamente después de su encuentro carnal. Estaba desnudo, encima de la sábana. Quiso tapanlo, pero sólo tenía una manta e iba a necesitarla para el camino. Apartó la vista para fijarse en el bulto que formaban sus pertenencias. Todo lo que tenía, su vida entera, cabía en un saco tan menudo...

Rodeó la cama y se agachó junto al otro saco, donde estaba el objeto negro. Llegó a estirar la mano hacia él, pero se obligó a retirarla como si fuera a meterla en el fuego. No lo abrió para ver el objeto por última vez, por más tentada que se sintiera a hacerlo. Volvería a hechizarla como había hecho en la abadía, y no quería llevárselo

consigo. Rogó, no sabía a quién, para que lo destruyeran.

Se inclinó levemente sobre la cama y el soldado.

—Márchate, José —susurró—. Haz que se marchen todos.

Cogió el bulto con sus enseres y salió otra vez a la noche, sin hacer el menor ruido. Suspiró al dejar atrás las últimas casas de la aldea, no porque previera una futura añoranza, sino de puro alivio. En el descampado que se abría delante, el frío era cruel y la noche parecía más oscura de lo que debía ser. Y más despiadada.

«Te espera un mundo duro, hija mía, pero yo cuidaré de ti», pensó, con una determinación salvaje. La semilla que el soldado había puesto dentro de ella iba a germinar y darle un hijo. Una hija. Lo supo con toda certeza, sin saber el porqué.

Siguió caminando y llegó al humilladero sin cruz. Su cuerpo se tensó de repente en un espasmo atroz. El saco se soltó de sus manos, que se abrieron en una garra. Quiso gritar pero no pudo. Era incapaz de moverse.

Se le quedaron los ojos en blanco y el mundo a su alrededor desapareció. Vio en su lugar el interior de la iglesia de la abadía, con la misma claridad diáfana que si estuviera en ella: la vela del sagrario, sus figuras de santos y mártires, el gran crucifijo tras el altar, que tanta inquietud le provocaba.

Soñaba otra vez despierta, como le había ocurrido en la noche de la muerte de Olegario. Y en su pesadilla sintió un miedo negro y profundo inundándole el alma. Había alguien más allí... un fraile.

—No, no vengas —susurró, aterrorizada—. ¡No entres!... ¡DIOOOS!

Se desplomó en la tierra helada. Sus ojos desencajados podían ver de nuevo el camino y el humilladero. Se echó las manos a la garganta. Luchaba para robar un poco de aire. El horror la asfixiaba. Por fin logró engullir una bocanada de aire helado. Su cuerpo se sacudía, en el suelo, temblando de arriba abajo.

Deseó con todas su fuerzas no recordar nada de lo que había visto, como la última vez.

Pero su deseo no se cumplió.

¡Maldita sea!

El inspector Lorient estaba encaramado en una barra lateral del elevador y golpeaba con fuerza la rejilla del techo.

—Está encajada —añadió al rato, aunque sin dejar de empujarla—. No sé si podré abrirla...

Los teléfonos móviles no funcionaban allí dentro. Si no conseguía abrir la reja, era más que probable que se quedaran encerrados durante muchas horas. Y eso con suerte. Si el temporal empeoraba —lo cual era de prever—, ni los servicios de rescate podrían llegar a la mina hasta que el tiempo hubiera mejorado lo suficiente. El inspector lo sabía bien. Todos los años había algún memo escalador o senderista que desoía las recomendaciones de las autoridades y acababa muriendo congelado o sepultado en las montañas.

—Si pudiera... —dijo sin terminar la frase.

Una idea cruzó por su mente. Necesitaba algo contundente con que golpear la rejilla. El objeto, pensó. Era lo único que tenía a su alcance. Bajó de un salto a la plataforma y, con cuidado de no tocarlo con las manos desnudas, lo levantó dentro de su cobertura hecha con el plástico del chubasquero.

Raquel comprendió enseguida qué se proponía. Frunció el ceño y le agarró del brazo cuando se disponía a proyectarlo con todas sus fuerzas hacia el techo.

—¿Está seguro de lo que va a hacer? No sabemos si esa cosa... qué se yo, puede explotar o romperse y caérsenos encima lo que sea que tenga dentro...

—Sí, es verdad —aceptó el inspector.

En sus años como policía había aprendido a seguir su instinto y a tomar decisiones rápidas. Era ya una costumbre instalada dentro de su cabeza. A veces hay que actuar sin abandonarse a las dudas. Pero no siempre una decisión rápida es la más acertada. De hecho, casi en la mitad de las ocasiones no lo es.

—No se me ocurre qué otra cosa podemos hacer —añadió después de un breve silencio pensativo.

Raquel y Toni lo miraron, aceptando al fin la idea. No les quedaban otras opciones, y aquel cubo misterioso no parecía espacialmente frágil. Sin darse tiempo a más reflexiones, Lorient se colocó como un levantador de pesas que se dispusiera a izar un peso tremendo, aunque el cubo fuera tan ligero como el mismo chubasquero que lo envolvía. Con un movimiento súbito y enérgico, levantó ambos brazos y golpeó con él el techo del elevador. No le dio tan fuerte, pero la reja superior salió despedida varios metros hacia lo alto, golpeando estruendosamente los laterales del pozo hasta caer de nuevo.

—¡Cuidado!

Lorient empujó a Raquel y al chico mientras trataba de evitar, con el propio cubo en las manos, que la reja los alcanzara. Él no pudo apartarse a tiempo y una de sus



afiladas esquinas le rozó la cabeza e impactó de lleno contra su hombro. Un fino reguero de sangre comenzó a brotar de un corte por detrás de la oreja. Por suerte, era una herida superficial.

—No es nada —dijo para tranquilizar a los otros—. He tenido suerte.

Aunque quisiera evitar que se le notara, lo que sí le había hecho daño de verdad era el golpe en el hombro. Con todos sus arrestos, dejó el cubo en el suelo y se llevó la mano del brazo sano al hombro herido.

—¿Seguro que está bien? —dijo Raquel al ver la expresión de dolor en su rostro.

—Creo que no me he roto el hueso. No es más que una contusión. Se me pasará.

Toni se acercó a él con intención de ayudarlo.

—Déjeme ver —dijo.

—Tú quieto ahí —le espetó el policía—. He dicho que estoy bien. Joder, yo no le he dado tan fuerte a la reja... Bueno, la cuestión es que ya podemos salir escalando por el cable.

Era evidente que él no podría hacerlo en su condición actual. No importaba. Si Raquel salía de allí y alcanzaba la boca de la mina, podría llamar por teléfono al cuartelillo de la Guardia Civil. Los guardias harían lo imposible por ir a rescatarles. No podrían negarse, aunque tuvieran que ir montados en renos. Era su mejor opción, de modo que puso esos pensamientos en palabras.

—Raquel, yo no voy a poder subir. Suba usted y avise a la Guardia Civil. Me quedaré aquí esperándola, con el cubo y con el chico.

—¡Yo sí puedo escalar!

—Ya lo sé, pero no vas a hacerlo. ¿Crees que voy a dejarte solo con ella? Vamos, ayúdala a subir al techo.

—Ella no sabe el camino de vuelta. Sin mí se perderá por los túneles.

El inspector sopesó lo que el chico decía. Por mucho que le fastidiara, tenía razón.

—Está bien —aceptó a regañadientes—. Pero si haces cualquier estupidez, si le causas a la señorita el menor problema o por tu causa le sucede lo que sea, mi máxima prioridad en este mundo será buscarte y aplastarte como a una cucaracha. ¿Lo has entendido?

El muchacho no se atrevió ni a contestar. A Raquel, por su parte, le pareció una amenaza muy romántica, aunque eso supusiera un contrasentido en toda regla.

—Creo que deberíamos quitarnos los abrigos —dijo—. No podremos izarnos con toda esta ropa puesta.

Lorientte asintió. El coche estaba junto a la boca de la mina, y el tiempo de exposición al temporal no sería muy prolongado.

—Yo no seré capaz de lanzarlos desde aquí. Es demasiada altura. En cuanto lleguen afuera, usted y el chico métanse en el coche a toda prisa, arranque el motor y ponga la calefacción a tope antes de llamar con el móvil. No vuelvan a la mina. Es mejor que esperen allí. El depósito está casi lleno.

—De acuerdo.

—No hay tiempo que perder. ¡En marcha!

Con ayuda de Toni, Raquel fue encaramándose a la parte alta del elevador. Se agarró a la polea que lo conectaba con el cable y siguió tirando hasta que puso una rodilla en la estructura exterior. El resto fue fácil. Ahora venía la parte más difícil: ser capaz de escalar el rugoso cable hasta el nivel de la cueva. No es que fuera precisamente una deportista. Su único intento de asistir a un gimnasio databa de años atrás y había durado sólo una semana. Por fortuna, era ligera.

Si es cierto que la necesidad da alas, a Raquel desde luego se las dio. Nunca había tratado de hacer algo como aquello, pero lo fue consiguiendo poco a poco, ganando cada palmo hasta encontrarse a medio camino. Ahí las fuerzas le flaquearon. Estúpidamente pensó en Enrique, el bombero. A él le habría resultado sencillo salvar ese desnivel. El mismo pensamiento le comunicó una rabia que renovó sus fuerzas. Por fin alcanzó el suelo de la cueva y se quedó tumbada, completamente exhausta, antes de soltar un casi infantil grito de júbilo.

—¡Sí! ¡Lo he hecho!

—Ahora tú —ordenó Lorient a Toni.

Para el chico fue más fácil recorrer el trecho de pozo hasta la cueva. También era bastante delgado y tenía brazos vigorosos. No le costó demasiado llegar arriba.

—¡Ahora vayan por el túnel hasta la boca de la mina y hagan lo que les he dicho! —gritó desde abajo el inspector.

Raquel se habría quedado tumbada un rato más, pero se levantó y obedeció a Lorient. Las bombillas continuaban encendidas, arrojando su tenue luz amarilla. Las siguió tras Toni que, en efecto, parecía conocer muy bien el terreno. El camino se le hizo más corto ahora que cuando entraron. Era cierto que yendo sola podría haberse perdido, aunque era la tercera vez que recorría aquellos pasadizos y grutas, contando con el sueño. ¿Tendría que explicárselo a Lorient en algún momento? Pensaría que estaba loca o que había creado ese falso recuerdo por culpa del trauma.

Ya estaban cerca de la salida del túnel cuando el muchacho, que iba un paso por delante de Raquel, se revolvió de improviso y la empujó con furia. Ella cayó y rodó por el húmedo suelo en pendiente.

—¡Dame las llaves del coche! —gritó Toni con una expresión desencajada en el rostro.

Raquel tuvo miedo. Mucho miedo. Ahora sí que pensaba que el muchacho podía haber sido el asesino de su padre. Retrocedió como pudo, sentada en el suelo y ayudándose con los codos. Rápidamente vació el contenido de su bolsillo y le arrojó las llaves a los pies. Rezó para que, al menos, se marchara y la dejara en paz.

—Tu padre creía que yo era idiota. Pero no lo soy. No lo maté, por si quieres saberlo. Aunque eso ya no importa. Tú y ese poli cabrón moriréis en esta mina. Y el cubo será otra vez mío. ¡Otra vez mío para siempre!

Después de la inconexa sucesión de frases, el chico dio media vuelta y corrió hacia el exterior. Raquel tuvo el impulso de seguirlo e intentar recuperar las llaves.

Pero eso era absurdo. Toni era mucho más fuerte que ella y parecía como enloquecido. Por suerte no le había pedido que le diera también el teléfono móvil. Esperó un par de minutos. Cuando oyó el ruido del motor del coche, que llegaba ensordecido desde el exterior, marcó el número de emergencias y se puso junto a la boca de la mina. No pudo comunicar. Allí no había cobertura.

—Hijo de puta... —dijo pensando en el chico.

La situación era desesperada. No le quedaba otra opción que regresar a la cueva donde estaba el elevador y contarle a Lorient lo sucedido. Necesitaba ponerse su abrigo. La humedad del suelo había empapado sus ropas al caer. Empezaba a notar que el frío proveniente del exterior calaba en sus huesos.

Iba a lanzarse a las profundidades del túnel cuando se dio cuenta de que, a fin de cuentas, quizá no recordara el camino. Guiada por Toni y absorta en sus pensamientos, se había dejado llevar y no se había fijado bien en los lugares donde debía tomar uno u otro túnel. Decidió confiar en su memoria porque no tenía más que eso, e intentó olvidar que su sentido de la orientación era casi nulo. Cuando usaba un mapa, siempre lo colocaba en la dirección por la que iba, y era muy capaz de perderse yendo incluso a los lugares a los que sabía ir.

—Concentración, concentración, concentración... —repitió como un mantra.

Elegir los primeros pasadizos resultó fácil. Acababa de pasar por ellos. Más adelante, el camino se hacía confuso. Trató de recordar y de darse el tiempo necesario, aunque eso no era precisamente lo que le sobraba. Eligió el camino que le pareció correcto y, al final, tuvo que aceptar que se había confundido. Desanduvo los pasos para regresar a un punto conocido, inequívoco. Pero no lo halló. Con una terrible ansiedad se dio cuenta de que estaba perdida. Perdida por completo.

Tenía que seguir moviéndose. Quedarse quieta y lamentarse no iba a servirle de nada. Anduvo por los inacabables túneles durante más de una hora. Estaba helada. Cuando llegó al final de uno que le pareció conocido, la luz se apagó de repente. Se quedó un momento petrificada. Su respiración se hizo más rápida a medida que el ritmo de sus palpitaciones iba en aumento. Estaba a punto de derrumbarse, pero siguió por el corredor, tanteando con las manos hasta que se topó con el muro de piedra que lo cegaba. Palpó de nuevo con incredulidad. Ya no tuvo fuerzas para seguir. Aquello era el final.

Dio un grito desgarrado, de miedo y desesperación, y se dejó caer en el suelo con la espalda apoyada en la roca. Comenzó a sollozar como una niña. Sentía la cabeza y las extremidades embotadas. Estaba completamente a oscuras. A los pocos minutos, un sopor invencible —anuncio de la congelación— se adueñó de su mente.

Raquel perdió el conocimiento entre imágenes delirantes de monstruos y sombras, de grietas sin fondo y negruras infinitas...

*El aire es frío y te cuesta respirar. Pero recuperas el calor de tu cuerpo en ese*

otro cuerpo invisible que te acoge. El pueblo está entre sombras. Apenas se distinguen las formas de los edificios a través de los tenues resplandores que emergen de algunas ventanas. Temblorosas llamas de velas y candiles alumbran a esas gentes. Como antaño. Como en un tiempo lejano en el que ya hiciste presa de hombres y mujeres iguales, aunque con afanes distintos en sus espíritus. Sabes lo que sienten, lo que piensan, lo que anhelan... Todo eso guía tu fuerza destructora.

La calle principal comienza —o termina— al salir de una zona tupida del bosque. Atrás dejaste las lomas y los arroyos. Ahora quieres adentrarte en el pueblo mismo. La primera casa que ves es una de las que tienen luz en las ventanas. Dentro, el fuego da a una anciana su benigno calor. Está sentada junto a una tosca chimenea, bordando en una tela el dibujo colorido de unos niños que juegan en un jardín. Sonríe con su boca desdentada. No le teme a la negrura ni a la tempestad. Ha vivido mucho para eso.

No sabe que su vida va a terminar esa noche. Está en tus manos. Cuántas veces nos cruzamos con alguien que podría asaltarnos, hacernos daño, matarnos. Cuántas veces eso no sucede porque no se dan todas las circunstancias para ello. Si la calle estuviera desierta, si cambiáramos de acera, si miráramos a los ojos a ese alguien... Nuestras vidas a menudo penden de un hilo sin que tengamos la menor idea de esa realidad.

Tú eres esta noche la parca que siega el hilo de las débiles vidas humanas. Cada una es como la llama de esas velas que alumbran las casas. Es tan fácil matar como apagarlas, soplando con ímpetu o humedeciéndose los dedos y apretando el cabo encendido que se alimenta de la cera.

Contemplas a la anciana desde fuera. De pronto, se vuelve hacia ti en su mecedora. Te mira directa, fijamente. En sus labios ya no hay una sonrisa. Ahora hay una mueca de preocupación. Sabes que pronto se convertirá en terror. Conoces a esas pocas personas capaces de presentirse, de notar tu presencia con los ojos del alma. Lo aprendiste hace mucho, mucho tiempo. Y esta vez no piensas subestimar ese don. Aunque, con esa pobre vieja, poco importa lo que pueda percibir de ti. Su suerte está echada.

Se levanta pesadamente y se dirige a la ventana. Se queda junto al cristal, contemplando la nieve que cae justo por delante. Es lo único que puede ver, aunque tú estas detrás, devolviéndole la mirada que ella dirige a la negrura. Se cierra el chal, da un paso más y gira la manivela de la ventana. La abre y saca un poco la cabeza hacia fuera. No se preocupa del frío ni de los copos de nieve que salpican su pelo blanco.

—¿Quién anda ahí? —dice a la nada.

En ese momento, lanzas tu garra a su rostro. La anciana cae hacia atrás. Desde el suelo, murmura algo; un lamento, una queja. Traspasas el hueco abierto, haciendo batir las hojas de la ventana como un repentino golpe de viento. Los cristales chocan con la pared y se hacen añicos. El ruido es estridente, pero no hay nadie que pueda

*oírlo. Nadie salvo la única persona que no importa que lo oiga.*

*Contemplas a la vieja tumbada en el suelo. Se toca la cadera, pero sigue mirando hacia ti. Sus ojos están muy abiertos y, por fin, hay en ellos el pánico que tanto te complace, que te embriaga como la más perfecta mezcla de aromas. Te preparas para acabar con ella; para desagarrar su carne floja y agrietada; para hacer fluir su sangre hasta no dejar una gota en su débil cuerpo. Ella sabe que va a morir. Y grita con una intensidad que no esperabas.*

*Gozas, gozas del grito antes de acallarlo para siempre.*

La noche había caído hacía tiempo, era ya de madrugada. Fray Gabriel estaba sentado sobre su catre, solo y a oscuras, en una de las celdas de la hospedería. Allí se alojaba a los peregrinos o visitantes que llegaban hasta la abadía. José se había marchado en busca de Miriam, como el fraile le había pedido, y aún no había regresado. El fraile reflexionaba sobre el rompecabezas con que se había topado, sin llegar a ninguna conclusión satisfactoria. Se levantó de la cama y abrió la ventana de par en par. Quizá el aire helado consiguiera aclararle las ideas.

Ver la luna en el cielo le despertó un viejo recuerdo que habría preferido no remover... «Como la luna», eso significaba su nombre... el de Aysel. Se lo dijo ella misma cuando se encontraron por primera vez, hacía ya tantos años. Una sonrisa se dibujó en el rostro del fraile, pero no tardó en volverse primero melancólica y luego dura, al recordar también cómo murió, cómo la mataron. Y que fue culpa suya.

Decidió poner fin a su espera. Los monjes debían de estar ya dormidos. Había llegado el momento de llevar a cabo la arriesgada e impía tarea que se había propuesto.

Cogió una lámpara de aceite y la encendió con una vela del corredor. Luego la cubrió casi del todo con un paño oscuro. Así sería más difícil que un monje noctámbulo viera su resplandor desde el dormitorio, pues fray Gabriel tenía que pasar por delante de este para llegar al cementerio. Después estaría relativamente a cubierto de miradas indiscretas, protegido por el ábside norte de la iglesia.

Salió de la hospedería y pasó antes por el establo para coger varias herramientas. No pudo evitar dirigir una mirada hacia donde Olegario había sido asesinado.

Atravesó el patio en dirección al cementerio, que estaba en el extremo opuesto. Lo rodeaba una tapia suficientemente alta para separarlo de él, pero no lo bastante como para ocultarlo a la vista. Esa era la intención, que verlo cada día sirviera de recuerdo constante, para los todavía vivos, de que la muerte siempre acecha, siempre está a sólo un paso de todos nosotros.

Únicamente los abades tenían derecho a una tumba no anónima, bajo el claustro, en criptas o dentro de la iglesia o la sala capitular. Sus lápidas narraban quiénes fueron y las piadosas obras que acometieron. Nada señalaba, en cambio, el lugar de descanso eterno de los monjes corrientes. Reposaban en el cementerio sin ni siquiera una simple cruz y un nombre capaz de distinguir a unos de otros. Lo que hubieran sido en vida acababa reducido a un simple montón de tierra que, antes o después, terminaba nivelándose con el suelo a su alrededor.

Al fraile no le costó aun así encontrar la tumba de Olegario. Sobresalía más que las otras, y la tierra en torno a ella estaba todavía revuelta. Hasta ahora no había hallado respuestas a las preguntas que se le agolpaban sobre su muerte. Quizá el propio Olegario fuera capaz de responder a algunas de ellas. Ya no podía contarle lo ocurrido, pero puede que su cadáver sí lo hiciera... Quien lo asesinó había

aprovechado la oscuridad de la madrugada. Él iba a usarla también para profanar su tumba.

Llegó a plantearse pedirle permiso al abad. No lo hizo porque estaba convencido de que se lo negaría. Para él ya estaba resuelto el asesinato. Seguramente habría esgrimido que exhumar su cuerpo sería un gesto impío y una provocación a los cielos que podría traer al Mal de vuelta.

No era difícil dejarse convencer por esos miedos estando en aquel cementerio, en mitad de la noche, pero el fraile era un hombre valiente. Alzó otra vez el rostro hacia la luna. Su luz se derramaba furtivamente sobre los muros, tratando sin éxito de robar la oscuridad de las sombras. No inspiraba calor ni consuelo. Era como un ojo blanco y distante que lo observara. Las estrellas a su alrededor parecían también ojos acechando en la oscuridad.

Dejó la lámpara a un lado y levantó la azada sobre su cabeza.

—Perdóname, Señor —musitó.

Temía que la tierra estuviera demasiado dura por el hielo, pero la azada se hundió hasta su engarce con la madera cuando la clavó con todas sus fuerzas en la sepultura.

Se detuvo para escuchar con atención el menor ruido o descubrir cualquier movimiento a su alrededor o en los edificios cercanos. Sólo oyó el sonido amortiguado de sus propios latidos.

Volvió a hundir la azada en la tierra una y otra vez, parando sólo para ir retirando la que removía y abriéndose paso hacia el fondo de la tumba. Le llevó mucho tiempo y esfuerzo. Se sentía exhausto cuando por fin saltó a su interior tras haber excavado unos seis palmos. El cuerpo de Olegario ya no debía de estar mucho más hondo.

Continuó excavando, ahora sólo con sus propias manos. Le llegó un olor putrefacto, pero no tan intenso como sería de esperar. El frío había conservado el cadáver de Olegario y hecho más lento el proceso de descomposición. Lo primero que vio de él fue la zona posterior de su cabeza. La tonsura estaba casi cubierta por pelo que había seguido creciendo tras la muerte. «Recuerda, hombre, que polvo eres, y en polvo te convertirás», decía el Génesis. Muchas órdenes monásticas enterraban a sus miembros de ese modo, boca abajo y directamente en la tierra, sin un ataúd que retrasara la transformación en polvo de los muertos.

La costumbre prescribía también que al monje fallecido lo desnudaran y lavaran antes de vestirlo de nuevo y enterrarlo. Esa era quizá la limpieza más completa que recibía un monje en toda su vida, pues sólo se bañaban dos veces al año, antes de la Pascua y la Navidad.

Fray Gabriel había hablado con quien se encargó de lavar a Olegario, y le preguntó si había encontrado algo inusual en su cuerpo. El otro se apresuró a decir que no, pero el fraile tuvo la clara impresión de que no podía fiarse de su criterio. Aquel monje le pareció demasiado joven y se le notaba demasiado asustado. Teniendo en cuenta las oscuras circunstancias de la muerte de Olegario, lo más probable era que se hubiera dado prisa en lavarlo, sin pararse a observar su cadáver

con detenimiento. El cadáver que ahora fray Gabriel había desenterrado por completo.

Colocó la lámpara en una esquina del interior de la tumba, cerca de la cabeza de Olegario. Su llama bailó una siniestra danza sobre los rasgos del muerto, que ya no podía contemplarla. Las cuencas de sus ojos estaban vacías porque él mismo se los arrancó, si daba crédito a lo que le habían contado el abad y el prior.

Fray Gabriel le palpó la nuca. Comprobó que, en efecto, tenía el cuello partido, como el prior le había dicho. Eso encajaba con que alguien le hubiera propinado allí un fuerte golpe con algún objeto. Retiró los jirones que quedaban de su ropa y descubrió la espalda de Olegario. Acercó la lámpara para verla con más detalle. La piel estaba blanca y amoratada en varios lugares.

Palpó con las manos espalda abajo e hizo un descubrimiento inquietante: no sólo tenía el cuello partido, sino el resto de la columna vertebral, casi de una punta a otra. Para eso haría falta que le hubieran golpeado repetidamente con una fuerza inusitada. Cualquiera de esos golpes habría bastado para matarlo. La conclusión más lógica era que se habían ensañado con él y seguido golpeándole aun después de muerto. Pero ¿qué sentido tenía eso? ¿Por qué haría nadie algo así? ¿Y por qué se habría arrancado los ojos Olegario antes de que lo mataran? El fraile tragó saliva que le supo a putrefacción y muerte. Una nube cruzó por el cielo y proyectó sobre él una sombra especialmente oscura.

Decidió dar la vuelta al cuerpo para ponerlo boca arriba. No lo consiguió a la primera porque pesaba demasiado incluso con las carnes medio consumidas por la muerte. Tuvo que apoyar la espalda contra la pared del hoyo y empujar el cadáver con las piernas hasta ponerlo de lado contra la pared opuesta. Ni siquiera un monje tan descarriado como Olegario merecía ese trato. El fraile se dijo que, cuando le llegara a él su hora, Dios le haría pagar una dura penitencia por lo que estaba haciendo.

El hedor pestilente que emergió del cadáver fue un anticipo de esa penitencia. Al darle la vuelta a Olegario quedaron expuestas sus partes blandas, los órganos y vísceras que ni el frío había conservado lo suficiente. Fray Gabriel volvió la cara como si lo hubieran abofeteado. Una arcada terrible se aferró a su garganta, cortándole el resuello. Logró contenerla a duras penas, con ambas manos sobre la boca para que el ruido no lo delatara.

Cuando pensó que su estómago se había asentado lo bastante, empezó a palpar el torso de Olegario. Tenía también varias costillas rotas. La luz de la lámpara reveló pequeños montículos en la piel macilenta donde se habían astillado y clavado. Eso podría explicarlo también el hecho de que lo hubieran apaleado, pero las fracturas eran excesivamente homogéneas, parecían seguir alguna clase de siniestro patrón, como si Olegario hubiera... El fraile se detuvo un momento para encontrar la palabra correcta... como si hubiera reventado desde el interior y eso hubiera partido sus huesos.



Fray Gabriel sólo conocía una cosa capaz de algo similar, una dolencia que Hipócrates había descrito siglos antes, llamada tétanos. Normalmente afectaba a quienes habían sufrido heridas abiertas en combate u otras circunstancias, cuando entraban en contacto con «aire contaminado», según lo llamó el sabio griego. Algunos de los desgraciados morían tras sólo cuatro días, aquejados de dolores indescriptibles y espasmos tan fuertes que eran capaces de romper los huesos. Puede que Olegario hubiera contraído el tétanos, quizá después de hacerse una herida en el campo o en el establo que no se lavó bien, como Hipócrates recomendaba.

Se dijo que tenía que comprobar si el monje había mostrado alguno de los síntomas previos a la terrible fase final de la dolencia, aunque la hipótesis del tétanos le parecía poco consistente. Entre otras razones porque no acertaba a explicar todo lo que rodeaba a su muerte.

Quizá fuera más plausible que lo hubieran envenenado. Ignoraba por qué, o si algún veneno era capaz de romper los huesos, como hacía el tétanos, o trastornarlo a uno hasta el punto de hacerle arrancar los propios ojos, aunque no le parecía imposible. Había conocido en Oriente ponzoñas con efectos devastadores, pero era improbable que ese conocimiento hubiera llegado hasta la remota abadía. La única relación que sus monjes tenían con el mundo que se extendía fuera de sus murallas era la aldea del valle. Además, ni el tétanos ni un veneno podían explicar cómo y por qué había llegado al campanario la cruz del humilladero. Todas sus cavilaciones acababan siempre chocando contra el muro de ese enigma.

Fray Gabriel se alejó del cadáver y se recostó contra la tierra fría y humedecida. Sintió una molesta incertidumbre por primera vez desde que supo de la muerte de Olegario. Pecó de soberbia al esperar resolverla sin demasiadas complicaciones y que el desasosiego de los monjes fuera sólo fruto de supersticiones irracionales. Pero su razón y su lógica no parecían bastar en este caso. Eso era lo que de verdad le daba miedo, porque la razón y la lógica era lo único que lo separaba, que nos separa a todos, del insondable y negro abismo de lo desconocido.

Volvió a colocar a Olegario boca abajo. Se había ganado de sobra descansar por fin en paz. Luego salió del hoyo de su tumba y lo tapó otra vez con un reverente esmero.

Debía darse prisa en devolver las herramientas al establo y regresar a la hospedería para lavarse y cambiarse el hábito por uno limpio. La madrugada ya estaba avanzada y pronto los monjes se levantarían para celebrar el oficio de maitines. Si alguien lo descubriera ahora, le costaría justificar por qué estaba completamente manchado de tierra y olía a muerto.

Aún no había tocado la campana que anunciaba el oficio cuando terminó de asearse y cambiarse de ropa. Estaba muy cansado y le tentó la idea de echar una cabezada, aunque les debía a Dios y a Olegario una disculpa y una oración. Y quizá podría aprovechar también para rogarle al Altísimo que lo iluminara, fuera o no digno de ello.

Miró al camastro con cierta añoranza, sabiendo ya que no iba a acostarse en él. Entonces vio la nota que sobresalía por debajo de la almohada. Un hormigueo de expectación le recorrió el brazo cuando lo alargó para cogerla:

*Querido fray Gabriel:*

*Me avergüenza confesar que no he sido del todo honesto con vos y que he faltado también gravemente a mi deber para con el señor abad y mi congregación. A todos he ocultado una terrible verdad que me atormenta día y noche desde que murió el hermano Olegario. Debéis comprender que he obrado así por el bien de otro de mis hermanos, por el bien de su alma inmortal, un alma pura que está en el mayor de los peligros. He orado sin descanso pidiendo a Dios que me indicara el camino correcto, y he tomado vuestra llegada como una señal de los cielos para hacerme revelar por fin lo que sé.*

*Os ruego que os encontréis conmigo lo antes posible, en cuanto regreséis. Estaré en la iglesia esperándoos.*

*Que Dios nos proteja.*

La nota no tenía firma, aunque le cabían pocas dudas de que hubiera sido escrita por el prior. El cansancio que sentía se desvaneció de un plumazo.

Su entusiasmo se esfumó igual de abruptamente nada más dejar la hospedería. Al poner el pie en el exterior, lo acosó un desasosiego profundo e inexplicable, que casi le hizo encogerse sobre sí mismo. Intentó mirar a todas partes a la vez, buscando una causa, alguna amenaza visible capaz de justificarlo, pero el recinto de la abadía seguía desierto. Trató de convencerse de que se debía sólo a lo que había visto en el cementerio, el cansancio y la nota del prior, pero la inquietante sensación no se dio por vencida.

La noche parecía ahora cargada de malos presagios. Eso clamaban a gritos su cuerpo tenso y el vello erizado de su nuca. Un hombre con menos coraje habría sucumbido al miedo y corrido de vuelta a la aparente seguridad de la hospedería, pero no fray Gabriel.

Tomó el camino de la iglesia. La sensación de peligro se hacía más fuerte a cada paso que avanzaba. Ascendió de dos en dos por los helados escalones de piedra, más deprisa de lo que la prudencia recomendaba. Detrás iban quedando sus pasos, marcados sobre la nieve en escalones alternos.

Se detuvo en seco al ver otras huellas frente a la entrada de la iglesia. Había varias dejadas por los pies de los monjes. Las otras, unas mayores y más recientes, no conseguía identificarlas... Lo mismo había dicho el abad sobre las que encontraron junto al establo, la noche en que murió Olegario.

Unos gritos terribles lo arrancaron de su inmovilidad. Entró en la iglesia, y pensó que el corazón iba a salirse del pecho al ver lo que le esperaba dentro.

Corrió por la nave central hasta llegar al pie del altar mayor. Se arrodilló ante él, no como un gesto de piedad, sino abrumado por la aberración que sus ojos le mostraban. El prior colgaba del gran crucifijo que presidía el altar.

Estaba clavado en él. Como clavaron al propio Jesucristo en el Gólgota.

Fray Gabriel vio los enormes clavos que atravesaban sus muñecas y sus pies. Vio la carne de sus brazos desgarrándose por el propio peso del prior. Vio la sangre que manaba a chorros de su cuerpo y mancillaba el sagrado suelo del templo. Vio una corona de espinas que se clavaba sin piedad en su cabeza.

—Santo Dios... —musitó.

Los brazos del prior acabaron cediendo y su cuerpo cayó al suelo, sobre el charco de su sangre. En ella estaban marcadas más de esas huellas indescriptibles. Un alarido llenó de dolor el espacio vacío de la iglesia, hasta su último resquicio.

El fraile tuvo que reunir todo su ánimo para ir en ayuda del prior. Aunque no había nada ya que ni él ni nadie pudiera hacer para salvarle.

—¿Quién ha sido?! —No consiguió oírse a sí mismo sobre los aullidos del otro—. ¡Por amor de Dios, ¿quién os ha hecho esto?!

Otros monjes empezaron a aparecer por la entrada que conducía a los dormitorios, alertados por los gritos. Fray Gabriel ni siquiera se percató, ante el horror que tenía delante.

Los gritos del prior cesaron de forma súbita. El rictus de padecimiento que le deformaba el rostro se relajó. Abrió la boca como un pez que se ahoga fuera del agua. De ella no salió más que su sangre roja y espesa.

Fray Gabriel se agachó hasta rozar los labios del prior con su oreja.

—Fray... A... lonso —dijo en un susurro apenas audible—. Olega... rio... él... él... lo... dijo.

La última palabra fue más un suspiro. El último aliento del prior.

Cuando Raquel y Toni se marcharon, el inspector Lorient estuvo un buen rato sentado en la plataforma del elevador. Se quitó el abrigo, así como el resto de su ropa por encima de la cintura, para comprobar el estado de su hombro herido. Una marca entre violácea y negra lo cubría casi por completo, salpicada de pequeñas zonas sanguinolentas. Le dolía mucho. Rasgó la camisa para hacerse un vendaje, que apretó con firmeza en torno al hombro y por debajo de la axila, sintiendo las palpitations de las venas. En unos minutos, la hinchazón del hombro remitió ligeramente bajo la presión del vendaje. El dolor seguía siendo intenso, pero ya no lacerante. Creyó poder subir él también al exterior, aunque tuviera que dejar el extraño cubo en la plataforma.

En un esfuerzo por encima de sus posibilidades, carcomido por la espera, se levantó y, sin pensar en su hombro, se asió con ambas manos a una de las verjas laterales. Cada vez que hacía fuerza con el brazo dañado sentía un pinchazo y un dolor agudo, pero fue capaz de soportarlo mientras alcanzaba la parte alta del elevador. Subir por el cable iba a ser más duro. Apretó los dientes y empezó tirando con el brazo sano. Ciñó los pies en torno al cable para reducir la tensión del otro brazo, que se mantenía lo mínimo en alto mientras proyectaba el otro al máximo.

Fue avanzando con rapidez, aunque a costa de experimentar un sufrimiento cada vez mayor, que se hizo insoportable cuando le quedaban un par de metros.

—No lo voy a conseguir... —dijo entre dientes.

A pesar de todo, aguantó el aire en los pulmones para no gritar de dolor y siguió tirando hacia arriba con su última reserva de energía. No podía ni moverse cuando alcanzó el suelo de la cueva. Se quedó allí tirado, jadeando y mareado. No pudo evitar perder el conocimiento durante casi una hora.

Al recobrar el sentido y comprobar su reloj con la vista medio nublada, no daba crédito. El dolor de su hombro seguía fustigándolo, aunque hubo algo que desvió por completo su atención de la herida. No se oía nada, nadie había regresado a buscarle aún. Imaginó que Raquel y el chico estarían en el interior del coche, esperando, fuera. Tampoco él estaba seguro de recordar con precisión el camino hasta la boca de la mina, pero confiaba en su capacidad de orientarse. Siempre se le había dado bien, y hasta ganó en cierta ocasión una competición campo a través. Fue en sus años de afición al deporte.

De eso hacía una eternidad. De casi todo lo que le hizo alguna vez feliz parecía haber pasado una eternidad. Pero ahora tenía que dejar la autocompasión a un lado, sobreponerse y salir de la mina.

—¡Vamos, pequeño! —dijo para darse ánimos.

El mareo seguía ahí, y notaba cada músculo de su cuerpo como si fuera de cartón piedra. Aun así, se levantó del suelo y miró a su alrededor, entre la luz mortecina y el frío cada vez más intenso. Distinguió el túnel por el que habían llegado a la cueva y

caminó hacia él con paso vacilante. Fue tomando los corredores acertados hasta que, por delante de él, vio la salida de la mina como una boca negra de dientes podridos. En ese momento, el rumor del grupo electrógeno cesó y todas las luces se apagaron al instante. Poco a poco, mientras daba los últimos pasos, los ojos de Oriente fueron reconociendo en lo que antes era negrura una tenue y mínima luz blanquecina que provenía de la luna, tapada por las nubes casi impenetrables.

La nieve seguía cayendo con furia. Se había formado una capa de más de un metro de altura en el acceso. El inspector lo sorteó casi sin ver, inclinado hacia adelante y tanteando y apoyándose con el brazo sano en el blanco manto. Al fin estaba fuera. Oteó hacia el lugar en que había estacionado el coche. No lograba verlo, pero eso no le extrañó con la cortina que se interponía entre este y sus ojos. Caminó con paso decidido, convirtiéndose en pocos segundos en una especie de muñeco de nieve andante, hasta el sitio exacto. No tenía dudas. Allí era donde lo había dejado por la tarde, pero no había rastro ni del coche ni de Raquel y Toni.

—¡Mierda!

Calado y muerto de frío, regresó a la boca de la mina y se adentró en el túnel algunos metros, alejándose del temporal. Sacó el teléfono móvil de un bolsillo y marcó el número de la Guardia Civil. Esperó unos segundos al tono de llamada, pero la comunicación no se estableció. La ausencia de marcas verticales en la pantalla del móvil indicaba que allí no había ni la más miserable cobertura.

Tras una maldición susurrada con vehemencia, el inspector se dispuso a volver a la boca del túnel para intentarlo de nuevo. Sólo entonces reparó en algo que había en el suelo. De no haber sido porque lo golpeó con la bota y tintineó al rodar, le habría pasado completamente desapercibido. Se dejó guiar por el oído. Dirigió la cabeza hacia el lugar donde había cesado el ruido, se agachó y alumbró con la pantalla del móvil. El suelo estaba cubierto de una densa película húmeda. Sintió un frío helador al tocar el objeto causante del ruido. Era el colgante de Raquel, la cabeza pulida y perturbadora en que se había fijado cuando la acostó en la cama de la pensión esa mañana. Tenía la cadena rota.

¿Qué hacía allí, tirado en el suelo? ¿Podía haberse caído a Raquel sin darse cuenta? ¿O acaso...?

La sospecha lo perturbó. El dolor de su hombro volvió como la mordedura de un perro de presa. De pronto, sintió de nuevo que estaba exhausto y mareado. Buscó un saliente en la roca y se sentó en él pesadamente. Acarició el amuleto mientras trataba de pensar. Podía tratarse de algo fortuito. Y Raquel y Toni podían haberse ido en el coche si vieron que el camino estaba practicable. Sí, todo eso podía ser. Pero el inspector no creía en las casualidades; al menos cuando se entrelazaban tan claramente para mal.

En cualquier caso, no podía quedarse allí. De hacerlo, sin abrigo y con el jersey mojado, no tardaría mucho en morir de hipotermia. Su única iluminación era la linterna del móvil. Se maldijo por tener la batería a media carga. Y maldijo a los

dichosos *smartphones*, que cada vez tenían baterías más pequeñas en relación con su consumo. Además, ¿para qué le servía a él tanta tontería en un teléfono?...

Se forzó a dejar de divagar. El embotamiento le estaba limitando la claridad de ideas. Tuvo que tranquilizarse, respirar hondo y darse unos segundos para recuperar sus pensamientos voluntarios. Era mala señal. Debía actuar deprisa. Raquel podía estar muerta, haberse perdido en los túneles, estar presa de Toni...

En ese momento oyó un grito que surgía de las profundidades de la mina. Lorient se puso en pie de un salto.

—¡Raquel! —gritó él mismo. Y luego, con todas sus fuerzas, repitió—: ¡RAQUEL!

Durante unos instantes esperó una respuesta. No la hubo. Insistió varias veces más con el mismo resultado.

Estaba claro que Raquel se hallaba en algún lugar de la mina, perdida en la oscuridad. Si había intentado regresar a la cueva del elevador, era obvio que no lo había conseguido. Lo único que el inspector podía hacer era buscarla entre aquella maraña de túneles. Pero ¿cómo hacerlo sin luz? Aunque, ¿y si...? ¡Claro! ¿Cómo no lo había pensado antes? El depósito del grupo electrógeno se había agotado, pero era más que probable que en los alrededores hubiera alguna lata con combustible.

—¡Vamos!

Los ánimos regresaron al policía y le dieron un puntapié en el trasero. Se levantó dominando el dolor, el agotamiento y el temor por el estado de Raquel. Su mente fluía de nuevo con claridad. Accionó la linterna del móvil y atravesó el túnel principal hasta el punto donde se hallaba el generador. Debía actuar deprisa. Echó un rápido vistazo al lugar, sumido en las sombras. A un lado había un pequeño armario de metal, protegido con un candado. Por suerte aún llevaba encima la pistola. Sólo se separaba de ella cuando podía dejarla a buen recaudo. La sacó, quitó el seguro y disparó contra el candado a menos de un metro de distancia.

El metal saltó hacia el lado contrario como un fragmento de metralla. El eco de la detonación resonó en los muros de roca. Lorient abrió las puertas del armario y, como había supuesto, encontró varios recipientes de plástico y un par de linternas, además de trapos y otros objetos que no supo reconocer. Cogió una de las linternas y comprobó que funcionaba. Luego retiró el tapón a uno de los botes y olió su contenido: era gasolina.

Se guardó la otra linterna en un bolsillo trasero de los pantalones y llevó el combustible hasta el generador. Rellenó el depósito hasta el borde y lo puso en marcha. El motor renqueó y tardó unos momentos en adquirir las revoluciones necesarias. En ese momento, las bombillas de la mina se encendieron al unísono, como una fila de luciérnagas en la noche.

Antes de comenzar la búsqueda de Raquel, el inspector comprobó en vano si cerca del armario había alguna prenda de abrigo. Si hubiera tenido tiempo, habría encendido un fuego con el resto de la gasolina para calentarse y secar sus ropas

mojadas. Pero tiempo era justo de lo que carecía. Lo mejor era llevar consigo el bote que aún tenía algo de combustible y hacer fuego allí donde Raquel estuviera, perdida en uno de los traicioneros túneles, sin abrigo y posiblemente aterrorizada.

—¡RAQUEL! —gritó de nuevo a la soledad de la mina.

En cuanto su propia voz se extinguió, el silencio fue su única respuesta.

La subestación eléctrica del pueblo había caído definitivamente. Pero no por las inclemencias del tiempo. Nadie podía saber que la criatura invisible y destructora que amenazaba Lesmes había ido hasta la estación para nutrirse de energía. Ella, surgida de la negrura más absoluta, se alimentaba de toda clase de energía, ganaba fuerza con cada vida que robaba, con cada chorro de luz, con cada grito de terror, con cada madero ardiente en las chimeneas. Aferrada a los cables eléctricos como un ser de apetito insaciable, absorbió cada gota de energía hasta vaciarla; hasta hacer estallar los transformadores y dejar al pueblo sumido en las tinieblas de las que ella misma había surgido.

Mientras, en medio del camino que conectaba Lesmes con la vieja mina, el todoterreno que los guardias civiles habían prestado a Lorient se estaba quedando poco a poco sepultado por la nieve, que seguía cayendo sin tregua. Toni había sufrido un accidente al descender hacia el pueblo. No había sido grave; poco más que una pérdida de control por el piso deslizante que le hizo salirse de la vía. Pero el muchacho, sin cinturón de seguridad, se golpeó la cabeza contra el volante y perdió el conocimiento.

El motor se caló al impactar contra unos árboles, incapaz de hacer seguir girando la ruedas. El frío comenzó a robar el calor al habitáculo. Ahora, la nariz y la boca del chico estaban cubiertas de humedad sanguinolenta y escarchada. Si no se recobraba con rapidez, moriría allí solo y perdido, congelado en medio del bosque.

Una sombra avanzaba lentamente por el túnel en que Raquel yacía a punto de morir congelada. Se detuvo a unos metros de ella y, con rapidez, se lanzó hacia el lugar en que estaba acurrucada. Comenzó a agitarla y a decir algo ininteligible. Raquel recobró un ápice de consciencia y, con los ojos entornados, distinguió una figura sin rostro. Su garganta se negaba a emitir ninguna clase de sonido, pero su mente gritaba con todas sus fuerzas. El grito interior se fue acallando a medida que la sombra le hablaba.

—¡Raquel, Raquel!

De pronto, un resplandor susurrante le hizo sentir una oleada de calor en el rostro. Pudo ver una nube luminosa que ondulaba delante de ella, tan agradable como el fuego de una chimenea.

—¡Raquel! —insistió la voz.

—¿Óscar...? —dijo ella, al fin, débilmente.

—Sí, soy yo. Está usted helada. Gracias a Dios que la he encontrado.

En ese mismo instante Toni recobró el conocimiento dentro del coche. Le costó moverse. Sus miembros estaban ateridos y entumecidos. Se frotó torpemente la cara y, desorientado y con expresión de pánico, miró a todos lados. Los faros del coche se habían roto con el impacto, de modo que la oscuridad le impidió ver nada. Se sintió como un niño durante un apagón. Carraspeó y tosió con aspereza. Sus pulmones estaban doloridos y apenas le permitían robar un poco del aire gélido. Accionó la llave para arrancar el motor. Este volvió a calarse con un tirón. No se había dado cuenta de que debía desengranar la velocidad. Lo hizo, casi tanteando la palanca, y por fin el motor volvió a girar.

En unos minutos, la calefacción comenzó a devolver a Toni el color de su piel y a hacerle recobrar la temperatura de su cuerpo. La cabeza le daba vueltas. Tenía una pequeña contusión en la frente y le sangraba la nariz. No esperó a sentirse mejor. En cuanto pudo, intentó mover el coche para regresar al camino. Pisó demasiado enérgicamente el acelerador y las ruedas patinaron. Volvió a intentarlo con más suavidad. El automóvil fue deslizándose lentamente y liberándose de la capa de nieve que lo aprisionaba. Pero al llegar cerca del camino, el terraplén que lo separaba del bosque le impidió continuar.

Si quería salir de allí, aunque fuera sólo con las luces traseras del coche, tendría que bajarse y buscar, en medio de la nevada, la forma de llevarlo hasta la vía.

Los dos guardias civiles de Lesmes estaban tan conmocionados que no se atrevían siquiera a mirarse. Ambos tenían la vista fija en la anciana señora Claudia, la antigua maestra del pueblo. En lo que quedaba de ella. Sus restos, esparcidos, cubrían la mitad del saloncito de su casa. Masas aplastadas y sanguinolentas, trozos de hueso, partes de miembros, más sangre de la que uno podía imaginar que contuviera un ser humano.

El guardia joven se puso de repente a toser y a retorcerse. Se volvió hacia atrás y caminó hasta una de las esquinas de la habitación. Allí vomitó entre estertores, eructó y se echó a llorar con tanto ímpetu que el cabo se sobresaltó. A él también le temblaban los ojos, pero de rabia. Sus puños estaban tan apretados que sus nudillos clareaban y las uñas se le clavaban en las palmas.

—¡Vamos a coger al hijo de puta que ha hecho esto, eso te lo juro! —gritó con furia, mirando a su subordinado.

No era capaz de pensar con claridad, ni mucho menos dedicar ahora una parte de su mente a la hija de Alejandro Torres y al inspector Lorient, pero resultaba obvio que el hecho de que no hubieran regresado aún de la mina era un pésimo augurio. ¿Y si se habían encontrado allí con el asesino? Sus sospechas de que podía volver a actuar eran fundadas, como dejaban bien a las claras los pedazos del cuerpo de la señora Claudia. Lo que no creía era que fuera a hacerlo en medio de la tempestad que



tenía incomunicado al pueblo. Aunque, bien pesando, si era un loco esa podía ser su mejor baza: aprovechar la incomunicación para ir asesinando sin que a nadie le fuera posible escapar.

La imagen de unos cavernícolas de la prehistoria habría podido describir a Raquel y al inspector Lorient. Estaban sentados junto al fuego, completamente desnudos y acurrucados para tapar las partes más sensibles de sus cuerpos. Ninguno de los dos hablaba desde hacía rato, una vez ella le hubo explicado al policía lo sucedido con Toni. Frente a ellos estaban sus ropas, tendidas sobre piedras alrededor de la hoguera.

Raquel parecía menos avergonzada que el policía. Este tenía la cara vuelta hacia un lado para que ella no pudiera sentirse de ningún modo observada. Eso le dio la oportunidad de fijarse en su cuerpo. No era muy velludo, sí fibroso y estaba bien modelado. Sus músculos no parecían de gimnasio, pero se marcaban en sus brazos y piernas. Estaba en forma, era evidente. La herida de su hombro se veía bastante fea. Sin embargo, Lorient no se había quejado ni siquiera cuando retiró el improvisado vendaje.

Le había salvado la vida, le gustaba y lo tenía desnudo junto a ella. No tenía la menor idea de su situación sentimental. Aunque no llevaba alianza, su dedo anular dejaba ver, entre los brillos cambiantes del fuego, una marca reciente.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo Raquel.

El inspector asintió, volviendo la cabeza sólo un poco, sin llegar a mirarla.

—¿Tiene usted familia?

La respuesta de Lorient se demoró unos segundos. Raquel no sabía si porque le incomodaba responder o porque, sencillamente, lo había cogido de improviso.

—Mi mujer y yo hemos terminado.

Raquel sabía que esa frase podía significar muchas cosas. Pero, por el tono en que la dijo Lorient, estaba claro que no se trataba de una simple riña subida de tono.

—¿Puedo decirle otra cosa?

—Si quiere...

—Gracias por volver por mí y salvarme.

El policía pensó en responderle que era su deber, o con cualquier otra frase hecha. No lo hizo. Simplemente aceptó la gratitud de Raquel con elegancia.

—No hay de qué —dijo, volviéndose para mirarla por primera vez.

Antes, cuando la había desnudado, no pudo evitar fijarse en su esbelto cuerpo, en la curva perfecta de su vientre, en sus firmes y abundantes pechos. Cerca del cuello, en su hombro derecho, tenía una curiosa marca roja en forma de estrella, que estuvo contemplando durante un buen rato. Ahora, sus ojos verdes resplandecían, devolviendo un brillo de esmeralda a la hoguera que los iluminaba. Le pareció más hermosa que nunca, desvalida pero fuerte para resistir y para atravesar aquel laberinto de túneles subterráneos. Su mirada quedó presa de la de ella. Durante unos instantes,

lo que más deseó en el mundo fue besarla, abrazarla, acariciarla...

Ella también se quedó mirándolo con esos ojos capaces de mostrar la belleza de toda una selva virgen. De algún modo, supo que aquel hombre no era como los demás que había conocido. Por eso sonrió, dominó su deseo y agachó la cabeza. Si salían vivos de aquella maldita mina, ya habría tiempo de dejar libres sus sentimientos...

Fray Gabriel seguía intentando asimilar la terrible muerte del prior, que acababa de encontrar crucificado en la iglesia de la abadía. Avanzó contra la creciente marea de monjes que entraban en ella desde los dormitorios. Ignoró sus gestos de horror cuando se daban cuenta de lo que le había ocurrido a su prior. Un único pensamiento llenaba la cabeza del fraile, volviéndolo insensible al resto: fray Alonso.

Se lanzó escaleras arriba, como poseído. En su avance frenético empujó a un novicio, que cayó escaleras abajo y derribó a su vez a otros monjes. Fray Gabriel no se detuvo tampoco ahora. Corrió por el pasillo que llevaba a la enfermería y entró como un mal viento en la habitación de fray Alonso. Seguía durmiendo a pesar del audible griterío que llegaba de abajo. O dada la gravedad de su estado, lo más probable era que estuviera medio inconsciente. Se agitaba en sueños y murmuraba algún delirio indescifrable. El fraile lo sacudió sin el menor escrúpulo.

—¡Despierta! —gritó.

Fray Alonso no reaccionaba. Fray Gabriel pensó por un momento que el monje estaba muriéndose. Luego notó una leve agitación bajo la manta, y su rostro asustado y pálido se volvió para mirarlo. Tenía los ojos muy abiertos y la frente perlada de un sudor malsano.

—¿Quién sois? —dijo.

—¿Qué sabes de la muerte de Olegario?

La dureza de su voz no fue capaz de intimidar al monje, quizá porque pensara que ya no tenía nada que perder, salvo la vida, y le quedaba muy poca.

—¿El hermano Olegario? Nooo, os equivocáis. Eso fue sólo un mal sueño.

De todas las respuestas posibles, esa era quizá la única que el fraile no se esperaba.

—¿Cómo has dicho?

—Una noche soñé que Olegario había muerto —explicó fray Alonso, en un debilitado susurro—. Fue tan real... Como si yo estuviera también allí, con él en el establo, de noche. Olegario estaba... —vaciló, pero esta vez no porque le fallaran las fuerzas—, él estaba haciendo algo contra natura.

»Yo quise irme, pero una voz me obligó a seguir mirando. La misma voz que he oído más veces desde entonces, dentro de mi cabeza. —Puso un dedo tembloroso sobre su sien—. No conseguía resistirme a la voz, así que cerré los ojos. Y recordé las palabras del apóstol Mateo.

—«Y si tu ojo derecho te escandaliza —recitó fray Gabriel por él—, arrácatelo y tíralo, porque más vale perder una parte de tu cuerpo, que sea arrojado todo él al fuego del Infierno».

Fray Alonso asintió con un infinito cansancio.

—Oí al hermano Olegario gritar en mi sueño. Abrí los ojos y vi con horror cómo él se arrancaba los suyos. Una sombra le entró por la boca, mientras chillaba. Empezó

a retorcerse en el suelo y oí el sonido de sus huesos partiéndose, al tiempo que la sombra salía de él, atravesándolo.

»Me sobresalté mucho. Estaba aterrado. Pero vi al señor prior en la habitación, al despertarme. Le conté mi pesadilla y me aseguró que no era real. Lo mismo me dijo de mi otro sueño...

Si esa supuesta visita tuvo lugar realmente, el prior le había mentado a fray Gabriel. No se había quedado dormido tras ver levantarse a Olegario, como le había asegurado. Quizá decidió ir en su busca, porque tardaba, y entró en la celda de fray Alonso al pasar junto a la enfermería y oírle gritar. La pregunta era qué razones había tenido el prior para ocultarle ese hecho.

—¿Qué otro sueño has tenido? —le preguntó al monje.

—Ese fue uno bueno. Yo estaba en la entrada de la aldea, junto al humilladero que hay allí. —El fraile se tensó al oír eso—. Había nieve por todas partes, pero no sentía el menor frío ni tampoco el dolor que siento ahora a todas horas. La sombra que vi en mi otro sueño apareció a mi lado súbitamente. Yo me asusté muchísimo, pero una voz interior me calmó. Me hizo sentir que no tenía nada que temer.

»Pensé que esa sombra debía de ser un enviado de Dios, un ángel suyo que había venido a expurgar los pecados de nuestra abadía. Entonces me fijé en la cruz del humilladero y oí las campanadas que anunciaban uno de los oficios. No llegué a abrir la boca, pero se hizo realidad lo que eso me hizo imaginar. Aparecí dentro del campanario, y junto a mí estaba la cruz del humilladero. Fue como un milagro, como si fuera la cruz del Todopoderoso...

La tensión del cuerpo del fraile se acentuó. Recordaba haber oído a fray Alonso decir justo esas mismas palabras, «la cruz del Todopoderoso», después de que el prior le cerrara la puerta de la enfermería.

Fray Gabriel no sabía qué decir. ¿Sería cierto todo aquello? ¿Era posible? Pensó para sí que no. Alguien debía de haberle hablado al monje de la cruz y contado los detalles de la muerte de Olegario. Su mente enfebrecida y confusa había hecho el resto, llevándole a creer que fueron sólo sueños o pesadillas.

Sin embargo, el fraile sentía una opresión en el pecho. La causaba una pregunta que apenas se atrevía a formular...

—¿Qué estabas soñando hoy? Ahora mismo, cuando yo te he despertado.

El rostro de fray Alonso se ensombreció todavía más, aunque pareciera imposible en alguien tan débil y desmejorado. La opresión en el pecho del fraile lo atenazó con una saña renovada.

—El prior —musitó el monje—. Él... estaba crucificado en el altar mayor.

A los himnos cantados del réquiem les siguió el murmullo de las oraciones por el alma del prior. Su cuerpo descansaba sobre un féretro en mitad del coro. El abad había desoído a varios de los monjes más ancianos, y el cadáver estaba al

descubierto, con todas las terribles marcas de su horrible muerte a la vista. En la memoria de fray Gabriel habían quedado grabadas todas y cada una de ellas.

El abad le había permitido estar presente en el lavado ritual del cadáver, y pudo examinarlas de cerca y con detenimiento. El prior no sólo había muerto crucificado, como el Señor, sino que parecía haber sufrido antes el mismo martirio que Él. Exactamente el mismo, se dijo el fraile, todavía incrédulo. Encontró en su cuerpo los latigazos y los huesos de las piernas quebrados, e incluso una herida en el costado como la que abrió la lanza de Longino en el de Jesucristo. Las señales de la Pasión, justo como fray Alonso le describió que había visto en su nueva pesadilla.

Era imposible que el monje convaleciente pudiera saber eso. Nadie podía haberle avisado siquiera de que el prior acababa de morir, porque fue el propio fraile quien lo despertó y el primero en hablar con él.

El prior había escrito en su nota que ocultó a todos una terrible verdad para proteger el alma de uno de sus hermanos. Lo que ocultó eran los sueños de fray Alonso y sus inexplicables premoniciones. Si otros los descubrieran, quizá los atribuyeran a un don divino o, más probablemente, a una capacidad demoniaca, a un alma poseída por el Diablo. El prior no quiso arriesgarse, por el bien de fray Alonso. Cargó él solo con el pesado secreto e hizo cuanto pudo para que nadie lo descubriera o para que pensarán que eran sólo delirios de un moribundo.

Los hechos encajaban con la perfección que sólo lo cierto es capaz de brindar. Cuando se ha descartado todo lo racionalmente posible, lo que queda, por imposible e irracional que parezca, debe ser la verdad. Y la verdad era que los sueños y las pesadillas de fray Alonso se habían hecho reales de algún modo. Eso volvía yermas todas las hipótesis anteriores que fray Gabriel había imaginado, así como las conclusiones que de ellas podrían desprenderse.

Se sintió perdido por primera vez en su vida. Él era profesor de lógica, se había consagrado al estudio y el conocimiento, pero aquel hecho desbordaba lo racional y los límites de lo conocido. Recordó la pregunta que le había hecho aquel alumno de la universidad de Salamanca, sólo una semana antes: «¿Habéis presenciado alguna vez un milagro?». Si por tal se tenía un hecho que quebrantara las leyes de la naturaleza, ahora ya podía afirmar que sí.

Sumido en sus reflexiones, se había abstraído de la misa de funeral, que en ese momento dio por terminada el abad. Se oyó el crujido de los bancos de madera y el rumor de los pasos de cuatro monjes que se acercaron al féretro. Lo levantaron sobre sus hombros y se encaminaron hacia la salida norte de la iglesia, que la unía con el cementerio. Por detrás, los siguieron el abad y luego todos los demás.

El cielo dio la impresión de estar llorando la muerte del prior. Una lluvia intensa les empapó los hábitos al instante y enfangó la tierra del cementerio. El féretro se sacudía ante el avance inestable de sus portadores, cuyos pies no paraban de hundirse en el barrizal. La fosa donde descansaría el prior se abría en medio de él, ya cavada. Como Olegario, sería enterrado sin ataúd y boca abajo.

Los portadores bajaron el cuerpo hasta el fondo de la fosa, con el mayor de los respetos. Luego empezaron a llenarla de nuevo. La tierra, saturada de agua, emitía un sonido ominoso al chocar contra el cadáver. «Descansa en paz, mi buen prior», se despidió de él fray Gabriel.

Se mantuvo de pie junto a la tumba durante largo rato, bajo la lluvia que no cesaba, e incluso después de que los demás monjes se retiraran. José se le unió en cierto momento, sin que le hubiera sentido acercarse.

—¿Dónde has estado? —le preguntó el fraile, que no apartó la vista de la nueva tumba anónima.

—Conseguí encontrar a Miriam, pero ha huido otra vez y creo que no volveremos a verla.

—¿Llegaste a hablar con ella?

—Sí. Y hay varias cosas que debéis saber sobre lo que me ha contado. Pero antes, mirad lo que tenía.

El soldado abrió el saco que guardaba el objeto negro y se lo enseñó.

—¿Qué es? —preguntó fray Gabriel.

—Confiaba en que vos me lo dijerais.

—Sólo puedo decirte quién lo encontró y dónde.

—Acabo de deciros que lo tenía Miriam —respondió José, algo molesto.

Ignoraba que fray Alonso hubiese dicho haber hallado un objeto negro donde cayó la estrella. El fraile pensó que tenía que ser ese.

Tomó el camino de vuelta a la iglesia. Sin avisarlo, como empezaba a ser costumbre. José tardó en arrancar, y el otro ya se había alejado a toda prisa. No parecía afectarle haber pasado en vela casi toda la noche. El condenado era fuerte como un toro, a pesar de sus considerables años. Le vio detenerse, consciente por fin de que aún no lo seguía.

—¿A qué esperas? —le dijo—. Tenemos trabajo que hacer.

En la vieja mina, Raquel y el inspector Lorient terminaban de vestirse con sus ropas casi secas. La gasolina se había agotado sin conseguir quitarles por completo la humedad, pero al menos ya no se morirían de frío. Sobre todo si conseguían recuperar sus abrigos del elevador. No había cobertura para el móvil ni podían salir de allí. Resultaba frustrante. La única opción era mantenerse bien abrigados, volver al túnel principal y sacar la gasolina restante del grupo electrógeno para encender una nueva hoguera. Y, a pesar de la humedad, algunos maderos podrían servirles para alimentar el fuego y mantenerlo encendido hasta que los rescataran.

La perspectiva de ser rescatados por la Guardia Civil o por los servicios de emergencia, ponía enfermo a Lorient. Se sentía como un niño desvalido. Nunca antes se había visto, como policía, en una situación similar. Para bien o para mal, siempre había tenido, al menos en parte, el control de las situaciones. Ahora no sabía qué hacer para salir de allí, regresar al pueblo y atrapar a ese maldito Toni. Razonablemente, el chico cobraba fuerza como sospechoso del crimen, pero su instinto seguía diciéndole que no podía haber sido él. Carecía de la mirada del asesino capaz de ensañarse de aquel modo con su víctima.

Las apariencias no engañan a quien sabe interpretarlas. El lenguaje del cuerpo, la forma de expresarse, pequeños gestos o tics incontrolados... Todo eso pertenecía a su campo de acción como inspector de policía. Y él era de los buenos. Sabía cómo presionar, cuándo hacerlo o aflojar la correa para descubrir la verdad dentro de la mentira. Para provocar una traición inevitable del que intenta engañar, ocultando la realidad de los hechos.

Raquel terminaba de poner un nuevo vendaje en el hombro del inspector cuando, sin querer, metió el dedo en la llaga.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo.

—No lo sé —reconoció Lorient a su pesar—. Lo primero, abrigarnos y encender otro fuego. Luego ya veremos.

—Algo se le ocurrirá. Estoy segura.

La confianza de Raquel confortó y alentó al policía. Asintió sin decir nada, se puso el jersey y empezó a caminar hacia la salida del túnel ciego en el que ella se había quedado atrapada. De pronto se detuvo. Al meter la mano en uno de sus bolsillos notó que tenía allí el colgante de Raquel.

—Lo encontré en el suelo, cerca de la entrada de la mina. Se me había olvidado dárselo.

—Creí que lo había perdido. Debí de romperse cuando Toni me empujó. Gracias, Óscar. Sé que no es bonito, pero le tengo mucho cariño.

—¿Un recuerdo?

—Sí, de mi madre.

A pesar de que la cadena se había roto, Raquel pudo enganchar el cierre en torno

a otro de los eslabones. Ahora la cadena era más corta y la cabeza del antiguo dios, o demonio, quedó muy cerca de su cuello.

Siguieron caminando. No tardaron mucho en llegar al pozo. El elevador se mantenía anclado a diez metros del nivel del suelo. Lorient no quería que Raquel bajara en busca de los abrigos, así que se armó de valor y movió el brazo herido como si ya no le doliera. Contuvo una mueca de dolor que convirtió en una sonrisa.

—Mi hombro está mucho mejor.

Raquel sabía que estaba mintiendo.

—Si cree que voy a dejar que sea usted quien baje ahí, se equivoca —le dijo con firmeza.

—Estoy bien, de veras. No tenga cuidado.

—Hombres... —masculló Raquel, sacudiendo la cabeza—. Le he dicho que no voy a dejarle bajar. Que yo sea mujer no me convierte en una especie de minusválida.

—No quería decir eso. Y no se haga la ofendida, que sé que no lo está.

Los ojos de Raquel se abrieron mucho. Se mantuvo callada unos segundos por la inesperada respuesta. Si quería guerra, la iba a tener.

—¿Qué insinúa? ¿Que las mujeres, en el fondo, nos complacemos de tener cerca a un macho que haga por nosotras los trabajos duros?

El inspector bufó.

—Yo no hablaba de las mujeres, sólo de usted. Y esta discusión es absurda.

Lorient se dispuso a agarrarse al cable del elevador para bajar, pero Raquel se lo impidió poniéndose delante.

—¿Qué cree que hace?

—Apártese, por favor.

Ambos se quedaron quietos, mirándose a los ojos con expresión furiosa. De pronto, sin abandonarla, se lanzaron el uno contra el otro como si fueran a atacarse. Por el contrario, sus labios y sus lenguas se unieron con frenesí. El policía dejó que sus manos recorrieran la espalda de ella, desde más abajo de la cintura hasta el cuello. Raquel, por su parte, puso las suyas en su pecho.

—No tenemos tiempo... —dijo él en un momento en que sus bocas se separaron fugazmente.

El ardoroso beso continuó. Las manos de Lorient se movían impetuosas por el hueco entre las piernas de Raquel. Le quitó el cinturón y le desabrochó los pantalones. Se agachó delante de ella, le bajó las bragas de un tirón y comenzó a lamerle el sexo. Los gemidos de Raquel resonaron en la enorme oquedad subterránea. Ella no pudo aguantar más. Le hizo levantarse y, con el mismo ímpetu, le quitó los pantalones. Se abrazaron de nuevo hasta que el policía la tumbó en el suelo. Separó sus piernas, dejando a la vista su vulva mojada. La acarició con los dedos antes de poner la cabeza entre sus piernas y aspirar su aroma de mujer.

Ella lo agarró por el cuello y empujó hacia sí, gimiendo de nuevo de puro gozo. Después de unos minutos en los que creyó estar tocando el cielo, se revolvió y lo



empujó para que se tumbara. Le acarició el sexo con ambas manos. Eso no duró mucho. Enseguida se sentó a horcajadas sobre él, duro como las piedras de la mina, y se lo introdujo, con un arrebato, hasta el fondo. El dolor y el placer se mezclaron en una combinación perfecta que continuó durante varios minutos, hasta que ambos quedaron exhaustos y saciados.

Raquel se mantuvo encima de Lorient, acurrucada, jadeando y con la cabeza apoyada en su pecho. Habría podido estar así eternamente, y él también, pero el frío de la cueva empezaba a sustituir al reciente ardor de sus cuerpos. Raquel se incorporó, lo miró a los ojos y le dio un último beso antes de levantarse. El inspector tardó un poco más. Ella ya estaba casi vestida de nuevo cuando él empezó a hacerlo.

—Yo voy por los abrigos —dijo Raquel, retomando el asunto anterior a aquel inesperado paréntesis de placer.

—De acuerdo —aceptó esta vez él. Y la tuteó por primera vez al añadir—: Pero dejarás que te ayude.

—Por supuesto, Óscar. No esperaba menos de ti.

En realidad, Raquel estaba exhausta. Por todo. Pero sacó fuerzas de donde no las tenía y bajó hasta la plataforma del elevador, descolgándose por el cable. Lorient la sujetó mientras lo hacía hasta donde pudo. Luego fue ella sola la que siguió hasta llegar abajo. El problema iba a ser el regreso. Raquel se los ató a la cintura, tratando de que la estorbaran lo menos posible, echó una mirada al objeto de su padre y, tras un par de minutos de descanso, comenzó a subir.

Encaramarse a la parte alta del elevador no le costó demasiado. Una vez allí, el ascenso por el cable sí fue duro. Mucho más que antes, cuando estaba aún fresca, pero ahora su ánimo tenía más arrestos que entonces. La necesidad era patente. No se detuvo ni por un instante. Escaló con seguridad y firmeza hasta alcanzar los brazos de Lorient, que se tendió en el suelo y los proyectó hacia abajo todo lo que pudo.

El inspector no pudo reprimir un gemido, muy similar a los que había proferido mientras hacían el amor, pero este de queja. La herida de su hombro lo estaba matando. No quiso decírselo a Raquel, cuando llegó arriba y se tendió exhausta sobre él, para no restarle su pequeño momento de euforia. Y no era sólo eso. Tenían que idear un plan que los llevara hasta el pueblo, que les permitiera avisar a los guardias civiles y que le parara los pies a Toni. Si era el asesino ahora nada le impedía volver a actuar.

Toni se sacudió la nieve de las botas antes de entrar en casa. Con el apagón, el bar había tenido que cerrar, así que no sólo se encontró con su madre, sino también con su padre. Ella era una mujer depresiva, derrotada, que se pasaba el tiempo viendo telebasura y comiendo dulces igual de insanos. Apenas salía a la calle, salvo cuando era imprescindible. Había criado a Toni con el mismo interés con que un niño cuida de una tortuga: pasada la novedad, sólo era una carga para ella.

Con su padre no era muy distinto. Se dedicaba al bar y, una vez al mes, visitaba un club de carretera, donde encontraba en una prostituta lo que no tenía en casa. Esa era su vida. Su bandera estaba casi tan baja como la de su mujer.

Los pocos amigos de Toni se habían marchado hacía tiempo del pueblo. Allí no había futuro, como no fuera el que encarnaban su madre y su padre. La idea de gastar su vida en un año tras año monótono y estéril, provocaba al chico un vértigo que aumentaba cada día. Él ansiaba algo mejor. Ser como los jóvenes que aparecían en las películas o los programas de televisión. No le importaba qué exactamente. Solía fantasear a menudo con convertirse en un locutor deportivo, o un actor de acción, o una estrella de la música... Daba igual, con tal de salir de Lesmes, de su ínfimo círculo repleto de gente entrometida, que se conocía demasiado y que tenía la vista fija en sus pies. Volar a la altura de un gorrión, al menos, si no de un águila.

Por eso, cuando empezó a trabajar para Alejandro Torres y leyó, a escondidas, su cuaderno de notas, la esperanza entró en él como un torrente desconocido. El cuaderno era una especie de diario de su trabajo en la vieja mina. En él había textos, notas, dibujos. Mencionaba un antiguo códice medieval, que narraba una historia sobre la abadía abandonada y ruinoso que se encontraba en un monte cercano al pueblo. Esa abadía había tenido, al parecer, cierta importancia en otro tiempo, con decenas de monjes dedicados al estudio y la oración, y con tierras de labor que se extendían por toda la comarca.

Fue a finales de los años ochenta cuando un joven Alejandro Torres tuvo uno de esos golpes del destino que le cambian a uno la vida para siempre. Como brillante abogado, su prestigioso bufete le envió a León para llevar el caso de un pleito relacionado con unas tierras. Tras sus primeros días de actividad, empezó a disponer de tiempo libre. Separado de su familia, que estaba en Madrid, se pasaba las horas solo y aburrido. Elaboró un plan de actividades que lo llevó a visitar monumentos y puntos de interés. No tenía otra cosa que hacer, en espera de los acontecimientos en el juzgado, así que, por primera vez en su vida, disfrutó del lento fluir de la existencia en provincias. Allí se sentía teletransportado a otra época.

En una de esas excursiones culturales llegó a la Biblioteca de San Isidoro, un edificio del siglo XVI anejo a la Real Colegiata, construida en el siglo XI, con un incalculable tesoro en códices medievales: Biblias iluminadas, crónicas, misales, martirologios, tratados, bulas, incunables y otros libros antiguos. Un centro del saber que lo fascinó desde el primer momento. Gracias a sus conocimientos de latín, pudo entender parte de lo que estaba escrito en los códices. Y así, consultándolos por puro ocio, llegó hasta el que le cambió la vida.

Estaba escrito a inicios del siglo XIV, por un monje llamado fray Haroldo de Nortumbría, de evidente origen anglosajón. Se trataba de la copia de un libro más antiguo, del siglo anterior, que narraba «hechos extraordinarios» acaecidos en una abadía que dominaba un pueblo de León llamado Lesmes. El fraile incluía una breve historia de la abadía: su fundación, la guerra contra los invasores musulmanes, las

dificultades de los primeros años, la organización de las tierras... y también hablaba de astrología, magia, alquimia y brujería.

Lo que hizo a Alejandro sumirse en el texto, como quien bucea en el mar más proceloso, era la crónica de la caída de un meteorito cerca de la Navidad de 1257. Al parecer, el monje que salió en su busca murió poco después. El meteorito fue llevado al monasterio. Por entonces, los fenómenos celestes se consideraban, por definición, obra de Dios. Pero comenzaron a suceder hechos inexplicables y terribles. Los monjes de la abadía los atribuyeron a la acción del Maligno, combinada con la brujería de una servidora suya, una mujer de la aldea próxima a la abadía. Los acontecimientos fueron investigados por un enviado del obispo. Hasta que, según el códice, terminaron sin más.

Se notaba que el autor sabía más de lo que contaba. En algunos fragmentos casi podía notarse cómo refrenaba su mano. No obstante, sí explicaba que los hechos se debían a una criatura y sedienta de sangre, muy poderosa, que nunca se dejó ver. Y ello a pesar de que algunos monjes aseguraron haber presenciado la destrucción que provocaba. Esa criatura era una especie de fantasma generado, sin duda, por el objeto hallado en el meteorito. Por la Grieta, como la definía el autor, al no tratarse de un objeto similar a ningún otro conocido: «frío y desagradable al tacto, negro como el carbón en la noche sin luna, inviolable con hierro o fuego».

El miedo que provocó en la abadía fue enorme. Apenas se decía nada en el texto del hombre que fue enviado por el obispo a investigar los hechos, salvo que fue él quien descubrió que la Grieta tenía un inmenso poder destructivo, incontrolable y ligado a los deseos más bajos de quien la poseyera. Por eso, tras grandes tribulaciones no explicadas, acabó sepultada en las profundidades de una vieja mina de oro del tiempo de los romanos, abandonada hacía ya un siglo cuando el libro se escribió.

Nada más.

Lo que a Toni lo atrapó por completo era lo que se decía sobre el extraño objeto caído del cielo. Un objeto que sólo había llevado muerte y desolación, y que contenía un poder indestructible, ligado a quien lo poseyera. El objeto al que se nombraba en el códice como la Grieta.

Al principio, el muchacho creyó que no era más que una leyenda. Estaba intrigado, pero Alejandro le pagaba por ayudarlo y eso era lo principal. Aquel hombre era huraño, con mirada de loco y casi nunca terminaba las frases. Hablaba de un modo errático, como si pretendiera adrede que nadie pudiera saber lo que pensaba o pretendía. Por eso, durante casi veinte años, trabajó solo. Si ahora recurría a un muchacho como Toni, debía de ser porque se creía cerca de descubrir lo que estaba buscando en la mina y quería avanzar con mayor rapidez. Algo que no podía ser otra cosa que la Grieta.

En los últimos días estuvo sobreexcitado, fuera de sí. Trabajó sin descanso hasta caer extenuado. Vivía allí mismo, en la mina, en una de las muchas cuevas del inextricable laberinto de túneles cegados y traicioneros. Únicamente bajaba a Lesmes

para comprar provisiones, ropa o herramientas, y sacar dinero del banco. No hacía ninguna vida en común con el resto de los vecinos. Su obsesión era total y absoluta, concentrada en descubrir el secreto oculto en la mina.

Como Toni pudo ver el mismo día de su muerte, la misma mañana que para Alejandro sería la última, la Grieta no era un mito. Alejandro por fin la encontró, junto con un esqueleto. De este no se decía nada en el código, al menos según el cuaderno de notas. Tampoco acerca de cómo había llegado la Grieta hasta allí. Sólo que la habían sepultado en lo más profundo de la mina para que nunca más regresara al mundo y a los hombres.

Alejandro se apresuró a pedir a Toni que no volviera por allí. Le pagó el equivalente a un mes completo de su salario y le dijo que ya no lo necesitaba. El chico no era tonto, y además sabía mucho más de lo que Alejandro imaginaba. Toni intentó robarle el objeto. Llegó a tocar su lisa superficie con las manos, sintiendo al hacerlo algo que no sería capaz de describir y que le hizo retirarlas de inmediato. Nunca había experimentado nada parecido, una especie de gélido ardor o de ardiente frío glacial. Alejandro lo sorprendió y lo amenazó con un revólver. El chico no tuvo más remedio que salir de allí a toda prisa. Pero volvería, sí. Volvería para arrebatarse la Grieta y conseguir el poder que a través de ella se prometía.

Con lo que no contaba era con que ese maldito policía y la hija de Alejandro fueran a la mina antes que él, y mucho menos que encontraran el objeto. Pero ya no importaba. Se trataba sólo de esperar un poco más. Cuando el temporal hubiera pasado, ellos estarían muertos y él podría conseguir al fin lo que tanto ansiaba.

—¿Dónde has estado, Toni?

La voz de su madre le devolvió de un golpe a la realidad de su mísera existencia. Cerró un momento los ojos y, con voz despectiva, dijo:

—Por ahí.

—¿Con esta nevada del demonio?

Toni no respondió. Tampoco su padre dijo nada, absorto en la lectura de una revista. Su madre sólo le hablaba cuando sentía la necesidad de fastidiarlo. En el fondo le daba igual dónde había estado. Le daba igual todo lo que hiciera.

Subió a su cuarto, en la segunda planta de aquella casa pequeña y envejecida. Arriba se quitó el abrigo y el resto de la ropa, lo echó todo en el suelo y fue al cuarto de baño para darse una ducha. Disfrutó de ella como si el agua caliente fuera la ambrosía de los dioses. Luego se masturbó, se secó bien y se puso un chándal. Al recorrer el pasillo, de vuelta a su habitación, le llegaron desde la escalera las voces chillonas de uno de los programas de televisión que devoraba su madre. O que la devoraban a ella.

De nuevo en su cuarto, Toni cerró la puerta, se tumbó en la cama con su mp4 y estuvo escuchando a WarCry, su grupo favorito, hasta que sus pensamientos volaron lejos de allí. Muy, muy lejos, hasta sumirse en el recuerdo de lo que había leído en el cuaderno de notas de Alejandro Torres...

La herrería de la aldea era igual de humilde que el resto de ella. Poco más que un chamizo con una simple fragua y las herramientas y muebles más básicos. Colgaban desordenadamente de las paredes manchadas de hollín, junto a herraduras viejas puestas allí para alejar el mal de ojo. El herrero era un hombre menudo y con aire nervioso, de rostro tan renegrido como todo lo que había a su alrededor.

—Una, dos, tres, cuatro —contó fray Gabriel, una a una, las monedas que colocó en su mano, ávida y curtida—. Y ahora márchate.

Era el trato que habían hecho con él: arrendar su herrería durante unas horas a cambio de unas monedas, poder quedarse a solas y ninguna pregunta. El fraile quería examinar minuciosamente el objeto negro que José le había llevado, tratar de determinar aspectos como su composición o su resistencia. Y, ante todo, descubrir qué podría ser.

A fray Gabriel no le movía esta vez sólo su curiosidad innata. El soldado le había contado en detalle lo que Miriam le reveló, y él le había puesto al corriente de todo lo ocurrido en la abadía. Estaba claro que fray Alonso había encontrado de verdad aquel objeto cuando fue tras la estrella fugaz, y que no se hallaba en la alforja porque Miriam lo robó. Lo demás se reducía a conjeturas, aunque había un hecho que parecía difícil de rebatir: todo empezó después de caer aquel meteorito y de que el monje enfermo lo hallara.

Primero pensó en analizar el objeto en la abadía, pero no le pareció prudente que el abad y los monjes lo vieran. La alternativa era la herrería, que tenía lo mínimo indispensable. Por eso estaban allí. El resto de lo que necesitaban lo pondría el propio fraile.

Ya a solas, colocó sobre una mesa el misterioso baúl que había llevado consigo desde Salamanca, mantenido bajo llave durante todo el camino. Fray Gabriel se había limitado a afirmar que siempre lo llevaba en sus viajes, cuando José le preguntó qué contenía. La curiosidad del soldado apenas quedó saciada cuando por fin estuvo abierto.

El interior le recordó al extraño laboratorio que el fraile tenía en su hogar, en Salamanca. Los aldeanos y los monjes de la abadía tomaban a Miriam por una bruja. El soldado se preguntó qué pensarían de fray Gabriel si vieran todos esos insólitos utensilios y cachivaches, o el montón de ampollas y recipientes que Dios sabía qué contendrían. Ser capaz de leer sus etiquetas no aclaró las dudas del soldado, pues jamás había oído ni uno solo de aquellos nombres.

—No toques nada —se apresuró a pedirle el fraile.

Era justo lo que José se proponía hacer. En cambio, sacó el objeto del saco. Era más ligero de lo que parecía, pero al mismo tiempo costaba levantarlo, como si se resistiera inicialmente a ser movido pero luego acabara cediendo. Lo colocó junto al baúl, delante de fray Gabriel. Él lo examinó durante un buen rato, desde todos los

ángulos, y usó una escuadra y una especie de pinzas que tenía en el baúl para hacer quién sabía qué comprobaciones.

—Es un cubo —concluyó al fin.

—¿Y os ha llevado tanto llegar a esa conclusión? Podría habérselo dicho yo en un santiamén.

—La ignorancia puede admitirse, José, pero no cuando va de la mano con la arrogancia —le reprendió el fraile—. Me refiero a que es un cubo perfecto. Ni los mejores canteros consiguen esa precisión al cortar las piedras para nuestras catedrales. Y no olvides que este objeto cayó del cielo, luego debe de tener un origen natural.

—No os entiendo —admitió José a regañadientes.

—Este objeto no ha podido tallarlo la mano de ningún ser humano. Y ¿cuántas rocas con esa forma cúbica tan perfecta has visto tú en la naturaleza?

—He visto piedras redondas, en las orillas de los ríos, pero ninguna así de cuadrada.

—A eso me refiero. El mero hecho de que tenga esa forma es un enigma.

—O ese color negro... Hay algo extraño en él.

Fray Gabriel también lo notaba. El negro de la pizarra, el basalto o la obsidiana no era, ni de lejos, tan oscuro. En cierto modo, el objeto parecía no estar allí. Costaba enfocararlo, o incluso mirarlo.

Había oído hablar de una roca que los musulmanes honraban desde los tiempos anteriores al propio profeta Mahoma, en la ciudad más sagrada del Islam, La Meca. *Al-Hajar Al-Aswad*, la llamaban, la Piedra Negra. Se custodiaba en una construcción que el Corán atribuía a Abraham y a su hijo Ismael: la *Kaaba*, el cubo. También la Piedra Negra había llegado del cielo. El arcángel san Gabriel se la entregó a Abraham para que la colocara en la *Kaaba*.

Ahí se acababan las semejanzas entre ese objeto y la Piedra Negra, que en realidad eran varias piedras, unidas con alguna clase de mortero. Según la tradición, en origen su color era de un blanco inmaculado, que volvieron negro los pecados de los hijos de Adán.

Sin embargo, el objeto que tenían delante jamás podría haber sido blanco. Era como un pedazo arrancado a la oscuridad más profunda, una grieta abierta en el vacío más absoluto. Provocaba una angustiada congoja, y pensamientos igual de tenebrosos, de muerte y sufrimiento, de pecados más allá de lo imaginable.

Fray Gabriel se obligó a no seguir mirándolo. Incluso a él le ponía los pelos de punta.

—Debe de ser increíblemente duro. No comprendo cómo pudo mantenerse intacto al chocar contra la tierra. Imagínate el impacto... Tendría que haberse despedazado. Quizá estuviera dentro de algo que lo protegió, pero no imagino el qué.

El fraile cogió del baúl una especie de cuchillo muy afilado, y trató de raspar con él la superficie del cubo. No le sorprendió ver que era incapaz de hacer la menor

marca en él. Después cogió un mazo y golpeó el objeto para tratar de arrancarle un pedazo, pero el objeto se mantuvo inalterable.

—Dejadme probar a mí —se ofreció José.

Le propinó un golpe que hizo que la mesa se tambaleara, aunque con el mismo resultado. Sin conformarse, buscó entre las herramientas del herrero algo más contundente. Escogió una maza de acero que debía de pesar al menos diez libras. Puso el objeto sobre un yunque, levantó la pesada maza y le arreó con todas sus fuerzas.

La maza le saltó de las manos al chocar contra el cubo. La tensión que debía haber conseguido partirlo, a punto estuvo de romperle al soldado los brazos. Se acercó al cubo para ver si ese dolor había valido la pena, pero su portentoso golpe no había hecho mella en él ni provocado ninguna muesca.

—Debe de ser algún tipo de metal, en vez de una roca —concluyó fray Gabriel—. Deja que pruebe algo.

Eligió varias ampollas del baúl y las extrajo con sumo cuidado. Estaban un poco separadas del resto y protegidas dentro de unas fundas especiales de cuero muy recio.

—Apártate —le dijo al soldado—. Si te cae encima una sola gota de cualquiera de estos ácidos, te atravesará la carne y el hueso de un lado a otro.

José hizo lo que le pedía, pero sin alejarse demasiado. Por encima del hombro del fraile, le vio abrir una ampolla y verter unas gotas de su contenido en la superficie del objeto. No le pareció que ocurriera nada. Fray Gabriel fue probando con los ácidos de las distintas ampollas hasta llegar a la última.

El soldado no sabía qué era un ácido ni qué reacción debía provocar. Pero fue dándose cuenta, por la expresión incrédula del otro, de que no ocurría lo que él esperaba. Su impresión se confirmó cuando le oyó decir:

—No lo comprendo... Estos ácidos son capaces de corroer todos los metales que se conocen.

—¿Corroer? ¿Os referís a hacerles un agujero, como habéis dicho que podría pasarle a mi brazo?

—Algo así. Esto es *aqua fortis* —dijo, mostrándole una de las ampollas que había usado—. Ningún metal se le resiste, excepto el oro. La usan los alquimistas para disolver la plata. Y esto es *aqua regia*, el único ácido capaz de disolver incluso el oro más puro.

»He probado los dos con este objeto, como has visto, pero ninguno consigue afectarle en absoluto. Eso es lo que no comprendo. *Nada* es más resistente al ácido que el oro puro. Ningún metal de este mundo, ¿entiendes?

—Esos ácidos vuestros no disuelven la ampolla donde los tenéis. Quizá ese cubo sea también de vidrio.

—Buena observación, José. Pero si fuera alguna clase de vidrio, se habría partido en mil pedazos cuando lo has golpeado. O al menos se habría resquebrajado.

—¿De qué está hecho, entonces?

—No lo sé. Nunca he visto nada semejante. Y te aseguro que he visto muchas cosas en muchos lugares... Hagamos otra prueba.

Usó unas tenazas para colocar el objeto en la fragua del herrero. Luego accionó el fuelle para avivar el fuego. De la fragua surgió un calor abrasador, que amenazaba con incendiar sus ropas y a ellos mismos si se acercaban demasiado. Apenas conseguían mantener los ojos abiertos mientras observaban el cubo en mitad de las llamas. Ya debía de estar incandescente, pero seguía igual de negro e imperturbable.

El fraile tomó una decisión arriesgada, quizá incluso suicida.

—Será mejor que salgas —le dijo a José.

—¿Qué vais a hacer?

—Sal y aléjate de la herrería. No tengo la certeza de qué puede ocurrir. Nunca he hecho lo que voy a hacer.

—Si os quedáis, yo también. ¿Por quién me tomáis?

—Como quieras.

Fray Gabriel abrió un pequeño saco que guardaba también dentro del baúl. En su interior había un polvo negro y fino.

—¿Qué es? —preguntó el soldado.

El fraile ignoraba si ese polvo tenía o no un nombre, así que le dijo lo que significaba para él.

—Muerte. Muerte negra... Échate a un lado.

Él hizo lo mismo. Después lanzó el saco entero a la fragua, justo al lado del cubo.

No ocurrió nada durante un brevísimo instante y luego...

Un fogonazo gigantesco inundó la herrería. Sonó como un trueno rasgando el cielo. Todo quedó congelado en un blanco cegador, suspendido en el aire. Las llamas cobraron vida y malevolencia. Se alargaron más allá de los límites de la fragua, la envolvieron entera en una bola de fuego de la que surgió una nube negra y espesa. Así debía de ser el Infierno.

Corrieron a ciegas hacia la salida, entre estertores. Los ojos les abrasaban. El humo denso fue tras ellos y se derramó por la puerta y las ventanas. Fray Gabriel sintió que alguien se abalanzaba sobre él. Rodó por un charco y sólo entonces se dio cuenta de que su hábito se había prendido. Él mismo habría ardido si José no hubiera reaccionado tan deprisa. Olía a pelo quemado. Seguramente el suyo.

El soldado se levantó de un salto y le gritó:

—¿Habéis perdido el juicio, maldita sea?!

No paraba de dar vueltas alrededor del charco en el que el fraile seguía tirado, todavía medio aturdido. Si se quedaba quieto, no lograría contenerse y lo estrangularía con sus propias manos.

—¿Y vosotros qué diablos estáis mirando?! —gritó ahora hacia los aldeanos.

Varios habían acudido corriendo, alertados por el estruendo y el humo. Pero se quedaron donde estaban ante la iracunda reacción de José. Ni siquiera el propio herrero tuvo arrestos para acercarse.



—Dadme la mano, maldito loco —le dijo a fray Gabriel, ya un poco más calmado.

Lo ayudó a levantarse y regresaron juntos al interior de la herrería. El humo no se había disipado por completo y sólo conseguían ver las llamas de la fragua, que habían vuelto a su tamaño normal, pero aún se retorcían con malevolencia, deseosas de vengarse de quien había osado perturbarlas. Nada podría haber resistido la deflagración causada por ese polvo negro. Ni siquiera aquel objeto caído del cielo. Se aproximaron a la fragua, entre toses y medio cegados por el humo.

El objeto negro seguía allí, con su perfecta forma cúbica. Desafiándolos.

Las tenazas de hierro fundido humeaban cuando lo colocaron otra vez sobre el yunque.

—¡No! —avisó fray Gabriel.

Demasiado tarde. El soldado ya había tocado el cubo. Apartó la mano al instante. El fraile pensó que porque estaba ardiendo, aunque no hubiera llegado a fundirse.

—Sigue helado —dijo José, completamente desconcertado.

Fray Gabriel lo tocó también. Era verdad. Lo acosó de nuevo la sensación de estar perdido, como después de hablar con fray Alonso. No era algo a lo que estuviera acostumbrado ni a lo que quisiera acostumbrarse. Había confiado en que analizar aquel objeto pudiera arrojar alguna luz sobre tantos misterios, pero una vez más había sido derrotado y seguía en la oscuridad. Aún más sumido en ella si cabía.

—¿Qué demonios es esa cosa? —dijo el soldado.

—No lo sé. Que Dios me maldiga si tengo la menor idea.

Aunque no iba rendirse hasta averiguarlo.

En la mente de Toni, profundamente dormido en su habitación, se formó el recuerdo de una crónica imposible: la de Alejandro Torres. Tras encontrar el códice, hizo averiguaciones y verificó que todos los datos esenciales eran ciertos y exactos. La abadía de la que hablaba, erigida sobre Lesmes, existió en realidad. También existía la mina, cegada y olvidada cuando la explotación la agotó por completo.

Sin apenas darse cuenta, su labor en el pleito que lo había llevado a León empezó a ser negligente. Se dedicaba más a investigar en torno a aquella misteriosa «grieta» que a su trabajo. Pero recapacitó y terminó con profesionalidad lo que tenía entre manos. Lo que no pudo evitar fue volver a Madrid con la cabeza llena de ideas delirantes. Conocía el lugar exacto donde los monjes habían enterrado el meteorito... Aunque esa parte quizá sólo fuera una leyenda. Por mucho que todas las leyendas tengan una base real, la interpretación del autor del texto debía de estar muy influenciada por las creencias de su época, oscura y supersticiosa.

Sí, eso era lo razonable. Lo razonable para un hombre moderno.

Aun así, Alejandro no se olvidó del todo del códice. En los siguientes tres años aprendió todo lo que había que aprender sobre cuestiones relacionadas con la magia negra, los fantasmas, los hechos sobrenaturales narrados por los antiguos... Hasta que se topó con una historia sorprendente. En 1972, un grupo canadiense de expertos en fenómenos paranormales, la Sociedad para la Investigación Psíquica de Toronto, decidió realizar un experimento audaz. Se trataba de repetir una de aquellas famosas *seances*

Las ropas de Miriam estaban empapadas por la lluvia, que no había cesado durante buena parte de la noche y la mañana siguiente. Se sentía exhausta, pues no se había atrevido a pararse a dormir. Temió acabar helada y muerta en el rincón donde lo hiciera.

El bulto con sus enseres le pesaba más y más a cada paso que avanzaba. Sabía que en algún momento tendría que detenerse y reposar, aunque fuera un poco, pero antes quería alejarse todo lo posible de quienes ya habían intentado matarla y, estaba segura, no dudarían en intentarlo otra vez si les daba la oportunidad.

Sobre todo quería alejarse de lo que vio en la terrible pesadilla que se había adueñado de ella estando despierta. Un sudor frío la embargó al recordar la imagen del prior, salvajemente crucificado en el altar de la abadía. Y al recordar también todo lo demás que presencié y sintió... Lo que supo. Se limpió la mano en sus ropas, sin casi apercibirse de ello. La notó insoportablemente sucia de repente. A su mano y a sí misma, incluso por dentro. Lo que había matado al prior había estado demasiado cerca de ella, la había manchado. Se preguntó si sería al final la verdadera culpable de esas muertes, como casi todos pensaban.

La asaltó también otra sensación, difícil de entender pero muy poderosa. Notaba que no debía abandonar la aldea, que al hacerlo estaba traicionando algo íntimo y profundo, algo que corría por sus venas. Más aún, a su propio espíritu. Rememoró una vez más la historia de su madre sobre aquel sacerdote egipcio que había fabricado el medallón que colgaba de su cuello. No podía quitarse de la cabeza la afirmación de que sus descendientes, de que *ella*, tenían un destino: luchar contra el mal inimaginable que el sacerdote había profetizado en sus visiones. Por primera vez en su vida se le ocurrió que quizá sus antepasados no hubieran acabado por azar en la aldea, que había una razón para que así fuera. Trató de convencerse de que todo eso no era más que un disparate fruto de su cansancio, y de que la historia de su madre era sólo una historia. Pero la extraña sensación persistía.

Con todo, ni siquiera esa impresión funesta lograba aliviar el hambre que la atormentaba. Buscó con ansia a su alrededor algo que echarse a la boca. No había comido nada desde que estuvo con José en la abadía, y le supo a poco a su estómago, casi siempre vacío. Los árboles y los arbustos se encontraban pelados, y si había algún animal por allí cerca, estaba bien escondido.

Se agachó junto a un riachuelo para beber agua. Quizá lograra así engañar a sus tripas. Se obligó a engullir toda la posible, aunque estaba tan fría que le hacía daño en los dientes.

Oyó un rumor. Al principio lo atribuyó a la corriente del riachuelo, pero después le llegaron unos ladridos rabiosos y excitados. Los mismos que emiten los perros de caza cuando han localizado a su presa.

A ella.

Vaciló. Los ladridos se hicieron más fuertes y se les unieron voces rudas y el relincho de caballos. Llegaban del camino.

Se lanzó al agua helada del río, que se le clavó en las piernas desnudas como una cuchilla. Notó que le faltaba el aire cuando un chorro de agua gélida le llenó la boca. Luchó contra la corriente que la sacudía y la arrastraba al fondo de la poza en que había caído. Los ladridos y los gritos se multiplicaron mientras se debatía para no morir ahogada.

Logró agarrarse a un saliente de roca. Trepó por él sin parar de toser por el agua que le había entrado en los pulmones y la asfixiaba. Unas formas turbias se le acercaban a toda prisa.

Llegó a la orilla opuesta y empezó a correr hacia el bosque. No se detuvo aunque una náusea terrible la hizo doblarse y vomitar. Sintió un jadeo animal a su espalda. Y luego el veloz chapoteo de cuatro patas que atravesaban el riachuelo.

Casi pudo sentir las ya clavando las garras en su espalda. El perro gruñó. Muy cerca. Al gruñido le siguió el aullido más terrible que Miriam había oído en toda su vida. Fue un sonido casi humano. De dolor. De pánico.

Se dio la vuelta justo a tiempo de ver al animal detenido en su salto. Luego vio que su cuerpo se partía por la mitad, arrancado de cuajo por la misma fuerza invisible que lo había capturado en el aire.

Y a Miriam la abandonó toda esperanza.

En su habitación, Toni seguía durmiendo. El cansancio y el sopor se adueñaron de él. Estaba completamente aislado del mundo consciente, como si todo él hubiera abandonado su cuerpo para viajar a otro lugar. Ahora, después de evocar las notas personales de Alejandro Torres, una terrible pesadilla ocupó su mente. Como la noche anterior, cuando Alejandro murió. Como esa misma tarde, cuando estuvo a punto de congelarse en la cuneta dentro del coche del inspector Lorient.

En las habitaciones de su padre en la mina, tras haber perdido la consciencia, Raquel también vivió esa pesadilla. Lo hizo a través de los sentimientos de Toni. De algún modo, ella podía ver lo que él veía, sentir lo que él sentía. El chico controlaba inconscientemente esa misteriosa fuerza destructora, pero Raquel presenciaba sus actos sin poder actuar. La fuerza era cada vez más poderosa, demasiado para dominarla. Usaba al chico para materializarse, pero poseía ya una voluntad propia. Una voluntad insaciable e ilimitada de destrucción.

*La anciana a la que has matado no te basta. Quieres más. Quieres todas las vidas que hay en el pueblo. ¿Por dónde continuar? La expectación te da tanto placer como el hecho de matar. Eres como el perro que comienza a salivar cuando sabe que va a recibir su ansiado alimento.*

*No esperabas encontrarte a nadie en las calles. El temporal es casi impenetrable. Pero al fondo de un callejón distingues una figura en movimiento. Va tan tapada que no sabes si se trata de un hombre o de una mujer. Poco importa eso. Mientras te aproximas a la figura, comprendes por qué está a la intemperie. Trata de eliminar la capa de nieve de la puerta inclinada de la carbonera. Si no, esta podría hundirse bajo el peso.*

*Tiene una pala, que usa enérgicamente. Se nota que quiere terminar cuanto antes y regresar adentro, a la protección del calor y los muros de su casa. Ignora que nada puede detenerte. Te agrada la idea de matar bajo la nieve, de manchar con sangre la blancura impoluta que viene del cielo. Del mismo lugar que tú viniste.*

*Avanzas decidido entre esa cortina con intención de no esperar más. De pronto, la figura se vuelve para extender la capa que ya ha retirado. Ve algo. Ve tu movimiento. Retrocede, grita, agita la pala. Cuando esta impacta contra ti, se le suelta de la mano. No notas nada. Nadie puede herirte.*

*La figura —un hombre, ahora lo distingues—, se retrepa en una esquina. Se hunde en la nieve. Vuelve a gritar. Es la última vez que lo hace. Tu garra le rebana el cuello como si fuera de mantequilla. Con la otra oprimes su cabeza. La sangre brota de su garganta y sus ojos se le salen de las orbitas por la presión. Un sonido parecido al de una nuez al ser cascada precede a una explosión de masa gris que se desparrama en varios metros.*

*Sueltas a tu presa y contemplas un instante su cráneo vacío. El resto de los habitantes del pueblo te espera sin saberlo. Pero antes, sin embargo, rompes las puertas y descienes a la carbonera. Allí haces que el fuego de la caldera prenda todo el carbón acumulado para el invierno. Te quedas en medio de las llamas mientras devoran la casa, percibiendo cómo su calor abrasador te da aún más fuerza. Ese infierno es pura energía para ti. Te hace más poderoso.*

—¡Hijo, hijo!

Los gritos del padre de Toni le hacen por fin despertarse. Está desorientado, con un extraño sabor en la boca. No sabría decir si es dulce, pero lo parece. La luz de la lámpara de su habitación inunda sus ojos. Vuelve a su realidad de siempre.

—Hijo, coño, que tu madre te está llamando desde hace un buen rato...

«¿Por qué no es ella la que sube, entonces?», piensa Toni.

—¿Qué quieres, papá?

—La cena está en la mesa. ¿No piensas bajar?

—Sí, ahora bajo.

El chico se queda inmóvil durante unos segundos. Algo sigue dentro de su cabeza. Algo que, esta vez, no ha perdido por completo la conexión con su mente. Algo que le dice que baje y acabe con sus padres. Algo —un ser, una voluntad— que lo domina y que ya nunca lo abandonará... hasta su propia muerte.

Raquel volvió en sí en la cama de su padre. Allí la había acostado el policía cuando perdió el conocimiento y, tras unos minutos agitándola, se dio cuenta de que no podía reanimarla. Al principio se alarmó, pero luego pensó que no debía de ser otra cosa que un efecto del extremo agotamiento. Seguía respirando normalmente, aunque emitía extraños sonidos de cuando en cuando y su ritmo cardiaco era acelerado. Estuvo con ella, sentado en la cama acariciándola, hasta que por fin despertó. La buena noticia era que había encontrado prendas de montaña, e incluso un par de raquetas para la nieve. La mala estaba a punto de conocerla de labios de Raquel.

—¿Qué... qué me ha pasado? —dijo la muchacha al recobrase del desmayo.

—Necesitabas descansar —contestó Lorient, dedicándole una mirada dulce.

—No, no estaba descansado. No estaba dormida.

—¿Cómo?

Si antes Raquel estaba dispuesta a contarle al policía todo lo que había experimentado, ahora la necesidad de hacerlo se volvió acuciante para ella. Aquellas pesadillas no podían ser sólo eso. Se había engañado a sí misma queriendo creerlo.

—He tenido una visión horrible —dijo.

—El cansancio...

—Déjame continuar. No era un simple sueño. Ya te conté lo que ponía en el cuaderno de mi padre. Sé que parece una locura, pero es real. He estado dentro de ese ser, de ese egrégor. No estoy sufriendo una especie de alucinación por todo lo que está pasando.

—El impacto emocional que has tenido puede hacerte creer eso.

—No, de verdad. Si sólo hubiera sido este último sueño, o lo que sea, me convencerías. Pero es que es el cuarto desde esta madrugada.

La expresión de Lorient cambió por completo.

—Sí, ha sido el cuarto —continuó Raquel—. No te dije nada porque yo también creía que eran pesadillas, sin más. Pero ahora veo que no lo son. Cuando me enseñaste el cadáver destrozado de mi padre... Yo soñé que moría así, y soñé con esta mina. En el cuarto de la pensión soñé con una casa en la falda del monte, con un padre y un niño. Luego, cuando me perdí en el túnel, soñé con una anciana del pueblo. Y ahora acabo de soñar con un hombre que quitaba la nieve fuera de su casa y un incendio. Son demasiado reales. Tengo miedo...

Lorient se inclinó sobre ella y la abrazó con fuerza. De los ojos de Raquel brotaron dos gruesas lágrimas. El policía las secó con los dedos y le dio un cariñoso beso en los labios.

—Comprende que me cueste aceptar todo lo que me estás contando. Pero es verdad que ese objeto es muy extraño. Quizá deberíamos volver al elevador una vez más y examinarlo a conciencia.

—No, volver no. No quiero estar cerca de esa cosa.

—Entonces tenemos que centrarnos en regresar al pueblo. Tu padre tenía bastante ropa para inclemencias como estas. Sé que no vas a estar de acuerdo conmigo, pero tú debes quedarte aquí. La estufa...

—¡Yo voy contigo! —le cortó Raquel.

El inspector ya esperaba que protestara y dijera eso. Continuó como si no la hubiera escuchado.

—La estufa te mantendrá caliente. Hay ropa de abrigo de sobra. Y también he encontrado comida. Has estado a punto de morir congelada. Debes quedarte y esperarme.

—Pero ¿y si vuelve Toni? Cuando me atacó, dijo que el objeto sería para él cuando muriésemos.

Eso era algo con lo que Lorient no había contado, y era cierto. La posibilidad de que el chico regresara a la mina estaba ahí.

—Sólo hay dos raquetas para la nieve. Con el espesor que debe de tener a estas horas, va a ser imposible avanzar sin ellas.

—¿No podemos hacer algo?

—Quizá sí...

Las raquetas eran la mejor forma de caminar sobre nieve blanda, pero no la única. Podían usar una raqueta cada uno y ponerse algo en el otro pie. Una tabla de madera,

por ejemplo. Tendría que ser algo que hiciera la misma función.

—Hay que buscar unas maderas anchas y planas —dijo el inspector.

—¿Bastará con eso?

—Si las cubrimos con una tela, sí. Vamos a tener que forrarnos un pie hasta la pantorrilla. De lo contrario, la nieve se acumulará en la tabla y nos impedirá avanzar.

—Pues no perdamos tiempo. Estoy harta de esta mierda de mina —dijo Raquel.

La escalera que comunicaba los dos pisos de la casa donde vivía Toni crujió como siempre a su paso. Esta vez, descendía más despacio de lo habitual. Y no era por el cansancio. Su cuerpo extenuado tenía ahora una energía que llegaba de algún lugar extraño, ajeno. Su mirada estaba fija en el punto situado frente a él. Este cambiaba a medida que daba el siguiente paso y bajaba cada escalón.

—¡Que es para hoy! —gritó el padre desde el comedor.

La madre masculló algo sobre la pereza de Toni y lo mal hijo que era. Y añadió que estaba harta de ser su criada, aunque el pollo asado para la cena lo había llevado el padre del bar.

Toni apareció en el umbral con el gesto de una estatua de mármol: impávido, sin vida, sin expresividad. Se acercó a la mesa con su lento caminar. No miró a ninguno de sus padres. Su vista estaba fija en el cuchillo listo para trinchar el pollo. Cuando lo tuvo a su alcance, lo cogió y lo aferró en su diestra, con el filo orientado hacia el dedo meñique.

—Déjalo, Toni, ya lo hago yo —dijo el padre de malas pulgas, sin esperarse lo que iba a suceder a continuación.

Con un rápido y certero movimiento, el chico lanzó el brazo hacia él. Le rebanó el cuello de un golpe seco. La sangre saltó a chorro sobre la mesa, mientras el padre trataba de gritar y se echaba las manos a la garganta. De ella sólo salió un angustioso gorjeo. Sus ojos, desorbitados, mostraban incredulidad.

—¡Aaah! —gritó la madre en su silla.

Al tratar de huir, tropezó con un pliegue de la alfombra y cayó al suelo. Toni dejó de contemplar a su padre moribundo y se volvió hacia ella. El cuchillo seguía en su mano, con la hoja chorreando sangre.

—¡No, hijo, no!

La mujer se revolvió e intentó levantarse. Arrastrándose, alcanzó una lámpara de pie. Tiró de ella para echársela encima a su hijo. Este la esquivo como un autómata, sin detenerse ni cambiar el gesto neutro de su rostro.

—¡¿Qué vas a hacer?! —gritó la madre, ahora ladeada y mirándolo con pánico.

Fue su último chillido inteligible. Los que llegaron a continuación se asemejaron más a los de un cerdo durante la matanza. Ni en un solo momento, mientras la apuñalaba innumerables veces, Toni dejó de tener esa expresión vacía en los ojos.



Raquel y el inspector Lorientte avanzaban por la nieve con la misma agilidad que unas morsas fuera del agua. Al menos, el cielo había dado una tregua y ya no nevaba. Podían distinguir delante de ellos las tenues luces que emergían de algunas ventanas del pueblo. Por contrapartida, el frío era, si cabía, más intenso.

—Ya estamos llegando —dijo Lorientte para dar ánimos a Raquel.

Ella acababa de experimentar una repentina sensación de angustia, que apartó de su mente como se espanta una mosca, y no tuvo fuerzas ni para contestar. Pero era cierto que ya estaban cerca del pueblo. Después de una penosa caminata, les restaba sólo un último tramo para arribar a las primeras casas de Lesmes. Estaban sobre la carretera asfaltada. Lo notaban porque el trazado era más recto y llano que el del camino que llevaba a la mina. Ahora se veía como un río blanco encastrado entre árboles de hielo.

De pronto, el móvil de Raquel emitió un pitido. Tanto ella como el inspector se habían olvidado de sus teléfonos. Lorientte sacó el suyo y comprobó que ya disponía de cobertura. Raquel, por su parte, vio en su pantalla que se trataba de un aviso del buzón de voz. Mientras el policía llamaba a los guardias civiles, ella se comunicó con el buzón para escuchar el mensaje grabado.

—¿Dónde se habían metido?! —espetó el cabo de la Guardia Civil a Lorientte sin dejarle siquiera hablar.

En ese mismo momento, Raquel escuchaba en su teléfono la voz grabada de su padre.

—*Lo he encontrado, hija. Al fin lo he encontrado...* —Tras una pausa, el tono excitado de esas primeras palabras adquiría otro más grave y funesto—. *No he podido evitar que... Ahora no tengo tiempo para explicártelo, hija, pero pase lo que pase no te acerques por Lesmes.*

Raquel se quedó completamente quieta, helada en la noche gélida. Lorientte avanzó unos metros sin darse cuenta. El cabo de la Guardia Civil le estaba explicando lo que había sucedido en el pueblo. Cuando colgó, su rostro estaba tan pálido como el suelo que pisaban. Lo que Raquel le había contado sobre sus sueños era exacto por completo. Era real.

Se volvió para buscarla y la vio a unos pasos por detrás de él. También ella tenía la cara desencajada, con el móvil aún en su oreja, por debajo de la capucha de una gruesa parka.

—¿Qué te pasa? —dijo Lorientte, volviéndose hacia ella.

A Raquel le costó reaccionar. Bajó por fin el brazo con el móvil y miró al policía con una infinita aflicción en sus ojos.

—Era un mensaje. En el buzón de voz. Era... Era de mi padre.

El silencio del inspector fue tan elocuente que ella continuó:

—Decía que había encontrado el objeto y que no me acercara por el pueblo. Debí de dejarlo anoche, antes de morir.

—¿Y cómo es que no lo recibiste antes?

—No lo sé... Un fallo en la red. Puta mierda de móviles...

Loriente la abrazó con ternura. Se mantuvo así durante un par de minutos, sin decir nada. Raquel se echó a llorar. Cuando se calmó un poco, el policía se separó un tanto y le habló.

—Ha habido varios crímenes en el pueblo, una anciana y un hombre de mediana edad. Y un incendio. Me lo ha dicho la Guardia Civil. Ha sido todo como en los sueños que me contaste. Pero tú no has tenido nada que ver, Raquel. De algún modo has visto lo que hacía ese maldito Toni. El cabo me ha dicho que está detenido. Lo cogieron después de que asesinara a sus padres. Ahora mismo está en el calabozo del puesto. Al menos esta pesadilla ha terminado.

—Pero yo no sólo lo veía. Lo sentía dentro de mí. Disfrutaba...

—Raquel, qué sé yo... Quizá exista la telepatía, o alguna otra cosa que desconocemos. Lo que sea, no importa ahora. Lo único importante es que todo ha acabado.

Raquel negó con la cabeza. Algo muy adentro le decía —le gritaba— que no había terminado. Trató de evitar cualquier intento de análisis racional. Estaba agotada y asustada, y sabía que no iba a poder comprender lo que sucedía por muchas vueltas que le diera. Quizá el inspector estuviera en lo cierto. Quizá hubiera terminado. Ese pensamiento la sedujo, la tranquilizó. Sí, quizá todo había acabado.

Sin que ninguno de los dos pudiera saberlo, una fuerza incontenible estaba a punto de contradecirlo. En ese preciso instante se dirigía al pequeño puesto de la Guardia Civil de Lesmes. Ya no necesitaba a Toni ni a nadie. Había adquirido la energía necesaria para obrar libremente. Para destruir a su antojo. Esa era su función, su razón de ser. Y ahora iba a empezar a cumplirla de verdad. Sólo una persona podía interponerse en su objetivo. Pero, a diferencia de lo que ya había sucedido hacía mucho tiempo, esta vez no podría detenerla. Había despertado para no volver a dormir nunca más.

Los tres jinetes abandonaron el camino encharcado para enfilear la ladera, pedregosa y traicionera. La lluvia les había dado un descanso, aunque podían notar en los huesos que iba a ser breve. El chapoteo de los cascos en el barro dio paso a un raspar metálico cuando obligaron a los caballos a iniciar el ascenso. Fray Gabriel miró ladera arriba y, más allá de la cumbre, a las nubes, de un gris cada vez más plomizo.

Lo ocurrido en la abadía había creado miedo e incertidumbre en los corazones de todos. Cada uno se enfrentaba a ello del mejor modo que sabía. El fraile, intentando encontrar respuestas; José, valiéndose de su coraje y la convicción de que a todos nos llega nuestra hora y que poco importa cómo eso ocurra. El monje que los guiaba tenía también su forma particular de afrontar sus miedos: no dejaba de moverse nerviosamente sobre la silla y era incapaz de callarse aunque fuera por un instante. Había estado hablando casi sin interrupciones desde que salieron de la abadía.

—Va a llover otra vez —dijo, leyendo los pensamientos de los otros dos.

Era el mismo monje que había conducido a fray Gabriel hasta el palacio del abad. Qué lejos parecía aquel momento, aunque sólo hubiera pasado un día.

También ese monje era uno de los que habían rescatado a fray Alonso después de que se aventurara él solo por aquellos lares, siguiendo el rastro de la estrella fugaz. Al no haber sacado nada en claro del objeto negro, el fraile había decidido seguir también sus pasos e inspeccionar el lugar donde cayó el meteorito. El abad le había permitido al monje guiarles hasta allí, sin oponer ningún argumento. Fue una sorpresa para fray Gabriel, que se había preparado para tener que arrancarles ese permiso valiéndose de todas las mañas necesarias. Quizá el viento hubiera cambiado por fin de dirección y empezara a soplar a su favor. O puede que lo contrario...

—¿Seguro que recuerdas dónde cayó? —le preguntó al monje.

—Oh, sí. Yo nací en la aldea. Conozco estas montañas como la palma de mi mano. Debo decirles que encontramos a fray Alonso gracias a mí.

Ser jactancioso y hablar más de lo imprescindible eran dos defectos de los que cualquier monje debía cuidarse con especial cuidado. Pero estaban fuera de los muros de la abadía, donde el abad sin duda habría reprendido con severidad esa actitud.

Empezaron a ascender por la ladera. A fray Gabriel y al soldado el paisaje no les parecía muy distinto miraran donde mirasen. Por todos lados veían casi el mismo patrón de árboles y matorros, bastante diseminados, y similares formaciones de rocas que afloraban de la tierra. No obstante, el monje encabezaba la marcha a buen ritmo y no vacilaba sobre el camino a seguir.

—¿Llevas mucho tiempo en la abadía? —quiso saber José.

En realidad no tenía ningún interés en saberlo, pero estando callado su cabeza se empeñaba en hacerle pensar, y eso raramente era bueno en su caso. Creía que uno acaba siempre de mal genio o intranquilo cuando piensa más de la cuenta. Los enigmas con que se habían encontrado se los dejaba todos al fraile, que era un

hombre mucho más capaz de lo que él sería jamás y que se sentía atraído por ellos aunque lo atribularan. Pensar demasiado no era nada bueno, no. Y menos aún recordar lo que no conviene. Nunca volvería a ver a Miriam. Le molestaba que eso le importara. Si había algo de sobra en el mundo eran mujeres, ya fueran mozas casaderas que buscaran un hombre con que asentarse o simples furcias que se vendían a cualquiera por un puñado de monedas. El soldado había conocido a muchas de las unas y las otras, pero ninguna le había dejado nunca la mínima huella.

—¿Estás escuchando, muchacho? —le preguntó de repente el monje.

—Claro que estoy escuchando —respondió José, pese a que no había estado atento—. Y no me llames muchacho. Mi nombre es José.

Quizá Miriam fuera una bruja de verdad, que lo había hechizado. Bah, ya se le pasaría aquel sinsentido al volver a Astorga.

—La vida era más fácil cuando yo entré como novicio —insistió el monje en seguir contando su historia—. El abad anterior era mucho más permisivo. Comíamos dos veces al día también en invierno, y las raciones eran más generosas. Que digo yo que no hace falta matarle a uno de hambre para servir bien a Dios.

»Y eso que yo pensaba que nuestro abad sería menos riguroso. Tendríais que haberle visto entonces, hace dieciocho años, cuando yo me hice monje. Nuestro abad era entonces el prior. Nos reprendía si holgazaneábamos o no cumplíamos nuestros votos y obligaciones con suficiente empeño, mentiría si dijera lo contrario, pero era también comprensivo con las debilidades humanas. E incluso un hombre alegre, diría yo. Pero algo le hizo cambiar de la noche a la mañana...

—¿Por qué lo dices? —se interesó fray Gabriel.

—Todas las semanas bajaba a la aldea y repartía él mismo comida entre los más necesitados. Yo era uno de los que solían acompañarle... ¿Sabéis guardar un secreto?

El monje adoptó un aire misterioso, y hasta algo preocupado a juzgar por las miradas que lanzó alrededor, quizá temiendo que el abad se hallara agazapado en algún rincón y fuera a escucharle.

—Podéis confiar en mí —garantizó el fraile.

José no se molestó en responder.

—El abad era igual de generoso con todos, pero nunca imaginaríais con quién se mostraba especialmente atento.

Fray Gabriel sí se lo imaginaba, por su actitud, pero dejó al monje pensar que no.

—¿Con quién?

—Con la bruja. No con la joven que trajisteis el otro día a la abadía, claro está. Ella no había nacido aún. Me refiero a su madre. Era una hermosa moza por aquel entonces, si me permitís decirlo...

—¿Y qué pasó?

—Que el abad dejó de pronto de ir a la aldea. De la noche a la mañana, ya os digo. Nunca más volvió a pisarla, salvo de paso, cuando tenía que salir de viaje. Y se tornó en el hombre arisco y duro que es hoy.

—¿Tienes idea de por qué?

—Ni yo ni nadie.

Pasaron junto al cadáver de un caballo del que sólo quedaban algunos huesos. Un enorme cuervo picoteaba uno de ellos. Debía de ser una buena señal porque era el primer pájaro, el primer animal, que veían desde que llegaron, pero su plumaje negro y sus ojos vidriosos inspiraban todo menos buenos augurios. No se espantó cuando pasaron a su lado. Los siguió con sus amenazadores ojillos hasta perder el interés en ellos y volver a intentar arrancar del hueso algo nutritivo.

—Ya estamos muy cerca —dijo el monje—. Ese era el caballo del abad. Se lo llevó fray Alonso sin pedirle permiso... Allí es donde cayó la estrella, ¿lo veis?

El fraile siguió la dirección que señalaba el brazo del monje. Lo que vio fue una zona de árboles derribados; arrancados de cuajo, más bien, y una especie de enorme zanja abierta en la tierra.

Desmontaron al borde de la zanja.

—Yo os espero aquí —dijo el monje.

Fray Gabriel y el soldado saltaron al cráter alargado que había abierto el impacto. Lo recorrieron de una punta a otra. Medía unos quinientos pies de largo y al menos quince de alto, en la zona más profunda. Allí el meteorito se había topado con roca dura que, no obstante, el choque había logrado pulverizar y fundir en parte. La roca se plegaba formando una oquedad en cuyo interior debió de haber quedado el objeto negro.

El suelo estaba plagado de un caos de rocas fracturadas, en el que resultaba imposible distinguir cuáles formaban parte de la montaña y cuáles del meteorito. Buscaron entre ellas algo que se pareciera al cubo negro o que hubiera podido formar parte de él, pero no encontraron nada.

Ampliaron la búsqueda a los alrededores del cráter, también sin éxito. Estaba comenzando a llover de nuevo, como temieron. Los goterones sonaron como un aciago repicar de tambores. Pronto se convirtió en un siseo continuo, cuando las nubes se descargaron sobre ellos de golpe.

—Deberíamos irnos ya.

La sugerencia del monje era casi una súplica. No lo decía por la lluvia ni porque la noche amenazara ya con poner fin a aquel día mucho más luminoso que ella. Había alguna clase de mala energía en ese lugar, que los otros también notaban. A fray Gabriel y a José les recordó a la sensación que flota sobre los campos de batalla donde yacen todavía los muertos y los moribundos, con las espadas clavadas en cuerpos o en la tierra, y los pendones rendidos sobre el barro y la sangre. Al monje le trajo el regusto dulzón y desagradable que despiden los que agonizan en la enfermería. Se preguntaron si el cubo era el culpable de haber impregnado el cráter y sus alrededores de esa energía igual de negra que él.

El monje se debatía con las riendas de los caballos, que golpeaban el suelo con sus herraduras e insistían en girar el cuerpo para apartarse del cráter. Sabía lo que le

había ocurrido a fray Alonso y no quería correr su misma suerte.

—Vámonos, os lo ruego.

Decidieron hacerle caso y emprendieron la vuelta a la abadía. El monje se mantuvo con la boca cerrada durante todo el descenso hacia el valle.

En la aldea se toparon con una escena no muy distinta de la que el fraile y el soldado vieron al llegar a ella por primera vez. Había una turba de aldeanos reunida en la plaza, todos gritando y discutiendo con gestos furiosos y amenazadores.

Uno de ellos les vio acercarse por el camino y alertó a los demás.

—¡La culpa es vuestra, malditos! —aulló.

—Somos de la abadía —dijo el monje, aterrado.

Pensaba que estaban confundiendo con bandidos.

—Sabemos bien quiénes sois —dijo el mismo aldeano—. Esos defensores de brujas tienen la culpa de todo.

La muchedumbre empezó a moverse en su dirección. Blandían con furia las antorchas que sujetaban como un arma. Esta vez no los detendrían la espada de José ni las amenazas de fray Gabriel.

—¡Corred a la abadía! —exclamó el soldado.

Arrearon a los caballos y cruzaron la aldea al galope, con la chusma rabiosa tratando de acorralarlos. El soldado se llevó por delante a un incauto que intentaba cerrarles el paso. Quedó tirado en el suelo, como un trapo, muerto o inconsciente. Las antorchas que les lanzaban desde todas partes les caían al lado o pasaban por encima de sus cabezas. Por fin consiguieron dejar atrás a sus perseguidores, pero continuaron al galope camino arriba hasta llegar a la puerta de la abadía.

Se la encontraron cerrada a cal y canto. No debería estarlo a esas horas, y menos aún sabiendo los de dentro que ellos tres habían ido a la montaña e iban a regresar. Pero era fácil suponer que tenía relación con lo ocurrido en la aldea.

Un monje salió con cautela de la portería cuando les oyó acercarse. No abrió la puerta de inmediato, sino que los observó a través de la pequeña ventana que había en ella, apenas entreabierta. Esperó al otro lado hasta poder verles de cerca las caras. Sólo terminó de decidirse cuando reconoció sin dudas a otro miembro de su abadía.

Nada más dejarles entrar, cerró de inmediato otra vez la gran puerta de madera. Únicamente pareció serenarse un poco tras girar la llave que la bloqueaba y asegurar todos los cerrojos. Luego corrió de vuelta a la iglesia, sin dirigirles una sola palabra.

De ella no llegaban los cánticos u oraciones que sería de esperar, pues poco antes habían oído las campanadas que anunciaban el oficio de vísperas.

Dejaron los caballos en el establo y se encaminaron también ellos hacia la iglesia. Dentro había un silencio sepulcral. Todos los monjes estaban tumbados boca abajo en el suelo a lo largo del coro, con los brazos extendidos en cruz. El fraile no había visto nunca nada parecido. Era como si estuvieran haciendo penitencia ante la inminente llegada del fin de los tiempos.

¿Qué habría ocurrido en su ausencia para causar tanto odio en la aldea y tanto

miedo en la abadía?

Preso en el calabozo del puesto de la Guardia Civil, Toni no paraba de decir que él no había hecho nada. Que él no había matado a sus padres, aunque, cuando lo cogieron, en medio del salón, tenía aún en la mano el cuchillo ensangrentado y la mirada perdida. No se resistió a la detención. Al llegar los guardias civiles, alertados por una vecina que había oído los gritos, simplemente pareció salir de un trance, despertar de un sueño en el que se hallara sumido con los ojos abiertos.

El inspector Lorient y Raquel decidieron acudir al puesto inmediatamente, sin pasar antes por la pensión, aunque ambos necesitaban como un bálsamo calentarse y tomar una buena taza de café humeante. Lo harían con los guardias civiles, mientras trataban de hallar alguna explicación razonable a los hechos.

—No les digas nada de lo que me has contado —le pidió Lorient a Raquel.

Estaban ya dentro del pueblo, en la desierta calle que desembocaba en el cuartelillo. Ella comprendió perfectamente el motivo de que el policía no quisiera compartir con los guardias civiles lo que le sucedía. No la creerían y sólo serviría para crear más confusión.

—De acuerdo —dijo ella.

Tuvo un mal presentimiento. Algo había llamado su atención mientras asentía, al fondo de la calle. Un movimiento extraño, como un soplo de viento que carecía de sentido en el ambiente ahora calmo. La nieve se revolvió por delante del puesto justo antes de que se oyera un ruido terrible. La puerta del cuartelillo y parte de la fachada se derrumbaron como si fueran de frágil yeso.

Raquel y Lorient se quedaron quietos. Al caer la nieve que estaba acumulada sobre el dintel de la entrada, dibujó en el aire una forma. Sólo duró un segundo, para desaparecer de nuevo en la transparencia del aire helado, pero bastó para que ambos se miraran con incredulidad.

—¿Es real lo que hemos...? —dijo Raquel antes de atragantarse.

—Sí —respondió Lorient—. ¡Deprisa!

El policía habría sido incapaz de explicar por qué decidió seguir hacia el cuartelillo. Si lo que habían visto era real, y no un mero fruto de su imaginación — que, no obstante, había destrozado el muro con total facilidad—, poco iban a poder hacer para ayudar a los guardias civiles. Mientras corría, con Raquel a su espalda, Lorient se puso a dar gritos. Quería alertar a los dos hombres que custodiaban a Toni en el interior del puesto.

Antes de llegar, un ruido aún más atronador que el primero les hizo pararse de nuevo en seco. El pequeño edificio se desplomó como un castillo de naipes. Algo quedó en su centro, sosteniendo los escombros. De repente, cientos de fragmentos de ladrillo y madera salieron volando por los aires. Algo los había expulsado desde el interior. Lorient se volvió hacia Raquel y se arrojó sobre ella para protegerla. Ambos cayeron al suelo. A su alrededor se precipitó una nube de escombros.



El hombro del inspector se resintió al golpearse en la caída, pero por suerte no les cayó nada encima. Sin embargo, cuando levantaron las cabezas para mirar, pasado el peligro inminente, vieron con estupor el cuerpo de uno de los guardias civiles muy cerca de ellos. Era el más joven. Estaba retorcido como un pelele de trapo, tronchado como un junco. El cuello estaba desgarrado y le faltaba una parte del cráneo, que había sido sustituido por un pedazo de ladrillo.

Los ruidos continuaron, ahora menos intensos. Los escombros del cuartelillo se removieron. Flotando en el aire surgió la figura de Toni. Estaba muerto. Le faltaba uno de los brazos y tenía la cabeza inclinada hacia atrás, como si su cuerpo no tuviera columna vertebral. El ser que había provocado aquella destrucción lo arrojó hacia un lado. Luego comenzó a avanzar hacia donde estaban Raquel y el inspector.

En cuanto los últimos fragmentos del destrozado cuartelillo cayeron de su cuerpo, dejaron de ver el atisbo de su figura. No quedó nada que pudiera indicarles que seguía avanzando hacia ellos. ¿O sí?... Unas huellas se iban formando en la nieve como por arte de magia. No podían definir cómo era el ser, que de hecho no tenía una forma definida. Era grande y poderoso, eso era lo único que sabían. Y que iba por ellos.

Aún en el suelo, Lorient comprobó que Raquel estaba bien. Le agarró la cara con ambas manos y la obligó a fijar la mirada en él. Estaba aterrada.

—¡Corre! —gritó Lorient y tiró de ella por el brazo.

Raquel volvió a la realidad como quien se despierta de un coma. La angustia de no poder ver ni sentir lo que los amenazaba les hizo desbocarse en su huida. Cayeron varias veces, para levantarse de inmediato. La nieve les impedía ir más rápido. Zigzaguearon por las angostas callejas tratando de despistar al monstruo. Por fin llegaron a la iglesia del pueblo. A pesar de la hora —casi las doce de la noche—, del apagón y del tiempo inclemente, la puerta estaba abierta.

¿Sería ese templo de Dios un freno para la criatura? Lo ignoraban, pero no había muchas más opciones. El policía empujó a Raquel a través de la estrecha puerta que se abría dentro del gran pórtico y luego entró él. La iglesia tenía un solo cuerpo, con un ábside al fondo y dos pequeñas capillas laterales que le daban planta de cruz latina. La escasa luz provenía de unas velas encendidas en el altar y en un par de candelabros junto a la entrada, por delante de las pilas de agua bendita. En la nave central rezaban una decena de ancianos, casi todos mujeres. Su murmullo quedo resultaba amplificado por los altos muros.

El sacerdote fue el único que les vio entrar, agitados y a la carrera. Se hallaba sentado en el ábside, con un rosario entre las manos, dirigiendo la plegaria. Cuando la ira de los cielos se desataba, abría la iglesia para que los más beatos pudieran juntarse fervorosamente y rogaran a Dios que perdonara sus pecados y volviera la calma.

Raquel y Lorient recorrieron a toda prisa el pasillo central, entre los vetustos y sobados bancos de madera, hasta llegar a la escalinata que conducía al altar. Sus nervios crispados les hacían esperar que, en cualquier momento, el pórtico del templo

estallara tras ellos.

No podía decirse que Raquel fuera religiosa. Sin embargo, se persignó nerviosamente ante la imagen del Cristo crucificado. Luego se volvió para comprobar que el policía estaba con ella y dirigió una mirada temerosa a la entrada de la iglesia. A pesar de su irrupción, los rezos seguían en la nave como una letanía inconsciente, miles de veces repetida por aquellas gargantas.

El cura, tan viejo como el resto de sus parroquianos, descendió los peldaños del ábside, receloso y con expresión severa, para encontrarse con sus desconocidos visitantes.

—Si han venido a rezar, siéntense. Si no, es mejor que se marchen. No son horas para otra cosa que recogerse y orar.

—Padre —dijo Lorient en voz baja; no quería alarmar a los demás—, tiene que sacar de aquí a todas estas personas de inmediato.

El cura no dijo nada. Movié el cuello para que lo siguieran y se encaminó hacia la portezuela que llevaba a la sacristía, a un lado del altar. Raquel y el policía fueron tras él. La habitación olía a viejo. Un armario con las puertas abiertas mostraba varias casullas sacerdotales. Sobre una parca mesa había un crucifijo y un pequeño cofre plateado y, al fondo, otra puerta que comunicaba con la calle.

—¿Qué sucede?

Lorient le mostró su placa de policía.

—¿Sabe lo que ha pasado hoy en el pueblo?

—Me lo han contado unas feligresas. Terrible... Son estos tiempos de...

—No se ofenda —le cortó el policía—, pero no hay tiempo para charlas. El asesino nos persigue. Ha matado a los guardias civiles y ahora viene por nosotros.

—¿Qué?! —exclamó el sacerdote con los ojos muy abiertos.

—¿Hay una cripta en esta iglesia? —El cura asintió tembloroso—. Haga que sus feligreses se metan dentro y no salgan hasta que pase el peligro.

—El Señor nos protegerá en esta su casa.

—Mire, padre —intervino Raquel—, no sabe con lo que nos enfrentamos. Haga caso al inspector.

No hubo lugar a seguir hablando. Unos tremendos golpes inundaron el espacio. Los tres abandonaron la sacristía a toda prisa y regresaron a la nave de la iglesia. Los golpes continuaban, con la cadencia de un gigantesco tambor. Algunos fragmentos de piedra se desprendieron de las paredes y el techo. Nadie se movía, petrificado en su asiento. Hasta que el cura gritó:

—¡Síguenme todos!

Quien más quien menos, según su edad y su estado físico, todos los feligreses corrieron hacia el sacerdote. Como una gallina seguida de sus polluelos, los condujo hasta la base del campanario. Allí se abría una escalera de caracol que comunicaba con la cripta. Poco a poco, con los golpes aumentando de violencia, los ancianos desaparecieron bajo tierra. Sólo Lorient y Raquel se quedaron arriba.

—No creo que esa cosa tarde mucho en entrar —dijo el policía.

—Vamos a morir...

La voz de Raquel fue resignada, como la de alguien cansado de luchar contra una fuerza invencible.

—¡No! No vamos a morir, Raquel. Tenemos que regresar a la mina.

—¿A la mina? Eso es una ratonera.

—Allí está el objeto que halló tu padre. Es la clave de todo eso, maldito sea. Hay que volver.

—Pero ¿cómo?

La pregunta de Raquel quedó ensordecida por el desplome de una parte del techo sobre el suelo de la nave central.

—¡A la sacristía! —gritó Lorient.

A su espalda, el pórtico de la iglesia se derrumbó sobre los bancos. El templo entero estaba a punto de desmoronarse. Raquel y el policía cruzaron la puerta de la sacristía en el momento en que el altar mayor también caía, junto con el Cristo en la cruz. Fuera aquella criatura diabólica o no, estaba claro que la Casa de Dios no podía detenerla.

—¡Sígueme!

La puerta que daba a la calle estaba cerrada. Lorient echó un rápido vistazo por si veía la llave. No fue así, de modo que lanzó la pierna con toda su furia contra la madera. Esta crujió, pero no cedió. Los ruidos de los escombros machacados, aplastados, eran cada vez más fuertes. Aquella cosa se acercaba a ellos. Tenían que salir.

—¡JODEEEEEER!

La nueva patada sí consiguió su objetivo. El cerrojo de la puerta saltó, llevándose consigo una parte de la madera de alrededor. Lorient tiró del brazo de Raquel y ambos salieron corriendo de la sacristía. El callejón trasero era muy angosto. Resbalaron un par de veces, pero lograron alcanzar una vía más ancha. No se pararon hasta recorrer un buen trecho.

Frente a una casa con algo de luz en una de sus ventanas había aparcado un todoterreno, medio sepultado por la nieve. Lorient retiró con la mano enguantada la capa que cubría la parrilla delantera. Era un potente Toyota.

Raquel habría preferido huir del pueblo, abandonarlo para siempre. Pero Lorient le había dicho que tenían que volver a la mina. Si podían hacer algo, ese algo tenía que ver con el objeto que aún estaba en el elevador. El cuaderno del padre de Raquel hablaba de un ser poderoso e indestructible que emergía de aquella «grieta», como la denominaron los monjes que la hallaron en el siglo XIII. Ahora todo cobraba sentido. Pero un sentido que escapaba a su cabal comprensión.

El policía llamó a la puerta de la casa, dando enérgicos golpes hasta que un hombre con cara de susto le abrió.

—Soy policía —le soltó mientras sacaba su placa para mostrársela. Luego,

señalando al vehículo, añadió—: ¿Es usted el dueño de ese todoterreno?

—Yo... Sí, es mío —contestó el hombre.

—Deme las llaves.

El pobre hombre se volvió hacia el aparador de la entrada y cogió el llavero del todoterreno. Lorient se lo quitó de la mano.

—Si tiene un sótano, métase en él y no salga bajo ninguna circunstancia.

Sin esperar respuesta, se volvió y regresó con Raquel. Recorrió el vehículo retirando montones de nieve, sobre todo del parabrisas. Raquel montó en el asiento del acompañante y él se apresuró a ocupar el puesto del conductor. El poderoso motor del todoterreno se encendió nada más girar la llave. Accionó los limpiaparabrisas, engranó la primera velocidad y salió zumbando hacia la calle principal de Lesmes.

—¿Estás seguro de volver a la mina? —preguntó Raquel, que hasta ese momento había evitado que su miedo reavivara sus dudas.

—No estoy seguro de nada. Pero tenemos que hacer algo.

Raquel asintió en silencio. Esa era la decisión correcta. Volver a la mina, con el objeto que su padre había encontrado después de más de siete siglos sepultado en las profundidades de la tierra. La asaltó el recuerdo del mensaje de su padre en su buzón de voz. ¿Por qué la había llamado después de tres años sin saber nada de él? ¿A qué se debía esa conexión que parecía tener con el objeto y el ser que emanaba de él? Ojalá aquello fuera una película o una novela. Entonces conocería, tarde o temprano, las respuestas. Pero no lo era. Por muy inverosímiles que estuvieran resultando las últimas horas de su vida, aquello era la realidad, y en la realidad pocas veces se consiguen todas las respuestas.

—¿Por qué estoy conectada con esa cosa? —dijo Raquel, más como una reflexión en voz alta que como una pregunta.

—No lo sé. ¿Ponía en el cuaderno algo que pueda darnos alguna pista, lo que sea?

—Sólo que ese ser se nutre de los pensamientos negativos.

El todoterreno enfilaba ya la cuesta que enlazaba con el camino de la mina. Lorient engranó una velocidad larga y la tomó con cuidado. Por nada del mundo quería perder tracción y quedarse atascado en la gruesa capa de nieve. No había tiempo que perder. Si esa criatura diabólica podía ser vencida, y lo sabía, no cejaría en ir tras ellos, en perseguirlos hasta acorralarles. Sólo rogaba para que pudieran descubrir a tiempo cómo vencerla.

El silencio formaba parte intrínseca de la vida de los monjes. Desde que entraban como novicios se les exigía hablar lo mínimo necesario. Ni siquiera podían hacerlo para pedir a otros que les pasaran una hogaza de pan o una pieza de fruta durante las comidas. Las palabras eran sustituidas por gestos que todos debían aprender: las manos formando un círculo, que representaba un pan, o un dedo estirado bajo el ojo si querían pedir unas cerezas. El silencio era obligatorio en el camino hacia la virtud, fomentaba la introspección y las oraciones, y evitaba caer en la tentación de las conversaciones banales. Pero no había nada virtuoso ni bueno en la quietud que reinaba en la iglesia de la abadía. Se debía al miedo y no a la piedad.

Fray Gabriel y José la recorrieron tratando de identificar al abad entre las hileras de monjes sin rostro que cubrían el suelo, todos tumbados en él boca abajo. Ninguno de ellos era su superior.

—Quizá esté en el palacio —sugirió el soldado.

—Voy a comprobarlo.

—Yo buscaré en el claustro.

El fraile tomó el mismo camino que el primer día y, al pasar por la enfermería, se asomó al interior. Fray Alonso seguía allí, no supo decir si vivo o muerto, porque estaba inmóvil en su lecho. Iba a comprobarlo, pero oyó una especie de silbido y luego un grito ahogado.

Dejó la enfermería y se encaminó al palacio del abad. Allí estaba él. Se lo encontró desnudo de cintura para arriba, de espaldas a la puerta. Aún no se había percatado de su presencia. Estaba fustigándose. El silbido que fray Gabriel había oído antes lo producían las endurecidas tiras de cuero de un látigo hendiendo el aire. Al nuevo silbido le siguió otro grito ahogado cuando las tiras se clavaron sin piedad en la carne de su espalda. Abrieron en ella unos regueros de sangre, que se unieron a los que ya había en ella, y a cicatrices antiguas.

No muy distintas de las que cubrían también la espalda del fraile.

—Perdonadme —dijo.

El abad se volvió de inmediato, sobresaltado. Fray Gabriel lo vio por primera vez sin la máscara de severidad con que le había ocultado hasta ahora su verdadero rostro. El auténtico era el de un hombre atormentado y vencido.

—Marchaos —dijo el abad—. Estamos malditos. Todos nosotros... Yo lo estoy. Yo tengo la culpa.

El fraile se le acercó hasta ponerse justo delante.

—¿Qué ha ocurrido?

Más que sentarse en una silla, el abad se dejó desplomar en ella. Ni siquiera el moribundo fray Alonso parecía tan inconcebiblemente exhausto. Fray Gabriel tomó asiento a su lado.

—Esta mañana ordené que apresaran a esa... bruja —escupió la palabra el abad

—. No debisteis evitar que la ajusticiaran. El prior seguiría vivo si ella hubiera muerto ese día.

—Puedo aseguraros que ella no lo mató. Anoche estaba con el soldado que me acompaña.

El abad ahuyentó ese argumento con un gesto de la mano.

—Las brujas pueden estar en más de un lugar al mismo tiempo. O enviar a uno de sus demonios. Ella mató a Olegario y al prior. Y también a los otros...

El fraile tragó saliva en seco.

—¿Qué otros?

—La bruja no estaba en su casa cuando fueron a buscarla. Supuse que esa ramera del Diablo habría huido, y ordené que la persiguieran, que la cazaran con sus perros como a la bestia que es.

Eso debía de haber ocurrido tras el entierro del prior, antes de que José y él llegaran a la herrería. Fray Gabriel entendía ahora por qué el abad no se había opuesto a que el monje los acompañara al lugar donde había impactado el meteorito. Seguramente temió que él descubriera lo que se proponía y tratara de impedirselo.

—Fuimos tras ella tres hombres de la aldea y yo mismo —siguió el abad—. Todos los otros han muerto. Sólo yo logré escapar por la intercesión de Dios todopoderoso, que no merezco. Incluso los perros murieron. Todos, hombres y animales, fueron despedazados por un ente invisible, un demonio que surgió para proteger a la bruja cuando estábamos a punto de capturarla.

—¿Dónde está Miriam?

El rostro del abad se torció en una mueca de odio y desprecio.

—¿Miriam, decís? ¿Han muerto tres inocentes y vos preguntáis por esa zorra? ¡Ella los mató! ¡Ella dirigía la voluntad de ese demonio invisible! ¿Cómo se explica, si no, que la dejara con vida? El demonio mató a todo lo que estaba a su alrededor. Pudo haberla matado a ella también, pero no quiso hacerlo.

El abad se puso en pie. Su cuerpo temblaba de ira. Volvió a derrumbarse en la silla, y un reguero de sangre fresca goteó en el suelo desde su espalda torturada. Acercó la cara a un palmo de la del fraile. Sus ojos eran hipnóticos, de un verde muy inusual, sólo ahora se dio cuenta fray Gabriel.

—Ella los mató —repitió el abad—. Pero os juro por mi alma inmortal que pagará por ello con su vida.

El fraile dudó si sentirse o no aliviado al saber que Miriam aún no estaba muerta. Lo que acababa de oír era la gota que colmaba el vaso de sus dudas. Desde que había hablado con fray Alonso no habían parado de aumentar y hacerle desconfiar de sus propias convicciones, de sus hipótesis racionales, sobre todo lo ocurrido. Aquel último episodio macabro hizo también que sus dudas sobre la inocencia de Miriam se hicieran mucho más profundas. Porque, de lo que no dudó ni por un instante era de que fuera verdad lo que el abad le había contado, por más inverosímil que resultara. Un hombre como él jamás se inventaría una fantasía como aquella ni tomaría a una

bestia corriente por un ente invisible.

—Os creo —le dijo al abad.

Con esas dos palabras el fraile aceptó por fin que una causa sobrenatural y maligna estaba detrás de esas muertes y los demás hechos inexplicables que las rodeaban.

—Creo que ocurrió lo que decís haber visto —puntualizó—. Pero quizá Miriam no sea culpable, puede que ella también se salvara por la intercesión divina.

Ni siquiera a fray Gabriel le sonó convincente su propio argumento.

—No me importa si me creéis o no. Ya es demasiado tarde. —El abad hablaba ahora para sí—. Debí matarla aquel día, en su cuna. Fui un cobarde. Fui débil. La culpa es mía. Perdóname, Señor.

—¿Qué cuna? ¿De qué estáis hablando?

En vez de responderle, el abad se puso de rodillas y comenzó a fustigarse de nuevo.

—Permitidme al menos hablar con ella —le pidió el fraile, aunque no supiera a ciencia cierta si la habían capturado o no—. ¿Dónde la tenéis?

El abad recuperó algo de su compostura y dijo:

—Marchaos. Volved al lugar del que habéis venido y quizá os salvéis. No hay nada más que podáis hacer aquí.

—Os exijo que me dejéis hablar con Miriam, en virtud de la autoridad que me ha concedido el obispo.

—No estáis en posición de exigirme nada. Esa autoridad se os concedió para que investigarais un asesinato, y esta congregación y yo mismo os hemos prestado toda la asistencia que habéis requerido. Pero no tenéis autoridad alguna para defender a una bruja.

»He enviado una misiva al alguacil de Ponferrada. Sus hombres deberán llegar a nuestra abadía mañana al amanecer. La custodiarán de vuelta a Ponferrada y allí será juzgada. No dudo de que la condenarán a muerte, si aún existe la justicia en este mundo.

Otro sonido sibilante del látigo. Más cruel que los anteriores. Otro grito ahogado de dolor.

Las duras palabras del abad confirmaban que la joven estaba en algún lugar de la abadía, pero fray Gabriel no insistió en pedirle que le dejara hablar con ella. Sabía cuándo una batalla estaba perdida de antemano. Decidió retirarse, pero sólo para ganar fuerzas, porque la guerra aún no había terminado. Todavía le quedaba una noche para conseguir ganarla.

Abandonó el palacio del abad y volvió a la enfermería. Fray Alonso estaba ahora despierto, sentado sobre la cama. Las ropas le caían flácidas en las mangas y los costados, cada vez más grandes para su consumido cuerpo.

—Sois vos de nuevo —lo reconoció de un solo vistazo, no obstante.

El fraile no pudo dejar de admirar su tesón.

—Lamento importunarte, pero necesito saber si has tenido más pesadillas, si recuerdas haber tenido una esta mañana o esta tarde.

Fray Alonso había soñado con las muertes de Olegario y el prior al mismo tiempo que eran asesinados en realidad. Fray Gabriel trataba de determinar si también había soñado con la masacre de los tres aldeanos.

—Hoy no he conseguido dormir en todo el día... Este dolor...

Parecía lógico entonces pensar que las muertes de quienes acompañaban al abad no estaban relacionadas con el monje, si sus pesadillas no habían intervenido en ellas. La conclusión que sacó el fraile fue que el monje enfermo sólo había sido un testigo inocente. Únicamente Dios sabía por qué tenía sus visiones, pero lo que fray Alonso vio en ellas debió de ser lo que otros habían hecho. ¿De lo que Miriam o sus demonios habían hecho?, se preguntó fray Gabriel con un nudo en el alma. Si así fuera, él también era culpable. El abad tendría razón, porque la joven seguía viva gracias a que él y José impidieron que la mataran.

—Ahora intenta descansar —le dijo al monje convaleciente.

El fraile le ayudó a tumbarse de nuevo y colocó tiernamente una mano sobre su frente enfebrecida antes de marcharse. Salió otra vez al corredor, de vuelta a la iglesia. Se topó con José en los dormitorios; él también iba a buscarle.

—No he encontrado al abad —dijo—. Ni en el claustro ni en el resto de la abadía.

—Está en su palacio... Han muerto tres hombres más. El abad estaba con ellos. Y también Miriam.

—¿Miriam? ¿Está bien?

—Creen que ella los ha matado, José. A esos tres y también a Olegario y al prior. Y yo no puedo asegurarte que no sea cierto. Mañana van a llevársela al aguacil de Ponferrada.

El gesto del soldado pasó del asombro a un ceño amenazador. Lo único en esta vida que no lograba consentir era la injusticia.

—¿Dónde la tienen?

—No lo sé. El abad no ha querido decírmelo.

—Yo haré que me lo diga a mí.

El fraile se interpuso en su camino, cerrándole el paso.

—Apartaos —masculló el soldado, con los dientes muy apretados—. ¿De qué lado estáis vos?

—Procuro siempre estar sólo del lado de la verdad.

—¿Y qué diablos sabéis vos de la verdad? ¿Qué sabéis de nada? Estáis muerto por dentro. Lo estáis todos. —José agarró el hábito de fray Gabriel para apartarlo por la fuerza.

El fraile lo agarró a él y lo estrelló contra la pared con una violencia que el otro no esperaba. El soldado intentó liberarse, pero fray Gabriel lo atenazó aún con más fuerza y volvió a estrellarle contra el muro.

—¿Qué sabes tú de mí para juzgarme?! —le gritó a José, junto a su cara.



Había una fría y salvaje dureza en la mirada del fraile, que el soldado no había visto hasta ahora.

—¿Recuerdas a la mujer de la aldea? —preguntó fray Gabriel—. ¿A la que fingió quedarse ciega por culpa de Miriam cuando iban a lapidarla? ¿Recuerdas que lancé una hoz contra ella y me preguntaste si la habría matado de verdad de no haberse apartado?

—La recuerdo, sí.

José ya no intentaba soltarse, pero el fraile lo mantenía cogido, con los puños tan apretados que sus nudillos estaban blancos.

—Sí. Habría matado a esa mujer. Sin dudar. ¿Y sabes por qué? Porque cuando consentimos el mal, cuando nos aliamos con él, siempre acaban muriendo inocentes por culpa de nuestros pecados.

José pensó que se había equivocado. La fría dureza de la mirada de fray Gabriel no era nueva. Había estado siempre en sus ojos. Esa era su verdadera mirada, que ahora no conseguía esconder.

—Te doy mi palabra de que no permitiré que nada malo le ocurra a Miriam, si ella es inocente —dijo el fraile—. Pero si es culpable, rogaré a Dios para que pague por ello.

Por fin relajó los puños y liberó al soldado.

—Tenemos sólo un día para intentar probar su inocencia —siguió fray Gabriel—. No perdamos más tiempo.

—¿Quién sois en realidad? Me pedís que confíe en vuestra palabra, pero no os conozco. En eso tenéis razón.

—No podemos perder tiempo.

José se sentó en uno de los catres del dormitorio.

—Hablad. Convencedme de que puedo fiarme de vos. Decidme qué ha hecho a vuestro corazón endurecerse tanto. O sacaré por la fuerza al abad dónde tienen a Miriam, y no os dejaré impedírmelo otra vez.

El fraile se sentó también en el catre, de pronto muy cansado.

—Está bien, te lo contaré.

Despojada ya de todo vínculo con los seres humanos, la criatura sentía, pensaba y actuaba por sí misma. Su cometido estaba claro: destruir cualquier forma de vida capaz de razonar.

Sus víctimas nunca llegarían a saberlo, pero hacía muchos miles de años que una antigua civilización alienígena la había creado. Era una protección contra otras civilizaciones que, en el futuro, pudieran amenazarla. Aquellos alienígenas sabían que la inteligencia constituye la mayor amenaza contra la inteligencia. Los seres más dañinos, en contra de lo que pudiera parecer, son justamente los mismos que tienen la capacidad de pensar y razonar. Sus ingenios pueden acabar con la vida de todo un planeta.

Por eso la crearon y la enviaron por el espacio. Y, como ella, a miles de otras más, idénticas, dirigidas hacia los mundos que podían albergar vida inteligente. Cuando partió hacia la Tierra, el ser humano vivía aún en cavernas. Apenas tenía conciencia de su propia humanidad. No podía siquiera imaginar que una amenaza tan inconmensurable se cernía sobre él desde las distancias inabarcables del Cosmos. Una amenaza cuyo único motivo era el que todos llevamos impreso en nuestros genes: la capacidad de matar a nuestros semejantes, de matar a otras criaturas, de matar por gusto.

Aquella civilización lejana, consciente de esa realidad, ideó un plan preventivo. Si un mundo desarrollaba vida inteligente, esa misma inteligencia —sus monstruos interiores, su parte oscura— alimentaría a la criatura. Podrían luchar contra ella, tratar de dormirla, pero no hacer que desapareciera, al igual que el mal impreso en cada ser intelectual. Siempre estaría ahí, acechando en la sombra, como un quiste que sólo necesita algo de calor y de aliento, cualquier clase de energía, para rebrotar.

Pero los creadores de aquellos miles de monstruos lanzados al espacio no quedaron impunes. También ellos tenían horribles monstruos en su inconsciente evolutivo. En su propio mundo, avanzado y perfecto, uno de aquellos seres se liberó. Fue creciendo gracias a aquellas poderosas mentes, nutriéndose de ellas y fortaleciéndose hasta destruirlas a todas. Su ataque final no duró más que una noche. Todos murieron bajo el poder del monstruo que cada uno llevaba dentro. Nadie sobrevivió.

Ahora comenzaba el horror en la Tierra. Como la pequeña piedra que desata el mayor de los aludes, la criatura se hacía grande y poderosa. No iba a volver a ocurrir lo que sucedió siete siglos atrás. Esta vez no iban a frenarla. Primero mataría a los habitantes de aquel pueblo que la había visto surgir tanto tiempo atrás. Luego se desdoblaría y se multiplicaría, para acabar introduciéndose en cada ser humano del planeta. Entonces, como en el mundo que la creó —que las creó a todas, incluso la que acabó con sus creadores—, le bastaría una noche para concluir su cometido. En una sola noche, todo habría acabado.

Y, entonces, el ser humano no sería más que el recuerdo de un sueño.

El todoterreno estaba ya cerca de la mina. Sumido en sus pensamientos, Lorient iba lo más rápido que podía sobre el suelo nevado. Raquel miraba a la negrura desde la ventanilla. También ella se mostraba ausente y en silencio. Lo que había pasado en el pueblo era... No encontraba palabras para describirlo. El policía pareció oír el mecanismo febril de su cerebro.

—Esa bestia... Es terrible..., y no sé por qué tú sueñas con ella. Pero no dejaré que te ocurra nada malo. Te lo prometo.

Lorient desvió un momento la mirada para comprobar cómo estaba Raquel. Esta giró la cabeza hacia el parabrisas. Entonces gritó:

—¡Cuidado!

La figura de un animal se recortaba ante el haz de los faros. Era un ciervo, que se quedó inmóvil, deslumbrado y desconcertado por la luz. El policía intentó frenar, pero las ruedas resbalaron en la nieve helada y el vehículo continuó hacia el pobre animal, que seguía quieto en medio de su trayectoria.

—¡Joder! —gritó Lorient, aferrado al volante.

En el último momento, el ciervo se movió un paso al mismo tiempo que el todoterreno ganaba algo de tracción y se desviaba levemente. Bastó para evitar que lo embistieran.

—Joder... —repitió el inspector, ahora con alivio.

Pero eso no duró mucho. El vehículo reculó y siguió avanzando. La boca de la mina apareció ante sus ojos. Fue imposible dominar el coche, que se precipitó hacia el arco del túnel de acceso. Raquel dio un grito justo antes del impacto contra la roca viva. El parabrisas estalló en mil pedazos y los *airbags* saltaron para protegerlos. Ambos dieron con sus rostros en los globos, que se deshincharon con rapidez, dejando un polvo blancuzco e irritante en el aire.

La puerta del copiloto quedó trabada por el muro de piedra. El todoterreno estaba encajado en la boca de la mina. Lorient se quitó el cinturón de seguridad y se echó enseguida sobre Raquel para liberarla del suyo. Estaba desorientada y sus ojos lagrimeaban. También los de él. Tuvo cuidado de no frotárselos. Se los limpió con la manga del abrigo y luego le hizo lo mismo a Raquel.

—No te preocupes, sólo durará un instante —le dijo—. ¿Puedes moverte? ¿Estás bien?

—Sí.

—Salgamos de aquí.

El inspector accionó la manilla de su puerta y la abrió de un empujón. Descendió del vehículo y, con el cuerpo hacia el interior de la cabina, ayudó a Raquel a salir por el mismo lado. Ella se fijó en su rostro. Él tenía algunos pequeños cortes provocados por los fragmentos del parabrisas. Era un milagro que ella no se hubiera hecho algún

corte también.

Las luces de la mina seguían encendidas. El ronroneo del generador eléctrico se oía al fondo del túnel. Al impactar contra el muro, el motor del todoterreno se paró automáticamente gracias al sistema que evitaba posibles incendios en caso de accidente.

—¿Recuerdas el camino a la cueva de mi padre? —preguntó Raquel, después de un par de ásperas toses.

—Creo que sí. Sí, seguro. Sígueme.

Sin perder más tiempo, y tras una inevitable mirada recelosa a la embocadura de la mina, ambos se lanzaron hacia las profundidades del túnel. Tomaron desde allí los pasadizos correctos —sin tener que seguir las piedras que habían ido dejando— hasta llegar a la que había sido, durante años, la extraña vivienda subterránea de Alejandro Torres.

—El cuaderno está ahí —dijo Raquel.

El inspector ya estaba yendo por él. Quizá había algo que pudiera darles la clave para vencer a esa cosa. Por lo que le contó Raquel, su padre explicaba que esa clase de seres podían alimentarse de pensamientos negativos o positivos. Era obvio que los que animaban al que los perseguía estaban entre los primeros. ¿Podría ello revertirse? ¿De qué modo? ¿No se suponía que llegaba un momento en que el ser se liberaba y no dependía ya de nadie? Eran muchas preguntas y ninguna respuesta. O quizá una: muerto Toni, esa criatura continuaba con su afán de destrucción, como había dejado patente en la iglesia del pueblo.

Ahora fue Raquel quien pareció leerle la mente al inspector. Se puso a su lado y dijo:

—Si algo puede vencer a ese ser son los pensamientos positivos.

—Sí, pero ¿cómo se establece el vínculo? El chico debía de estar ligado a él. El cabo de la Guardia Civil me dijo que había matado a sus padres. Debía de estar recibiendo de vuelta alguna clase de influjo de esa cosa.

—Tiene sentido. Lo que no entiendo es qué papel tengo yo en todo esto. Por qué sueño con el ser.

—Ya. No sé, tu padre lo encontró. Quizá...

Loriente no terminó la frase porque era obvio que carecía de sentido. Alejandro Torres no mantenía la menor relación con su hija. Ella no estaba allí cuando encontró el objeto. Sus sueños eran el mayor misterio dentro de algo que era un misterio de por sí y en todas sus vertientes.

—Centrémonos en el vínculo —dijo Raquel, sacándole de sus estériles cavilaciones.

—Tienes razón. Hay que pensar en el vínculo. ¿Cómo pudo Toni establecerlo?

Los ojos de Raquel brillaron de pronto.

—¿Y si él tocó el objeto? Cuando lo vimos allí abajo, se puso muy nervioso. Tú lo notaste.

—Creí que era porque sabía algo que nos estaba ocultando.

—Y era así, en efecto. Pero había algo más. Si tocó el objeto, puede que el ser se apoderara de él de ese modo.

—Tiene sentido... Pero ¿no sería lógico que antes lo hubiera tocado tu padre?

—Quizá no. Él sabía el peligro que entrañaba. Quería dominarlo, y justo por eso tuvo que ser precavido. Su cuaderno habla de entidades latentes que esperan a «cruzarse» con alguien que les devuelva su poder. No tengo ni la menor idea de cómo funciona eso, pero podría haberle pasado a Toni, ¿no crees?

Loriente se frotó el mentón.

—El chico quiso dejarnos aquí para que muriésemos. Pretendía volver y recuperar el objeto. Tuvo que verlo antes de bajar con nosotros. Y tocarlo. Eso desató a la criatura. Tu padre lo descubrió y por eso fue su primera víctima. Sí, sí, pudo ser así... Pero entonces...

—En efecto —dijo Raquel—. El vínculo debe crearse tocando el objeto. Lo que no sabemos es si puede cambiarse ese vínculo. Si sólo funciona con el primero que lo toca. En todo caso, aunque pudiéramos cambiar el vínculo, eso no garantiza que podamos controlarlo.

—Mucho me temo que tu padre estaba equivocado. No creo que un ser tan maligno y destructivo pueda ser controlado. Y menos con simples pensamientos positivos. Lo que sí es obvio es que el ser procede de ese objeto, del cubo. Y el cubo sigue en el elevador. De modo que, a fin de cuentas, sí hay algo que podemos hacer con él.

Raquel negó con la cabeza. Una vez más, sabía lo que Loriente iba a decir.

—Mi padre decía en el cuaderno que el cubo era indestructible. Al menos para los monjes que lo encontraron. No creo que tengamos aquí nada capaz de destruirlo.

—¡Explosivos! —La voz de Loriente retumbó en los muros—. Esto es una mina. Tiene que haber explosivos. Pero no están aquí... Antes lo revisé todo.

La idea parecía buena. Y era, quizá, lo único que podían hacer: volar el objeto en mil pedazos y acabar así con el monstruo.

—¡Busquemoslos! —exclamó Raquel, convencida.

Parecía lógico que Alejandro Torres no tuviera explosivos en la misma cueva donde vivía, pero también era de suponer que poseyera un buen suministro de cargas para ayudarse en la excavación. En algún lugar tenían que estar almacenadas. Revolvieron todo, escrutaron cada rincón en busca de ellas, sin resultado.

—Hay un sitio donde no hemos mirado —dijo Raquel, con la vista fija de nuevo en el retrato al óleo de su madre, que estaba colgado de la pared en la zona elevada de la cueva.

El inspector comprendió al instante y se apresuró a comprobarlo. Retiró el cuadro con cuidado y lo dejó apoyado en el suelo. Por detrás había una portezuela de metal, encajada en la roca y protegida con un candado. Era una especie de rudimentaria caja fuerte.

—Apártate —dijo a Raquel.

Sacó su pistola y, con cuidado de que el proyectil no pudiera perforar la puerta o rebotar contra ellos en la roca, quitó el seguro y disparó al candado. Este voló por los aires al tiempo que la detonación se multiplicaba en el espacio abovedado de un modo ensordecedor.

—Ojalá haya explosivos ahí dentro —dijo el policía tras recuperarse del estruendo.

Se colocó delante de la puerta, retiró los restos del arco del candado y corrió el pasador. La puerta se abrió con un chirrido de las bisagras. Por detrás, el hueco era más profundo de lo que habían imaginado. Había algunas cajas apiladas, dinero y documentos. Lorient lo sacó todo fuera para poder examinarlo. Raquel se sentó junto a él y comenzó a revisar las cajas. La primera que abrió contenía unas piezas de metal que no supo identificar. A su lado, el policía cogió una más pequeña y, al abrirla, soltó una exclamación de júbilo.

—¡Detonadores! Eso significa que también tiene que haber dinamita.

No había dinamita, pero sí nagolita, un explosivo más moderno y seguro que se empleaba habitualmente en explotaciones mineras. En una de las cajas encontraron treinta cartuchos y algunos más en otra que estaba abierta.

—Tenías razón —dijo Raquel, que se levantó del suelo para volver a agacharse y darle un beso en los labios.

—Tú coge la caja abierta y los detonadores. Yo llevaré la que está entera. Hay que colocar todo esto en el elevador antes de que nos encuentre esa cosa.

Sin perder tiempo, regresaron a la cueva del elevador y echaron casi todos los cartuchos de nagolita en la cabina que colgaba dentro del oscuro pozo.

—Espero que exploten por simpatía.

La expresión de Lorient, que explotaran «por simpatía», le sonó a Raquel como una especie de broma. No lo era. Sólo iban a poder detonar uno de los cartuchos, de modo que los demás tendrían que explotar cuando este lo hiciera. Había sustancias que explotaban por simpatía y otras no. El inspector no tenía ni la menor idea de qué era la nagolita, de modo que sólo podían aguardar expectantes al resultado.

—Métete en el túnel —dijo el policía a Raquel, antes de lanzar al pozo el cartucho con el detonador.

Se había guardado un par más, por si el primero fallaba. Esperó a que Raquel estuviera lo bastante lejos y protegida para activar el detonador y dejarlo caer entre los otros. Luego salió corriendo para ponerse él también a cubierto. El pozo haría de cañón cuando los explosivos detonasen. No sabía qué potencia tenía la nagolita, así que era mejor prevenir.

Juntos tras el recodo de uno de los túneles, ambos esperaron con las manos en las orejas y un palito en la boca. Lorient sabía que una gran detonación puede reventar los tímpanos y que ese efecto aumenta si se tiene la boca cerrada, por efecto de la compresión. En las películas de guerra se veía a menudo hacer eso a los artilleros de

grandes cañones.

El tiempo pasó como si se hubiera ralentizado por algún efecto desconocido. Los explosivos no estallaban. No pasaba nada. Lorient estaba ya a punto de plantearse si volver para echar otro cartucho con un nuevo detonador, cuando un fogonazo inundó el corredor y se dejó sentir una gran vibración, como un temblor de tierra, junto con el ruido de una tremenda explosión. Tanto él como Raquel se cayeron de espaldas al suelo. En pocos segundos, una nube de polvo los envolvió. Casi no podían respirar.

—¡Ponte el abrigo como mascarilla! —gritó Lorient entre toses.

Así estuvieron varios minutos, llenándose los pulmones de partículas en suspensión. Ardían en deseos de saber si su plan había tenido éxito. Por suerte, el aire se hizo respirable de nuevo cuando las partículas fueron depositándose por la gravedad.

Sin que ninguno de los dos dijera nada, se levantaron y se sacudieron el polvo que los cubría casi por completo. El aire olía de un modo extraño. Ácido quizá. Volvieron a la cueva y contemplaron los destrozos de la explosión. El pozo era ahora casi un cráter. Había rocas desperdigadas por todas partes, junto con algunos pedazos de metal que parecían pertenecer al elevador. Con cuidado de no resbalar, Lorient se acercó a la boca del pozo. Sólo vio negrura. Apuntó con su linterna y pudo comprobar que la cabina del elevador había desaparecido por completo. Del techo pendía el cable, roto como por un mordisco brutal. Si aquella cosa diabólica no se había destruido era que, en efecto, era indestructible.

—¿Ves algo? —dijo Raquel a su espalda.

—Creo que lo hemos conseguido. No queda ni rastro del elevador.

Al volver la mirada a Raquel con una sonrisa, el inspector tuvo una imagen fugaz que lo llenó de turbación. Le pareció ver algo al fondo de la cueva. Una roca inusual. Se apartó de Raquel y fue hacia ella sin dejar de apuntar con el haz de la linterna. Esa roca era demasiado... perfecta.

—¡Maldita sea! —exclamó cuando estuvo lo bastante cerca de ella.

Era el cubo, cubierto por el polvo y fragmentos de piedra. Allí estaba, mimetizado bajo una capa de material disgregado, y sin mostrar el menor rasguño en su integridad.

Raquel se dejó caer el suelo y se quedó sentada con cara de desolación. Si aquella explosión no había podido con esa cosa, nada podría con ella. Su plan había fallado. Quizá no existía ningún plan que pudiera funcionar.

Lorient estaba rígido, tratando de pensar. Miró a Raquel y la vio en el suelo, derrotada. Él mismo se sentía igual.

Pero fue entonces cuando todo cambió.

Ningún monje había abandonado la iglesia para irse a dormir. Todos temían que aquella fuera su última noche en esta vida, ser ellos las siguientes víctimas del mismo horror que había matado a Olegario y al prior. Necesitaban preparar sus almas, no querían que la muerte los sorprendiera en la fragilidad de un sueño inquieto. Sólo fray Gabriel y José estaban en los dormitorios. Se mantuvieron en silencio durante unos momentos, mirándose, uno con expresión reflexiva y el otro con un gesto expectante. Luego el fraile empezó a contarle su historia al soldado, como le había exigido.

—En 1241, un ejército mongol invadió Europa después de saquear la estepa rusa. Atacaron, al norte, el reino de Polonia, y al sur, Transilvania, que no tardaron en caer. Pero Béla, el rey de Hungría, y varios altos nobles ignoraron la amenaza que se cernía también sobre ellos. Pensaron que se trataba sólo de una escaramuza. No sabían que un ejército mongol de treinta mil hombres avanzaba contra su reino para aplastarlo.

»Yo estaba entonces allí, al servicio del arzobispo Ugrin Csák. Él dirigía la caballería pesada del ejército húngaro, y lo acompañé cuando el rey Béla por fin decidió movilizar a sus tropas y plantar cara a los invasores. Llegamos a orillas del gran río Sajó. Los mongoles estaban al otro lado. El rey Béla ordenó fortificar la plaza, disponiendo unos carros alrededor del lugar donde había acampado su ejército. Fue un error. Lo que debió servir para defendernos acabó convirtiéndose en un matadero...

»El hermano del rey, los templarios y el arzobispo Ugrin avanzaron para tomar el puente que cruzaba el río Sajó. Llegamos a él ya de noche y cogimos desprevenidos a los mongoles, que intentaban cruzarlo aprovechando la oscuridad, para atacarnos al amanecer. Murieron como ratas bajo las flechas de nuestras ballestas. El príncipe y Ugrin pensaron que la batalla había terminado con su fulgurante victoria. Regresamos al campamento esa misma noche para celebrarla, dejando sólo una pequeña guarnición en el puente.

»La soberbia es el origen de la mayoría de nuestros pecados, si no de todos. La nuestra nos hizo subestimar al enemigo. Muchos pagaron luego por ello con su sangre. El ejército mongol seguía casi intacto al otro lado del río, sin que lo sospecháramos. Una parte atacó el puente al amanecer, mientras que el grueso se dirigió aguas abajo, para cruzar por allí el río y salir a nuestra retaguardia.

»Regresamos al puente a toda prisa para hacer retroceder a los mongoles que estaban cruzándolo de nuevo, pero finalmente nos dimos cuenta de que era un ataque a gran escala. El rey no había movilizado todavía las tropas cuando volvimos, el muy inepto. Eso dio tiempo para cruzar el río al grueso de los mongoles, que habían construido al sur un puente provisional.

»Nos atacaron por el flanco mientras tratábamos de contener a los que habían atravesado el río por el norte. Nuestras tropas se retiraron al campamento fortificado, que se convirtió en la tumba de millares de hombres cuando nos cayeron encima los



dos ejércitos mongoles, de nuevo unidos.

»Santo Dios... —musitó el fraile—. Recuerdo el pavor que nos atenazó el corazón al ser atacados por aquellas armas del Diablo... Escupían fuego y hacían un ruido aterrador. Jamás había visto nada parecido. Ni yo ni nadie de nuestro ejército. Los hombres abandonaban sus posiciones y huían despavoridos ante ellas. Caían muertos por todas partes. Nos habíamos enjaulado a nosotros mismos en las defensas que ahora nos impedían responder al ataque. Y enfrente teníamos a un enemigo sin piedad, que usaba unas armas letales y nunca vistas.

»El campo de batalla estaba envuelto en un humo negro y denso, que nos ardía en los ojos y nos impedía ver. De él surgían los jinetes mongoles con sus armas, como demonios a caballo. He estado en muchas batallas en mi vida, pero te aseguro que ninguna tan terrible como esa. Fue una auténtica visión infernal.

José ya sabía que fray Gabriel era un hombre de mundo, pero le sorprendió descubrir que en tiempos había sido un soldado, como él, y que había combatido y matado a otros hombres.

—Los mongoles abrieron sus filas —siguió el fraile—. Muchos creyeron que porque estaban flaqueando, pero era sólo una trampa. La misma que utilizan cuando van de cacería. Los que intentaban huir acababan en un círculo de guerreros que se cerraba a su alrededor, y eran masacrados.

La narración de fray Gabriel sonó especialmente lúgubre en el dormitorio vacío. Los camastros desocupados de los monjes transmitían una soledad que encogía el corazón. Continuaban esperando a que sus dueños se acostaran en ellos. Lo hacían en vano, porque el miedo que se había apoderado de la abadía no iba a desvanecerse en esa noche. O nunca. La simple vela que guardaba siempre el sueño de los monjes no sería capaz de ahuyentar sus pesadillas.

Al fraile y a José les envolvía una densa penumbra que la luz de esa vela apenas lograba penetrar. Así se sentían ambos también por dentro: entre tinieblas, cada uno por sus propias razones.

La referencia de fray Gabriel a esas armas de fuego y el humo denso le recordó al soldado lo ocurrido en la herrería, cuando el fraile lanzó a la fragua el saco de aquel polvo negro que casi los mata.

—Esa batalla tiene algo que ver con el polvo negro que vos teníais, ¿no es cierto? —dijo.

—Fue la primera vez que tomé conocimiento de que algo así existiera. El arzobispo Ugrin murió entre mis brazos, con el rostro destrozado por una de esas nuevas armas. Pensé que yo no tardaría en seguirlo, y recuerdo haberme encomendado a Dios.

»Al final del día habían muerto setenta mil hombres de nuestro ejército. No sé cómo pude sobrevivir yo. Aunque me digo a menudo que habría sido mejor morir también... Así ella seguiría aún con vida.

José se dio cuenta de que ahí empezaba realmente la historia que oscureció el

corazón de fray Gabriel. El relato de la batalla sólo había sido su preámbulo, un modo de posponer lo que desde entonces le afligía.

—¿Qué mujer seguiría con vida? ¿A quién os referís?

—A Aysel. —Lo dije con una dulzura infinita—. Ese nombre significa «como la luna», ¿sabes? Y así era ella: hermosa, llena de misterio y tan inalcanzable como la superficie de la luna.

»Trabajaba en las cocinas del palacio del duque de Austria. Allí acabé yo después de la batalla que os he contado. Los mongoles prosiguieron su avance por Hungría y la familia real huyó a esas tierras. Esperaban asilo y ayuda, pero el duque los arrestó y pidió un rescate para liberarlos. Luego fueron acogidos en Trogir, en las costas del Adriático. Debí marcharme con ellos, o volver a Constantinopla, donde había estado antes de ir a Hungría. Pero me quedé.

José no quiso poner al fraile en el compromiso de preguntarle por qué. Son siempre los hechos, y no las palabras, los que afirman o desmienten quiénes somos de verdad y lo que sentimos. Y el soldado imaginó que el hecho de que fray Gabriel decidiera quedarse en Austria tenía que ver con esa tal Aysel.

—La primera vez que la vi, la cocinera estaba reprendiéndola por haber dejado caer una bandeja con comida para mí. Yo salí en su defensa y pude ver la profunda gratitud de sus ojos. Nadie había hecho nada por ella en toda su joven vida.

»La familia real y los que la acompañábamos pasamos varios meses en Austria, a la espera de que sus aliados lograran reunir el oro del rescate exigido por el duque. Durante ese tiempo supo de las terribles armas que los mongoles habían usado en la batalla a orillas del río Sajó.

»Un día, el duque me llamó ante su presencia. Yo me había ganado fama de erudito entre los húngaros, y ellos me apuntaron a mí cuando él preguntó por esas desconocidas armas de fuego. Me pidió que las reprodujera. Me lo exigió, en realidad, aunque lo disfrazara prometiéndome todo tipo de honores.

»Debí negarme... —dijo el fraile con una pesadumbre carente de misericordia consigo mismo—. Pero era demasiado joven y soberbio para rechazar un reto como aquel. No por lo que pudiera ganar con ello, sino porque yo también quería saber cómo funcionaban aquellas diabólicas armas, y el duque me ofreció todo cuanto pudiera necesitar para descubrirlo.

»Dediqué casi un año completo a esa tarea. Mucho más tiempo que el que la familia real húngara pasó en Austria. Busqué incansablemente en la biblioteca del palacio, escudriñando manuscrito tras manuscrito, a menudo en lengua árabe, griega o hebrea, y casi siempre prohibidos. Otros muchos me los trajeron de varios rincones del mundo. Interrogué a prisioneros mongoles, capturados Dios sabe dónde, que condujeron a mi presencia sólo para que yo fuera capaz de sacar algo en claro de ellos sobre sus magníficas armas. Hice prueba tras prueba, siguiendo las indicaciones de oscuros sabios y alquimistas... Lo probé todo.

—¿Y lo conseguisteis? —José se respondió a sí mismo—: Sí, claro que lo

conseguisteis.

—Me encontraba con Aysel siempre que se lo permitían sus quehaceres en la cocina del palacio. Le gustaba pasear por un bosque cercano, con los pies descalzos. Su familia provenía de Constantinopla, donde ella jamás había estado. Pero me describía la puesta del sol en el mar de Mármara como si la hubiera contemplado a diario con sus propios ojos. Estaba tan llena de pasión, tan llena de vida...

Fray Gabriel sonrió al recordarlo. Sólo por un momento.

—Pero murió —supuso José.

—¡No! —saltó el fraile, con rabia—. No. La mataron. Mi arduo trabajo dio sus frutos. Conseguí por fin crear ese maldito polvo negro y puse a prueba su poder. Sólo entonces me di cuenta de lo que había estado haciendo, de que el resultado de mis desvelos iba a usarse para matar y destruir. Pero era tarde.

»Decidí mentir al duque y decirle que no lo había conseguido. No sirvió de nada. Sin yo saberlo, sus espías le habían ido poniendo al tanto de mis progresos. Supo que le mentía y me amenazó con matarme si no le revelaba la fórmula del polvo negro.

»Me torturaron durante un día y una noche eternos. Les rogué muchas veces que me mataran, pero ni ellos lo hicieron ni yo cedí. No dudo de que habrían acabado matándome, pero me salvó la intervención del arzobispo de Maguncia. Estaba de visita en el palacio e, ignoró cómo, llegó a sus oídos lo que estaban haciéndome. Obligó al duque a liberarme. Él lo hizo, pero entonces encarcelaron a Aysel. También sabían cuánto había llegado yo a...

«Amarla», era la palabra que el fraile no llegó a pronunciar.

—¿Y qué hicisteis? Yo les habría dado la fórmula. Antes o después otros la descubrirían.

—No podía cambiar la vida de Aysel por las vidas de los muchos que morirían por culpa de ese polvo negro. Por mi culpa.

—Permitisteis que la mataran...

El soldado comprendió por fin.

—La ataron a un poste en mitad de los mismos jardines por donde pasábamos de camino al bosque. Me obligaron a verla morir lapidada. Ni siquiera tuvieron la piedad de darle una muerte rápida. Yo intenté impedirlo. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero me habían atado también y apenas lograba mantenerme en pie después de la tortura.

—¿Cómo conseguisteis salir de Austria?

—El arzobispo me tomó bajo su protección, y viajé como parte de su séquito hasta Maguncia. Lo único que me llevé conmigo fue el saco de polvo negro que he arrojado hoy al fuego.

José creyó que la historia había terminado ya, pero fray Gabriel añadió una última frase que lo resumía todo:

—Aysel me miró justo antes de que le lanzaran la primera piedra. Me despierto muchas noches viendo esa mirada...

El cuerpo del fraile se tensó. Fue tan repentino e inesperado que consiguió alarmar a José.

—¿Qué os ocurre?

—Sus ojos son iguales.

Fray Gabriel ya no estaba hablando del pasado.

—¿De qué habláis?

—Los ojos del abad son de ese mismo inusual color verde. Justo el mismo, ¿lo entiendes?

El soldado no tenía la menor idea de a qué se refería el fraile.

—¿Adónde vais ahora?

—A averiguar dónde tienen a Miriam. Si tengo razón, esta vez el abad no se negará a decírmelo.

La figura que apareció de pronto por uno de los túneles de la mina no era la de ningún monstruo, aunque sí podría haberse calificado de fantasma. Era un hombre de unos cincuenta años, o poco más, alto y con pelo entrecano bien conservado. Al acercarse a Raquel y al policía, hizo un gesto con ambas manos, levantándolas a los lados del cuerpo para que no se asustaran.

—No es posible... —musitó Raquel al distinguir su rostro.

—Sí, hija, soy yo.

La conmoción que crearon esas palabras fue mayor que el estruendo de la anterior explosión. Aquello era imposible. Un nuevo imposible en la cadena que estaban viviendo desde hacía menos de veinticuatro horas.

—Pero...

Raquel seguía atónita, conmocionada. A su lado, Lorient se mantenía en silencio, aunque receloso. ¿Cómo podía ser que Alejandro Torres estuviera vivo? Puestos a creer en lo impensable, ¿no sería el monstruo, que había tomado su forma?

—No te acerques a él —dijo a Raquel, cubriéndola por delante con un brazo.

—Os aseguro que soy yo. El cadáver que encontró la Guardia Civil era el del viejo Paco. —Al darse cuenta de que ni su hija ni el policía habían oído hablar de ese personaje, continuó—: El viejo Paco vivía apartado del pueblo, en una cueva del bosque. Todos decían que se le había ido la cabeza cuando su mujer murió de unas fiebres, antes de que yo viniera por aquí. Era inofensivo. Se dedicaba a cazar conejos. La gente del pueblo lo ayudaba de vez en cuando.

—Perdone la pregunta, pero ¿cómo es que murió él en lugar de usted? —dijo Lorient, aún no del todo convencido—. ¿Y cómo pudieron los guardias civiles identificar su cadáver como el suyo?

—Supongo que, al encontrar el cuerpo tan cerca de la boca de la mina, los guardias civiles asumieron que era yo. Físicamente nos parecíamos. No sé por qué le llamaban «viejo». No debía de haber cumplido ni siquiera los sesenta. En cualquier caso, el viejo Paco solía venir a visitarme y a veces le daba algo de ropa mía. Nos gustaba charlar. Al fin y al cabo, los dos teníamos algo en común: vivíamos dentro de la tierra y habíamos perdido nuestras familias.

Raquel frunció el ceño y, furiosa, le espetó:

—Tú no la perdiste. Tú la abandonaste. ¡Mamá murió por tu culpa!

Alejandro inclinó la cabeza en signo de aceptación. Su cara reflejaba un gran dolor. Algo que, no obstante, no le había hecho abandonar su obsesiva búsqueda del objeto de la mina. Quizá nunca había tenido otra opción.

—La noche pasada, el viejo Paco vino a avisarme de que iba a haber un temporal de nieve —continuó Alejandro—. Hacía mucho frío y le invité a quedarse. A veces dormía aquí, en un catre que yo le preparaba. Nos bebíamos una botella de vino o unas cervezas. Por la mañana había echado a ese maldito chico que me ayudaba en la

excavación, a Toni.

—Lo conocemos —dijo Lorient.

—Lo pillé con el objeto y le dije que se fuera. Por lo que me contestó, comprendí que sabía cosas que no debía saber. Deduje que había leído mi cuaderno de notas. Y no sólo eso. Por la noche, la criatura se desató. Yo me cuidé muy mucho de tocar el objeto cuando al fin lo hallé, al lado del esqueleto desconocido. Toni sí debió de tocarlo y había despertado a la criatura. ¡Estúpido!

El policía miró a Raquel. Sus sospechas eran ciertas.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó.

—Que la criatura vino a matarme. Pero me confundió con el viejo Paco. Si hacemos caso del relato del código de fray Haroldo, Toni la guiaba de un modo inconsciente. Liberó su furia contra el pobre viejo en lugar de contra mí.

—Pero... —intervino Raquel, más calmada—. Pero yo vi tu rostro en mi sueño. Soñé con esa criatura y cómo te mataba.

—Hija, viste lo que Toni quería ver a través de ese ser. No era yo.

—¿Y por qué soñé yo eso? ¿Qué tiene que ver conmigo?

Alejandro Torres se frotó la barbilla, que lucía una barba de varios días, y enarcó las cejas. Parecía que le costara hablar.

—En las páginas del código había un aviso, por si alguien, en el futuro, hallaba el objeto. Decía que existía una conexión entre la criatura y cierto linaje, muy antiguo, transmitido sólo por vía materna. Ese linaje tenía un signo inequívoco, una marca en la piel: una estrella de color rojo intenso. Comprendí que mi descubrimiento del código, todo lo que hice, no fue casual. Algo guio mis pasos. Por eso te llamé en cuanto pude por teléfono para que no vinieras por aquí. Pero me saltó el buzón de voz. Tu madre tenía esa marca y tú también la tienes, hija.

En efecto, Lorient había visto esa pequeña estrella encarnada en el hombro de Raquel. Aterrada por la revelación, esta salió con una pregunta que desviaba el tema:

—¿Y dónde has estado durante todo este tiempo?

—Cuando el viejo Paco murió, me eché al monte. Me refugié en su cueva, esperando que la criatura no me descubriera. Luego empezó a nevar. He estado allí atrapado hasta ahora. Sólo salí un momento para buscar un cerro alto y telefonearte. Necesitaba regresar a la mina, volver con el único objeto de destruir a la criatura.

—Entonces, ¿puede destruirse? —dijo el inspector.

—No lo sé a ciencia cierta. Pero existe una posibilidad. Quizá remota, pero una posibilidad, al fin y al cabo.

—¿Cuál? —dijo Raquel.

—Llevo los mismos años estudiando a esos monstruos del inconsciente que excavando en esta mina. Y he llegado a una única conclusión: si su fuerza les llega a través de la negatividad de la mente humana, hay que revertir el proceso para que lo positivo los desarme, los consuma. Los destruya, en suma.

—Eso ya lo leímos en tu diario —intervino de nuevo Raquel—. De acuerdo, hay

que hacer eso. Pero ¿cómo?

—Hay un modo. Lo primero es establecer un vínculo nuevo con la Grieta. Quien lo haga no debe dormirse, bajo ninguna circunstancia, y ha de tener la mente ocupada en todo momento por los más bondadosos pensamientos. Sin dejar el más estrecho margen a lo malo, lo dañino, lo negativo.

El inspector Lorient sacudió la cabeza.

—Usted mismo ha dicho que todos llevamos dentro a un monstruo. Que está grabado en nuestro inconsciente.

—Sí —aceptó Alejandro con tono de profesor—, pero también tenemos una mente consciente, capaz de vencer lo que fuimos. El mundo está lleno de maldad y de injusticias, pero también hay santos.

—¿Y cree que lo somos alguno de los tres? —dijo el policía imitando el tono de su interlocutor.

Este se quedó callado unos instantes, reflexionando. Aquel policía estaba en lo cierto, aunque no pensaba en santos, sino en pensamientos dirigidos. En los últimos años había investigado mucho acerca de esa cuestión. No era tan simple o tan ingenuo como para creer que podría dominar al egrégor con buena voluntad. Había ideado un plan, pero la intervención de ese maldito chico le había impedido ponerlo en práctica. De momento.

—¿Sabéis hasta qué punto es poderosa la hipnosis? ¿Y el control mental?

Raquel miró a Lorient y asintió. Alejandro apretó los labios. Sin esperar respuesta, optó por darles una breve explicación de lo que quería decir.

—La hipnosis sume a la mente en un estado capaz de enajenarse del mundo que la rodea y de focalizar algo muy concreto. El control mental se desarrolló como arma durante la Guerra Fría. Permite dirigir la mente y dominar la voluntad del individuo, precisamente mediante hipnosis y también drogas que alteran la conciencia. El sujeto no sabe que su voluntad está anulada. Pero, ante un estímulo externo o una orden posthipnótica, actúa como se le programó. Incluso se crearon asesinos de este modo, o agentes infiltrados en el territorio enemigo, con una vida ficticia que hacen suya hasta que se utiliza esa especie de llave mental y se los «activa».

—No he entendido una palabra —dijo Lorient.

Raquel dio un paso a frente. Esta vez el policía no trató de detenerla.

—Yo he leído algo sobre esas cosas, he visto algún reportaje. ¿Tú sabes utilizarlas?

—Veinte años dan para mucho, hija. Podría decir que no sólo sé utilizarlas sino que soy un experto. Sólo necesito mi ordenador portátil y una inyección de escopolamina.

—¿Esa no es la que llaman «la droga de los violadores»? —dijo Raquel.

—En efecto: la burundanga, el aliento del Diablo... Tiene muchos nombres. También fue el «suero de la verdad» antes de que se introdujera el pentotal sódico. Precisamente es capaz de anular la voluntad de quien se halla bajo sus efectos. Yo me

la inyectaré cuando mi mente esté sumida en el estado hipnótico y focalizada por completo en pensamientos positivos. Llevo años empleando técnicas de autohipnosis. Soy capaz, en estado hipnótico, de recorrer esta mina a oscuras. O de no sentir dolor alguno. Una vez me hice un corte en el brazo que necesitaba sutura. Me autohipnoticé y me cosí como si estuviera remendando un calcetín. Así de poderosa es la hipnosis.

—A mí todo eso me suena a cuentos de viejas. A *show* televisivo —dijo Lorient.

—No importa lo que usted crea. Lo único que importa es que funciona y es real. La verdad no necesita creyentes.

El policía estuvo a punto de añadir «está usted loco», pero no lo hizo por respeto a Raquel. Por culpa de su padre estaba sucediendo todo el horror que habían presenciado y que amenazaba con acabar también con sus vidas, y ahora se presentaba como una especie de salvador, con las ideas demasiado claras. Si Lorient había aprendido algo en sus años de profesión era que los planes nunca salen como se proyectan. Por eso hasta los más elaborados crímenes dejan siempre algún cabo suelto.

—Pero antes hay que encontrar a Toni —dijo Alejandro—. Él es la clave, porque está vinculado con el ser. Tenemos que romper ese enlace antes de poner en marcha mi...

—Toni ha muerto —le cortó Lorient.

—Vimos cómo el ser lo mataba en el pueblo —dijo Raquel, apostillando sus palabras.

Alejandro se quedó un breve instante con la mirada fija en ninguna parte. Luego dio una fuerte palmada y exclamó casi en un grito:

—¡Entonces no hay tiempo que perder! Seguidme. Tengo todo lo necesario oculto en uno de los túneles.

El padre de Raquel los guio por corredores que no habían llegado a explorar. Si muchos eran estrechos y llevaban a lugares recónditos, aquellos ganaban el título por goleada. Después de más de un kilómetro, medio agachados en uno de esos corredores, desembocaron en un ensanchamiento que no merecía el nombre de cueva.

—Ya hemos llegado —anunció Alejandro.

Señaló una especie de cofre metálico en el suelo para que Lorient lo cogiera. A su hija le dio el maletín con su ordenador portátil y él cogió otro maletín más grande. Con todo ya en las manos, dijo:

—Necesito corriente eléctrica. Volvamos a mis aposentos.

Empleó un modo de referirse a la cueva en que vivía que a Lorient le sonó aún más como el delirio de un demente. Se le formó en la cabeza la imagen del capitán Nemo, el personaje de Julio Verne en *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Alejandro Torres le recordaba a él, sumergido en la tierra en vez de en el mar. Sólo le faltaba ponerse una gorra y sentarse a interpretar música de Bach en un órgano de tubos.

De nuevo tocaba otra caminata por aquellos túneles y corredores. Primero retornaron a la gran sala del pozo. Debían recoger el objeto antes de comenzar con su



intento de destruir al ser generado por él. Alejandro no había dicho nada entonces acerca de los destrozos de la explosión. Esta vez, cuando llegaron a la cueva, sí lo hizo.

—Veo que habéis encontrado mi nagolita. Vano intento. De haber llegado un poco antes, no la habríais malgastado.

El comentario molestó a Lorient, que se mordió la lengua porque había cosas más acuciantes que discutir. En lugar de eso dijo:

—Yo me encargo de cogerla.

—Con mucho cuidado —añadió Alejandro, aumentando con su tono el fastidio del policía.

—Desde luego.

—Si lo toca, establecerá un nuevo vínculo y eso sería catastrófico.

Lorient rodeó el ahora ancho agujero del pozo y se quitó el abrigo junto a la Grieta. Al rodearla, todas las piedras y el polvo que la cubrían cayeron como si fueran pedazos de imán repelidos por el mismo polo magnético. El policía cubrió el objeto, comprobó que estaba bien tapado y lo levantó. Al hacerlo, volvió a sentir esa extraña falta de peso unida a su resistencia a moverse. Se movió despacio hasta regresar con Raquel y su padre.

—No la deje caer —dijo este.

Al inspector le dieron ganas de estampárselo en plena cara. Endureció los rasgos de la cara y no hizo nada. Raquel se dio cuenta.

—No hagas caso —dijo—. Los años de soledad le han borrado los modales.

Alejandro no reaccionó de ningún modo al comentario de su hija. Se limitó a darse la vuelta y comenzar a andar hacia los túneles. En unos minutos estaban doblando el último recodo que los separaba de lo que llamó «sus aposentos». Nada más llegar, hizo un gesto a Lorient para que dejara el objeto cerca del sillón y la mesilla en la zona elevada. Él y su hija colocaron los maletines sobre la cama. Sacó el ordenador portátil del maletín y lo conectó con un alargador a una toma de corriente que estaba detrás de una de las estanterías. Lo puso en marcha mientras abría la otra maleta, la más grande. Dentro había varias cajas de aspectos muy diferentes. La primera contenía un estetoscopio y un medidor de presión sanguínea. En otra había varias ampollas y una jeringuilla de vidrio, junto con una gruesa goma. La última que abrió, algo más grande, dejó al descubierto un desfibrilador portátil, que Alejandro también enchufó a la corriente para cargar sus baterías.

—El proceso es este —dijo—: primero entraré en estado hipnótico mediante un programa del ordenador. No es un proceso largo; me llevará unos diez minutos. Luego, hija, me inyectarás una dosis de escopolamina. La dejaré preparada. Cuando el efecto de la droga sea total, me acercaréis el objeto para que pueda tocarlo. No os preocupéis por ninguna de mis reacciones.

—¿Y el desfibrilador? —preguntó Raquel con cierta angustia.

—Es sólo una precaución. Lo tendré conectado desde el principio. Si se me para

el corazón, actívalo. Pero no trates, bajo ninguna circunstancia, de sacarme del estado de hipnosis. No creo que vencer a esa cosa sea fácil. Me he preparado para una dura lucha en el interior de mi subconsciente.

—Espero que esta vez no se le vaya de las manos —intervino el policía con mordacidad.

La reacción en Alejandro Torres no fue la que podía esperarse. Se limitó a asentir y pronunciar un suspirante:

—Sí...

El ordenador terminó de cargar el sistema operativo. Alejandro dedicó una breve mirada a Raquel y accedió al programa de autohipnosis. Se trataba de una aplicación creada por un laboratorio valenciano que la utilizaba con fines terapéuticos: vencer el miedo a volar, abandonar el hábito del tabaquismo, superar traumas, etcétera. No la puso en marcha de inmediato. Antes pidió a su hija que comprobara el nivel de carga del desfibrilador. Su batería estaba casi vacía.

—Tendremos que esperar...

*El pueblo está a tu merced. Vas sembrando el terror a medida que lo recorres, como un ángel exterminador del que nadie puede huir. La desolación y la muerte caminan contigo. Has acabado ya con las vidas de quienes se refugiaban en la cripta de la iglesia. Y sigues matando... Sabes que intentarán acabar contigo. Podrías ir a la mina, donde sabes que se refugian, y aplastarlos como insectos. Pero no, no vas a hacerlo todavía. Tienes mucho que hacer aún en el pueblo y no suponen una auténtica amenaza. Nada puede destruirte.*

*Gozas íntimamente con las voces que gritan en tu interior. Las voces de todos a los que ya has matado. Sus almas están prisioneras dentro de ti, en la absoluta oscuridad, inmóviles y heladas para siempre en la negrura. Su dolor te da fuerza. Y su miedo. Y su desesperación.*

*Pero no tienes tiempo ahora de disfrutar de ese horror que para ti es como la sangre de los mortales. Continúas avanzando por el pueblo. Sigues destruyendo y matando. Sigues devorando nuevas almas que te van haciendo más y más fuerte. Hasta que llegue la hora de acabar con todas las criaturas de ese mundo azul y solitario, al que fuiste enviado con esa única misión por seres que —aunque eso tú nunca lo sabrás, porque dejaste aquel mundo mucho antes— miraron dentro de la Grieta y, sólo demasiado tarde, comprendieron que la Grieta les devolvió la mirada.*

La mente de fray Gabriel bullía con retorcidas reflexiones, que no obstante le resultaban cada vez más dilucidadoras. Había vuelto con José al palacio del abad, para interrogarlo de nuevo, pero ya no se encontraba en él. El látigo con el que se había torturado descansaba en el respaldo de una silla, siniestramente a la espera de que su dueño regresara. Decidieron encaminarse entonces a la iglesia, pensando que el abad debía de haberse unido a sus desesperados hermanos.

—¿Vais a contarme de una vez lo que os proponéis? —dijo José, mientras bajaban por los escalones gastados de piedra.

—No hay tiempo. Y vas a saberlo enseguida.

Oyeron al abad cuando avanzaban por el corredor que conducía a la iglesia. Los monjes estaban ahora de pie, en sus lugares del coro. El abad presidía sus oraciones, de un fervor fanático. Les vio entrar por la nave lateral, pero no interrumpió sus palabras. Al contrario, se volvieron más vehementes y fogosas. Recitaba unos versículos del Apocalipsis de san Juan.

—«Y cuando abrí el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente, que decía: «Ven y mira». Y he aquí que apareció un caballo pálido. Y el jinete sobre él tenía por nombre Muerte, y el Infierno lo seguía».

El fraile salió a la nave central, seguido de cerca por el soldado. Las imágenes de santos y apóstoles los miraban desde los altos muros de piedra, igual de expectantes que los monjes, que también habían notado ya su presencia. El abad cortó con severidad los comentarios que surgieron entre ellos. Nunca más volvería a consentir la mínima falta en su congregación, estuvieran o no condenados.

Aún quedaban restos de sangre bajo la cruz donde el prior había muerto crucificado. Se había infiltrado en las ranuras entre las losas del suelo, donde permanecería como testigo y recordatorio de su horrible martirio. Fray Gabriel se arrodilló al lado y se santiguó respetuosamente frente al sagrario, antes de acercarse al abad. La atención de él y de todos los otros se centró en ellos dos.

—¿Qué queréis? —dijo el abad, más alto de lo que debería en el sagrado templo—. Ya os he dicho que no tenéis nada más que hacer en esta abadía.

El fraile escudriñó sus rasgos con una penetrante atención: el extraño verde de los iris del abad, su frente despejada, la curva de sus cejas y la redondez de sus ojos, su nariz recta y de buenas proporciones, los labios bien dibujados, la línea suave de su mentón. «Podría ser —se dijo fray Gabriel—. Sí, podría ser».

—Debo hablar con vos —le dijo al abad.

Él le dio la espalda y se dispuso a continuar. El fraile se le acercó todavía más para susurrarle al oído:

—Sobre vuestra hija.

Ninguno de los monjes lo oyó, pero todos notaron la perplejidad y la agonía que atenazaron a su abad. Se volvió de nuevo hacia fray Gabriel, aunque esta vez no fue

capaz de abrir la boca.

El fraile había juntado las piezas, hasta ahora sueltas, de un rompecabezas que de pronto había cobrado forma y sentido. Dos pistas fundamentales se las dio el monje que los había guiado hasta el cráter del meteorito, aunque entonces las pasó por alto: las visitas frecuentes del abad a la aldea, casi veinte años antes, cuando aún era prior, y su particular deferencia hacia la madre de Miriam; y el hecho de que se volviera un hombre severo y amargo de la noche a la mañana y no volviera a visitar la aldea. Otras pistas parecían encajar con esas... La inconsciente mención del abad a que «debí matarla en su cuna» y que la culpa de todo era suya; y el remarcable parecido físico entre él y su hija, que fray Gabriel acababa de comprobar.

Todas esas elucubraciones podrían no haber sido más que una quimera, por supuesto. El fraile había hecho una temeraria apuesta que podría haber perdido. Pero la reacción del abad fue confirmación suficiente de sus sospechas, de que era verdad lo que había supuesto: Miriam era su hija.

—Seguidme —logró por fin articular el abad.

Ordenó a los monjes que se recogieran en los dormitorios y que nadie los abandonara bajo ningún concepto. Quería asegurarse de que ninguno de ellos oyera lo que iban a hablar. Fray Gabriel y José lo siguieron hasta lo alto de la torre del campanario. La cruz continuaba allí, más enigmática e inquietante que nunca. Un frío húmedo, que calaba los huesos, entraba por todas partes.

—¿Cómo lo habéis averiguado? —preguntó el abad.

El soldado no le quitaba los ojos de encima.

—No importa cómo lo he averiguado —dijo el fraile—. Lo único importante es que estáis condenando a vuestra propia hija.

—Abraham no vaciló cuando Dios le pidió sacrificar a su hijo Isaac para que probara su fe y su ciega obediencia a sus designios. Tampoco yo he de vacilar. Esta vez no.

Se esforzaba en mantener la compostura, y hasta cierta arrogancia, pero era obvio que una y otra estaban desmoronándose rápidamente. José se revolvió a espaldas de fray Gabriel.

—Sois un cobarde —dijo el soldado—. No os atreváis a culpar a Dios de permitir que maten a una inocente, a vuestra propia hija, para expurgar vuestros pecados.

—Os laváis las manos —le atacó también el fraile— como hizo Pilatos. Peor aún que eso, pues no podéis estar seguro de que Miriam sea la culpable de esas muertes y ya la habéis condenado de antemano.

—Si es inocente, se demostrará en su juicio.

—Sabéis tan bien como yo cuál será el resultado de ese juicio si los hombres del alguacil se la llevan a Ponferrada.

—Eso está en las manos de Dios.

—Os equivocáis. Está en las vuestras, y en las mías. Dejadme hablar con Miriam, os lo suplico. Sólo os pido eso.

La precaria entereza del abad se derrumbó por completo. Su espalda se encorvó como si no lograra ya sostener el peso de su cuerpo. De sus pecados.

—Aquella bruja me hechizó —dijo—. Su madre. Sólo yacimos una vez, pero Dios castigó mi imperdonable pecado con una hija que me lo recordara, a cada instante, hasta el último suspiro de mi vida... Intenté matarla. Era sólo una recién nacida. Engañé a su madre para quedarme a solas con ella y poder matarla.

La terrible revelación sorprendió incluso a José. Sintió tal repugnancia por el abad, que se mantuvo inmóvil donde estaba.

—Fui hasta su cuna —prosiguió el abad—. Dormía tan plácidamente... Como un pequeño ángel. Aunque eso no era más que otro espejismo del Maligno. Cogí un saco para apretarlo contra su rostro y asfixiarla. Pero al agacharme sobre la cuna se despertó y me miró... No pude hacerlo. Fui débil y no pude matarla. Nunca más volví a aquella casa ni a la aldea.

El abad se echó las manos a la cara. Lloró las lágrimas que había contenido durante todos esos años. Eran gruesas y viejas como su culpabilidad, pero fray Gabriel no se apiadó de él.

—Llevadnos a donde está Miriam —le exigió.

No dudaría en amenazarlo con revelar a todos su secreto si le obligaba a hacerlo. Aunque no fue necesario.

—Está bien —se rindió el abad.

La habían encerrado en una cámara subterránea que estaba bajo el claustro. Se accedía a ella mediante una antecámara. El abad los acompañó hasta la gruesa puerta de madera que era su única entrada. Antes de abrirla con una llave les pidió:

—No se lo digáis.

Les dejó entrar y luego cerró otra vez la puerta, aunque esta vez sin llave. Él se quedó fuera, esperándolos. La cámara subterránea estaba completamente a oscuras. La ausencia de ventanas y el techo tan bajo y abovedado recordaban a una cripta. O a una gran tumba de piedra.

Notaron un movimiento furtivo al fondo. El soldado se dirigió hacia allí, con la luz de la antorcha abriéndole paso en la oscuridad.

—¿Miriam? —llamó.

No hubo respuesta. Temieron que el abad los hubiera engañado y que fuera a encerrarles a ellos en esa cámara subterránea. Pero entonces la antorcha les reveló el cuerpo delgado de la joven, encogida en un rincón. Tenía la cabeza girada hacia la pared. La luz la deslumbraba después de haber pasado tanto tiempo a oscuras.

El soldado le entregó la antorcha al fraile y se arrodilló junto a Miriam. Iba vestida con un hábito como el de los monjes, que le iba demasiado grande aunque le hubieran dado el más pequeño que encontraron. Alguna alma caritativa se había apiadado de ella y le cambió sus ropas empapadas. O sencillamente no querían que muriera antes de tiempo a causa de una pulmonía.

Miriam se sacudió con una tos malsana. Estaba pálida como la cal y temblaba de

frío. Le habían tapado la boca para evitar que lanzara algún hechizo o pudiera conjurar otra vez al demonio invisible. Además tenía las manos atadas de forma que los pulgares quedaran presos dentro de los puños cerrados. Otra precaución para alejar los malos espíritus e invocaciones maléficas.

José la desató y le quitó lo que le cubría la boca.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Yo no he sido —fue su respuesta tras inspirar una gran bocanada de aire—. Yo no los he matado.

Se mostró desafiante. Que la hubieran encerrado no había reducido un ápice su aplomo. O quizá precisamente el miedo la llevara a actuar así.

—Lo sé —le aseguró el soldado.

Fray Gabriel no se pronunció a ese respecto. Él no sabía aún qué creer. Lo que dijo, de un modo más áspero de lo que pretendía, fue:

—Mañana al amanecer van a llevarte a Ponferrada para juzgarte por asesinato y brujería. Si eres inocente, es necesario que me lo demuestres. ¿Adónde ibas cuando te encontraron?

—A cualquier lugar. Yo sólo quería huir de la aldea, o acabarían matándome.

Eso era comprensible.

—¿Y qué ocurrió?

—Les oí venir a lo lejos y traté de escapar. Uno de sus perros iba a atacarme, pero algo lo detuvo en el aire y lo partió en dos. Algo invisible.

Su descripción era igual que la del abad. Eso significaba que ninguno mentía, aunque el fraile casi deseó lo contrario.

—Dejaos de preguntas —se quejó José por Miriam—. Saquémosla de aquí y acabemos de una vez con esto.

El buen corazón del soldado le nublaban los sentidos. Su actitud era noble, pero poco sensata.

—¿Sacarla de aquí y convertirla en una proscrita? ¿A ella y también a ti? ¿Es eso lo que quieres? He hecho lo que me pediste para que confiaras en mí —dijo fray Gabriel—. Ahora cumple tu palabra y tu parte.

José prefirió no responder directamente.

—Os advierto de que tenéis sólo hasta el amanecer. Luego ella se irá, queráis o no.

El fraile retomó su interrogatorio:

—Esa bestia invisible de la que hablas mató a tres hombres y a los perros que iban a atacarte. ¿Por qué no te hizo nada a ti?

Miriam había estado preguntándose lo mismo.

—Creo que esto me protegió.

Se acercó a la antorcha que sostenía el fraile para mostrarle el colgante que pendía de su cuello. Era un pedazo de lapislázuli con la forma del rostro de un anciano barbudo.

—¿Qué es? —le preguntó el fraile tras inspeccionarlo.

—Mi madre lo colgó de mi cuna cuando nació. Y lo he llevado siempre puesto desde que recuerdo. Me dijo que era un amuleto muy antiguo y poderoso, que ha pasado de madre a hija en mi familia desde hace más de dos mil años. Representa al dios Bes, protector del Mal, del sueño, los recién nacidos y las mujeres... preñadas.

Confió en que su pequeña vacilación no la hubiera delatado. José y aquel fraile no debían saber que ella esperaba una hija del soldado. La tomarían por loca o acabaría por convencerlos de que era una bruja, ya que ni Miriam misma comprendía cómo podía saberlo tan pronto.

Fray Gabriel se mostró más que escéptico ante la afirmación de ella.

—¿Por qué piensas que ese colgante te protegió?

Miriam les contó la historia del sacerdote egipcio que había fabricado el medallón, su profecía sobre un mal terrible que asolaría la vida en la Tierra, al que estaban predestinados a combatir los descendientes del sacerdote y la mujer ungida por el dios Bes. También les habló de la marca de nacimiento que la distinguía, una estrella roja en el hombro, como la que tenían ella misma, su madre y todas las otras mujeres de su familia que las antecedieron.

La fantástica historia no hizo sino acentuar el escepticismo del fraile. Miriam se dio cuenta. Comprendía sus recelos. Ella misma había dudado siempre de la veracidad de todo aquello, pero algo inaudito había ocurrido junto al río donde la bestia atacó a sus perseguidores...

—Mirad esto.

Apartó a un lado el medallón y se aproximó más a la luz de la antorcha. Fray Gabriel y el soldado se inclinaron sobre Miriam para mirar. Lo que vieron fue una quemadura reciente bajo su cuello, justo debajo de la efigie del dios y justo con su misma silueta.

—Sentí arder mi piel bajo el colgante, aunque sin dolor alguno. —Inspiró aire antes de añadir—: Noté a esa bestia a un palmo de mí. Su aliento a muerte.

»Sus garras me rozaron la cara. Pude verlas por la sangre y los pedazos de carne del perro que las cubría. El colgante empezó a arderme en el pecho. Esa bestia lanzó un aullido espantoso de rabia y se marchó de mi lado para embestir contra los tres hombres y el abad. Él había salido ya huyendo y por eso se salvó. No podía ver a la bestia, pero vi cómo los arrancaba de los caballos y los despedazaba igual que al perro.

»Yo empecé a correr. Al poco sentí que algo se acercaba por mi espalda. Pensé que era otra vez la bestia, pero a quien vi fue al abad, que venía al galope contra mí. No me dio tiempo a esconderme ni a apartarme. Me golpeó con un palo en la cabeza, y ya no recuerdo nada más hasta que recobré los sentidos aquí dentro.

Miriam se llevó una mano a la parte posterior del cráneo, donde el abad la había golpeado. Le dolía y aún se sentía mareada, aunque se daba cuenta de que tenía suerte de que el golpe no la hubiera matado. El abad había tenido arrestos suficientes para

dar la vuelta, por más terror que le inspiraran la bruja y su demonio. No quiso permitir que ella escapara y se propuso capturarla como fuera, viva o muerta.

La cámara subterránea, con su agobiante techo, dio más que nunca la sensación de ser una tumba. El fraile meditó para sus adentros. Le llamó la atención que ese tal dios fuera protector de los sueños. Eso le hizo pensar instantáneamente en fray Alonso y sus premonitorias pesadillas. Y una pregunta le surgió:

—¿Tú también has soñado con las muertes de Olegario y del prior, como fray Alonso?

Miriam ignoraba que el monje hubiera tenido visiones de ellas. Eso la cogió tan por sorpresa que su natural cautela se desvaneció y le hizo responder nada más que la pura verdad.

—No sé si fue un sueño o qué fue. Pero anoche, al poco de salir de la aldea, supe que el prior había muerto. Vi cómo entraba en la iglesia y vi cómo la bestia lo torturaba y lo clavaba luego en la cruz del altar.

Desde las revelaciones de fray Alonso, fray Gabriel no había parado de darle vueltas y más vueltas a cómo sus pesadillas pudieron volverse reales. La única que se le había ocurrido era una en la que no creía, pero había sido ya testigo de tantos hechos inexplicables que no se atrevía a descartarla.

En el tiempo que había pasado en Constantinopla tuvo contacto con toda clase de personas. Muchas de ellas exploradores y comerciantes, o gentes llegadas de Oriente y lugares tan lejanos como unas grandiosas montañas que llamaban el Himalaya. Supo así de la antigua creencia budista de los *tulpa*. Un simple mito, había pensado hasta ahora.

Los tulpa eran pensamientos o sueños que, de algún modo místico, adquirirían una forma física y tangible. Supuestamente podían crearlos monjes budistas o iniciados, o ser causados por una emoción de una intensidad inusitada, como el terror profundo o un fervor desatado.

¿Y si aquel ser, aquella bestia, fuera una especie de tulpa? Podrían haberlo creado tanto Miriam como fray Alonso. Ella poseía unas dotes de percepción fuera de lo común. Fray Alonso, por su lado, era un monje profundamente devoto y fervoroso. Y ambos habían vivido situaciones extremas.

Si el fraile tuviera que elegir a uno de ellos, escogería a fray Alonso. Porque las muertes de Olegario y del prior, y la presencia de la cruz en el campanario, se correspondían más con alguien pío y gran conocedor de las Escrituras que con Miriam, que era judía.

Pero aunque hubiera algo de cierto en todas esas locas elucubraciones, seguían existiendo piezas que no encajaban: la muerte de los aldeanos, en la que no habían intervenido los sueños del monje enfermo; y la existencia de ese objeto negro que se había despeñado del cielo. A fray Gabriel le parecía imposible que no tuviera relación con lo ocurrido, pero se le escapaba cuál podría ser. Hasta que Miriam habló de nuevo...



—Estuve en el interior de ese ser. Creo que estoy... ligada a él de alguna forma, que quizá él sea ese mal que vio el sacerdote egipcio, mi antepasado, en sus visiones. No tiene alma ni piedad ni remordimientos. Sólo un odio y un hambre de dolor que no pueden ser humanos. Quise morir al sentirlos yo también. Me mancharon por dentro, me arrancaban las entrañas... Y vi lo que el ser guarda dentro del objeto negro. Es suyo, ahora lo sé.

Fray Gabriel exhaló aire por algo que se acercaba mucho al miedo. En un sentido racional, no conseguía terminar de creerse lo que Miriam contaba ni sus hipótesis sobre la conexión entre ella, su familia y ese ser. Pero por otro lado sentía de un modo íntimo que todo era cierto. Si así fuera, entonces aquella bestia no pertenecía siquiera a este mundo, y fray Alonso y sus pesadillas habían sido una especie de puerta que usó para entrar en el nuestro. Para hacerse más fuerte.

—¿Qué hay dentro del cubo negro? —preguntó el fraile con esfuerzo.

El soldado ni se movía.

—Sufrimiento... almas atormentadas.

El abad los esperaba en la antecámara cuando fray Gabriel y José salieron del claustro subterráneo. Iba a replicar al ver que Miriam los acompañaba, pero no se atrevió a hacerlo. La madera de la puerta le impidió escuchar lo que habían hablado, aunque supo al verlos que se trataba de algo funesto. Eso ahondó su sensación de que se avecinaba una tragedia aún mayor de la que ya habían sufrido.

Entraron otra vez en la iglesia, todos juntos y callados. Del lado opuesto surgió el monje enfermero, que echó a correr hacia ellos nada más reconocerlos. Estaba desencajado.

—¡Fray Alonso! —fue lo único que consiguió proferir.

El indicador de carga del desfibrilador estaba al ochenta por ciento. Sentado en la incongruente cama con dosel de su cueva, Alejandro Torres musitó un «suficiente» y miró alternativamente a su hija y al inspector. Iba a hacerlo. Iba a poner en marcha su plan. Era su única opción y su única esperanza.

Primero se ató en el brazo desnudo, por encima del codo, la goma que había en la caja de la escopolamina. Tomó una de las ampollas y la observó unos segundos. Luego retiró el protector de aluminio que la cubría, le dio la vuelta y cogió la jeringuilla. Introdujo la aguja en la ampolla y succionó la mitad del líquido incoloro. Al sacarla, dio unos golpes en la jeringuilla, para eliminar las burbujas de aire, y apretó levemente el émbolo para expulsarlas. Un fino y pequeño chorro de la droga salió también de la punta de la aguja.

—Si la dosis fuera excesiva, me provocaría un paro cardíaco —dijo Alejandro sin ninguna emoción mientras le entregaba la jeringuilla a Raquel—. Estoy listo. ¿Sabes poner una inyección intravenosa?

—Lo he visto hacer. Pero no, no sé.

Alejandro extendió el brazo. Una vena azulada recorría su piel, más gruesa por efecto del torniquete. La señaló con la mano libre.

—Esta es la vena donde hay que ponerla. Tienes que pinchar la aguja inclinada, como cuando te hacen un análisis de sangre. Saca un poco para comprobar que está en la vena y luego inyéctame la droga despacio. ¿Lo has entendido?

—Sí, pero...

El inspector, que se había mantenido en todo momento apartado, se acercó a la cama. Su gesto era más serio que nunca.

—Yo sí sé poner una intravenosa. Hice un curso de atención sanitaria de urgencia. Yo se la pondré.

Alejandro lo miró sin ninguna expresividad antes de asentir. Que lo hiciera el policía era lo mejor.

—Debe esperar a que finalice el proceso de inducción hipnótica.

—¿Cómo sabré cuándo ha terminado?

—El programa del ordenador comienza con un pulso de luz rápido que se va ralentizando. Al final, la luz queda como un pulso lento y constante. Cuando se apague, inyéctame la escopolamina. Debe hacerlo sin perder tiempo. Es esencial que me haga efecto en las primeras fases de la hipnosis.

—¿Y si se te para el corazón? —preguntó Raquel, con la vista puesta en el desfibrilador.

—Es semiautomático. Me conectaré los electrodos enseguida, antes de empezar. El propio aparato mide las constantes vitales y el ritmo cardíaco. Si sufriera un paro, no tienes más que apretar el botón verde. Y, si recuerdas alguna oración, rezar para que se ponga de nuevo en marcha.

Al decir esto último, Alejandro esbozó un atisbo de sonrisa con la que pretendía rebajar la tensión. No lo logró. Raquel estaba bastante nerviosa.

—No te preocupes por mí, hija —añadió—. No me pasará nada. Y no hay otro modo de actuar, lo cual es un buen acicate.

—Lo sé —dijo ella.

En el mismo momento de pronunciar esas palabras, se sorprendió de haberlo hecho. Ignoraba cómo o por qué, pero eran ciertas. Salían de algún lugar recóndito de su mente. Sabía que esa era la única forma de actuar: enfrentarse al monstruo en su propio terreno. Como en el mito que el inspector le contó sobre el Minotauro, recorrer el laberinto hasta llegar a su guarida, el lugar donde la bestia se creía más segura, y destruirla en ella.

—Tengo que insistir en algo que es crucial —dijo Alejandro, sin darse cuenta, en apariencia, del extraño sentido de la afirmación de su hija—. Pase lo que pase, diga lo que diga durante el proceso, no tratéis de sacarme del trance. La escopolamina libera el pensamiento de cualquier resistencia o atadura. Insisto: pase lo que pase. —Tras una última mirada hacia Raquel y el policía, sentenció—: ¡Es el momento!

Se desabotonó la camisa y se tumbó en la cama. Pidió a Lorient que encendiera la estufa de parafina y la acercara. El frío excesivo podía interferir negativamente en su trance hipnótico. Mientras el inspector hacía lo que le había pedido, Alejandro se colocó en el pecho los electrodos del desfibrilador.

—Ya está.

Luego pidió a Raquel que le llevara una mesilla similar a las que se emplean para comer en los hospitales. Puso el ordenador portátil sobre ella y activó el programa de autohipnosis.

—Manteneos en silencio —pidió con la vista fija ya en la pantalla.

El ordenador comenzó a emitir una serie de sonidos rítmicos, como latidos de un corazón acelerado. Un destello iluminaba alternativamente el rostro de Alejandro. Sus ojos parecían los de una pintura, inmóviles y fijos en el centro de esa luz. Por debajo de los «latidos», muy suavemente, empezó a oírse música. Una sinfonía alegre y hermosa, cuyas notas crecientes parecían elevar el espíritu. La luz, poco a poco, iba ralentizándose con el ritmo de los latidos. Como había dicho Alejandro, después de unos minutos se apagó. La pantalla quedó en negro y la música fue sustituida por un ruido constante, monótono, como el zumbido de un enjambre de abejas. Alejandro cerró los ojos.

Había llegado el momento de inyectarle la escopolamina. Raquel colocó la goma en el brazo de su padre. Alejandro parecía completamente ausente, sumido en lo más hondo de su inconsciente gracias a la hipnosis. Ni siquiera se movió cuando el inspector clavó la aguja en su brazo, que agarró con firmeza. Vacío el contenido de la jeringuilla en su torrente sanguíneo, luego la retiró y aplicó sobre el pinchazo un pequeño algodón con alcohol.

—Esperemos que funcione... —susurró el policía a Raquel, que parecía tan

hipnotizada como su padre, aunque con los ojos abiertos.

Alejandro navegaba ya en el mar interior de esa parte de la mente a la que sólo se accede en el sueño o mediante la alteración de la conciencia. Su hipnosis era muy profunda, como la que se emplea en las regresiones, cuando se pretende explorar el pasado más remoto o incluso vidas anteriores. No todos los investigadores compartían esa última creencia, que significaba asumir una de dos opciones perturbadoras: o bien existía la reencarnación, la transmigración del espíritu de un cuerpo a otro; o bien la memoria celular era real. Muchos sí sospechaban, al menos, que esto último respondía a un hecho físico. El ser humano comparte tres cuartas partes de su genoma con el de ciertos gusanos platelmintos, que han sido objeto de una prueba de resultados sorprendentes: una vez que estos han aprendido a moverse en un laberinto, se los mata y se dan como alimento a otros que no lo han recorrido nunca. Y automáticamente lo conocen a través de las células de sus congéneres.

Los pensamientos de Alejandro fluían libres, sin el control de la consciencia. Primero sintió que se sumía en una negrura absoluta, quebrada únicamente más tarde por una especie de aros luminosos que parecían la estructura, los nervios, de un tubo sin fin. Notó que avanzaba por él cada vez más rápido, hasta encontrarse de repente en un espacio completamente blanco, de una blancura resplandeciente. Algo se movía en esa blancura sin forma; se agitaba, más bien. Alejandro percibió una sutil brisa en su rostro justo antes de volver a la negrura.

Pero esta vez no era completa. Una luz tenue provenía de lo alto. El espacio estaba enrarecido, casi vibrante, como cuando la calima enturbia el aire y distorsiona los rayos del sol en verano. Pero allí no hacía calor, sino un intenso frío al que acompañaba una sensación de peligro. Un sabor acre inundó la boca de Alejandro cuando comprendió lo que estaba viendo: Lesmes, las luces del pueblo, desamparadas bajo el mal desbocado que se cernía sobre quienes las habían encendido para calmar su miedo a la oscuridad.

Entonces lo vio. Su forma era tenue, casi transparente, grisácea pero brillante a la vez. Era como una antigua quimera, un ser compuesto por las partes más terribles de otros muchos seres, reales e imaginarios; la suma de los terrores que inundan la mente humana. Una forma cambiante, indefinible y aterradora.

De pronto, Alejandro veía en el cielo otra luz, acompañada del ruido de un motor. También más luces moviéndose hacia el pueblo. En pocos segundos, su mente viajó a la plaza de Lesmes. Había varios vehículos militares a los que los soldados hacían subir a los vecinos del pueblo.

Seguramente los guardias civiles, antes de morir, habían avisado de lo que estaba sucediendo en el pueblo. Y así era. El cabo pudo grabar con su móvil un vídeo en el que el invisible monstruo destruía varias casas y el hogar del jubilado. Era un horror al que nadie se había enfrentado nunca, y eso hizo que la filmación se enviara de inmediato al Ejército. Pero eso era un error. Alejandro lo había comprendido desde el primer momento. Aquella bestia se nutría de la vida y de la energía de los seres

humanos. Llevar hasta allí a más víctimas, e incluso atacarla con armas, sólo podía aumentar su fuerza.

Se oyó un estruendo cerca de la plaza. Un grupo de soldados se volvió hacia el lugar y tomó posiciones. Los muros de una casa se derrumbaron como si fueran de cartón piedra. El militar al mando ordenó abrir fuego. Alejandro quiso gritar para detenerlos, pero no podían oírle. No estaba físicamente allí. El monstruo devoró la energía cinética de los proyectiles y continuó hacia el centro de la plaza. Los demás soldados se apresuraron en su labor de evacuar a los vecinos. Pero no les dio tiempo. El monstruo fue directo hacia ellos y aplastó cada uno de los vehículos con la fuerza de una prensa hidráulica.

Los gritos de dolor de los moribundos llenaron el aire. Los soldados ya no disparaban. Ahora huían despavoridos por las calles aledañas. La bestia les dejó escapar. Había allí algo más importante. Ella sí podía ver a Alejandro. Se quedó unos instantes quieta, saboreando el placer de estar a punto de matar a su único enemigo real. Era ya lo bastante fuerte como para mostrarse arrogante. Nadie podría detenerla. Ni siquiera el hombre que, sin desearlo, la había liberado.

Alejandro forzó la mente para llenarla de imágenes positivas: el día en que, de niño, su padre le regaló un flamante triciclo rojo; un día de lluvia en el que se quedó junto al fuego con su abuela; su primer beso de amor...

El monstruo se lanzó contra él y trató de destrozarle con sus garras. El golpe lanzó a Alejandro a varios metros, pero no le hizo daño. Se levantó y se mantuvo firme ante el nuevo embate del ser. Esta vez, su pecho recibió un golpe descomunal que le hizo quedar sumergido en la capa de nieve del suelo. Todo el peso del monstruo estaba sobre él. No podía moverse. Las imágenes protectoras desaparecieron de su imaginación. Pero, al contrario de lo que había supuesto, una vitalidad gigantesca le hizo empujar al monstruo y obligarle a retroceder. Sobre su cabeza vio una luz muy potente, más blanca de lo que era capaz de recordar. Esa misma luz le atraía y le confería la sensación de paz más absoluta que había experimentado en toda su vida. Ya no tuvo miedo. Avanzó hacia la criatura y creyó ser capaz de derrotarla. De derrotarla por completo.

En ese momento, sintió que podía ver dentro de ella. Su cuerpo estaba formado por centenares de pequeñas sombras que gritaban de desesperación y de miedo. Estaban en una especie de panal, aprisionadas sin poder moverse. Aquello era la visión del Infierno, frío y oscuro.

Alejandro deseó liberarlas. La luz sobre él se hizo más intensa. Sabía que tenía que romper su prisión y dejar que ascendieran hacia ella. Pero en ese preciso instante le hizo detenerse un agudo dolor en el pecho y una corriente eléctrica que lo recorría por dentro. La luz se apagó y perdió lo que fuera que le daba esa potencia sin límites. Alargó las manos, en un vano intento de aferrarse a aquello que no tenía consistencia física. Un último intento de abrazarse a esas sombras dolientes. La angustia reemplazó, como un torrente, a la sensación de paz.

—¡Papá, papá!

Los gritos de Raquel le hicieron salir del trance. Abrió los ojos como si nunca antes los hubiera abierto, con una pesadez infinita. Su hija y el inspector Lorient estaban inclinados sobre él, con gesto temeroso. Al ver que regresaba a la vida, Raquel comenzó a llorar. Lorient agarró el brazo de Alejandro y le preguntó si estaba bien.

Hacía varios minutos que su corazón se había detenido. Tuvieron que emplear tres veces el desfibrilador. Si no hubiera respondido a la última, ya no habría habido opción para más. La batería estaba agotada.

—¡NOOO! —gritó Alejandro, arrancándose los electrodos del pecho.

La frustración lo invadió. Le habían impedido derrotar al monstruo. Podía hacerlo. Era muy fuerte, pero aún habría podido. Ahora quizá ya no existiera otra oportunidad.

—¿Por qué me habéis sacado del trance?! —bufó desde la cama. El dolor en su pecho persistía y se hacía cada vez más patente.

Raquel lo miró sin entender. Fue Lorient quien contestó:

—Tuvo un paro cardíaco. No hicimos otra cosa que lo que nos había pedido que hiciéramos.

—Sí, sí... —aceptó Alejandro—. Pero estaba a punto de vencer a esa cosa... Su fuerza es nuestra fuerza. Nuestras almas... He visto militares en el pueblo. No era una fantasía. Los he visto... Intentan destruirle con sus armas. No, no... ¡No!

El policía le puso las manos en los hombros y lo miró directamente a la cara. Era imposible entenderle de un modo coherente.

—¿A qué se refiere?

—No saben lo que hacen. El ser se hará más fuerte. Hay que detenerlos. Yo tengo que volver cuanto antes a enfrentarme a él. Si no, será tarde. ¡Id vosotros al pueblo, hablad con los militares!

—¿Y tú? —intervino Raquel, saliendo de su aparente estupor.

—No importa lo que me pase a mí, hija. He comprendido... Estaba a punto de morir cuando algo hizo que consiguiera la fuerza necesaria para derrotarlo. Tengo que volver.

—¡Morirás! —gritó su hija.

—Sí. ¿No lo comprendes? Tiene sentido. Ahora lo sé...

—¿Qué es lo que sabe? —preguntó Lorient.

—¿Nunca habéis oído hablar de las ECM? Muchas personas han estado clínicamente muertas y, al volver a la vida, han contado su experiencia: un túnel de luz, paz, felicidad... ¿No lo entendéis? Paz y felicidad absolutas. Yo he visto ese túnel de luz y he sentido eso. Es la única manera de derrotar al monstruo.

—No voy a permitir que mueras. Ahora no.

La voz de Raquel fue seca. Hacía veinticuatro horas que creía haber perdido a su padre, que ya estaba perdido para ella hacía años. Pero había vuelto a encontrarle y

no iba a permitir que desapareciera de nuevo.

—Hija, mírame a los ojos. Te lo prometo: es la única manera.

—Pero...

—Es la única manera.

La voz de Alejandro fue ahora extremadamente dulce. Raquel sabía que lo que decía era verdad. Al fin aceptó con la cabeza. El llanto recorría sus mejillas.

—Vamos —dijo Loriente, rodeándola con el brazo.

—Papá...

—Hazme caso, hija. Ve con el inspector. Detened a los militares y tened mucho cuidado. Yo haré el resto. Adiós, hija. No he sido un padre para ti. Pero te quiero, eso no lo olvides.

Los monjes se hacinaban en el corredor que llevaba a la enfermería, como ovejas aterradas a punto de pasar por el cuchillo del matarife. Un grito de alarma surgió de los que estaban más cerca de la entrada, y se transmitió a los demás en una ola de pavor. Fray Gabriel y los otros se abrieron paso a codazos para llegar junto a fray Alonso. Nadie se había atrevido a entrar hasta que lo hizo el fraile.

—¡No lo hagas! —le gritó al monje enfermo.

Fray Alonso había logrado salir de su camastro y arrastrarse por el suelo hasta la ventana, ayudándose sólo de los brazos, pues sus piernas seguían paralizadas. El grito de alarma de los monjes lo había causado verle erguirse sobre otro camastro y abrir la ventana de par en par.

Iba a lanzarse por ella al vacío.

—¿Por qué no me lo dijisteis? —le preguntó a fray Gabriel.

Lo hizo con más dolor que auténtico reproche. El fraile no lo entendió. Su cabeza estaba ocupada en decidir si avanzar hacia él o no. Fray Alonso tenía ya medio cuerpo fuera del alféizar. Un movimiento en falso de fray Gabriel, y el monje se tiraría antes de que pudiera impedirlo.

—¿Qué es lo que no te dije?

Fray Gabriel decidió por fin no moverse del sitio y tratar de convencer al monje con palabras. O al menos distraerle lo bastante para que le diera tiempo a atravesar la enfermería y agarrarle.

—Vos también me ocultasteis que no eran sólo pesadillas... Sus muertes... Oh, santo Dios, ¿qué he hecho?

—Tú no has sido.

El fraile pensaba que hasta cierto punto sí, pero la vida del monje bien valía una mentira. Sus manos raquílicas se aferraban al marco de la ventana con la poca fuerza que aún había en su cuerpo, inundado de dolores. A fray Gabriel le recordó uno de esos grabados de santos que captaban el instante final de su martirio. El viento nocturno sacudía las ropas del monje y a él mismo, una frágil hoja a su merced, a punto de desprenderse y caer al suelo. Jadeaba al hablar como si cada palabra le costase un año de vida. Y ya no le quedaba tiempo con el que pagar.

—Os lo ruego —pidió fray Alonso—, no sigáis engañándome... como lo han hecho todos hasta hoy. Yo maté a Olegario y al prior. ¿Y sabéis qué es un pecado aún mayor que ese?... Que disfruté haciéndolo. Eso os lo oculté yo... a vos. En mis pesadillas, sentí un gozo inimaginable... viéndoles sufrir y morir. Que Dios me perdone.

El monje agotó sus últimas energías para izar sus piernas.

—Ahora debo pagar... por mis pecados.

Cerró los ojos y se dejó caer. La suerte estaba echada.

Fray Gabriel corrió hacia él. Tropezó con la pata de una cama. Se mantuvo en pie



y siguió, dando tumbos. Alargó una mano hacia el monje. Llegó a rozar sus hábitos con la punta de los dedos. Y luego nada. Aire.

—¡No!

El grito del fraile empezó en la enfermería y acabó en la fría noche. Aún extendió los brazos hacia el monje que caía, ya muy lejos de su alcance. Rodó en el aire. Una mancha oscura que se doblaba sobre sí misma. Fray Alonso no gritó. Ni siquiera al estrellarse contra el peñasco al pie de las murallas. Sólo un ruido sordo anunció su muerte.

Otros monjes entraron en la sala, incluido el monje enfermero, que rompió en un lloro histérico. Él le había hablado a fray Alonso de las muertes, desoyendo la orden dada a todos por el prior, justo después del asesinato de Olegario. La intención del enfermero era buena. Sólo quería que también el monje moribundo supiera la desgracia que había caído sobre la abadía y que preparara su alma ante ella. El camino hacia el Infierno está plagado de buenas intenciones. Las suyas habían condenado al averno al pobre fray Alonso.

Fray Gabriel no prestó atención a esos lamentos. Seguía asomado a la ventana, absorto en una procesión de luces que ascendía por el camino. Alguien más pío e ingenuo que él podría haberlas tomado por el alma torturada de fray Alonso, o por demonios que acudían a hacerse con ella. Sin embargo, el fraile las interpretó como lo que de verdad eran: una horda de furiosos aldeanos portando antorchas.

Buscaban a Miriam.

Los aldeanos estaban ya cerca de las puertas de la abadía. Interceptarían a cualquiera que intentara salir por ellas. Pero, gracias a la joven, el fraile conocía otra salida, a través de la cripta y la antigua mina romana. Dejó la enfermería y le dio las malas noticias al abad, que aún estaba intentando asimilar la del suicidio de uno de los suyos.

—Los aldeanos vienen hacia aquí. —Creyó que no hacía falta dar más explicaciones—. Comprobad que siguen cerradas las puertas de la abadía. No tardarán en llegar. Luego encerraos en los dormitorios y atrancad también todas las puertas que llevan hasta ellos. Creo que estaréis más seguros dentro de las murallas que si tratáis de huir. Pero si logran entrar, sabed que hay otra salida, a través de la cripta...

—¡Conozco esa salida! —le cortó el abad, asombrado de que fray Gabriel supiese de ella.

«Por supuesto que la conoce», pensó el fraile. Era lógico. El secreto de su existencia debía de pasar de unos superiores de la abadía a los siguientes. Seguramente la madre de Miriam la hubiera descubierto por una indiscreción del abad, cuando en el pasado se encontraban en secreto.

—Y sabed que no pretendo abandonar mi propia abadía bajo ningún concepto —afirmó el abad—. No osarán irrumpir en un lugar sagrado.

—Lo harán.

La piedad sucumbe casi siempre ante el miedo y la sed de venganza.

José ya se temía algo así después de que los hubieran perseguido en la aldea con tanta saña. Por eso quiso dejar la abadía lo antes posible. Miriam casi había aceptado ya que nunca saldría viva de aquellas tierras.

—Yo mismo les hablaré —dijo el abad, refiriéndose a los aldeanos—. Los convenceré de la impiedad que están cometiendo.

—No lo intentéis, por vuestro bien y el de vuestros hermanos —trató de disuadirle el fraile—. Esta noche, no.

El abad no iba a seguir su consejo, pero eso ya no estaba en sus manos.

—¿Adónde vais? —preguntó el abad.

La intención de fray Gabriel no era huir y abandonar a los monjes a su suerte, sino hacer algo que los salvara a todos; también incluso a los aldeanos que clamaban por una muerte en la madrugada. Pero aún no sabía el qué.

—Miriam viene con nosotros.

El fraile no iba a admitir discusiones sobre eso. La agarró del brazo y los tres se marcharon por el corredor.

—¿Adónde vamos? —preguntó también el soldado.

El fraile tampoco respondió esta vez. Demasiado que pensar, demasiados cabos sueltos que resolver... Trataba de destilar todo lo que habían averiguado hasta ahora sobre ese ente maligno y descubrir un modo de destruirlo, si es que era posible. Pero había tantas incógnitas y meras suposiciones sobre qué podría ser...

Se detuvo en mitad del patio, todavía indeciso. Del otro lado de las murallas llegaban ya los gritos exaltados de los aldeanos. José se acercó a la entrada y abrió la mirilla que había en la puerta. Casi no tuvo tiempo de asomarse a través de ella antes de cerrarla de golpe. Algo impactó en la madera justo después; una hoz que le habían lanzado los aldeanos.

—Debemos irnos —dijo.

Las piernas de Miriam le imploraban lo mismo. Que huyera por la cripta y se alejara lo máximo posible de la abadía. Ya. Pero un instinto profundo insistía en que se mantuviera junto a fray Gabriel y el soldado.

Se oyeron nuevos porrazos contra la puerta, y gritos rabiosos que exigían:

—¡Dadnos a la bruja!

El fraile tenía que decidirse...

—El cubo negro —dijo en alto—. ¡A la hospedería!

Allí es donde lo había dejado. Una extraña luz ambarina los iluminó de pronto desde arriba.

—¡Cuidado! —gritó Miriam.

La antorcha cayó justo donde José estaba un momento antes. Fue la primera de otras que se precipitaron a su alrededor, una lluvia de fuego llegada del otro lado de las murallas.

Al oír la voz de Miriam, la rabia de los aldeanos se había inflamado todavía más.

Sus golpes y alaridos adquirieron una fiereza maniaca.

Entraron los tres corriendo en la hospedería. El soldado fue el primero en llegar a la celda de fray Gabriel, al final del pasillo. Se asomó a los barrotes de su ventana y vio a la turba de aldeanos. Estaban afilando a hachazos un tronco caído. Sabía para qué iban a usarlo.

—¡Maldita sea!

¿Por qué perdían tiempo yendo a recoger aquel maldito cubo negro? Estaba sobre una mesa, al descubierto. Fue a agarrarlo, pero el fraile entró en ese momento y lanzó un agudo:

—¡Quieto! No lo toques.

Sus furiosas cavilaciones le habían hecho sacar nuevas conclusiones... Fray Alonso fue el primero en tocar el objeto. Quizá eso hizo que aquel ser maligno pudiera entrar en él y sus sueños, lograr adueñarse en parte de su voluntad, como en una posesión demoniaca. Ahora que el monje estaba muerto, ese lazo se había roto. Si nadie más volvía a tocar el cubo, la bestia no tendría modo de adueñarse de otra voluntad y acabaría desvaneciéndose. Esa era la esperanza de fray Gabriel. Que Dios se apiadara de ellos si estaba equivocado. Sabía ya que no era posible destruir el cubo, pero sí hacerlo desaparecer para que nadie más volviera a entrar en contacto con él.

El fraile lo metió de nuevo en su saco, tratando por todos los medios de no rozarlo siquiera. Ignoraba si la arpillera de que estaba hecho sería barrera suficiente para evitar su embrujo. Tendrían que arriesgarse. Se arriesgaría él. No iba a permitir que los otros lo hicieran.

Se oyó un golpe enorme cuando volvieron al patio. La puerta de la abadía se sacudió sobre sus goznes, pero aguantó el primer impacto del ariete improvisado por los aldeanos. No aguantaría eternamente.

Las antorchas que les habían lanzado antes seguían ardiendo en el suelo. Miriam vio en ellas la pira en que se imaginaba abrasándose. Corrió tras los pasos de los otros dos. El corazón le daba vuelcos con cada nuevo impacto del ariete.

El interior de la iglesia era un caos aterrado de monjes corriendo de un lado a otro. Sin rumbo, sin saber hacia dónde huir y enjaulados allí dentro por la voluntad del abad. Habían desoído el consejo de fray Gabriel de resguardarse en los dormitorios.

—¡No temáis, hermanos! —clamó el abad.

José lo zarandeo, frustrado y rabioso por su ceguera.

—¡Van a echar la puerta abajo! Huid ahora por la cripta, o ya será tarde. ¡Seguidnos!

Lo dijo tan alto como pudo, para que los horrorizados monjes también lo oyeran. Muchos se dispusieron a ir con ellos, pero el abad se lo impidió.

—¡Que nadie abandone la iglesia! No osarán poner los pies en la casa de Dios y mancillarla.

Miriam no esperó más tiempo. Se lanzó hacia la cripta y desapareció por la escalera que descendía por ella. El soldado fue detrás. No iba morir él para salvar a quien no deseaba salvarse. El último en irse fue el fraile, que antes dijo:

—Huid, por el amor de Dios.

De fuera les llegó un olor a humo. Los aldeanos habían incendiado las puertas de la abadía.

Raquel caminaba en completo silencio. A pocos metros de la salida de la mina se detuvo de pronto. Miró hacia atrás, como si estuviera pensando en volver con su padre. No lo intentó siquiera. Lorient prefirió no decir nada. Si ella se quedaba, él cumpliría el encargo de ir en busca de los militares. Aunque creía saber por qué Alejandro Torres había insistido tanto en que su hija saliera con él de la mina. El monstruo seguramente iría allí para acabar con el hombre que lo atacaba desde su inconsciente. Para acabar con el sustento físico de su mente, con su cuerpo.

Seguía sin nevar, aunque el cielo estaba más oscuro que nunca. El todoterreno continuaba empotrado en la boca de la mina. Tenía un buen golpe en el morro y en un lateral, y el parabrisas estaba hecho añicos. Era mejor tratar de sacarlo de allí que ir caminando otra vez hasta el pueblo. El frío había endurecido la nieve, pero seguiría siendo muy costoso avanzar. El tiempo era su bien más escaso.

Lorient abrió el capó del vehículo, medio encajado por el impacto, y oprimió el botón que reconectaba la batería a los sistemas eléctricos, interrumpida por la colisión. A una indicación suya, Raquel ocupó el puesto del conductor.

—Gira la llave, a ver si arranca.

El motor del Toyota emitió un saludable gruñido y se puso en marcha al instante. Uno de los faros y el radiador estaban rotos. Una mancha de vivo color verde atestiguaba esto último. La baja temperatura, al menos, les echaría una mano. Bastaba con que el motor no reventara en el trayecto hasta el pueblo.

El inspector cerró el capó de un golpe y fue hacia Raquel.

—Déjame —le pidió, indicándole que se pusiera en el asiento del acompañante.

Cuando estuvo al volante, el policía conectó el todoterreno y engranó la marcha atrás. Con suavidad, oprimió el acelerador a medida que hacía juego con el embrague. El vehículo se movió un poco, pero enseguida perdió tracción y volvió a su posición inicial. Lorient volvió a intentarlo varias veces, con idéntico resultado.

—¡Maldita sea!

—¿No puedes sacarlo? —dijo Raquel con cara de temor.

—Aún no me ha vencido...

Lorient descendió del vehículo y fue a la parte delantera. Luego a la parte de atrás, donde abrió el portón y volvió a cerrarlo después de rebuscar un rato y soltar un juramento.

—No tiene cabestrante —dijo a Raquel desde la puerta.

—¿Qué?

—No tiene cable ni polea para tirar de él. Aunque...

Raquel tuvo la sensación de que no estaba hablando con ella. Lo vio alejarse unos metros del vehículo y coger unas gruesas maderas del suelo. Volvió tirando de ellas y las colocó bajo las ruedas. También le oyó dar unos golpes para encajarlas. Se sintió mal por no estar ayudándolo, como si fuera una tierna damisela y él un hombre rudo

de tiempos pretéritos.

Cuando el policía regresó al interior del todoterreno, su rostro exhibía una especie de mueca frenética.

—¡Vamos!

Esta vez pisó el acelerador sin miramientos. Los neumáticos ganaron tracción en las tablas y consiguió que se moviera más que en las ocasiones anteriores. Hubo un momento en que patinaron y fue como si la gravedad hubiera dejado de existir. Raquel también gritó. Ambos lo hicieron al unísono.

—¡VAMOS!

Como si fuera un animal, el coche respondió al impulso de las voces. Las maderas se quebraron, pero sirvieron para que esa pizca de agarre hiciera al todoterreno escapar de la trampa. Salió de la boca de la mina con un salto y quedó atravesado en la carretera.

—¡Sí! —gritó Lorient.

Raquel lo secundó con el mismo tono de triunfo.

—¡Lo has conseguido!

Sin más demora, el policía enfiló el camino y avanzó con una velocidad inusitada. Las maniobras anteriores le habían dado una sensación de control que se unía a la urgencia de llegar al pueblo. La capa helada se quebraba bajo las enormes ruedas y miles de cristales les salpicaban a través del parabrisas roto. Sólo un faro lucía completamente, pero los antiniebla aún funcionaban. Raquel se quedó en silencio mientras el inspector recorría la distancia que los separaba de Lesmes. Por alguna razón incomprensible para ella, se sentía anestesiada emocionalmente. Como si aquello no fuera del todo real. Su padre iba a morir y ellos estaban lanzándose a las fauces del monstruo con una pretensión quizá inútil.

—¡Joder!

Sólo la exclamación de Lorient y el ruido de una rama que arañó el todoterreno en un quiebro la sacaron de sus pensamientos. Fue entonces cuando vio algo por delante, lejano pero en la misma carretera.

—¿Qué es eso? ¿Luces? —dijo.

El policía aminoró la marcha levemente. Sus ojos estaban fijos en un lugar oscuro, por debajo del horizonte, en el que varios puntos iluminaban el entorno.

—Sí, parecen...

No acabó la frase. A medida que avanzaba iba distinguiendo varias linternas que se agitaban, con sus haces cambiando de orientación rápidamente. Era un grupo de personas huyendo por la carretera.

—Tienen que ser...

Una vez más, Lorient dejó las últimas palabras colgando. Pero sus pensamientos tenían razón. Aquel grupo de personas con linternas estaba formado por militares. Al llegar a unos metros de ellos, detuvo el vehículo. El que marchaba en cabeza, un cabo, se veía muy agitado. Se puso al lado de la ventanilla, que el policía estaba

abriendo, y gritó enloquecido:

—¡Tienen que salir de aquí! ¡Den media vuelta ahora mismo!

—Soy policía —contestó Lorient con tono vehemente—. Venimos a avisarles.

El militar se quedó quieto un momento y con expresión de incredulidad, como un muñeco de nieve vestido de verde.

—¿Es que no saben lo que está pasando en el pueblo?

El soldado estaba aturdido. Los acontecimientos lo sobrepasaban. Tras él, el resto de sus compañeros se mantenían como una hilera de almas en pena, esperando qué hacer.

—Por eso venimos. Cállese y escuche —le instó Lorient—. Sabemos que ahí abajo hay un ser que está matando y destruyendo. No hay tiempo para explicaciones, pero debe avisar a sus mandos para que detengan el ataque contra él. No pueden vencerle. Se alimenta de la vida y de cualquier clase de energía. Si siguen atacándolo, sólo lo harán más fuerte.

—Pero... Eso no es posible. Hay que abatirlo...

—¿Usted lo ha visto con sus propios ojos?

—Yo... Sí... No. Era como un...

—Créame o se arrepentirá. Nos arrepentiremos todos. Hay que detener el ataque. ¿Dónde están sus superiores?

Por fortuna, el cabo pareció tener un atisbo de cordura y comprendió al fin.

—El puesto avanzado está a unos kilómetros en dirección suroeste. Pero no sé si...

—Monte en el coche y guíenos. Y que sus hombres sigan subiendo hacia el monte. Que no se detengan. Encontrarán una antigua mina, pero ese es el último lugar en el que deben refugiarse.

El cabo obedeció sin rechistar. Transmitió las órdenes de Lorient a sus hombres y montó en la parte trasera del todoterreno. En cuanto lo hizo, el policía pisó el acelerador y se alejó en dirección al pueblo. Atrás quedaron los rostros pálidos y atemorizados de los soldados.

—¿Qué diablos es esa... cosa? —dijo al poco el militar, colocándose en el hueco entre los asientos delanteros.

—Usted lo ha dicho —contestó el inspector—: el Diablo.

Siguieron las indicaciones del cabo. No llegaron hasta Lesmes. En el enlace que comunicaba la vieja mina con el pueblo, tomaron el sentido contrario. Todo parecía tranquilo a su espalda; como si el ser hubiera dado una tregua, igual que el cielo. O como si esperara, acechante y confiado, el ataque de los militares.

Un poco más adelante, a unos cuantos kilómetros, el cabo pidió a Lorient que saliera de la carretera. La capa blanca que la cubría estaba completamente helada. Con ruedas normales no habrían conseguido avanzar ni un palmo. Los surcos del todoterreno derivaron hacia un lateral. Un nuevo camino, parecido al de la mina, los condujo hasta una elevación despejada de árboles. Las luces del puesto militar

coronaban la zona. Antes de llegar al grupo de vehículos y tiendas, un control les dio el alto.

—Este paso está cortado. ¿Adónde se dirigen? —les interrogó un soldado con cara de malas pulgas.

—Soy policía. El inspector Óscar Lorient. Necesito ver a quien esté al mando.

En ese momento, el cabo abrió la ventanilla trasera y se dirigió también al soldado.

—Queremos ver al coronel Rodríguez Pozas. Soy el cabo Juan Pablo Ferrer Castro, del grupo especial de operaciones. Ellos vienen conmigo. Tenemos información importante sobre lo que está sucediendo en el pueblo.

El soldado escrutó sus documentos antes de decirles:

—Esperen un momento.

Se separó unos pasos del abollado vehículo y usó su *walkie*. Desde la cabina, el inspector, el cabo y Raquel no podían oírle. La conversación duró apenas un minuto. El soldado regresó con la misma expresión impasible en su cara.

—Pueden pasar. Estacionen el coche ahí —dijo señalando una zona con más vehículos—. Los recogerá un soldado que los conducirá ante el coronel.

A Lorient le exasperó la actitud del soldado, pero seguramente era sobre todo por la urgencia de llegar ante el jefe del puesto avanzado. Hizo lo que le indicó sin abrir la boca. Sólo cuando el cabo apagó el motor del todoterreno y descendió del mismo, se dirigió a Raquel, que se había mantenido todo el rato en silencio.

—Esto no va a salir bien —dijo, y se arrepintió al instante de sus palabras. No porque no las pensara, sino porque de nada servía comunicar sus sentimientos, en ese punto, a Raquel.

—Tenemos que dar tiempo a mi padre —contestó ella.

—Sí. Es verdad. Tenemos que conseguirlo.



José y Miriam habían entrado ya en la cripta cuando fray Gabriel se les unió. Estaban apartando la losa que cubría el sepulcro del santo. La levantaron sin esfuerzo y luego la pusieron a un lado, apoyada en el muro. El fraile sabía que la tumba era falsa, un mero disfraz que ocultaba la entrada secreta, pero no pudo evitar considerar algo sacrílego el acto de abrirla y dejar su interior al descubierto. Los tres ya habían ofendido a Dios de más de una manera desde que todo aquello empezara, y también antes.

Ella fue la primera en introducirse por el hueco del sepulcro. Ninguna persona gruesa cabría por él. Quizá eso mismo tuvieran en mente los monjes que construyeron el acceso secreto. Nadie que hubiera cedido al pecado de la gula podría escapar por allí de lo que quiera que amenazase a la abadía.

El soldado fue el siguiente en entrar, después de darle a Miriam cierto tiempo, pero no mucho. La caótica algarabía de la iglesia crecía en intensidad a cada momento. Empezaron a oírse repentinos gritos de pánico, seguidos de órdenes que gritaba el abad. Fray Gabriel hizo amago de regresar a la iglesia, con el alma en vilo por sus hermanos. Lo habría hecho si José no hubiera surgido del sepulcro para espetarle:

—¿A qué diablos esperáis?!

El fraile se lanzó tras él sin pararse a darle más vueltas. Avanzó por el estrecho túnel que unía la falsa tumba con la mina, siguiendo los pies del soldado. Miriam los esperaba en el otro extremo, ansiosa por salir cuanto antes al exterior. Se puso a la cabeza tan pronto vio aparecer el cuerpo del fraile. Sólo ella conocía el camino y sus peligros. Había tenido la precaución de llevar una antorcha consigo. Ella no la necesitaba, pues conocía de memoria cada palmo del interior de la mina, pero fray Gabriel y el soldado no serían capaces de moverse a oscuras por sus túneles. Y menos aún de hacerlo de prisa.

Atravesaron varias encrucijadas y llegaron a una zona donde incluso Miriam avanzó con precaución.

—Tened cuidado ahora —avisó—. Hay un pozo ahí delante.

Inclinó la antorcha hacia él. Logró iluminar sólo una pequeña parte. El resto era una boca abierta y negra, ávida de devorarlos y llevarlos hasta las profundas entrañas de la tierra.

Hacía mucho que Miriam no veía el interior de la mina a la luz de una antorcha. Los maderos que la apuntalaban tenían un aire aún más precario de lo que pensaba. Había muchos medio partidos o a punto de partirse, o inclinados y doblados por la presión del terreno. Juraría que habían cedido en varios sitios nuevos desde el día anterior, cuando se ocultó allí. Se acumulaban montones de tierra fresca en varios lugares, casi taponando los túneles en más de un recodo. La mina estaba condenada y no tardaría en derrumbarse por completo.

El ariete golpeó las puertas de la abadía. Los aldeanos las habían incendiado, y por fin su recia madera cedió con un crujido atroz. Golpearon la brecha sin descanso, repetidamente, para agrandarla. Los cerrojos saltaron de su sitio y las puertas se abrieron de par en par ante la horda sedienta de sangre de la bruja.

El abad les vio entrar. Estaba plantado en mitad del patio, frente al acceso por el que se desparramaron los invasores. Se había levantado una tormenta furibunda y el viento agitaba sus hábitos. Extendió los brazos para cerrarles el paso, justo cuando un relámpago iluminó la abadía y le dio al abad el aspecto de un ángel vengador.

—¡Deteneos! —gritó.

Un estruendo llegado del cielo dio un peso extra a su demanda. Por primera vez, los aldeanos vacilaron. Su furia ciega contra la bruja los había arrastrado hasta allí, en la madrugada, pero la presencia imponente del abad les hizo darse cuenta finalmente de lo que estaban haciendo. Al enfrentarse a él, les asaltó la idea temible de que iban a pagar con sus almas por haber mancillado terreno sagrado. Miraron con inquietud las nubes negras que se arremolinaban en el cielo. Vieron en ellas la furia del mismísimo Dios, a punto de destruirlos.

—¡Cómo os atrevéis! —habló de nuevo el abad—. ¡Volved por donde habéis venido!

De pronto empezó a llover torrencialmente. El agua que caía a chorros del cielo apagó las llamas de las puertas. Se extinguieron con un siseo, casi al instante. Otra señal divina, otro signo de que estarían condenados si no obedecían de inmediato al abad. Varios aldeanos empezaron a retroceder y a abandonar el recinto de la abadía. El abad se llenó de orgullo y soberbia. Él tenía razón, no aquel fraile entrometido enviado por el obispo. Sólo él conocía a su rebaño y sabía mejor que nadie cómo manejarlo.

Sin embargo, uno de los hombres de la aldea permanecía en el sitio. La lluvia le aplastaba los cabellos sobre su cráneo, cubriéndole parte de la cara. El abad lo reconoció. Era el molinero, ya de edad bastante avanzada, y el aldeano que más cerca vivía de Miriam.

—Hemos venido a por la bruja y no nos marcharemos sin ella.

El abad se colocó justo enfrente de él. Los truenos bramaban entonces al mismo tiempo que los relámpagos hendían la noche.

—Tu alma arderá en el Infierno por toda la eternidad si no te marchas ahora mismo.

El molinero no abandonó su actitud desafiante.

—Mi alma y la vuestra... —El abad no tuvo tiempo de prepararse para lo que siguió diciendo—: Yo os vi entrando en casa de la madre de la bruja, aquella noche. No lo he olvidado aunque hayan pasado tantos años.

—Maldito...

Su estrangulado susurro se ahogó en sí mismo. El molinero habló bien alto para recordarles a todos la verdad que los había decidido a lanzarse contra la abadía.

—¡Sois el padre de la bruja! ¡Por eso la protegéis!

Alguien chilló al otro lado de las murallas; uno de los aldeanos que habían salido. Un tropel de hombres enloquecidos por el pánico irrumpió de nuevo en el patio. El castigo divino les había llegado, tal y como temían.

Una fuerza descomunal lanzó un cuerpo por encima de las murallas. Cayó a los pies del abad y del molinero. Tenía los miembros arrancados y las entrañas al aire.

Algo agarró por detrás a otro aldeano que intentaba franquear las puertas. Desapareció del umbral con un aullido desgarrador. Un chorro de sangre sustituyó el vacío dejado por su cuerpo en el umbral.

El abad corrió hacia la iglesia, el corazón saliéndosele por la boca. No miró atrás. Temía por su vida. Por su alma. Pensó que se convertiría en estatua de sal si se daba la vuelta. Tal era el horror obscuro que se había desatado a su espalda. Los gritos se sucedían. Cada vez más aterradores, cada vez más cerca de él. Ni la lluvia conseguía eclipsar el hedor a sangre y vísceras.

Atravesó el umbral del templo y cerró las grandes puertas.

—¡Atrancadlas! —aulló con un pavor casi inhumano.

Los monjes no reaccionaban. Sólo lo hicieron al ver a su abad lanzarse a empujar un banco con que bloquear la puerta. Los monjes lo imitaron, sin saber todavía el auténtico porqué. Pensaban que era por causa de los aldeanos, para evitar que entraran tras destruir el acceso a la abadía. Mejor para ellos, porque algo indeciblemente peor estaba al otro lado de la caótica barricada que levantaron. No iba a servir de nada...

—¡A la cripta!

El abad los salvaría. A todos. Huirían por el pasadizo secreto y Dios le perdonaría al fin el pecado que lo atormentaba y había conducido a la misma Muerte al corazón de su abadía.

Una embestida terrorífica sacudió las puertas de la iglesia.

—¡CORRED! —El abad gritó con tanta fuerza que sintió que su garganta se desgarraba.

Hubo otra embestida. Fue tan brutal que arrancó de cuajo la cerradura. Algo empujó la puerta contra la precaria barricada y la entreabrió. No vieron a nadie, pero aquella fuerza invisible avanzaba de forma inexorable, apartando los obstáculos y haciendo caer con estrépito los bancos y todo lo demás que habían puesto en la barricada.

Los monjes se agolparon en la estrecha escalera que descendía a la cripta, taponándola con su carne y su miedo. El pánico les hizo olvidarse de la piedad que habían cultivado durante todas sus vidas. Se empujaban, se arañaban, incluso se mordían, tratando de bajar, de alejarse de lo que se acercaba. No eran los aldeanos. Sólo entonces lo comprendieron con horror.

Un novicio trató de huir hacia los dormitorios y fue arrollado por la corriente de monjes que escapaba de la bestia invisible. Su avance hacia el altar, hacia el grueso de los monjes, sólo lo marcaban las huellas húmedas que iba dejando en el suelo. La bestia no se apresuraba. Parecía querer prolongar el horror y el sufrimiento que causaba.

El novicio logró levantarse. Confuso y aterrado, siguió a ciegas su huida, no en dirección a los dormitorios sino hacia la bestia. Su carrera se interrumpió en seco cuando su cuerpo salió despedido hacia atrás, como si se hubiera topado contra un muro transparente puesto en mitad de la nave. El cuerpo del joven monje se alzó en el aire, con las piernas hacia arriba, como por arte de una magia negra y poderosa. Los gritos y los desesperados empujones de los otros monjes cesaron. Por un instante sólo se oyeron los aullidos del novicio, colgado boca abajo.

Su cuerpo se estrelló contra uno de los altos pilares de la iglesia. La piedra quedó grabada con la sangre y los sesos del cráneo reventado del novicio. Al caer al suelo derribó un candelabro. Las velas prendieron unas bandas de tela que colgaban de un muro y cayeron, en llamas, sobre unos bancos cercanos. Su madera vieja y reseca ardió como una tea. En un instante, el fuego se extendió a los bancos adyacentes, y a todo lo que las llamas podían devorar.

El interior de la iglesia empezó a llenarse de humo. Las llamas eran cada vez más altas. Lamían ya la madera del coro. Si alcanzaban las vigas, todo el techo, la iglesia entera, se vendría abajo. «Mi iglesia», pensó el abad. Corrió hacia la zona en llamas sin pensar en lo que hacía. Buscó desesperadamente algo con que tratar de apagarlas, aunque ya sobrepasaban su altura y se propagaban con una insidiosa rapidez.

La bestia proseguía también su inexorable avance. Lentamente, saboreando el terror de los monjes. Del fondo de la cripta surgieron quejidos de dolor, que se sumaron a los de pánico. Los monjes se apretujaban aún más tratando de huir por la ya colapsada escalera que descendía hasta la cripta. Casi ninguno intentó escapar por otro sitio. El horror que los acosaba los había vuelto seres irracionales. En sus mentes, aquella era la única salida posible.

Varios estaban atrapados contra la verja que protegía la entrada a la cripta, incapaces de moverse y aplastados contra ella por la presión de los que empujaban desde atrás sin ninguna misericordia. Un monje anciano, ya muerto, se sostenía en pie sólo porque no había espacio suficiente para que su cadáver se desplomara en el suelo. Dentro de la cripta había también una lucha encarnizada de hermanos contra hermanos. Todos querían ser los primeros en entrar por el estrecho pasadizo.

El abad seguía enloquecido, ajeno a lo que le envolvía. «Mi iglesia, mi iglesia», se repetía incesantemente. Usó contra las llamas el manto de la estatua de una virgen. No había nada más alrededor que pudiera utilizar. El manto ardió como la paja seca, alimentando las insaciables llamas y quemándole las manos. El fuego había subido por el coro y ahora se cebaba en las vigas que sostenían el techo.

«Mi iglesia».

La bestia llegó a la entrada de la cripta. Los gritos de muerte de los monjes sacaron por fin al abad de su trance.

—Cielo santo...

A uno le fue arrancada la cabeza de cuajo. Su sangre hizo visibles las garras de la bestia. Surgió a borbotones de la yugular, en un chorro que bañó a los de al lado.

Intentaron huir de la trampa en que se habían metido ellos mismos, pero era ya demasiado tarde. La bestia bajó hacia la cripta, abriéndose paso a zarpazos entre los monjes, mutilando sus cuerpos.

Hubo un crujido. El abad lo oyó, aunque no se apartó cuando una viga ardiente se desprendió del techo.

—El Infierno... —susurró, mientras la veía caer.

Ya no dijo nada más. La viga golpeó en el suelo y luego en él. Sintió que se partían huesos de su cuerpo, y cayó envuelto en las mismas llamas que estaban destruyendo su iglesia.

La sangre se escurría por los escalones de la cripta. Una pila informe de cadáveres se amontonaba en ellos, cercenados por la bestia y torcidos en ángulos crueles. Otros tuvieron mejor suerte y habían muerto antes aplastados. Abajo se debatían con desesperación los pocos que quedaban aún con vida. Ya no tenían fuerzas ni para gritar. Sólo luchaban entre sí encarnizadamente por escapar a una muerte segura e indecible.

Alejandro Torres estaba a punto de inyectarse una dosis mortal de escopolamina. El programa hipnótico daba ya igual. Sabía lo que tenía que hacer para enfrentarse al monstruo: morir. Y no tenía miedo. Como le sucedía también a su hija, por alguna razón estaba sosegado. Era como si enfrentarse a aquel ser terrible fuera menos angustioso que la búsqueda que lo había llevado a liberarle; o que el simple hecho de luchar y vivir en este mundo de dolor y desengaños.

Entregar su aliento era algo tan nimio que no sentía la menor ansiedad. Se sentó por última vez en su sillón orejero. Cuántas veces había disfrutado allí de la soledad de su investigación, de su anhelo, cada vez más cerca de quedar saciado. Pensó en su hija, en la mujer tan magnífica en que se había convertido aquella niña que abandonó para buscar algo que no debería haber hallado. Nunca estuvo del todo separado de ella, pero tampoco compartió nada de lo que realmente importa compartir: una tarde perfecta, un pequeño logro, un primer amor juvenil... Estar, sencillamente, a su lado.

No se arrepentía de nada de lo que había hecho, al menos en un sentido estricto. Era consciente de que cada decisión de su vida, incluso la más equivocada, había sido inevitable. No sólo porque una fuerza superior lo guiara o controlara —ahora sabía que en algunos momentos cruciales fue así—, sino porque el destino es como un golpe en una mesa de billar: una vez que la bola sale impulsada por el taco, todo lo que ha de ocurrir sólo puede ocurrir de una manera.

Eso le hizo pensar en el amuleto que había sido de su esposa y ahora pendía del esbelto cuello de su hija. La cabeza de ese dios antiguo, casi olvidado. Él no creía en dioses ni cosas semejantes, pero era consciente de que fuerzas poderosas se agitaban por doquier. Incluso las que caminan con pies de paloma y rara vez se dejan sentir de un modo definido. Actúan con un poder ilimitado pero con infinita sutileza. Nos mueven, nos llevan por derroteros prefijados como corrientes marinas o buenos vientos a popa. Sin embargo, creemos ser libres y mantener siempre nuestra voluntad intacta. Voluntad, qué palabra tan vacía, tan hueca...

—¡Ahora es mi turno!

La potente voz de Alejandro Torres resonó en la cueva. En aquel preciso instante, poco le importaba que existiera o no la libertad de acción; sólo le importaba lo que iba a hacer. Lo que tenía que hacer. Y si una fuerza superior lo empujaba a ello o no, daba igual. Dedicó una última mirada al retrato de su esposa, que estaba ahora apoyado en el suelo frente a él, y se levantó del sillón para regresar a la cama. A un lado le esperaban la jeringuilla y una ampolla de escopolamina. Las cogió y se tumbó. Miró al oscuro dosel por un instante. Apretó los labios y dejó la mente en blanco. Casi como un autómata programado, cargó la jeringuilla con la droga y se la inyectó en el brazo.

Antes de desvanecerse, notó un calor intenso en las venas. Tuvo un pensamiento para Raquel. Su último pensamiento consciente.

El coronel Francisco Rodríguez Pozas estaba de pie, con uniforme de campaña, en una tienda equipada con toda clase de equipos electrónicos. Se volvió cuando el soldado que precedía a los recién llegados se cuadró ante él y los anunció. Todo su cuerpo parecía modelado por un fabricante de juguetes bélicos. Debía de tener cerca de sesenta años, pero su cuerpo era como el de un joven de treinta adicto al gimnasio. Sus ojos eran duros y vivos, bajo unas pobladas cejas canosas y un pelo cortado al uno.

—Sean breves —dijo escuetamente y en tono seco.

«¿Por dónde empezar?», se dijo Lorient. El cabo esperaba expectante. Antes de que el policía ordenara sus ideas para no quedar como un loco, Raquel se dirigió al coronel con un aplomo inesperado:

—Usted ha visto lo que está pasando. ¿Puede dar una explicación? Sin rodeos.

El militar la miró muy serio durante un par de segundos.

—Sin rodeos, no. No puedo.

—Entonces, ¿se dará cuenta de que una explicación en apariencia irracional podría tener sentido?

Esta vez el coronel se mantuvo en silencio. Raquel confiaba en que no tuviera una piedra por cerebro, o que el entrenamiento militar no lo hubiera embotado.

—Mi padre ha sido el responsable indirecto de que esa fuerza se haya liberado. Su origen es extraterrestre. —Hizo una pausa para dejar que esa revelación calara en el coronel—. Sus armas no pueden nada contra ella. Al contrario, la harán más poderosa.

—¿Y qué sugiere? —dijo el coronel sin inmutarse.

—Mi padre sabe cómo vencerla. Sólo necesita tiempo. Que no hagan nada, y mucho menos atacarla.

Los ojos del militar se hicieron más duros. Era imposible saber lo que pasaba por su cabeza.

—¿Es usted consciente, señorita, lo son todos ustedes, de que está muriendo gente ahí abajo? He perdido a la mitad de mis hombres.

—Precisamente por eso —intervino Lorient—. ¿No se da cuenta de que no hay nada que hacer contra esa cosa? Al menos con armas convencionales.

—Hace una media hora que todo está en calma. Acaba de regresar un grupo de reconocimiento. Quizá ya hayamos acabado con esa «cosa», como usted la ha llamado.

—Se equivoca, coronel.

Las palabras de Lorient hirieron en su orgullo al militar.

—De todos modos, si intenta salir del perímetro marcado, lanzaré contra ella un ataque definitivo.

—¿Es que está usted sordo?! —gritó Raquel, ahora alterada—. ¡No puede

vencerla y sólo la hará más fuerte!

—Eso está por ver, señorita.

El tono con el que pronunció «señorita» le hizo perder por completo los nervios a Raquel.

—¡Estos que están aquí no se atreverán a decírselo, pero es usted un auténtico gilipollas!

El cabo Ferrer, que estaba a su lado, intentó agarrarla cuando se lanzó hacia el coronel. Lorient se interpuso entre ella y el militar, que dio un paso atrás muy poco marcial.

—¡Que metan a estos dos donde no puedan molestar más! —ordenó el coronel a gritos a los soldados que estaban junto a la puerta de la tienda—. Y usted, cabo, salga de mi vista y preséntese ante su inmediato superior antes de que lo arreste para todo lo que le queda de vida.

—¡Se equivoca, coronel! —dijo Lorient cuando estaba siendo agarrado por uno de los soldados, al que pronto ayudaron otros.

Raquel siguió insultando al coronel y pataleando mientras se la llevaban. Tanto a ella como a Lorient los condujeron hasta un furgón blindado. Los soldados los cachearon, quitaron la pistola reglamentaria al policía y les obligaron a subir al furgón a empujones. Al cerrarles los portones en las narices, quedaron en la penumbra. La escasa iluminación entraba desde unas mirillas en la parte superior. Raquel se lanzó contra las puertas y empezó a golpearlas con furia.

—¡Malditos bastardos!

A su espalda, el policía intentó reprimirla. Era inútil tratar de salir de uno de esos vehículos dotados de un grueso blindaje y cierre de seguridad.

—Vamos, calma. Con eso no vas a conseguir nada y acabarás haciéndote daño.

—¿Es que no piensas hacer nada?

—Sí, claro que sí. Pero justamente necesito eso: pensar.

—Esta mierda de camión es una fortaleza.

—Por eso es mejor que te calmes.

El tono de Lorient era sereno pero imperioso. Raquel dejó de golpear las puertas y se quedó en silencio, cabizbaja. Sólo podía pensar en su padre y en la inutilidad de su sacrificio si aquellos cabezas huecas lanzaban otro ataque contra el ser. Era obvio que por eso la criatura había concedido aquella tregua. Se mantenía al acecho en el pueblo, como una hormiga león esperando en el nido a su incauta presa.

—La parte delantera también está sellada. —El inspector hablaba para sí.

—¿Y si simulo que me da un ataque? —dijo Raquel.

—¿Eh?... No, no creo que eso sirva de nada. Aunque abrieran la puerta, no tengo mi arma. Esta gente está en alerta. Si intentamos hacer algo, no dudes de que dispararían contra nosotros.

El gesto desconsolado de Raquel hizo que el policía agregara algo que no pensaba decir, porque no lo creía de verdad.



—Algo se me ocurrirá.

Lo cierto era que las opciones brillaban por su ausencia. Aquel furgón militar era como una celda de máxima seguridad. No había forma de salir, con la única excepción de lo que no podía ocurrir: que las puertas se abrieran sin más.

Y, de hecho, no ocurrió sin más, pero ocurrió.

—¡Vamos, salgan de prisa!

El sonido del cierre exterior precedió a la voz del cabo Ferrer. Era la última persona que cualquiera de los dos presos esperaba ver al otro lado de las puertas abiertas.

—¡Vamos! —insistió con urgencia. Su voz era tan angustiosa como el sonido de un motor ahogado que se niega a arrancar.

Loriente ayudó a Raquel a bajar del vehículo y luego saltó él mismo al exterior. El cabo salió poco menos que corriendo, agachado entre las sombras y sin mirar atrás. Sólo se detuvo al alcanzar un grupo de tiendas que dejaba una especie de exiguo pasillo entre ellas. Les hizo un gesto para que no hicieran ruido.

—¿Por qué nos ha ayudado? —le preguntó Raquel en un susurro.

El joven militar la miró como si no entendiera la pregunta.

—Ustedes han visto lo mismo que yo —respondió—. Muchos compañeros míos han muerto ahí abajo. Yo no sé qué coño es eso que los ha matado. Ustedes saben qué hacer, ¿no? Eso es lo que me dijeron. No me importa que me formen un consejo de guerra si es cierto.

Las últimas palabras sonaron temblorosas, a punto de quebrarse bajo el peso del miedo y de la duda.

—Sí, sabemos lo que no hay que hacer —dijo Loriente, poniéndole una mano en el hombro—. No hay tiempo que perder. ¿Qué ataque se está preparando? ¿Cómo podemos detenerlo?

Antes de que el cabo respondiera, el sonido de unas voces muy cerca les hizo callarse y agacharse para quedar mejor envueltos en las sombras. Eran unos soldados que salían de una de las tiendas. Pasaron junto a ellos sin verlos.

—Lo que el coronel quiere es atacar con una bomba termobárica.

Las caras de Loriente y de Raquel le hicieron comprender que no sabían de qué clase de ingenio les hablaba.

—Las bombas termobáricas son, después de las nucleares, las más potentes que existen. ¿Recuerdan aquella película de un virus que se mete en un mono y al final llega a Estados Unidos? Pues es una de esas bombas.

—¡No joda! —exclamó el policía al recordar la película a la que se refería. La imagen de todo un pueblo africano arrasado por esa bomba se le había quedado grabada en la memoria.

—¿Y puede lanzar una bomba tan potente así como así? —preguntó Raquel, sobrecogida.

—Se necesita una autorización especial de la Junta de jefes de Estado Mayor. El

coronel debe de tenerla ya, a la vista de los acontecimientos. Si no, es que los mandos son gilipollas.

—No subestime la estupidez de la gente que manda —dijo Lorient, y añadió—: Lo que importa ahora es impedir que esa bomba se lance sobre el pueblo.

El cabo se frotó la barbilla y miró hacia lo alto.

—Primero la evacuación debe ser completa. Tanto de los habitantes del lugar como de nuestras tropas. La termobárica es grande y pesada, y se lanza desde un avión, generalmente un Hércules. Arrasa todo en un círculo de un kilómetro.

—Entonces... —empezó a decir Lorient a la vez que pensaba—, si se da la orden y es un avión el que se encarga de arrojarla, no hay nada que hacer desde aquí.

—Desde aquí se tiene el control de la misión, siempre que la orden especial haya sido dada. El coronel puede posponerla o abortarla.

—¡De acuerdo! Pues consígame un arma. Si se la pongo en la cabeza a ese maldito coronel, no creo que se atreva a seguir adelante.

El cabo negó con la cabeza.

—Negativo. Si intenta eso, lo más seguro es que le den un tiro a usted. Además, si piensa amenazar al coronel, más vale que sea en serio. Pero si lo mata, la misión no se abortará. Conozco a ese cabrón desde hace tiempo y sé de lo que hablo. Es un hueso y tiene los cojones de acero. —Mirando a Raquel, añadió—: Disculpe.

—No se preocupe por mí. Sé decir tacos igual que usted.

El inspector seguía con su idea de amenazar al coronel.

—No veo otra opción. O vamos directos a por el coronel, o no hay nada que hacer.

—Podríamos hacer eso, pero...

—¿Pero?

—Hagámoslo a mi modo. Usted es policía, pero yo soy militar y sé algo de táctica. No voy a quedarme en simple cabo toda la vida.

—¿Qué pretende? —dijo Raquel.

—Espérenme aquí y se lo contaré a mi vuelta. No hagan ruido. Si les descubren, todo se acabó.

Miriam fue la primera en salir de la mina después de escapar de la abadía, a través de la cripta. El aire del exterior no estaba menos enrarecido. Y en el cielo se anunciaba una tormenta furiosa e inminente.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó.

—Al lago —dijo el fraile.

Señaló una gran extensión de agua que se prolongaba desde el borde de la aldea hasta las montañas próximas, alimentada por los torrentes que se abrían paso en las abruptas laderas. La cercana tormenta se aproximaba desde las cumbres a su espalda. Sus nubes negras se derramaban por encima de los peñascos y la abadía, igual que dedos oscuros que quisieran arrancarlos y llevárselos consigo al tétrico lugar donde se originaban. Los nubarrones se iluminaban brevemente con los destellos de los relámpagos gestados dentro de ellos. A cada uno le seguía un estruendo atronador, que amenazaba con partir el cielo en dos.

La superficie calma del lago no inspiraba tranquilidad. En ella combatían los reflejos de la luna y los relámpagos, en una lucha titánica y desigual. Entre los truenos seguían oyéndose alaridos que rasgaban también la noche, provenientes de la abadía. Una columna de humo, densa y ominosa, se elevaba desde su estructura. El fraile escudriñó con zozobra sus murallas. Ya no estaba en sus manos ayudar a los monjes.

Miriam tenía una expresión vacía en los ojos, y a veces se quedaba parada de repente y se doblaba sobre sí misma. Lo mismo le había ocurrido mientras huían por la mina. No quiso contarles el porqué, pero sólo podía haber una razón para eso: la bestia estaba matando de nuevo.

—¿Y qué hay en ese lago? —dijo el soldado.

Si dependiera sólo de él, no dudaría en poner tierra de por medio. Cuanta más, mejor.

—Quiero ir hasta su parte más honda y lanzar esto al fondo para que nadie vuelva a encontrarlo jamás.

Fray Gabriel levantó el saco que contenía el objeto negro. Luego les explicó la relación que pensaba que había entre que fray Alonso hubiera sido el primero en tocarlo y que la bestia hubiera quedado ligada a él. Quería evitar que eso ocurriera con otra persona, ahora que el monje estaba muerto.

José seguía creyendo que no era buena idea entretenerse más, pero aceptó lo que el fraile proponía.

—Está bien. Sólo debe de haber mujeres y niños en la aldea, pero es mejor que la rodeemos por allí.

Levantó el brazo, para señalar el camino del fondo del valle. Esta vez encabezó él la marcha, ahora ladera abajo. Iban todo lo rápido que podían. Continuaban sintiéndose en peligro aunque hubieran logrado escapar de la abadía. Los acosaba una

angustiosa sensación de urgencia y el presentimiento de un destino aún peor que el de los monjes. Todo parecía formar parte de una siniestra conspiración: los destellos de un blanco descarnado de los relámpagos, el agitar de los árboles, las sombras huidizas que se volvían cada vez más densas, el impenetrable silencio.

No se encontraron a nadie, ni siquiera cuando pasaron cerca de la aldea. Quienes quedaban en ella debían de estar encerrados en sus casas, rezando porque no les ocurriera nada malo a sus padres y esposos, y porque Dios les perdonara lo que habían decidido hacer.

Había un pequeño embarcadero a orillas del lago, con un par de barcas amarradas a él. La tormenta había superado las montañas y se acercaba ahora hacia ellos. El viento helado agitó las aguas del lago y sacudió las desvalidas barcas. El fraile subió a una de ellas. A punto estuvo de caer al agua, aunque logró mantener el equilibrio y colocarse a los remos. José iba a imitarle, pero Miriam dijo:

—Podemos necesitar unas piedras.

El bramido de un trueno convirtió sus palabras en sólo un movimiento de sus labios, aunque los otros comprendieron su intención al verla coger varios pedruscos. A fray Gabriel se le había olvidado ese importante detalle. El objeto negro no pesaba lo suficiente para hundirse por sí solo; sin un peso extra acabaría de nuevo en la orilla. El soldado la ayudó a coger las piedras más pesadas, y echaron todas dentro de la barca. Añadieron también varios plomos que encontraron en el embarcadero, junto a un pedazo de red.

Los dos hombres remaron con brío y al unísono. Pronto, la barca cogió velocidad y la orilla empezó a alejarse rápidamente. Miriam se agitaba en su lugar, no paraba de lanzar miradas de soslayo hacia el saco. Escrutaba el vacío alrededor, donde sólo había agua, cada vez más encrespada por el viento. La barca se bamboleaba y crujía, líneas de agua oscura se filtraban entre las maderas podridas y separadas.

—¿Qué ocurre? —preguntó el fraile.

—No lo sé... No estoy segura... Pero algo va mal.

La misma impresión aciaga tenían ellos dos.

—Deprisa —apremió José.

Todos y cada uno de los pelos de su cuerpo estaban erizados, y no por causa del frío. Ni estando en plena batalla había sentido nunca esa abrumadora sensación de amenaza.

Llegaron al centro del lago y dejaron de remar. La barca siguió avanzando un trecho, como un barco fantasma, hasta que su impulso se agotó, dejándola a merced de las aguas agitadas. Había llegado el momento... Fray Gabriel se dispuso a echar las piedras y los plomos dentro del saco.

La tormenta había llegado justo encima de sus cabezas. Un torrente de lluvia se precipitó desde lo alto. La infinidad de pequeñas gotas golpearon sin piedad la superficie del lago, la barca y a ellos mismos. Los relámpagos congelaban sus movimientos en breves instantes blancos. El mundo entero a su alrededor se volvía

una imagen fija hasta que un trueno ensordecedor le insuflaba nueva vida.

Se oyó un burbujeo. Todos sus instintos de supervivencia saltaron al mismo tiempo. Incluso el que se remonta a los orígenes de la humanidad: quedarnos inmóviles, petrificados, cuando nos amenaza un horror inconcebible.

Un horror como el que vieron emerger de las aguas del lago.

Fray Gabriel no supo qué era el auténtico terror hasta ver lo que surgió de ellas. Todo el miedo que había sentido en su vida, hasta ese mismo instante, era despreciable en comparación. La lluvia torrencial golpeaba el cuerpo invisible del ente, tallando en el aire una silueta de pesadilla. A veces, simplemente lo atravesaba y caía en el lago. Era como si la bestia no fuera del todo material, como si no hubiera acabado de convertirse en algo físico.

La barca se desequilibró cuando los tres retrocedieron a la vez hasta uno de sus extremos, todo lo lejos que podían de la bestia. El agua les llegaba por encima de los tobillos y no paraba de subir. Se habían aliado en su contra el cielo y el lago, cuyas aguas seguían filtrándose por las maderas putrefactas.

El ser acabó de emerger a la superficie, ya con toda su gran envergadura. Empezó a caminar sobre las aguas. Hacia ellos. Como un Cristo aberrado y de una maldad inimaginable, que llevaba consigo destrucción y agonía en vez de amor y esperanza.

José se lanzó a coger los remos. Se movió con tal ímpetu que la inestable barca se sacudió y Miriam cayó al agua. Al instante, desapareció bajo la negra superficie, arrastrada al fondo por las corrientes.

La negrura absoluta existe. Quien haya estado en el interior de una caverna la conoce. O quien haya sufrido un coma profundo. El resto es sólo gris, por oscuro que lo creamos. Pero, más allá de la negrura de la caverna o el coma, hay una negrura definitiva: la de la muerte. En ella estaba adentrándose Alejandro Torres, con el corazón ya detenido por el efecto de la dosis letal de escopolamina. Atrás habían quedado las distintas fases del declive de la vida.

Primero notó cómo sus sentidos se alejaban de la realidad. Su tensión sanguínea fue descendiendo a medida que sus ojos experimentaban un oscurecimiento periférico y su respiración se hacía agitada y dificultosa. Comenzó la hipoxia, o carencia de oxígeno, causada por la dificultad respiratoria, y sus ojos quedaron completamente ciegos para el mundo físico. El órgano de la vida, conocido como tal desde los antiguos egipcios, que lo asociaron con el escarabajo sagrado, dejó de latirle. Ese era el fin del cuerpo físico. La actividad cerebral se apagaba entonces como el filamento de una bombilla. En pocos minutos, la conciencia quedaría disuelta en la nada y ya sólo el recuerdo de los vivos mantendría algo de esa existencia, finalizada y extinta. En ese momento, Alejandro quedó ajeno por completo a los posibles estímulos externos, en un absoluto aislamiento sensorial. Por el contrario, su conciencia fue expandiéndose mientras su corteza cerebral cesaba en su actividad. Dejó por fin de tener percepción de su propio cuerpo, como si estuviera flotando en el espacio. Y llegó la disolución del Yo, y la iluminación previa a la muerte.

Sin que hubiera una explicación satisfactoria para la ciencia más ortodoxa, la conciencia continuaba más adelante. Pasaba de la negrura absoluta de la muerte a una luz esplendente y cegadora, tan blanca como mil soles unidos en un baile cósmico. Alejandro Torres vio esa luz sobre él. Su espíritu, su alma, o como quiera llamarse a algo que en realidad no tiene nombre, había abandonado su cuerpo. Se veía desde fuera, en sus aposentos, inerte sobre la cama en la que acababa de morir.

Se concentró en proyectarse en Lesmes, donde estaba la criatura. Donde lo esperaba. Eso lo sabía ahora, con una claridad ajena a los pensamientos racionales y a los procesos físicos del cerebro. Esa iluminación no era sólo una impresión visual. Era algo que le llenaba la conciencia por completo, desbordándola; sin un lenguaje articulado, pero con todo presente a la vez y comprensible en un soplo de eternidad.

La luz llamaba a Alejandro para que fuera hacia ella. Al traspasarla, la última ligadura con el mundo de los hombres acabaría para siempre. No quiso hacerlo, por mucho que el deseo más emotivo lo impulsara a ello. En ese espacio sin tiempo ni forma, pidió seguir en este mundo hasta haber destruido a la criatura que amenazaba a todos sus semejantes. Y, de igual modo, ese tiempo le fue concedido.

Alejandro atravesó la mina como un ave incorpórea. En un instante —si es que definirlo así tenía sentido—, estaba fuera, bajo el cielo nublado. Las luces del alba empezaban a clarear en el horizonte. Su vuelo siguió desde la mina hacia Lesmes. La

naturaleza resplandecía como nunca ante los ojos sin cuerpo de Alejandro, a un mismo tiempo hermosa y terrible. De pronto, se vio en el centro del pueblo. Todo estaba devastado a su alrededor. Había cadáveres por todas partes, escombros, signos de lucha, vehículos aplastados. Las imágenes eran desoladoras. El ser también estaba allí. Alejandro sintió perfectamente su presencia; su aliento inaudible, su negrura invisible. Y, de nuevo, oyó las voces de desesperación de las almas de los muertos, prisioneras en el interior de la Grieta. Solas y aterrorizadas. Sobre todo, solas en la gélida oscuridad de esa criatura sin alma propia.

La batalla estaba a punto de comenzar. Ambos contendientes lo sabían. Uno la ansiaba. El otro la necesitaba.

—Soy yo.

El cabo Ferrer apenas tardó cinco minutos en regresar al escondrijo de Lorient y de Raquel. No les llevaba armas, como esperaban. Pero en la mano tenía una especie de grueso *walkie-talkie* con una antena ancha y chata.

—¿Qué es eso? —le preguntó Lorient, casi en un susurro.

—Un teléfono vía satélite. Antes de que me lo pregunte, le diré que con esto podremos detener el bombardeo. Si están dispuestos a arriesgar la vida, claro.

Raquel lo miró haciéndole notar que era obvio que ya lo estaban haciendo.

—Bien —dijo el cabo—. He visto dónde hay un par de Humvees sin vigilancia. Iremos hasta ellos, tomaremos uno «prestado» y saldremos cagando leches hasta el pueblo.

—¿Para qué quiere ir al pueblo? —preguntó Raquel antes de que el inspector interviniera. Él sí había comprendido lo que se proponía el cabo—. ¿Es que no es bastante que esté esa cosa allí como para que además nos lancen esa bomba de...?

—Es justo para que no puedan lanzarla —dijo Lorient, cortándola. Ella asintió, aún sin comprender—. Si hay gente en el pueblo, la misión se abortará. ¿Estoy en lo cierto? —añadió dirigiéndose al militar.

—Por completo. Ese es el plan. Con el teléfono vía satélite llamaremos al coronel y le obligaremos a detener el bombardeo.

Aquel joven cabo tenía razón cuando dijo que no iba a mantenerse de por vida en ese rango. Tenía iniciativa y era inteligente. Sólo le faltaban dos cosas para hacer carrera en el ejército: que tuviera una vida por delante, después de ese día, y que no lo metieran en una prisión militar por insubordinación.

—Iré delante —dijo a sus circunstanciales compañeros.

Los tres caminaron en fila india al abrigo de las sombras, con el cabo Ferrer en cabeza, Raquel en medio y Lorient cerrando el pequeño grupo. No había demasiada actividad visible en el puesto. Los soldados de guardia se mantenían en sus posiciones, atentos a una posible incursión, no a los movimientos de sus compañeros. La tropa que había logrado retirarse del pueblo descansaba ahora en los barracones

prefabricados o era atendida por los médicos. No resultó difícil alcanzar el lugar donde se hallaban los dos Humvees, muy cerca del camino por el que habían llegado al puesto.

Aquellos vehículos militares eran como *jeeps* a los que hubieran dado una ración triple de anabolizantes, tan anchos como un camión y con un motor gigantesco. Se habían diseñado para recorrer cualquier clase de terreno, siempre que cupiera por las vías, lo cual no era una cuestión secundaria. Los que había disponibles en España para labores forestales solían acabar como un mero adorno vistoso, superados, debido a su practicidad, por cualquier pequeño todoterreno japonés o los típicos Land Rovers.

Los tres accedieron al que estaba más alejado del camino. El cabo se puso al volante. Lorient se sentó a su lado —por decirlo de algún modo, ya que la distancia entre ellos era enorme—, y Raquel se colocó atrás. Al ver el interior del vehículo se quedó sorprendida por la cantidad de instrumentos, que lo hacían parecer un avión, y un equipo de audio digno de cualquier berlina de lujo.

El cabo miró alternativamente al policía y a Raquel sin decir nada. Aspiró una bocanada de aire y levantó un poco la cabeza sobre el parabrisas. Comprobó que los soldados del acceso al puesto no miraban. Hizo una especie de cuenta atrás mental, acompañada de leves movimientos de cabeza, y arrancó el motor. Los soldados se volvieron con curiosidad, aunque sin sospechar nada. La expresión de sus rostros cambió al ver que el Humvee se lanzaba hacia ellos a toda velocidad. El motor rugió como una manada de leones hambrientos, pidiendo gasolina con la que saciarse.

—¡Apartaos, joder! —gritó el cabo.

Los centinelas no pudieron oírle, pero la mole que se les abalanzaba encima causó ese efecto. Se echaron a los lados e incluso cayeron al suelo. El vehículo ya había franqueado el paso cuando se oyeron unas ráfagas de fusil que llegaban de atrás. Ningún proyectil impactó contra el Humvee, que devoraba los metros de suelo nevado con el mismo ímpetu con que consumía el combustible.

—¿Cree que nos seguirán? —dijo Lorient al cabo.

—Seguro que sí. Pero también para eso tengo un plan. Mientras no nos alcancen antes de llegar al pueblo, dará resultado.

La confianza del joven militar se agradecía en tales circunstancias. Sin embargo, no había motivo para felicitaciones: se dirigían al lugar donde acechaba un monstruo al que no podían vencer. Su única esperanza era dar tiempo a Alejandro Torres. Aun a costa de sus vidas.

—Ya están ahí —anunció el cabo, señalando hacia atrás con el pulgar.

—¡Acelere! —gritó Raquel.

—Voy todo lo rápido que puedo. ¡No soy Fernando Alonso!

Los faros de otros dos Humvees iban proyectando sus haces tras ellos, como linternas agitadas en la noche. Parecía que se estaban acercando. Sobre todo el que marchaba delante.



—¡Joder, písele! —gritó Lorient—. Si nos atrapan, se acabó.

Nada más decirlo, vieron cómo el primer Humvee perseguidor se salía de la pista y volcaba hasta quedar encajado entre dos grandes rocas.

—¡Ufff! —soltó el cabo ruidosamente.

—Todavía queda uno —dijo Lorient, constatando lo obvio.

—Sí, pero no voy a ir más deprisa. No queremos que nos pase lo mismo, ¿verdad?

El otro vehículo era más prudente. A veces se acercaba, para luego alejarse un poco. Las ráfagas de fusil, disparadas hacia las ruedas, silbaban en el aire de la madrugada. El sol estaba a punto de salir por el horizonte. Los tres ocupantes del Humvee huido rogaban en silencio para que no les dieran caza. Si supieran lo equivocado que sería detenerles...

—¡Coño! —exclamó de pronto el cabo, con la vista fija en el retrovisor.

Lorient y Raquel vieron también cómo el vehículo perseguidor se detenía. Estaban tan atentos a la blindada ventanilla trasera que no se dieron cuenta de que habían llegado a los arrabales de Lesmes. Seguramente los soldados que iban tras ellos tenían órdenes de no traspasar ese «punto de no retorno». Por suerte, el coronel no podía sospechar cuál era su verdadero plan, ya que, de otro modo, no habría ordenado retirarse a sus perseguidores.

José se arrodilló junto al borde de la barca por el que Miriam había caído. Sólo consiguió distinguir sus ropas y su cabello, agitándose por encima del cuerpo que se debatía debajo. Extendió el brazo hacia ella. La fuerte corriente empezaba también a alejarla de la barca. Las aguas del lago se volvieron más amenazadoras que nunca, una trampa mortal. Escrutaron la superficie en busca de la joven, que salía a flote sólo por breves momentos antes de volver a quedar sumergida. Si se le acababan las fuerzas, ya no volvería a emerger. Y la bestia continuaba su avance.

—¡Miriam! —llamó el soldado.

Se disponía a saltar al agua cuando una mano contraída se asió al borde de la barca. Era la de Miriam, que apareció por el lado opuesto de donde estaban. José se apresuró a agarrarla y tiró con todas sus fuerzas. El vaho desenfundado de su respiración se deshacía en la lluvia.

La joven emergió del lago con la boca abierta en una mueca de espanto, agotada por su lucha contra la corriente. El tirón del soldado casi le disloca el hombro, pero no sintió el mínimo dolor. Tenía demasiado miedo. Sólo deseaba salir de allí. Escapar de la bestia. Salvarse. No quiso confiar en que su medallón volviera a protegerla como cuando intentó atacarla junto al río. Ardía en su pecho ahora, igual que entonces, y tampoco sintió su quemazón.

Fray Gabriel ayudó al soldado a izar a Miriam. El ser estaba a sólo veinte pasos de distancia. La maldad que expelía lo impregnaba todo. Se hacía más intensa conforme se aproximaba. Hasta la lluvia parecía más sucia y nefasta. Un sabor rancio a muerte les llenaba la boca.

Los dos hombres cogieron los remos, con manos que temblaban. Ella quedó tendida entre ambos, los ojos desencajados vueltos hacia la bestia. ¿Por qué no se apresuraba? ¿Por qué no corría? Miriam no dudó de que podría hacerlo si quisiera. La respuesta a sus preguntas fue un torrente de perversidad que llegaba de él y la inundó. Era como si la exprimieran por dentro, tratando de arrancarle todo lo bueno que había en ella. La abrumó también un placer obscuro. El ser estaba disfrutando con su pánico. Se alimentaba de él y quería prolongarlo. Era una pasión tan inhumana e inhumana que la joven sintió cómo su espíritu se consumía en su fuego.

La barca alcanzó la orilla, y avanzó más allá hasta quedar encallada. Por un momento siguieron remando desesperadamente en la tierra, pensando sólo en continuar huyendo. Jadeaban, sin aliento, cuando saltaron a tierra firme. Seguía diluviando. Un relámpago cayó en el agua, junto a la bestia, y la iluminó. Tenía voluntad propia y ya no necesitaba los sueños de fray Alonso para materializarse. Fray Gabriel debió haberlo supuesto cuando supo que había atacado a los aldeanos incluso estando despierto el monje enfermo, que ahora yacía muerto contra un peñasco. Ellos serían los siguientes en morir. Sus peores temores se habían hecho realidad. Que Dios se apiadara de sus almas. Y de la aldea...

Al ver sus viviendas humildes comprendió que habían cometido un error terrible. Dentro sólo había mujeres y niños indefensos, y ellos habían conducido al ser maléfico hasta sus puertas. José se dio también cuenta de eso. Empezó a aporrearlas y a alertar a voces a quienes estaban al otro lado.

—¡SALID! ¡HUID!

Algunas figuras se asomaron a las ventanas, pero nadie le prestó oídos. Para ellos era sólo un forastero y un amigo de la bruja. Ni imaginaban lo que llegaba del lago. O, por el contrario, notaban también su espantosa amenaza y no se atrevían a abandonar la falsa seguridad de sus hogares.

—¡Dios! —exclamó el soldado, que temía por las vidas de tantos inocentes.

La bestia acababa de llegar también a la orilla.

—¡Marchaos! —dijo José.

Esta vez se lo pidió al fraile y a Miriam. Ella había vuelto momentos antes a la barca. Un impulso la había llevado a coger el saco con el cubo negro, al pensar en la visión de innumerables almas atormentadas presas en su interior. No quiso dejarlas a merced de la bestia.

El soldado avanzó hacia la orilla. Su paso era mucho más firme que la confianza que sentía. Sólo le preocupaba una cosa... Miró hacia atrás para comprobar, aliviado, que Miriam le había hecho caso. Se alejaba corriendo por la misma ladera por la que antes habían descendido. Fray Gabriel no la acompañaba. Ahora era él quien llamaba furiosamente a las casas, pero ni su hábito lograba convencer a los de dentro para que salieran. «Pobres infelices», pensó José. Pidió a Dios que el ser pasara de largo y perdonara sus vidas. Él cumpliría también su parte.

Su fervorosa plegaria no se correspondió con lo que dijo. La lluvia se había detenido de pronto, como si alguien en lo alto hubiera cerrado de golpe el surtidor de que manaba. La bestia era de nuevo invisible. José vio su avance en la hierba, que aplastaba a cada paso, bajo lo que aquel ser tuviera a modo de pies.

—Hijo de perra...

Trató de apaciguar su respiración para que la espada dejara de temblarle en la mano. La apretó en torno a la empuñadura hasta hacerse daño. Si aquel ser era sólido, y no un mero espectro, quizá el acero pudiera matarle. Si no, la suerte estaba ya echada. Pronto acabaría todo. Sólo esperaba ganar un poco de tiempo para que los demás lograran escapar.

Gritó e hizo aspavientos para llamar la atención de la bestia y apartarla de las casas. Las huellas en la hierba cambiaron de rumbo. Lo había conseguido. El soldado se movió despacio, andando de espaldas para alejarse todo lo posible, sin perder de vista el rastro del ser. Su paso se había acelerado.

José se puso de perfil, en posición defensiva, con la espada agarrada ahora con ambas manos. El simple aire ardía dentro de su pecho inflamado.

La hierba se hundió a sólo un cuerpo de distancia de él, bajo el peso del ser que no veía.

El soldado apretó los dientes y sacudió la cabeza para atajar el pánico que lo embargaba. Quería huir. Nunca había deseado nada con tanta fuerza en todos los días de su vida. Pero clavó los pies firmemente en el suelo.

Oyó varias cosas casi al mismo tiempo: un cerrojo descorriéndose, el grito de alarma de una madre, el llanto histérico de un niño al notar con algún sentido oculto lo que sus ojos inocentes no lograban ver. A la bestia. Por eso había huido de los brazos de su madre.

Las huellas en la hierba cambiaron otra vez de rumbo. Esta vez se dirigían hacia el niño, que escapaba por los campos embarrados tras las viviendas.

José avanzó y cargó contra el aparente vacío sobre las huellas. La punta de su espada chocó con algo sólido y penetró en ello. Extasiado, hizo fuerza para clavarla hasta la misma empuñadura. Tenía la frente ardiendo, sus manos apenas conseguían seguir agarrando la espada. Creyó que alguna especie de sangre le salpicaría, pero ningún fluido salió de la bestia.

No le dio tiempo a clavarle otra vez el arma. Un impacto salvaje le partió el pómulo y lo lanzó al suelo como un fardo. De su boca salieron babas sanguinolentas y dientes arrancados enteros, que se perdieron entre el lodazal sobre el que yacía.

Otro golpe le hizo rodar por el suelo y lo dejó casi sin respiración. Un dolor terrible le atenazó el pecho cuando varias costillas se le partieron con un crujido. Los huesos astillados le atravesaron la piel, tiñendo sus ropas de manchas oscuras. De su sangre. Respirar le producía un dolor atroz, el aire entraba y salía de sus pulmones con un rumor sibilante.

El ser podía haberlo matado de un solo golpe. Estaba jugando con él, haciéndole sufrir antes de acabar matándole de una vez por todas, igual que un depredador con una presa que ha osado desafiarle.

José se levantó a duras penas. Se dijo que era el fin, y prefería morir de pie. Notó en todas las fibras de su ser que la bestia se disponía finalmente a destrozarlo, que el juego había terminado. Se enfrentó a ella, con su cuerpo tambaleándose, pero las huellas empezaron a alejarse de él. No se dirigieron nuevamente hacia la aldea, sino de camino a la ladera por donde Miriam había huido.

El soldado no podía saberlo, pero alguien había llamado al ser desde dentro de su propia mente monstruosa. Una voz de mujer que dijo una sola palabra:

*Ven.*

En lo que quedaba de Lesmes, el cabo avanzó despacio con el Humvee hasta adentrarse en las intrincadas callejas del pueblo. Todo lo que se veía era desolador, pero eligió una zona especialmente devastada para estacionar el vehículo.

—No creo que esa cosa vuelva por aquí —dijo, señalando la destrucción que había sembrado a su paso—. Salgamos de este trasto. Será mejor buscar un escondrijo entre los escombros.

Bajaron del vehículo, cuya parte trasera exhibía en la pintura caqui varias señales de disparos. A un lado había una casa derruida, con el sótano al descubierto. Parecía un lugar seguro donde refugiarse para usar el teléfono vía satélite. Mientras caminaban hacia allí por la nieve, Lorient dijo:

—Espero que el coronel entre en razón. Yo podría llamar a mi jefe, pero no creo que valiera de mucho.

—¿No hay algún protocolo de emergencia para estos casos?

La pregunta de Raquel tenía sentido. Por desgracia, la respuesta del inspector fue negativa.

—Eso es sólo en las películas. Tendremos que confiar en que el coronel no se crea una especie de Rambo.

—¿Y por qué hay que llamar con un teléfono vía satélite? —dijo Raquel.

El cabo la miró, negando con la cabeza.

—Las comunicaciones han sido interrumpidas. Procedimiento militar estándar durante cualquier estado de sitio.

Sin más palabras, el militar accedió a la memoria del aparato y eligió la primera de las entradas. Se identificó y pidió que lo pasaran con el coronel. El que se puso al otro lado fue su ayudante. Pero, en cuanto se dio cuenta de qué se proponían el cabo y sus dos compañeros, pasó la comunicación a su superior. Este bufaba como un géiser.

—¿Está usted loco, cabo?! —le gritó por el auricular.

El muchacho no se atrevió a replicarle. Se limitó a pronunciar el mensaje que quería transmitirle. Sonó un tanto forzado y extraño.

—Señor, en el pueblo hay tres personas, dos de ellas civiles. Le ruego que suspenda el ataque.

—¿Qué?! ¡Salgan inmediatamente de ahí o le voy a meter un paquete por el culo tan grande como la catedral de Burgos!

—Lo siento, señor. Es necesario detener el bombardeo.

—Mire, pedazo de estúpido, usted mismo ha visto a esa cosa actuando. La única manera de detenerla es destruyéndola. No sé qué le habrán contado esos dos que van con usted, pero acaba de joder su carrera y pienso meterle en un castillo hasta que se pudra. Si depones ahora mismo su actitud, intentaré suavizar la que se le viene encima, cabo. Sólo si obedece de inmediato.

—Lo siento, señor.

—¡Deje de decir eso, maldito imbécil! No voy a suspender al ataque. Si muere con esos otros, ustedes se lo habrán buscado. No voy a permitir que esa cosa salga del pueblo y vaya sembrando el caos por ahí. ¡Abandonen el pueblo ahora mismo o morirán!

No tenía sentido mantener abierta la comunicación. El cabo oprimió un botón y quedó interrumpida. Antes de que pudiera hablar, el timbre del teléfono sonó. El coronel trataba de seguir amedrentándole.

—Creo que será mejor que lo apague —dijo Lorient.

—Sí —concedió el militar, al tiempo que desconectaba el aparato.

—¿Cree que el coronel suspenderá al final el ataque? —preguntó Raquel.

—Ha dicho que no lo hará. Pero tiene que hacerlo... Eso espero, por nuestro bien.

La luz fúlgida seguía instalada sobre Alejandro Torres, sobre su conciencia separada del cuerpo, como una guía en la noche. Notaba la irradiación de bondad que desplegaba sobre él, como unas alas benignas y protectoras. Se llenó de esa sensación hasta rebosar. Su pensamiento y sus sentimientos se fundieron en una sola cosa, de claridad inconmensurable. Tuvo la sensación de tener todo, de no necesitar nada y, con la indiferencia de quien se siente pleno, esperó al ser.

Este no tardó en mostrarse. Era aún más terrible que como lo recordaba de la primera vez que lo vio con los ojos de su espíritu. Pero, ahora, cada una de sus formas, nacidas de la suma de los horrores de todas las mentes, parecía tan inofensiva como una serpiente de trapo.

La criatura lo presintió. Aun así, lanzó su ataque. Alejandro se mantuvo firme, sin miedo, impasible. Recibió un golpe terrible, pero esta vez ni siquiera se movió de su lugar, como si sus pies etéreos hubieran enraizado en la roca y su cuerpo se hubiera transformado en el más duro acero. Cuando el ser volvió a atacarle, era incluso más fuerte que antes. Al igual que aquel demonio venido de otro mundo, que se nutría del mal, Alejandro Torres ganaba su fuerza de la bondad, de la paz, de la luz.

Ahora, el invencible era él.

Ya no hubo más ataques del ser. De improviso, se dio la vuelta y huyó a toda velocidad. Pero ¿huía? ¿Con qué propósito?

Alejandro Torres se quedó desconcertado. Y, por un segundo, sí sintió algún temor. No por él, no a causa de la bestia. Lo sintió porque sabía que no tenía mucho tiempo. Sólo el que aún le permitiera mantener su conciencia en este mundo, antes de que fuera llamada definitivamente al otro, desconocido para cualquier hombre o mujer hasta el día de su muerte.

Se agitó. Su voluntad se hizo activa de nuevo y notó cómo se movía tras la criatura. Pero le llevaba ventaja. Había dejado de verla. ¿Adónde iba? ¿Qué se proponía?

En el puesto militar avanzado, el coronel Rodríguez Pozas estaba con las manos en la cabeza y la mirada fija en un monitor. A lo largo de sus años en el ejército había servido en muchos lugares. Su primer destino fue el protectorado del Sáhara Occidental, en 1975, con apenas dieciocho años. Allí asistió a la Marcha Verde y a la pérdida de la última colonia española en África. Más adelante participó en misiones humanitarias, sobre todo en Sudamérica. Ya en los años noventa, y como oficial superior, intervino en la pacificación de Kosovo. Su última misión había sido en Afganistán, donde todo era muy distinto a como lo contaban los medios de comunicación. Aquello era y seguía siendo una auténtica guerra.

En todos esos años había tenido que tomar decisiones difíciles. Algunas moralmente cuestionables. Matar y evitar que a uno lo maten no es una tarea fácil, aunque uno sólo dé las ordenes y no se manche en apariencia las manos. Pero nunca, hasta ahora, se había visto en la situación de tener que sacrificar a compatriotas. Y menos en suelo nacional.

No era hombre de largas reflexiones. Trataba de dejarse guiar por la intuición, unida a un férreo sentido de la obediencia a la disciplina militar. Esta le obligaba a postergar el ataque, al menos hasta que esos tres estúpidos fueran sacados de Lesmes. Su intuición, por el contrario, le decía que allí estaba en juego algo mucho más grande que tres simples vidas. Aquel ser, aquella fuerza invisible... Tampoco se había enfrentado nunca a algo parecido. La muerte es muchas veces invisible, pero cuando llega, siempre se sabe de dónde vino y cómo lo hizo. Pero esta vez no. Esta vez era distinto.

—Señor —dijo su ayudante a la espalda del coronel—. El Hércules del Ejército del Aire está armado y listo para despegar. Debe tomar una decisión. ¿Le pongo en comunicación con el mando?

—No. Asumo toda la responsabilidad. La situación no admite demora. Que prosiga el protocolo de ataque.

El ayudante asintió. También él estaba desconcertado por los sucesos del pueblo. No se atrevió a contradecir a su superior.

—A la orden, señor. Transmitiré sus órdenes al aeródromo.

Tras un tenso silencio, en el que las miradas de Loriente, Raquel y el cabo compartieron su temor, pero también su esperanza de que el ataque fuera suspendido, un ruido terrible sonó muy cerca de ellos. La criatura estaba allí, de nuevo despierta. Seguramente buscaba más víctimas. Incluso puede que estuviera buscándolos a ellos.

No era así. La bestia sabía que Alejandro Torres podía derrotarla. Pero también sabía que su tiempo era limitado. El modo de evitar su ataque y de vencerlo era destruir su cuerpo; destruir el sustento último de su mente para luego devorar su alma. Por eso tenía que encontrarlo cuanto antes, allí donde se escondiera. Debía de estar en algún lugar del pueblo...

Ninguno de los tres refugiados en el sótano pudo ver a la bestia. Unos escombros cayeron al hueco abierto en el suelo. Lorientte empujó instintivamente a Raquel hacia atrás. El cabo recibió el impacto de un cascote que le hizo caer y lo dejó inconsciente. Con rapidez, el policía se inclinó hacia él para arrastrarlo, pero una nueva lluvia de escombros se lo impidió. Ante su sorpresa, Raquel se colocó justo por delante, dispuesta a sacrificarse para que pudiera socorrer al militar.

—¡NOOOOO!

El grito de Lorientte llegó tarde. La bestia había lanzado sus invisibles garras contra la hija del hombre que la había liberado. Ella supo que iba a morir. Sólo deseaba que su padre aún tuviera tiempo de destruirla para siempre.

Entonces ocurrió lo imposible. La criatura, más fuerte y poderosa que nunca, se detuvo. Raquel notó su cercanía. Un aliento gélido que no se transmitía por el aire. No comprendió por qué no acababa con ella, como con tantos otros a los que había matado. Sólo cuando el ser retrocedió y su aliento hubo desaparecido, lo comprendió. Era por el amuleto que lucía en el cuello. El dios Bes, heredado de su madre, como ella lo heredó de su abuela y así en una sucesión de la que no quedaba ya memoria, la había protegido. Y también comprendió por qué la joven judía acusada de bruja, que mencionaba el código que leyó su padre, tampoco había muerto.

Lorientte logró arrastrar al cabo hacia dentro, lejos de la criatura. Mientras el joven recobraba la consciencia, vio con angustia a Raquel de pie, muy quieta. Algunas piedras seguían cayendo de lo alto. Temió lo peor. Pero no sucedió nada.

Aparentemente.

El ser había conectado de nuevo con la mente de Raquel. Ahora leía en ella como en un libro abierto. Creyó que el cuerpo de Alejandro Torres estaría en el pueblo. Quizá allí mismo, junto a su hija. Pero no. El cuerpo seguía en la vieja mina. Solo, sin la menor protección.

Por un instante, un ruido en el cielo hizo que el ser centrara la atención en las alturas grises del nuevo día. Aquel ruido sólo podía significar una cosa: alimento. Liberó a Raquel y se alejó de las ruinas.

A distancia, Alejandro Torres vio a la criatura cuando se alejaba del lugar en el que se había detenido brevemente. Intentó alcanzarla, pero no pudo. Al menos la veía de nuevo. Ya no iba a titubear. Ya no había desconcierto en él. Sabía el lugar hacia el que esa criatura maldita se dirigía: la mina.

Allí estaba el cuerpo vacío y yerto que aún sustentaba los últimos destellos de su consciencia. Si la bestia lo alcanzaba y lo destruía, ya no podría seguir en este mundo para luchar contra ella.



Miriam vio caer a José por segunda vez. Apenas lograba distinguirlo en la oscuridad, pero intuyó que se trataba del soldado y que la bestia iba a matarlo. Tenía que hacer algo para impedirlo. Tenía que salvarlo a él y a todos. Abrió el saco y agarró el objeto con ambas manos. Si fray Gabriel estaba en lo cierto, eso crearía un vínculo entre ella y el ser. Lo fortalecería, en realidad, pues ese vínculo ya existía, quién sabría decir por qué. «Porque tú eres especial, porque ese era tu destino», le respondió la sabia voz de su madre.

No sintió nada distinto de cuando lo tocó la primera vez, al robarlo del establo de la abadía. Sólo su siniestra frialdad. Eso le pareció en un primer momento, hasta que una onda de rabia le llegó desde orillas del lago. Y dolor también. Tocar el cubo había hecho que Miriam profundizara más que nunca en el terrible y oscuro interior de la bestia. Ella se había tornado su puerta de entrada en este mundo, como lo fue fray Alonso cuando aún vivía, pero Miriam tenía una sensibilidad incomparablemente mayor que la del monje. Ella era especial, en efecto.

Se sintió enferma ante el contacto del negro espíritu de aquel ser. Notarlo tan cerca la hizo doblarse y gemir. Pero eso le dio también una mayor clarividencia. Supo incluso lo que la bestia trataba de ocultar: aún era vulnerable, pero dejaría de serlo si continuaba matando. Nada podría acabar con ella si llegaba a hacerse lo bastante fuerte.

*Ven*, la llamó con la mente.

Era a Miriam, su alma, lo que el ser más ansiaba, con una avidez imposible de describir. Por eso obedeció a su llamada y fue tras sus pasos, dejando a los otros con vida.

Sin saber qué hacer a continuación, ella se dirigió hacia el único lugar que había considerado siempre un santuario. Si debía morir, que fuera dentro de la mina.

Notó un movimiento furtivo tras unos setos. El vello de la nuca se le erizó al pensar que podía ser la bestia, oculta allí para saltar sobre ella, pero de la vegetación surgieron unos monjes de la abadía. La miraron sin verla, con un gesto de delirante pánico, y siguieron su carrera desenfundada ladera abajo.

A Miriam le llegó un nauseabundo y aciago tufo a carne quemada. Carne humana. Lanzó una mirada rápida hacia la columna de humo sobre la abadía, de donde provenía el hedor. Si no estuviera tan aterrada, sentiría lástima por aquellos desgraciados.

Se encontró abierta la entrada secreta a la mina. Los arbustos que la ocultaban estaban desperdigados alrededor. Comprendió que los monjes con que se acababa de cruzar habían escapado por ella.

No miró otra vez al cielo, donde la luz del amanecer ganaba fuerza contra las sombras. Aunque deseó hacerlo, porque se dijo que ese sería el último día de su vida. Simplemente se adentró en el interior de la mina y su total oscuridad.

Una oscuridad aún mayor la seguía. Miriam sintió un desmayo al oír una rama partiéndose a su espalda. No la había pisado ningún monje.

Fray Gabriel subía precipitadamente por la ladera, con el corazón en un puño. Había dejado a José al cuidado de una aldeana. Él le pidió que fuera de inmediato tras Miriam, pero el fraile no lo hizo. Si no hubiera cauterizado de prisa las heridas del soldado, ahora estaría muerto. «Muerto también», pensó, sin esperanzas de encontrar a Miriam viva. No después de haber visto a la bestia alejarse de pronto de la aldea. Estaba seguro de que había ido a la caza de la joven.

Atravesó las puertas de la abadía con una sensación de profundo desconsuelo y tristeza. Cuánta destrucción, cuántas muertes espantosas... Le costó ver la iglesia medio derrumbada, donde el fuego se había consumido por sí mismo al no encontrar nada más que prender.

El patio estaba sembrado de cadáveres, algunos medio quemados y todos cruelmente mutilados. El espectáculo era especialmente macabro en el interior del templo. Impotente, fray Gabriel levantó los ojos hacia el cielo, visible ahora a través del techo caído y los restos humeantes de las vigas que lo habían sostenido.

Examinó los cuerpos tirados en el suelo, uno a uno, rogando para que alguien hubiera sobrevivido, pero no había más que muerte. El lugar sagrado se había convertido en una enorme tumba.

La mayoría de los cuerpos se agolpaban en la escalera que bajaba a la cripta. Tampoco allí encontraría ningún superviviente, se dijo, pero se obligó a comprobarlo.

Hizo esfuerzos para no pisar los cadáveres, aunque resultara imposible en las escaleras colapsadas por ellos. Apenas lograba reprimir las náuseas que le causaban los monjes destripados. Llegó hasta la verja de la cripta sin encontrar a nadie con vida. Era lo que esperaba, pero aun así le dolió comprobar que tenía razón.

Miriam corrió por la galería de la mina, mirando constantemente hacia atrás. La luz que irrumpía por la cavidad se vio de pronto eclipsada. La bestia había entrado. El corazón de la joven se encogió. Todo su cuerpo temblaba. Corría con torpeza, como si estuviera hecha de madera rígida. Miró de nuevo detrás de ella y de repente se encontró en el suelo, de espaldas. Un reguero líquido le cayó por una herida en la frente, que se había golpeado contra una traviesa que apuntalaba el techo.

Olió su propia sangre. También la bestia, que se agitó con ansia. Miriam no lograba levantarse. Sus piernas no la sostendrían. Se arrastró por el suelo, a gatas y desorientada. Las piedras se le clavaban en las rodillas. Más heridas. Más sangre. Algo le rozó una pierna, un tacto viscoso y animal. Su terror le hizo olvidar los sinuosos caminos subterráneos que había aprendido de memoria. Respiraba maníacamente, el mundo entero era un borrón rojizo por la sangre que se agolpaba

tras las órbitas de sus ojos. El corazón iba a reventarle y todo acabaría de ese modo. Ojalá tuviera tanta suerte...

Vio una luz ambarina delante, al girar un recodo. Alguien había dejado una antorcha junto al pozo. Miriam se habría precipitado por él si no hubiera sido por ese magnánimo resplandor de aviso. Le sorprendió ver todavía agarrado en su mano el saco que contenía el objeto negro. No recordaba haberlo recogido del suelo tras caérsele por el impacto contra la traviesa.

Una idea descabellada pasó por el torbellino de su mente. «Caer en el pozo, caer en el pozo...», se gritó dentro de su cabeza. No conseguía articular el pensamiento completo, sólo una imagen difusa de lo que pretendía. Rogó a Dios, aunque no creyera en él, para pedirle que la bestia no hubiera notado el profundo pozo abierto en el suelo.

Pasó al otro lado de él por el estrecho margen que lo separaba de la pared de roca. Se incorporó como una anciana; los miembros insoportablemente pesados, sus movimientos lentos y dolorosos. Alejó la antorcha de una patada para sumir otra vez la entrada del pozo en la oscuridad. Eso iluminó una figura agazapada tras un montón de tierra. Miriam no se percató de ella porque se dio la vuelta para hacer frente a la bestia.

Seguía sin verla, pero se le presentó una imagen mental que la aterró y le hizo cerrar los ojos instintivamente, aunque de nada sirviera. Su mente se retorció con angustia ante esos rasgos pavorosos. Resultaría imposible mirarlos durante mucho tiempo, imposible siquiera aceptarlos, igual que un sol oscuro capaz de dejar ciega para siempre a la propia alma. Aquel ser era la suma de todas las pesadillas, despertaba los terrores más negros de los huecos más recónditos del corazón humano.

Miriam aferró el saco con una fuerza desesperada. Pensó de nuevo en las almas atormentadas que había contemplado, encerradas para toda la eternidad dentro del cubo. Buscó en ellas un alivio imposible, una respuesta sobre cómo salvarse para no acabar uniéndoseles.

Intentó hablar, pero sólo le salió una especie de áspero graznido. Tenía la garganta y la boca tan secas que la lengua se le pegaba al paladar. El pozo era la trampa para esa bestia. Y ella sería el cebo. Esa era la desesperada idea que se le había ocurrido.

A Miriam se le cayó el alma a los pies cuando vio que el ser se detenía a escasos pasos del borde del hueco. Quizá tuviera un sexto sentido que lo hubiera advertido del peligro, quizá sólo estuviera saboreando una breve pausa antes de acabar con ella y devorar su espíritu... Miriam no lo sabía. Los pensamientos de la bestia le resultaban ahora turbios e indescifrables. Sólo se le ocurrió un modo de resolver el letal punto muerto...

Sus dedos temblorosos lucharon contra el cierre de su medallón. También ella tuvo que luchar consigo misma para deshacerse de lo único que quizá pudiera protegerla de la bestia. Extendió el medallón por delante de ella y se lo enseñó. Luego lo lanzó al suelo polvoriento.

«Aquí me tienes», habría añadido, si hubiera sido capaz.

Los pensamientos del monstruo volvieron a ser transparentes para Miriam. En ellos notó una sonrisa. Aunque esa palabra no sirviera para describir la mueca impía de su mente tortuosa. Ninguna podría, pues la naturaleza del ser era incapaz de mostrar una emoción que pareciera remotamente humana o benigna.

El ser dio un paso adelante y Miriam contuvo la respiración. El aire se estancó en sus pulmones al ver que la bestia se volvía para evitar el hueco del pozo.

Gimoteando, se lanzó al suelo en busca del medallón protector. Pero una fuerza irresistible le asió el brazo y se lo retorció, evitando que pudiera alcanzarlo.

Miriam notó unas garras afiladas escarbando en su espíritu. Buscaban arrancarle el alma incluso antes de que las garras reales se abrieran paso en su carne. Sintió que su cuerpo se elevaba del suelo, por más que pataleara y se sacudiera. Una tenaza alrededor del cuello la dejó sin aliento. Se había vuelto un pez fuera del agua, retorciéndose entre estertores para robar un poco de aire. Su visión empezó a tornarse borrosa. Todo estaba perdido.

Una figura informe surgió del montón de tierra que antes había iluminado la antorcha. Miriam creyó que era otro monstruo, uno con el rostro horriblemente quemado, que acudía corriendo hacia ella para reclamar su parte. Sus ropas ennegrecidas apenas le cubrían las llagas que salpicaban su cuerpo, también quemado de arriba abajo.

Las fauces del otro monstruo se abrieron en un grito sordo. Sólo entonces Miriam se dio cuenta de que se trataba de un ser humano...

De la boca del abad no brotó ningún sonido. Tenía las cuerdas vocales quemadas. Debía de haber muerto ya. Aquel dolor insoportable era su justo castigo antes de ir al Infierno.

La bestia estaba tan centrada en Miriam que no notó hasta ese instante la presencia del monje oculto. Ella aprovechó su breve vacilación para soltarse. Justo entonces el abad chocó contra el ser. Ambos se precipitaron por el hueco abajo, en un abrazo macabro. El saco con el cubo fue también arrastrado hacia las profundidades, sin que Miriam pudiera evitarlo.

Tardó una eternidad en oírles chocar contra el fondo, un rumor apagado y lejano, apenas audible sobre sus jadeos asfixiados y el martilleo de los latidos en sus sienes.

Se asomó al hueco en contra de toda prudencia, pero necesitaba asegurarse de que la bestia había muerto. Desde el fondo empezó a oírse un ruido extraño, como rasguños. Incluso sin la luz de la antorcha pudo imaginarse lo que eran. El impacto no había matado al ser, que estaba escalando por la pared del pozo.

La primera reacción de Miriam fue salir huyendo, pero todo empezaría de nuevo si lo hacía. Tuvo que reunir todos los restos de su valor para lanzarse contra uno de los apuntalamientos de la galería. Empujó el madero inestable mientras gemía y sollozaba. Estaba a punto de derrumbarse, pero no acababa de ceder. Los zarpazos se volvieron intensos y feroces. La bestia pronto estaría de nuevo en la superficie.

Miriam cogió una roca y empezó a golpear el apuntalamiento con una rabia aterrorizada. Aullaba con cada nuevo golpe, envuelta en una desesperación sin límites ni barreras.

Sintió la presencia de la bestia sin necesidad de volverse y verla asomando por el pozo.

—No, no, ¡NOOO!

Descargó un último golpe. El tiempo pareció detenerse antes de oírse un crujido. Y la galería entera empezó a desmoronarse.

Un estremecimiento colosal sacudió la montaña cuando fray Gabriel estaba abandonando la iglesia. Su maltrecha estructura se zarandó. El fraile huyó por el patio mientras caían piedras enormes a su lado. Sólo se detuvo al otro lado de las puertas quemadas de la abadía, sofocado y alerta. Una nube de polvo emergió desde los peñascos a su derecha, ensombreciendo el amanecer. Procedía de la mina y le hizo torcer el gesto con aflicción. Se recriminó no haber ido allí en vez de a la abadía. Era donde Miriam debía de haberse ocultado. Y donde ahora debía de haber muerto sepultada.

Vaciló sobre qué hacer antes de decidir regresar al interior de la iglesia, siguiendo una intuición desnuda de esperanza. Evitó mirar otra vez a los cadáveres de la nave, su vista fija en la entrada de la cripta. Rezaba con más fervor que en mucho tiempo, pidiendo un imposible, un auténtico milagro.

Avanzó de nuevo entre la pila de cadáveres que taponaban la escalera que descendía hasta la cripta. Sólo cuando atravesó su verja fue capaz de distinguir la figura inmóvil acurrucada protectoramente en una esquina.

—¿¿Miriam?!

El fraile se arrodilló junto a ella, que no reaccionó ante su presencia. Fray Gabriel le retiró el cabello de los ojos, con una inmensa delicadeza.

—¿Estás viva! —le dijo.

«Gracias, Dios mío». La expresión perdida de Miriam le reveló que aún no era capaz de creer que así fuera. Sus ojos resaltaban contra la capa de polvo que le cubría el rostro, el cabello y las ropas. Estaba sentada en el suelo, con los brazos cruzados y muy apretados contra el cuerpo. El fraile vio marcas de rasguños en su cara y los brazos.

—¿Estás herida?

Le separó los brazos con la misma delicadeza que antes. Ella se resistió en un primer momento, pero luego se lo permitió. Tenía los puños cerrados. En uno de ellos había sangre a medias coagulada.

Fray Gabriel le abrió la mano y vio lo que guardaba en su interior con tanto empeño que se había herido la palma: el medallón del dios protector.

—Salí corriendo cuando todo empezó a derrumbarse —dijo Miriam.

Sonó como si hablara desde el fondo de una tumba. Había estado muy cerca de acabar en una de rocas y tierra. Lo miraba a él, pero estaba viendo otra vez la galería desmoronándose a su alrededor, y a sí misma corriendo a ciegas hacia la salida de la cripta. Volvió a abrazarse al recordar la enorme roca que había caído encima de la bestia y la había arrastrado de nuevo al fondo del pozo.

—Tranquila —intentó calmarla el fraile, al notar sus temblores.

Fray Gabriel suspiró e hizo un gesto de aliviado asentimiento. Aquella joven debía de ser la persona más valerosa con la que se había topado en toda su vida.

—Ha muerto... —dijo Miriam, aunque enseguida se corrigió—: Creo que ha muerto.

—Las bengalas, las bengalas... —dijo el cabo en un susurro.

—¿Qué?

El inspector había entendido las palabras del militar, pero no qué quería decir. Raquel acababa de desplomarse, así que dejó al muchacho para ir con ella.

—Estoy bien —dijo ella cuando lo vio delante. En su cuello había una marca, una quemadura del tamaño y la forma de su amuleto.

—¿Qué ha ocurrido?

Loriente estaba desconcertado.

—El monstruo sabe que mi padre está en la mina. Su cuerpo, quiero decir. Y también espera el ataque. Lo he sentido.

El sonido del avión era más intenso, como el zumbido de un enjambre de abejas aproximándose. El policía miró al cielo desde el sótano abierto de la casa derruida. Y comprendió al fin las palabras del cabo.

—¡Las bengalas! ¡Claro! —repitió con una exclamación.

Miró a Raquel un momento y corrió, encaramándose sobre los escombros. Las palmas de sus manos se le desollaron parcialmente por el ímpetu. Pero ni siquiera se dio cuenta. Su mente estaba centrada en llegar al Humvee, coger las bengalas de emergencia y dispararlas al aire. Los pilotos del avión las verían y abortarían el bombardeo sin necesidad de confirmación. El protocolo que impedía atacar si había personas en el pueblo regía también para ellos.

Ya arriba, el inspector se lanzó a la parte trasera del vehículo. Abrió el portón y rebuscó en las cajas metálicas que estaban colocadas formando una especie de ordenado panal. Abrió las tapas hasta encontrar lo que buscaba: una pistola de señales y cartuchos con que cargarla. Nunca había disparado una de esas, pero sabía de armas. No le costó abrirla y colocar un cartucho. Amartilló el percutor, apuntó hacia lo alto y apretó el gatillo. Un fogonazo y un silbido precedieron al hilo de humo que impulsó el cartucho. A unos trescientos metros de altura, la bengala se incendió, emitiendo una brillante luz roja, a la vez que se desplegaba el pequeño paracaídas capaz de mantenerla durante casi un minuto en el aire.

Loriente dejó pasar medio minuto y repitió la operación con otras dos bengalas más. Su corazón rogaba para que los pilotos no fueran como el coronel y dieran media vuelta al ver las señales.

—Tenemos que volver a la mina —dijo Raquel, que había salido también del sótano con el cabo Ferrer agarrado a ella, moviéndose de un modo inseguro.

—Yo estoy bien —dijo el muchacho, sobreponiéndose.

Los pensamientos del policía estaban en el avión, la bomba y el monstruo. Se volvió hacia Raquel y el cabo.

—No podremos llegar antes que el ser. Ni siquiera con este vehículo.

Raquel sabía que disponían de algo de tiempo. El ser esperaba el ataque de los

militares para hacerse aún más fuerte. Si las bengalas lograban su objetivo, entonces sí que se lanzaría hacia la mina. Pero no lo haría hasta que se diera cuenta de que el ataque había sido abortado. Esa era la única ventaja que ellos tenían y debían aprovecharla.

—Ya te he dicho que me he conectado con sus pensamientos. Tenemos que darnos prisa. Podemos llegar hasta el cuerpo de mi padre antes que el ser. Créeme, por favor. No puedo explicártelo mejor ahora.

El ruido del avión seguía intensificándose. La última de las bengalas estaba ya a punto de consumirse. Loriente miró a los ojos a Raquel y asintió. En ese preciso momento, el sonido de los motores del Hércules hizo una variación. A pesar de la urgencia en salir del pueblo, se quedaron como estatuas durante unos segundos.

—¡Se está alejando! —exclamó el policía.

—Entonces no perdamos más tiempo —le apremió Raquel.

Dejaron al cabo, aún aturdido y con manchas de sangre en la cabeza y en la cara, en la parte de atrás del Humvee y ocuparon los asientos delanteros. El motor volvió a rugir. El día ya había nacido, con el sol completamente por encima del horizonte, aunque las nubes le robaban todo su dorado esplendor. No parecía un buen día para morir, pero nadie puede elegir el día de su muerte cuando no muere por su propia mano. Y aquel era como cualquier otro.

La bestia se movía lentamente entre las ruinas del pueblo, buscando las construcciones más enteras para evitar que Alejandro Torres, su oponente, pudiera verla y descubrirla mientras era vulnerable. Su sed de destrucción era ilimitada, aunque mayor aún su deseo de fortalecerse para la última batalla contra el único hombre en la Tierra capaz de oponerse a su poder. Después, ya nada le impediría asolar otros lugares, extender su invisible sombra como un agujero negro. Devoraría a todos los seres inteligentes de este mundo hasta dejarlo vacío y estéril, al capricho de las criaturas vivientes más simples.

Sólo entonces habría cumplido su cometido. Aquello para lo que fue creada. Su destino como eterno señor de las inteligencias confinadas dentro de ella. A la espera, quizá, de que otro ser intelectual se desarrollara con el curso de la evolución, en un mundo que ya nunca podría ser una amenaza para sus creadores. Para esos creadores que ya no existían desde hacía milenios.

Sus sentidos estaban alerta. Notaron al instante que algo cambiaba en aquel sonido que, a través del aire, anunciaba una muerte que para ella era vida y energía. El avión cambiaba de rumbo, regresaba a su base. El ataque se había cancelado.

En la distancia, Alejandro vio al fin a la bestia y se lanzó en su persecución. Esta ahora atravesaba los restos del pueblo a toda velocidad, para dirigirse a la mina. A su paso, cada piedra, cada muro aún en pie, iba quedando aplastado como los naipes de un castillo que se desmorona de un soplo.



La luz mística sobre Alejandro era cada vez más intensa, y su deseo de ir hacia ella más irreprímible. El final se acercaba. Todo habría acabado muy pronto. Para bien o para mal.

—Ayúdame a bajar al cabo —dijo Lorient.

El Humvee acababa de llegar a la boca de la mina. Lorient y Raquel sacaron al joven militar del vehículo y lo llevaron adentro. Sus heridas no eran graves, pero la debilidad le había hecho perder de nuevo el conocimiento.

—Hay que dejarlo fuera del camino de esa cosa —dijo el policía—. Yo lo haré. ¿Sabrías llegar tú sola hasta tu padre?

Raquel se esforzó en recordar el camino. Sus ojos mostraron desaliento. Nunca se había lamentado más de su falta de sentido de la orientación.

—No. Seguro que me perderé.

—No te preocupes. Démonos prisa. Lo conseguiremos juntos.

Fueron avanzando por el túnel principal hasta la primera oquedad lateral, que no llevaba a ninguna parte. Era uno de los corredores cegados en el pasado. Si la bestia sabía adónde tenía que ir, no lo encontraría.

—Aquí estará bien. ¡Ahora corre! —apremió el inspector a Raquel en cuanto dejaron al muchacho al fondo del corredor, tapado con un abrigo a modo de manta.

Justo en el momento en que salían de nuevo al túnel principal, un ruido tremendo les llegó amplificado por los muros de piedra. No miraron atrás, pero a su espalda el Humvee acababa de convertirse en un amasijo de hierros aplastados. Una de las granadas del arsenal interior explotó, arrastrando consigo a las otras. El resplandor adelantó a Raquel y al policía, que vieron sus sombras proyectadas ante sus ojos.

—¡Vamos!

Lorient agarró a Raquel por una de sus manos para que no se quedara atrás. Al fondo del túnel tomaron el que comunicaba, a través de varios corredores más, con los aposentos de Alejandro Torres. No eran capaces de calcular la distancia que los separaba del lugar, pero al menos eran varios cientos de metros. Corrían con todas sus fuerzas, tratando de no tropezarse en el suelo irregular o dar de bruces contra un muro. Tras ellos, los golpes eran fuertes y regulares. El ser los seguía, quebrando las piedras como la barrena de una tuneladora.

En el exterior de la mina, Alejandro Torres vio el destello de la explosión y cómo el ser penetraba por la oquedad abierta en la montaña. Allí dentro nada podría oponerse a que alcanzara su cuerpo sin vida, pero aún sustentador de su conciencia, y lo destruyera como el que aplasta una larva de gusano.

A pesar de la luz sobre él, de la infinita bondad que irradiaba, Alejandro sintió un agudo temor y una profunda angustia. Ignoraba si sería capaz de alcanzar a la bestia

antes de que ella acabara con su última opción de vencerla. También él se lanzó al interior de la mina en pos de ella.

Sólo al llegar a sus aposentos, la vio allí quieta, terrible en su imagen monstruosa prestada de la profundidad más recóndita de las pesadillas humanas. Y, ante ella, su hija y aquel policía que la acompañaba. Su querida hija iba ser devorada por la bestia antes de que él pudiera evitarlo.

Pero no fue así. El ser no se arrojó contra ella. Estaba totalmente inmóvil, como petrificado. Al notar la presencia de Alejandro a su espalda, se volvió haciendo refulgir sus aterradores ojos de fuego. La hija de su oponente se había interpuesto, con su amuleto antiguo y poderoso, entre él y el cuerpo de su padre. Al otro lado, su única amenaza estaba a punto de abalanzarse sobre él.

El monstruo, que se creyó invencible, estaba a punto de caer derrotado. Emitió un rugido que Raquel y Lorient no pudieron oír, como tampoco pudieron ver la encarnizada lucha que se libró entre el espíritu de Alejandro y la bestia. Asistieron como ciegos a una película muda, sin saber lo que estaba aconteciendo, embargados por el temor acre de la ignorancia. Como refugiados en un sótano antes de un devastador ataque aéreo.

Sólo el sonido de las rocas al ser arrancadas de cuajo cerca de ellos les dio una idea de lo que estaba sucediendo. Pero no retrocedieron un solo paso, firmes ante el cuerpo tendido e inerte de Alejandro Torres.

La lucha continuó hacia el exterior del túnel. La bestia trataba de escapar, de regresar afuera, de alejarse de su oponente a la espera de otra oportunidad para volver a cernirse sobre el mundo. Las piedras del túnel saltaban en pedazos, quebrándose con un ruido ensordecedor.

Y, de pronto, el silencio.

El cuerpo de Alejandro, tumbado en la cama y pálido como lo que ya casi era, un cadáver, una cáscara vacía de lo que una vez fue un ser humano, exhaló una leve bocanada de aire. Fue como si su alma, al separarse definitivamente de él, le hubiera arrancado su último y postrer aliento.

El cubo negro, la Grieta, aún estaba en el suelo junto a él. Ante los ojos atónitos de Raquel y de Lorient, comenzó a emitir una repentina y extraña luminiscencia grisácea. Poco a poco se fue contrayendo y emitiendo cada vez más luz hasta que, en un destello deslumbrante, quedó reducida a la nada. No hizo el menor ruido. Simplemente desapareció, colapsada sobre sí misma. Como si nunca hubiera existido.

Raquel tardó unos instantes en recobrar el sentido de la realidad. La quemadura de su cuello se había agrandado, pero no le causaba ningún dolor. Se abrazó al policía y lo besó con ímpetu antes de mirar el cuerpo sin vida de su padre. No había ninguna tristeza en su corazón. Sabía que él seguía viviendo, allí donde estuviera, y que los había salvado. A ellos y a todos.

Al marcharse para siempre a su lugar en el firmamento, en la dimensión donde no hay dolor ni materia, Alejandro Torres pudo ver la corriente de almas liberadas que

ascendían también con él y lo seguían en su camino. Supo que había vencido, que el monstruo había sido derrotado. Y que la muerte no era más que un nuevo comienzo y un nuevo despertar.

Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Dios todopoderoso, padre de nuestro Señor Jesucristo, que os liberó del pecado y os hizo renacer por medio del agua y del Espíritu Santo, os unge ahora con el crisma de la salvación para que, incorporados a su pueblo y permaneciendo unidos a Cristo, sacerdote, profeta y rey, viváis eternamente.

Los dedos de fray Gabriel dibujaron, con el santo crisma, una cruz en la coronilla de la hija de Miriam y José. La criatura no empezó a llorar ni lanzó los bracitos hacia su madre, como sería esperable. Incluso teniendo unos pocos días de vida, ya llevaba el camino de volverse igual de audaz que sus progenitores. Se limitó a volverse para mirar al fraile con unos ojos llenos de curiosidad, grandes y verdes como los de Miriam. En su hombro también estaba la marca de su linaje: esa curiosa estrella roja.

Se hallaban celebrando el bautismo de la niña en una modesta iglesia de Astorga. Fray Gabriel había acudido expresamente desde Salamanca. No logró llegar a tiempo para acompañar a los padres cuando su hija nació, como habría deseado, porque la naturaleza es caprichosa y el parto se adelantó. En todo caso, se había vuelto el eterno amigo de ambos, con los que había vivido tantas increíbles vicisitudes.

Le costó mucho explicar al obispo de Astorga lo que había ocurrido en la abadía. Ni siquiera supo por dónde empezar. Cuando acabó su relato, a su Ilustrísima no le costó menos esfuerzo aceptar que fuera cierto. Lo habría tomado por un delirante lunático si no lo conociera tan bien y fuera tan consciente de la estricta racionalidad de la mente del fraile, su amigo y hombre de confianza. Fray Gabriel había decidido ponerlo todo por escrito, para que quedara constancia de ello aunque llegara el momento en que su memoria empezara a fallarle. Y quizá también como un aviso para las futuras generaciones que pudieran leer sus palabras.

A petición del fraile, el obispo accedió a convencer al alguacil de Ponferrada para retirar las acusaciones contra Miriam. Sus hombres habían aparecido poco después de que fray Gabriel la encontrara en la cripta de la abadía. La joven ya no tendría que convertirse en una proscrita para salvar la vida. Bien está lo que bien acaba.

Tras completarse el rito del bautismo, salieron los cuatro juntos de la iglesia. Los recibió una agradable tarde de finales de septiembre. La niña se puso a llorar sin previo aviso. Fray Gabriel observó, divertido, la cómica expresión de alarma de José, acompañada de un movimiento torpe en dirección a la pequeña. El valiente soldado no supo qué hacer cuando llegó a su lado, y se volvió hacia Miriam. «Va a ser un buen padre», se dijo fray Gabriel, satisfecho y despreocupado.

—Tiene hambre —dijo Miriam.

Los dos hombres se alejaron un poco para que pudiera darle el pecho con algo de privacidad.

José era joven y fuerte, se había recuperado bien de las heridas que le causó la bestia, aunque hubo un momento en que el fraile temió que no sobreviviría, cuando una fiebre malsana lo llevó a delirar durante días. Miriam y él cuidaron del joven hasta que pasó lo peor. Sólo entonces pudieron abandonar la aldea, por más que hubieran deseado hacerlo antes. Eran los únicos que quedaban en ella, pues los que sobrevivieron a la bestia decidieron partir de aquel lugar que creían maldito. Sintieron un alivio enorme cuando también ellos tres la dejaron por fin atrás.

Antes de marcharse, Miriam regresó una última vez a la vieja mina. Fue para poner un ramo de flores silvestres junto a la entrada, ya inaccesible. Eran para el abad, para su padre, que tanto había llegado a odiarla y acabó dando su vida por la de ella. Fray Gabriel había acabado revelándole ese secreto, porque Miriam no alcanzaba a entender la razón de tal sacrificio. También porque el fraile pensaba que el valiente y buen acto del abad merecía un reconocimiento. Verla en manos de la bestia había hecho a aquel hombre darse cuenta de la inocencia de su hija y lo injusto que había sido con ella, y quiso compensarla haciendo lo correcto. No era un mal hombre, sólo uno atormentado por la culpa.

A Miriam no la sorprendió la revelación aunque nunca se lo hubiera imaginado, quizá porque habían ocurrido demasiadas cosas increíbles y su capacidad de sorprenderse estaba repleta.

La abadía jamás llegó a reconstruirse. Los pocos monjes que quedaron con vida fueron repartidos entre otras de los alrededores. Era lo que debía hacerse. Estuvieran o no malditas esas tierras, se había derramado en ellas demasiada sangre para no sentir, en cada rincón, el fantasma de los luctuosos hechos que allí acontecieron.

Un grupo de críos pasó por delante de la iglesia, persiguiéndose unos a otros y jugando con la energía y la ingenuidad de que sólo gozan quienes tienen esa tierna edad. Su alegre barullo alejó en parte los recuerdos oscuros que ambos hombres guardaban en su memoria.

—He sabido que ahora estás al frente de la guardia de su Ilustrísima —dijo fray Gabriel para intentar alejar esos recuerdos del todo—. Enhorabuena.

El soldado sonrió con un gesto igual de franco que siempre, pero de algún modo distinto. Más maduro, más viejo incluso.

—Preferiría seguir siendo sólo un soldado, creedme. Nunca he sido responsable más que de mí mismo y no sé si seré capaz de serlo de otros.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees?

José pensó en Miriam y en su hija. Las amaba como jamás había amado a nada ni a nadie.

—Sí, supongo que es demasiado tarde.

El soldado rio de nuevo y, por un momento, su sonrisa volvió a ser justo como el fraile la recordaba.

Una nube aislada cruzó por delante del sol, proyectando una sombra encima de ellos. Se levantó también una repentina brisa fría que llegaba del norte.

—Va a cambiar el tiempo —observó el fraile, con un injustificado desasosiego.

—Tiene sueños, ¿sabéis? —soltó José—. Miriam. Son pesadillas, en realidad. Se despierta a gritos y tengo que abrazarla con fuerza durante mucho tiempo, antes de que sepa dónde está y que se encuentra a salvo.

—No te preocupes. Yo mismo tengo también a veces pesadillas sobre todo aquello.

El soldado le confesó los celos que sentía desde hacía algún tiempo.

—Sus pesadillas son distintas de las vuestras o las mías. No me preguntéis cómo lo sé, porque no sabría qué deciros. Quizá me haya contagiado de esos extraños presentimientos suyos por estar tan cerca de ella.

José bromeó sólo con sus palabras, porque mantuvo la mueca seria y meditabunda. Fray Gabriel dijo algo que no acostumbraba a decir, aunque se esperara de un religioso:

—Los caminos de Dios son inescrutables. Lo son de verdad.

Miriam había terminado de dar de mamar a la niña, que se acomodó con pereza en su regazo. Estrechó el abrazo en torno a su hija y rozó con los dedos el medallón protector. Colgaba de sus ropas desde el día en que nació.

Empezó a cantarle una nana, distraídamente. Era una con la que su madre solía acunarla a ella. Miró con ternura hacia su hija y a los dos hombres. No necesitaba oírles para saber que estaban hablando de ella.

Nunca les había contado la pesadilla que muchas noches la despertaba aterrorizada. En ella volvía al interior de la mina justo cuando empezaba a derrumbarse. Veía todo con una nitidez absoluta. Cada detalle. Como si en verdad estuviera presente, y no sólo en sueños. La enorme roca caía encima de la bestia y la arrastraba al fondo del pozo, donde reposaba muerto el abad. En su pesadilla, Miriam entraba otra vez en su mente tenebrosa. A través de sus ojos veía derrumbarse la mina entera sobre ella, pero la bestia no moría. No del todo, aunque necesitaría siglos para recuperar sus fuerzas. Su maligno espíritu, su misma esencia, volvía en el último momento a su origen, al interior del objeto negro, y se refugiaba en su insondable negrura. Allí estaba a salvo. Allí seguía, encerrada en el corazón de piedra de la montaña... Esperando.

Fray Gabriel y José regresaron junto a Miriam. La niña les dirigió una sonrisa que fue un bálsamo para todos. A pesar de tantas muertes, la vida continuaba.

## Epílogo

Había transcurrido una semana desde que todo acabara. Con el pelo agitado por el viento frío y seco de Madrid, Raquel se mantenía con la mirada fija en la grúa que izaba, parsimoniosamente, el ataúd de su padre hasta un nicho en el cementerio de La Almudena. Lorient estaba a su lado, con el brazo herido en cabestrillo. Las lesiones de su hombro eran más graves de lo que había pensado, y a la postre sí tenía un hueso fracturado parcialmente.

Después de que la bestia fuera vencida, quemaron el cuaderno de notas de Alejandro Torres y regresaron al pueblo junto con el cabo Ferrer. Era mejor que nadie más conociera la existencia del cuaderno. ¿De qué podía servir que alguien más supiera la verdad de los hechos? De todos modos, seguramente nunca los creería.

La prensa hizo acto de presencia en el pueblo en cuanto el temporal remitió. Al cabo Ferrer lo arrestaron de inmediato, pero Lorient pudo negociar que lo dejaran en paz a cambio de no contar a los medios lo que el coronel Rodríguez Pozas había estado a punto de hacer con ellos, contraviniendo las ordenanzas militares. Nadie se encargó de explicar oficialmente lo sucedido en Lesmes, que pasó de inmediato a convertirse en un misterio en toda regla y causó un revuelo mayúsculo en los medios.

Pero eso era ya otra historia. Ajeno ahora por completo a todo ese ajetreo mediático, en el cementerio, rodeado de lápidas grises y plantas mortecinas, Lorient pensó en lo que había vivido con Raquel. Con aquella mujer joven y fuerte que era para él un soplo de aire fresco. Atrás quedaba, como si fuera algo muy lejano, el dolor de su anterior relación. Una relación que se había quebrado y que quizá nunca funcionó de veras. Ahora lo comprendía.

Cuando el entierro acabó, el policía rodeó a Raquel con el brazo sano, le dio un cariñoso beso en la frente y fue caminando con ella hacia la salida del cementerio. En los ojos de Raquel no había lágrimas. Sólo una mezcla indefinible de tristeza y alegría, de orgullo y añoranza por un padre que, al final, tuvo junto ella durante unas horas. Y del que conoció, al menos, una parte esencial: su capacidad de sacrificio.

Había también otra cosa que quizá no se reflejaba en sus ojos, pero ocupaba más que ninguna otra sus pensamientos. Algo que no estaba segura de cómo compartir con el policía. Ignoraba qué habría entre ellos en el futuro, o si él se tomaría bien lo que tenía que decirle. Decidió ser valiente y no esperar.

—Óscar, hay algo que debes saber —le dijo mientras cruzaban las hileras de tumbas.

—¿El qué?

Antes de seguir, Raquel se quedó en silencio unos segundos. No porque dudara ya sobre lo que iba a decir, sino por lo extraño que podía sonar cuando lo dijera. Sería incapaz de explicar cómo o por qué, pero la misma mañana en la que la bestia fue destruida y su padre murió, supo que estaba embarazada. Lo supo con el destello de una premonición. Estaba embarazada de una niña. La hija de Óscar Lorient y de ella

misma.

—Vamos a tener un hijo... Una hija.

El policía se detuvo para mirarla con un gesto tan desconcertado que dejó a Raquel en ascuas. Tras un instante en que todo quedó como en suspenso, Lorient reaccionó y dijo:

—¿Lo afirmas o es lo que deseas?

La sonrisa de él fue luminosa. Raquel supo que era el hombre de su vida.

—Sé que estoy embarazada. Y sé que va a ser una niña.

Lorient sacudió la cabeza sin dejar de sonreír. Tampoco él tenía la menor idea de qué iba a pasar entre ellos dos. O ellos tres. Pero el horizonte siempre está por delante. El viento paró un momento, como si también el cielo quisiera escuchar su respuesta.

—Bueno, no voy a decir que eso sea imposible. Al fin y al cabo tienes una bruja entre tus antepasadas, ¿no?



## Agradecimientos

Clara Tahoces, por estar siempre ahí.

José López Jara, por su confianza, amistad y buen hacer.

Laura Falcó Lara, por las mismas razones que José López Jara (aunque ella es mucho más guapa).

Sandra, Guenny y el equipo de Ute Körner Literary Agent (incluida Ute), por acompañarnos siempre en el camino.

Suso, por su apoyo y ánimo entusiastas desde el primer libro. ¡Gracias, amigo!

Belén y Ana Gutiérrez y Pedro Baráibar, por sus importantes apreciaciones sobre el texto de la novela.

Óscar Navarro, por su constante inspiración.

Carmen González Barquero, porque conoció y quiso mucho a quien ella sabe.

Janire, Alex, Renato, Idaira, Mateo y todos los otros pequeños grandes campeones. Y a sus familias, que nunca se rinden.

El equipo de Ediciones Minotauro, por su profesionalidad y su trabajo.